

"UN DEBUT QUE NO TE PUEDES PERDER." — KIERSTEN WHITE, AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES—



Y VENDRÁ LA OSCURIDAD



KATY ROSE POOL

**Y VENDRÁ
LA
OSCURIDAD**



Y VENDRÁ
LA
OSCURIDAD

KATY ROSE POOL

Traducción de Eleonora González Capria



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *There Will Come a Darkness*

Editor original: Henry Holt and Co.

Traducción: Eleonora Gonzáles Capria

1.^a edición Octubre 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2019 by Katy Pool

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by Eleonora González Capria

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-17780-58-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Erica, obviamente.

LAS CUATRO GRACIAS DEL CUERPO

LA GRACIA DEL CORAZÓN

*Sirve para aumentar la fuerza, la agilidad y la velocidad, y aguzar los sentidos.
Pertenece a los luchadores.*

LA GRACIA DE LA SANGRE

*Sirve para dar y extraer energía, con el fin de curar o dañar.
Pertenece a los sanadores.*

LA GRACIA DE LA MENTE

*Sirve para crear objetos imbuidos de propiedades únicas.
Pertenece a los alquimistas y artífices.*

LA GRACIA DE LA VISTA

*Sirve para percibir y localizar seres vivos.
Pertenece a los adivinos.*

Parte Uno
LOS PRESAGIOS

Capítulo Uno

EPHYRA

En la sala iluminada por la luna, que tenía vistas a la Ciudad de la Fe, un sacerdote suplicaba de rodillas a Ephyra por su vida.

—Por favor —dijo—. No merezco morir. Por favor, no volveré a ponerles un dedo encima. Lo juro. Ten piedad.

A su alrededor, la lujosa sala privada de los Jardines de Thalassa estaba desordenada. De las bandejas y jarras con filigranas se habían volcado los restos de un banquete suntuoso. Montones de bayas maduras y botellas diminutas como joyas hechas añicos regaban el suelo de mármol blanco. Un charco de vino, con el color oscuro de la sangre, se extendía poco a poco hasta el sacerdote arrodillado.

Ephyra se agachó y colocó la palma sobre la mejilla del sacerdote, que tenía la piel delgada como el papel.

—¡Gracias! —gritó él, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos—. Gracias, bendita seas...

—Me pregunto —dijo Ephyra— si tus víctimas alguna vez te suplicaron misericordia. Cuando marcabas sus cuerpos con moretones, ¿alguna vez gritaron en nombre de Behezda?

Él se ahogó en un suspiro.

—No lo hicieron, ¿no? Las llenaste de tu poción monstruosa para volverlas dóciles y herirlas sin tener que advertir su dolor —agregó ella—. Pero quiero que sepas que cada marca que dejaste en tus víctimas también dejó una marca en ti.

—Por favor.

Una brisa entró por las puertas abiertas del balcón que estaba detrás de Ephyra cuando ella acercó la barbilla del sacerdote a su rostro.

—Tienes la marca de la muerte. Y la muerte ha venido a buscarte.

Cuando Ephyra deslizó la mano por la garganta del sacerdote, él levantó la vista aterrizado. Allí, ella podía sentir el rápido golpeteo del pulso y se concentró en el torrente de sangre que fluía bajo la carne del hombre para extraer el *esha* de su cuerpo.

La luz se apagó en los ojos del sacerdote cuando exhaló el último aliento. Se desplomó. La huella de una mano, pálida como la luna, resplandecía en la piel amarillenta de su garganta. Estaba muerto, y una única marca lo indicaba.

Ephyra sacó la daga que llevaba en el cinturón, mientras se inclinaba sobre el cadáver. El sacerdote no estaba solo cuando lo encontró. Las dos chicas que lo acompañaban, de ojos vacíos y muñecas con moretones verdes y morados, habían huido apenas Ephyra les había dicho que escaparan, como si no pudieran evitar obedecer órdenes.

Ephyra hundió el filo en la garganta del sacerdote y trazó una línea roja sobre la huella pálida de la mano. Cuando brotó la sangre oscura, dio la vuelta a la daga y abrió el compartimento que tenía en la empuñadura. Extrajo un frasco y lo usó para recolectar la sangre que fluía. Las palabras de desesperación del sacerdote eran mentira: merecía la muerte. Pero no le había arrancado la vida por ese motivo.

Lo había hecho porque necesitaba su vida.

La puerta se abrió de golpe y Ephyra se sobresaltó en medio de su tarea. El frasco se le resbaló

y estuvo a punto de caerse, pero lo atrapó a tiempo.

—¡Quieta!

Entraron tres hombres, uno armado con una ballesta, y los otros dos con sables. Eran centinelas. Ephyra no se sorprendió. Thalassa se encontraba junto a la plaza Elea, justo dentro de la entrada a Ciudad Alta. Había vigilado la zona y sabía que los centinelas la patrullaban a pie todas las noches. Pero habían llegado más rápido de lo que esperaba.

El primer centinela que cruzó la puerta se detuvo en seco, desconcertado, con los ojos clavados en el cuerpo del sacerdote.

—¡Está muerto!

Ephyra cerró el frasco que contenía la sangre y lo escondió dentro de la empuñadura de la daga. Se incorporó y tocó la seda negra que le cubría parte del rostro para asegurarse de que siguiera en su lugar.

—Acércate despacio —dijo lentamente el primer centinela— y no saldrás herida.

El pulso de Ephyra martilleaba en su garganta, pero habló con calma, sin mostrar miedo.

—Otro paso y habrá más de un cadáver en esta habitación.

El centinela vaciló.

—Está mintiendo.

—No —dijo, nervioso, el que tenía la ballesta. Miró el cadáver del sacerdote—. Fíjate en la huella de la mano. Es la misma que encontraron en los cuerpos de Tarsépolis.

—La Mano Pálida —susurró el tercer centinela, paralizado mientras contemplaba a Ephyra.

—No son más que cuentos —dijo el primer centinela, pero había un leve temblor en su voz—. Nadie tiene el poder de asesinar usando solo la Gracia de la Sangre.

—¿Qué estás haciendo en Palas Athos? —le preguntó el tercer centinela. Tenía el pecho inflado y los pies separados, como si mirara a una bestia—. ¿Por qué has venido?

—Llaman a este lugar la Ciudad de la Fe —respondió Ephyra—, pero la corrupción y el mal se esconden detrás de estos muros blancos. Los marcaré igual que marco a mis víctimas, para que el resto del mundo vea que la Ciudad de la Fe es la ciudad de los caídos.

Era mentira. Ephyra no había ido a la Ciudad de la Fe para mancharla de sangre. Pero únicamente dos personas en todo el mundo sabían la verdadera razón, y una de ellas la estaba esperando.

Se acercó a la ventana. Los centinelas se alarmaron, pero ninguno intentó seguirla.

—No te saldrás con la tuya tan fácilmente después de matar a un sacerdote —afirmó el primero—. Cuando vayamos al Cónclave a decir lo que has hecho...

—Id. —Se cubrió la cabeza con la capucha negra—. Decidles que la Mano Pálida ha venido a buscar al sacerdote de Palas. Y decidles que recen para que no vaya a buscarlos a ellos.

Se dirigió al balcón y abrió las cortinas de satén, que ocultaban la noche y la luna que colgaba del cielo como una guadaña.

Los centinelas lanzaron un grito, y sus voces resonaron y se superpusieron cuando Ephyra corrió hasta el balcón y trepó por la balaustrada de mármol. El mundo dio un vuelco: cuatro pisos más abajo, los escalones de la entrada a Thalassa brillaban como dientes de marfil a la luz de la luna. Ella se aferró al borde de la balaustrada y se dio la vuelta. A la izquierda, el techo de los baños públicos formaba una pendiente.

Ephyra saltó en esa dirección. Cerró bien los ojos, se sujetó por las rodillas y se preparó para el impacto. Cayó sobre el techo y esperó a que su propio impulso disminuyera antes de levantarse y salir corriendo, mientras las voces de los centinelas y las luces de Thalassa se desvanecían a lo lejos en la noche.



Ephyra avanzó por el mausoleo como si fuera una sombra. El santuario estaba silencioso, cubierto de la oscuridad que precede al amanecer, mientras se abría camino entre el mármol roto y los escombros que rodeaban el estanque adivinatorio en el centro, lo único intacto en todo el santuario. Por encima, el techo hundido dejaba entrever el cielo.

Las ruinas del mausoleo estaban justo a las afueras de la Ciudad Alta, tan cerca que Ephyra podía regresar con cautela a la Ciudad Baja sin llamar la atención. No sabía con exactitud cuándo habían incendiado el mausoleo, pero ahora estaba prácticamente abandonado y era el escondite perfecto. Recorrió el santuario carbonizado hasta la cripta. Bajó los escalones, que crujieron y rechinaron a cada paso, y abrió la puerta de madera podrida del aposento que se había convertido en su hogar durante las semanas anteriores. Se quitó la máscara y la capucha, y entró.

El aposento solía ser el depósito de los acólitos que se ocupaban del santuario. Había caído en el abandono, a la merced de las ratas y la podredumbre, y de las personas como Ephyra, que no se preocupaban por ninguna de las otras dos.

—Llegas tarde.

En la oscuridad, Ephyra intentó distinguir la cama que estaba en un rincón de la habitación, a la sombra de las sábanas deshilachadas que colgaban encima. Los ojos oscuros de su hermana la inspeccionaron.

—Lo sé —dijo Ephyra, mientras doblaba la máscara y la capucha, y las acomodaba en el respaldo de la silla.

El libro que Beru tenía sobre el pecho cayó cuando ella se incorporó, y sus hojas abanicaron el aire mientras rebotaba sobre las sábanas. Su pelo corto y rizado estaba recogido a un costado.

—¿Ha salido todo bien?

—Sí. —No tenía sentido contarle que habían estado a punto de atraparla. Ya había pasado. Se obligó a sonreír—. Vamos, Beru, sabes que hace tiempo que no me caigo de los techos. He mejorado.

Cuando Ephyra había comenzado a usar la máscara de la Mano Pálida, no podía escabullirse ni trepar tan bien. Tener la Gracia de la Sangre no la ayudaba a colarse en las casas de criminales ni a escalar los balcones de comerciantes ricos. Había tenido que adquirir esas habilidades como el resto, entrenando innumerables noches para mejorar su equilibrio, tiempo de reacción y fuerza, y recopilando la información necesaria para atacar objetivos específicos. Beru la seguía, cuando se sentía bien: competía con Ephyra para ver quién escalaba más rápido la cerca o quién saltaba entre los techos con más sigilo. Habían pasado muchas noches en las sombras, vigilando de cerca un posible objetivo para conocer sus vicios y sus hábitos. Después de años de preparación y de escapar por un pelo más de una vez, Ephyra había aprendido a entrar y salir de las situaciones peligrosas a las que se exponía como la Mano Pálida.

Beru, aunque débil, le devolvió la sonrisa a su hermana.

La sonrisa de Ephyra se desvaneció al ver el dolor en los ojos de Beru.

—Vamos —dijo con dulzura.

Beru levantó la manta áspera que cubría su cuerpo. Estaba temblando, y su piel morena se veía grisácea bajo la luz tenue. Tenía arrugas grabadas bajo los ojos enrojecidos.

Frunciendo el ceño, Ephyra fue hasta la caja de madera que se encontraba junto a la cama. Allí había un cuenco poco profundo. Abrió el compartimiento de su daga y vertió el contenido del

frasco en el recipiente.

—Hemos esperado demasiado.

—No pasa nada—murmuró Beru, con los dientes apretados—. Estoy bien.

Se quitó las vendas de algodón de la muñeca izquierda y dejó al descubierto la huella de una mano negra sobre la piel. Ephyra hundió la mano en el cuenco y la cubrió de sangre fresca. Luego apoyó la palma ensangrentada sobre la huella oscura en la piel de su hermana, cerró los ojos y se concentró en la sangre, para guiar el *esha* que había extraído del sacerdote al cuerpo de su hermana.

La sangre que Ephyra recolectaba de sus víctimas servía de canal para el *esha* que les quitaba. Si hubiera recibido entrenamiento de curandera, habría sabido cómo amarrar el *esha* de sus víctimas a Beru sin necesidad de usar sangre.

Pero, si hubiera recibido entrenamiento de curandera, Ephyra no se habría convertido en asesina. Quienes curan con la Gracia de la Sangre hacían un juramento que les prohibía tomar el *esha* ajeno.

Pero era la única manera de mantener viva a su hermana.

—Listo —dijo Ephyra, hundiendo un dedo en la piel de Beru, que ya comenzaba a perder su tinte grisáceo y alarmante—. Mucho mejor.

Por ahora, pensó Beru, pero no lo dijo, aunque Ephyra vio las palabras en los ojos de su hermana. Beru abrió la gaveta de la mesa que estaba junto a la cama y sacó una delgada aguja negra. Con movimientos cuidadosos y ensayados, hundió la aguja en su muñeca y dibujó una pequeña línea. Se sumó a las otras trece, tatuadas de manera permanente en tinta alquímica.

Catorce personas asesinadas. Catorce vidas interrumpidas para que Beru pudiera vivir.

Ephyra no ignoraba que Beru marcaba su piel cada vez que ella marcaba a otra víctima. Veía que la culpa consumía a su hermana después de cada muerte. Las personas que Ephyra mataba estaban lejos de ser inocentes, pero eso no parecía importarle a Beru.

—Quizás sea la última vez que tengamos que hacerlo —dijo Ephyra en voz baja.

Ese era el verdadero motivo que las había llevado a Palas Athos. En algún lugar de esa ciudad de fe caída y de templos desmoronados, había alguien que sabía cómo curar a Beru para siempre. Era lo único que Ephyra había deseado en los últimos cinco años.

Beru apartó la mirada.

—Te he traído otra cosa —dijo Ephyra, simulando alegría. Metió la mano en la pequeña bolsa que colgaba de su cinturón y le dio un tapón de vidrio que había recogido del suelo, en la habitación del sacerdote—. Pensé que podrías usarlo para el brazalete que estás haciendo.

Beru sostuvo el tapón de la botella y lo miró desde varios ángulos. Parecía una joya.

—Sabes que no voy a dejar que nada te suceda —dijo Ephyra, mientras apoyaba su mano sobre la de su hermana.

—Lo sé. —Beru tragó saliva—. Siempre te preocupas por mí. A veces pienso que es lo único que haces. Pero yo también me preocupo por ti. Cada vez que sales.

Ephyra tocó la mejilla de Beru con un dedo en señal de reproche.

—No me harán daño.

Beru pasó el pulgar sobre las catorce líneas de tinta que tenía en la muñeca.

—No hablo de eso.

—Vete a dormir —dijo Ephyra y apartó la mano.

Beru se dio vuelta, y Ephyra se metió en la cama, a su lado. Se quedó despierta, escuchando a su hermana respirar, mientras pensaba en la preocupación que Beru se negaba a nombrar. Ephyra también se preocupaba, en las noches como esa, cuando el pulso de sus víctimas dejaba de latir,

cuando les quitaba las últimas gotas de vida. Sus ojos se oscurecían, y Ephyra experimentaba la dulce sensación del alivio, de la satisfacción y, en igual medida, un miedo profundo e ineludible: el temor a que matar monstruos también la transformara en un monstruo.

Capítulo Dos

HASSAN

Hassan se envolvió en la túnica mientras ascendía por el Camino Sagrado. El sirviente que le había dado la ropa era un poco más alto que él, así que no le quedaba bien. No estaba acostumbrado a la vestimenta que usaban en Palas Athos. Sus pliegues y su holgura lo hacían anhelar el tejido grueso del brocado herati, las ropas ajustadas que cubrían su pecho y garganta.

Pero habría llamado demasiado la atención con su vestimenta típica, y todo el esfuerzo que había puesto para escabullirse de la villa de su tía habría sido en vano si lo hubieran reconocido en la calle. Sin mencionar el peligro que correría.

Al menos, eso había dicho la tía Lethia, cuando Hassan le había pedido por primera vez que lo dejara marcharse de su casa junto al acantilado.

«Viniste a esta ciudad para estar a salvo», había insistido ella. «Los Testigos no están seguros de que el príncipe de Herat escapara de Nazirah, y tengo la intención de que sigan sin saberlo todo el tiempo que sea posible. El Hierofante ejerce influencia incluso aquí, y temo que si sus seguidores se enteran de que escapaste, harían lo imposible por entregarte a él».

Después de discutir durante dos semanas, Hassan había decidido encargarse del asunto con sus propias manos. Su tía había ido a la ciudad por la tarde, y Hassan había decidido arriesgarse. Iba a averiguar lo que estaba sucediendo en su reino desde su partida, todas las cosas que su tía no sabía o no quería contarle.

La tarde era cálida, y el Camino Sagrado rebosaba de actividad. Los olivos, el emblema de Palas Athos, bordeaban la calle de piedra caliza desde el puerto deportivo hasta el ágora, y luego hasta el Templo de Palas, en el punto más alto de la ciudad. Los pórticos con columnas servían de entrada a las tiendas, las tabernas y los baños públicos a ambos lados de la carretera.

El mármol frío y la piedra austera de la ciudad hacían que Hassan extrañara los colores de la capital de Herat, Nazirah: dorado intenso, ocre y carmín encendidos, verde amarillento y azul brillante.

—¡Tú, detente!

Hassan se quedó paralizado. Apenas había logrado recorrer un kilómetro y medio, y ya lo habían descubierto. El arrepentimiento y la vergüenza lo hicieron sonrojar.

Pero cuando se volvió en dirección a la voz, se dio cuenta de que no le hablaban a él. Era un carnicero, que le gritaba a alguien más desde su puesto en el mercado.

—¡Ladrón! ¡Deténganlo!

Otros se detuvieron y miraron alrededor. Pero un niño pequeño siguió corriendo, y antes de que Hassan pudiera decidir qué hacer, el niño chocó contra él.

Hassan trastabilló, pero logró atrapar al niño y evitar que ambos cayeran en el pavimento.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! —gritó el carnicero—. ¡Ese es el ladrón!

Hassan sujetó al niño por los hombros y miró los pantalones desgarrados hasta la rodilla y la cara sucia. El niño se aferraba a un paquete de papel. Sus rasgos oscuros y su piel cobriza indicaban que era herati, sin lugar a duda: era de la tierra natal de Hassan. Miró de nuevo al carnicero, que se acercaba con la cara roja.

—Pensabas que podrías huir, ¿verdad? —le dijo el carnicero al niño—. No te divertirá lo que

les hacen a los ladrones en esta ciudad.

—¡No soy un ladrón! —gruñó el chico y se escapó de las manos de Hassan—. He pagado por esto.

Hassan se volvió hacia el carnicero.

—¿Es verdad?

—¡El muchacho me dio unas pocas monedas, ni siquiera la mitad de lo que vale ese corte! —respondió el carnicero con indignación—. Creías que no me daría cuenta y podrías escabullirte, ¿verdad?

El niño negó con la cabeza.

—¡Lo siento! Pensaba que sería suficiente. Lo conté, pero el dinero es diferente aquí, me he confundido.

—Parece que solo ha sido un malentendido —dijo Hassan, con su sonrisa más diplomática. Metió la mano en el monedero que colgaba de su cinturón—. Pagaré la deuda. ¿Cuánto es?

El carnicero miró al niño.

—Tres virtudes.

Hassan contó tres monedas de plata estampadas con el olivo de Palas Athos y se las entregó al carnicero.

El carnicero hizo una mueca de desdén mientras tomaba el dinero.

—Vosotros, refugiados, creéis que podéis sobrevivir de nuestra caridad para siempre.

Hassan se enfureció. Deseaba poder revelar quién era al carnicero, para castigarlo públicamente por decirle esas cosas al príncipe de Herat. En cambio, sin dejar de sonreír, comentó:

—Tu caridad nos inspira a todos.

La mandíbula del carnicero se contrajo, como si no supiera si Hassan se burlaba de él o no. Con un asentimiento y un gruñido, regresó a su puesto.

En cuanto el carnicero se dio la vuelta, el niño salió corriendo. Hassan lo atrapó por el hombro.

—Detente. No hemos terminado. Es mentira que te confundiste, ¿no? —El niño levantó la vista bruscamente. Hassan agregó con tono amable—: No pasa nada. Estoy seguro de que tenías un buen motivo

—Quería llevárselo a mi madre —explicó el niño—. El guiso de cordero es su plato preferido. Pero no comemos cordero desde que... desde que escapamos de nuestro país. Pensé que si se lo llevaba, se sentiría como en casa y tal vez dejaría de llorar.

Hassan no pudo evitar pensar en su propia madre, que de verdad estaba lejos, en su país. Estaba dispuesto a dar cualquier cosa para tenerla a su lado, para consolarla, igual que ese niño, que tenía poco más de diez años, y quería consolar a su propia madre. Decirle a su madre que todo estaría bien, o que tal vez ella le dijera esas palabras, si aún estaba viva. *Está viva*, pensó. *No puede haber muerto.*

Tragó saliva y miró al niño.

—Será mejor que le llevemos el cordero, entonces. ¿Vives en los campamentos?

El muchacho asintió. Partieron juntos, y Hassan se puso cada vez más ansioso a medida que ascendían el tramo final del Camino Sagrado. Habían construido la Ciudad Alta de Palas Athos en la ladera de una montaña: tenía tres niveles, uno encima del otro como una corona imponente. La Puerta Sagrada les dio la bienvenida al nivel más alto, sobre el cual se desplegaba el ágora, que dominaba toda la ciudad.

Arriba, el edificio de mármol del Templo de Palas resplandecía, más grande que cualquiera de los templos de Nazirah. Los amplios escalones blancos conducían por la ladera hasta el pórtico

del templo, enmarcado por filas de columnas. La luz se derramaba del interior como si las enormes puertas fueran faros.

Era una de las seis maravillas del mundo. Allí, el fundador de la ciudad, el profeta Palas, había aconsejado a los sacerdotes que gobernaban y había divulgado sus profecías al resto del mundo. Según *La historia de las Seis Ciudades Proféticas*, gente de todo el continente Pélagos peregrinaba hasta el ágora de la Ciudad de la Fe, para consagrarse con aceite de consagración y dejar ofrendas de incienso y ramas de olivo en los escalones del templo.

Pero hacía cien años que los peregrinos no pisaban esa tierra, desde la desaparición de los Profetas. Las estructuras del ágora (los almacenes, los baños públicos, el anfiteatro y las viviendas de los acólitos) habían comenzado a desmoronarse y cubrirse de las malas hierbas y pastos.

Ese día, el ágora estaba repleta de gente y actividades como antes. En las dos semanas posteriores al golpe, los refugiados herati se habían reunido allí bajo la protección del arconte basileus y el Cónclave de los Sacerdotes de Palas Athos. Por eso, Hassan se había marchado de la villa: para ver con sus propios ojos, de una vez por todas, a la gente que había huido de Nazirah, como él. A la gente como ese niño.

El aroma de la leña ardiente inundó el olfato de Hassan cuando él y el niño cruzaron la Puerta Sagrada y entraron en la aldea improvisada. Tiendas, cobertizos y refugios precarios abarrotaban los espacios entre las estructuras derruidas por el tiempo. En el suelo de tierra seca había retazos de tela y escombros. El llanto de los niños y los griteríos de las disputas cortaban el aire. Justo delante, en una estructura con columnas, había una larga fila de personas. Cargaban jarras y cubos llenos de agua, y se movían con cuidado para asegurarse de que no se derramara ni una gota.

Hassan se detuvo, para comprender poco a poco lo que tenía ante sus ojos. No sabía bien lo que había esperado encontrar en el ágora, pero sin duda no se parecía a lo que veía en ese momento. Se avergonzó al recordar los jardines hermosos y las habitaciones palaciegas de la villa de su tía, mientras que allí, a poco más de un kilómetro de distancia, su pueblo vivía atestado entre ruinas destartadas.

Sin embargo, incluso en medio del desorden y la superpoblación, Hassan se sintió más cerca de su tierra natal. La multitud estaba compuesta por los colonos del desierto, de tez oscura, y los habitantes del delta, como él, de tez cobriza. De pronto, advirtió que nunca podría haber entrado con tanta espontaneidad a un lugar como ese en su país. Había celebraciones, como el Festival de la Llama y el Festival del Diluvio, por supuesto, pero incluso en esas ocasiones Hassan y la corte real se mantenían lejos del bullicio y de las multitudes, y observaban los eventos desde los escalones del palacio o la barcaza real en el río Herat.

Una mezcla de alegría y una extraña sensación de temor se apoderaron de él. No solo era la primera vez que veía a su pueblo desde el golpe, también era la primera vez que los veía como si fuera uno más.

—¡Azizi!

Una voz frenética se alzó en el estruendo de la multitud que rodeaba la fuente. Una mujer con trenzas de cabello oscuro fue corriendo hacia ellos, seguida de otra, de cabellos grises, que llevaba a un bebé a la cadera.

Azizi corrió a paso lento hacia la mujer de cabellos negros, que sin duda era su madre. Ella lo envolvió en un gran abrazo. Luego se alejó y comenzó a gritarle, con lágrimas en los ojos, antes de darle otro abrazo interminable.

—Lo siento, mamá. Lo siento —escuchó Hassan mientras se acercaba. Azizi parecía apenado.

—¡Te dije que no salieras del ágora! —le regañó su madre—. Te podría haber sucedido

cualquier cosa.

Azizi parecía esforzarse para aguantar las lágrimas y demostrar valentía.

La mujer mayor caminó hasta Hassan.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En el mercado, justo al otro lado de las puertas —respondió él—. Estaba comprando cordero.

La mujer hizo un ruido por lo bajo cuando el niño trató de escabullirse de su abrazo.

—Es un buen niño. —Después, le preguntó abruptamente—: ¿También eres refugiado?

—No —contestó Hassan enseguida, diciendo una mentira—. Solo estaba en el lugar correcto en el momento justo.

—Pero eres herati.

—Sí —dijo Hassan, tratando de no despertar sospechas—. Vivo en la ciudad. He venido aquí para averiguar si había más noticias de Nazirah. Tengo familia allí. Necesito saber si están a salvo.

—Lo siento mucho —respondió la mujer, con un tono que expresaba preocupación—. Somos muchos los que no sabemos lo que les pasó a nuestros seres queridos en casa. Los Testigos han detenido casi todos los barcos que entran y salen del puerto. La única información que tenemos proviene de los que lograron escapar al este, al desierto y al mar del Sur.

Hassan sabía exactamente lo que se sentía. En sus aposentos en la villa, tenía una libreta con encuadernación de cuero donde apuntaba la escasa información que iba obteniendo sobre lo que sucedía en su ciudad. Todavía no sabía lo que les había pasado a sus padres. Tampoco sabía si su tía estaba al tanto o si le ocultaba la verdad para protegerlo.

Él no quería que lo protegieran. Solo quería saber, de una manera u otra. Se armó de valor para preguntar:

—¿Qué sucedió con el rey y la reina? ¿Hay noticias de ellos?

—El rey y la reina siguen con vida —dijo la mujer—. El Hierofante los tiene cautivos en algún lugar, pero los han visto en público al menos dos veces desde el derrocamiento.

Hassan suspiró. Se sintió mareado. Estaba desesperado por escuchar esas palabras. Sus padres estaban vivos. Todavía estaban en Herat, aunque a merced del líder de los Testigos.

—No hay novedades sobre el príncipe —continuó la mujer—. No se lo ha visto en Nazirah desde el derrocamiento. Ha desaparecido por completo. Pero muchos pensamos que sobrevivió, que se las ingenió para escapar.

Fue solo una casualidad que Hassan no estuviera en su habitación cuando el Hierofante atacó el palacio. Se había quedado dormido en la biblioteca, mientras leía *La caída del Imperio Novogardiano*, y los gritos y el olor acre del humo lo habían despertado. Uno de los guardias de su padre lo había encontrado allí y lo había sacado a escondidas por los muros del jardín. Lo había llevado hasta el puerto, diciéndole que su madre y su padre lo esperaban en uno de los barcos. Cuando Hassan se dio cuenta de que el guardia le había mentado, ya estaba en el mar, lejos de la ciudad y del faro que se alzaba vigilante sobre el puerto.

—¿Qué hizo el Hierofante con el rey y la reina? —preguntó Hassan.

La mujer sacudió la cabeza.

—No lo sé. Algunos dicen que los mantiene con vida para aplacar al pueblo. Otros dicen que los usa para demostrar su poder, tanto a sus seguidores como a los que tienen la Gracia en Nazirah.

—¿Su poder? —repitió él, con la sensación de que ella se refería a algo más que al control que el Hierofante parecía tener sobre sus seguidores.

—Los Testigos afirman que el Hierofante puede impedir que los Agraciados usen sus habilidades, basta con que estén ante la presencia del Hierofante para que pierdan sus poderes. Sus seguidores creen que, si demuestran lealtad, el Hierofante les enseñará cómo hacerlo.

Hassan apretó la mandíbula. La idea de que su madre y su padre fueran sometidos a ese espectáculo lo llenó de ira. No podía evitar imaginar a su madre, orgullosa y alta, negándose a ceder, y a su padre, amable y reflexivo, ocultando su propio miedo por el bien de su pueblo. El Hierofante, de pie ante ambos, su rostro oculto tras aquella máscara.

Él nunca había puesto los ojos en el hombre que le había arrebatado su país, pero otros le habían contado de la máscara que llevaba: era dorada y tenía un sol negro tallado en el centro de la frente. Escondía su rostro y su identidad.

A lo largo de los últimos cinco años, los informes habían creado una imagen clara del enmascarado. Un extranjero, que predicaba en las regiones orientales de Herat. Un hábil orador, capaz de silenciar a la gente con un gesto o de incitar un motín con una palabra. Se decía que el Hierofante había sido acólito del Templo de Palas, pero había dado la espalda a los Profetas y comenzado a transmitir su propio mensaje. Él enseñaba a los ciudadanos que los poderes de las Gracias eran antinaturales y peligrosos. Mediante su mensaje, convocaba a quienes estaban ansiosos por responsabilizar a los Agraciados por todos los males que sufrían en la vida.

Hassan todavía recordaba la preocupación de su padre cuando comenzaron a llegar relatos de violencia contra los Agraciados de todos los rincones del reino, e incluso de Nazirah. En cada ataque, los perpetradores afirmaban lo mismo: el Hierofante les había dicho que profanaran el templo del pueblo. El Hierofante les había dicho que quemaran la casa del sanador. El Hierofante les había dicho que, de esa forma, purificarían el mundo.

El Hierofante.

—Deberías hablar con los acólitos herati —dijo la mujer, y señaló el Templo de Palas—. Han estado ayudando a los otros refugiados. Si tu familia llegó hasta aquí, ellos lo sabrán.

Hassan abrió la boca para agradecerse, pero entonces un alarido que le hizo temblar hasta los huesos atravesó el aire. Las personas que estaban alrededor se quedaron inmóviles. Sin detenerse a pensar, Hassan corrió entre la multitud, en dirección al templo. Dos muchachos pasaron junto a él, a toda velocidad, en dirección opuesta.

—¡Buscad a los centinelas! ¡Buscad a los centinelas! —gritó uno de ellos.

Cada vez más alarmado, Hassan se apresuró hasta alcanzar la escalinata del Templo de Palas. Allí se había reunido una multitud, como si todos quisieran subir a la entrada.

—¡Atrás, viejo! —gritó una voz desde lo alto de los escalones.

Hassan estiró el cuello para ver quién había hablado. Una veintena de hombres estaban apostados en los escalones del templo, con martillos, palos y garrotes. Llevaban túnicas con estampados negros y dorados en los puños y el dobladillo, y las capuchas hacia atrás para revelar el cabello corto. El que había hablado tenía barba, corta y gris.

Eran Testigos, seguidores del Hierofante. Con solo verlos, la ira hirvió dentro de Hassan, y de pronto se encontró abriéndose paso a empujones a través de la muchedumbre, hasta los pies del templo. En lo alto de los escalones, frente a los Testigos, había un anciano vestido con el quitón dorado pálido y verde claro de los acólitos herati.

—Este templo es un refugio sagrado para los necesitados —dijo el anciano, con voz más calma que la del Testigo de barba—. No dejaré que lo profanéis en nombre de vuestras mentiras y vuestro odio.

—Las únicas personas que buscan refugio aquí son los Agraciados —gruñó el Testigo de barba—. Contaminan la energía sagrada del mundo con sus poderes antinaturales.

Estas últimas palabras parecían estar dirigidas a los otros dos Testigos. Eran más jóvenes. Uno, bajo y de rostro redondo; el otro, alto y escuálido. El más bajo tenía un pico entre sus manos temblorosas. Se lo veía un poco asustado. Pero el alto estaba inquietantemente sereno, excepto por sus ojos grises, que brillaban de emoción. En lugar de una túnica negra y dorada, llevaban un hábito blanco. Eran iniciados, no Testigos.

El resto parecía estar esperando a que ellos avanzaran.

El Testigo de la barba alzó la voz al retomar su discurso.

—Esta ciudad es la prueba de la corrupción de los Agraciados. Los hombres que se hacen llamar sacerdotes pasan su tiempo complaciendo los vicios de la carne y exigiendo tributo a los ciudadanos. Una se dedica a asesinar y anda sin control por las calles, robando vidas. Y ahora han venido estos cobardes, huyendo del Inmaculado y su verdad.

«El Inmaculado». Hassan conocía esa frase. Así llamaban los Testigos al Hierofante.

—El Día del Juicio se aproxima —dijo el Testigo de barba—. Pronto, los reyes corruptos y los falsos sacerdotes caerán, al igual que la abominación que ocupaba el trono de Herat. Y el Inmaculado premiará a sus seguidores, incluso a sus nuevos discípulos. Quienes demuestren su compromiso con el mensaje del Hierofante tendrán el honor de llevar su marca. —Se levantó la manga. Grabado en el dorso de su mano varicosa tenía el símbolo de un ojo con un sol negro por pupila—. Esta es la oportunidad de probar vuestra devoción a nuestra causa y ganar vuestra marca. Haced que estas abominaciones teman su nombre. Revelad la verdad de su corrupción. ¡Reveládsela a todos para que no puedan ignorar lo que sucede!

Los otros Testigos siguieron el ejemplo del hombre y se levantaron las mangas para mostrar la misma marca carbonizada en la piel. El viejo acólito se acercó al iniciado de rostro redondo.

—No estás obligado a hacerlos —dijo con amabilidad—. El Hierofante predica mentiras, pero no tienes por qué escucharlas.

El iniciado de rostro redondo se aferró al pico, y enseguida dirigió la mirada del líder a la multitud que estaba detrás de él.

A su lado, el escuálido miró con desprecio al acólito.

—Tus Profetas fueron los que predicaron mentiras. Yo demostraré mi devoción al Inmaculado.

Sin decir otra palabra, se acercó al acólito y lo golpeó en la cara. El impacto fue tan fuerte que el viejo cayó de rodillas.

La multitud gritó. La sangre de Hassan se aceleró en sus venas, urgiéndolo a subir los escalones. El escuálido se dio la vuelta y escupió sobre el acólito. La furia inundó a Hassan cuando tomó al iniciado por el hábito y le dio un puñetazo en la nariz.

Oyó a la multitud ahogar un grito cuando el iniciado trastabilló.

El Testigo de la barba se paró frente a él y se abalanzó sobre Hassan.

—¿Quién, en nombre del Hierofante, eres tú?

—Alguien a quien no debes hacer enfadar —respondió Hassan—, aunque ya es demasiado tarde.

Tenía ganas de pelear, y los Testigos parecían dispuestos a cumplir su deseo. Eran parientes de los fanáticos que habían tomado su reino y encarcelado a sus padres. Y era lo más cerca que estaría del Hierofante, por el momento.

El escuálido se le acercó, con una mueca de burla en los labios.

—Más escorias de la Gracia que imponen su poder perverso sobre el resto. Tus Profetas te maldijeron cuando te dieron la Gracia.

Hassan se sonrojó de rabia y vergüenza. Porque Hassan no tenía el poder de la Gracia. Pero no por eso sentía menos ira hacia los Testigos y su ideología distorsionada. Quería corregir al

iniciado y, al mismo tiempo, quería infundirle miedo, que pensara que era uno de los elegidos.

En las Seis Ciudades Proféticas y más allá, los Agraciados eran venerados por sus habilidades. Los Profetas habían otorgado sus poderes a los primeros. Aunque cada año nacían solo unos pocos miles, muchos de ellos ocupaban cargos de poder. Todas las reinas y los reyes que habían ocupado el trono de Herat hasta ese momento habían tenido la Gracia. Hassan había pasado gran parte de su vida deseando que una de las Cuatro Gracias corporales se manifestara en él. Para poder sanar con la Gracia de la Sangre o adivinar con la Gracia de la Vista. Para ser como su padre, con la Gracia de la Mente, capaz de crear objetos imbuidos de *esha* sagrado, capaz de cosas maravillosas. O como su madre, cuya Gracia de Corazón la hacía tan fuerte como un buey, tan veloz como una víbora, capaz de ver en la oscuridad y escuchar un latido a mil metros de distancia.

A medida que pasaban los años, Hassan se desesperaba cada vez más. Si bien se sabía que la Gracia se manifestaba hasta los diecisiete, en sus padres y abuelos la revelación había llegado antes de los doce. Ahora, a los dieciséis, Hassan hacía tiempo que había abandonado toda esperanza de recibir la Gracia. Las palabras del iniciado habían traído la vergüenza de la infancia a la superficie.

Hassan arremetió contra el escuálido, impulsado por pura furia, con los brazos estirados, las manos listas para apretar la garganta del iniciado. Pero algo lo golpeó en un costado, y cuando Hassan se giró, vio al iniciado bajo y de rostro redondo.

Le asestó otro golpe a Hassan. Él se agachó y se apoyó en una rodilla. Cuando levantó la mirada, vio que el escuálido estaba sujetando al viejo acólito por la túnica.

—¡El Inmaculado conocerá el poder de mi devoción! —exclamó el escuálido, sacando un cuchillo reluciente de su cinturón—. ¡Los Profetas desaparecieron, y los Agraciados los seguirán!

—¡No! —gritó Hassan y se lanzó hacia él.

Empujó al acólito, para apartarlo, y se abalanzó sobre el escuálido para derribarlo. Pero el iniciado se apartó a tiempo y se volvió hacia Hassan, con la hoja destellando en su mano. Aunque a Hassan le faltaban la velocidad y la fuerza de la Gracia, su madre le había enseñado a defenderse. Giró sobre sus talones y trató de arrebatarle el cuchillo. La hoja se hundió justo debajo del codo y cortó la carne de su brazo desnudo. Sintió el dolor abrasador, pero no perdió la concentración. Con la otra mano, alcanzó el cuchillo y lo alejó.

El escuálido y Hassan estaban en punto muerto: cada uno jalaba del cuchillo en alto. La sangre caliente goteaba del hombro de Hassan, y todo su brazo palpitaba y ardía de dolor. Miró a los ojos abiertos del iniciado. La rabia profunda y violenta que había contenido durante las dos últimas semanas recorrió a Hassan mientras arrancaba el cuchillo de las manos de su oponente.

Miró la hoja que tenía en la mano, vencido por el impulso de hundirla en el corazón del iniciado. Como si pudiera hacerle pagar con sangre por el sufrimiento que los Testigos y su líder habían causado en su tierra. Pero antes de que pudiera actuar, un ataque por detrás lo abatió. El cuchillo cayó al suelo con un estrépito, y el mundo comenzó a girar cuando Hassan se estrelló contra los escalones del templo. Levantó los brazos para protegerse mientras los otros Testigos avanzaban, blandiendo sus armas.

Pero el ataque que esperaba nunca llegó. Hassan escuchó un gruñido agudo y el sonido de tres cuerpos que daban contra los escalones de mármol.

Cuando levantó la mirada, solo vio la luz.

En los escalones, en medio de tres Testigos tendidos, había una chica. Sin duda, era herati, más baja que Hassan pero musculosa, de tez morena y piel suave, y de cabello negro y grueso recogido en un moño. Tenía las sienes rapadas, al estilo de los legionarios herati. Vio que la luz cegadora

era el reflejo del sol de la tarde en la cimitarra que ella sostenía.

Otros dos guerreros herati la flanqueaban, mirando amenazantes a los Testigos, que enseguida emprendieron la retirada.

—Marchaos ya de aquí —dijo, en voz grave e imperiosa, a los Testigos que estaban en la escalinata—. Si volvéis a pisar este templo, será el último lugar al que vayáis.

Los Testigos, que parecían bastante audaces frente al acólito y a los refugiados desarmados, no estaban tan dispuestos a enfrentarse a los legionarios herati, que tenían el poder de la Gracia y blandían espadas. Bajaron la escalinata del templo y se dispersaron, mirando por encima del hombro mientras huían.

Solo el Testigo de la barba se quedó allí. Bajó los escalones poco a poco.

—¡El Día del Juicio llegará para todos vosotros! —exclamó con furia ante la multitud antes de alejarse del templo, como los demás.

—Los has espantado —le dijo uno de los otros guerreros a la chica.

Ella sacudió la cabeza.

—Volverán, igual que las ratas. Pero estaremos preparados.

—Mira —dijo el otro guerrero, señalando los escalones del templo—. Los centinelas está aquí. Justo a tiempo para perderse toda la acción.

Hassan se volvió y vio los uniformes de color azul claro de los centinelas de la ciudad, que tan bien conocía. Marchaban entre la multitud que comenzaba a dispersarse. En la época de los Profetas, la ciudad y el Templo de Palas estaban protegidos por los Paladines de la Orden de la Última Luz, los soldados con la Gracia que servían a los Profetas. Pero la Orden desapareció junto con los Profetas, y ahora la protección de la ciudad recaía en los centinelas, una fuerza improvisada de mercenarios y asesinos a sueldo, sin el poder de la Gracia.

—¿Estás bien? —preguntó la chica.

Hassan tardó un momento en darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a él. Vio que la chica observaba su brazo. Estaba cubierto de sangre que comenzaba a secarse.

—No es más que un rasguño —respondió él.

La furia había mantenido el dolor a raya, pero al ver la herida de pronto se sintió mareado. El latido de su ira se había silenciado y apenas se dejaba oír. Supo que estaba a punto de entrarle un dolor de cabeza.

—Lo que has hecho ha sido muy estúpido —dijo ella. De un único movimiento, enfundó la cimitarra en su cinturón—. Estúpido, pero valiente. —El estómago de Hassan dio un vuelco. Ella agregó, inclinando la cabeza—: No te había visto antes en los campamentos.

—No soy uno de los refugiados —respondió enseguida—. Soy estudiante.

—Estudiante —repitió ella—. El Akademos está bastante lejos de aquí, ¿no?

Hassan se salvó de tener que dar más explicaciones cuando el viejo acólito apareció a su lado.

—¡Emir! —exclamó la chica—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy perfectamente bien, Khepri. No hay necesidad de preocuparse —respondió el acólito, desestimando su pregunta. Luego, se volvió hacia Hassan—. Creo que se te ha caído algo. Extendió la mano.

—¡Mi brújula! —dijo Hassan mientras la aferraba.

—He notado que indica una orientación inusual —dijo Emir—. Señala el faro de Nazirah, ¿no es así?

Hassan asintió con un movimiento lento. El faro era el símbolo de Nazirah la Sabia, la Profeta que le había dado nombre a la capital de Herat, y cuya profecía llevó a su fundación.

El padre de Hassan le había dado la brújula en su cumpleaños número dieciséis. Le había dicho

que sabía que Hassan mantendría la brújula a salvo y, cuando llegara el momento, también mantendría el reino a salvo. Hasta ese momento, Hassan había pensado que jamás sucedería a su padre en el trono de Herat.

«No puedo», había respondido Hassan con la voz ahogada. «No soy... yo no recibí la Gracia. Aunque los eruditos dicen que aún hay tiempo para que se manifieste, ambos sabemos que es demasiado tarde».

Su padre había recorrido el faro grabado en la brújula con el pulgar.

«Cuando la profeta Nazirah fundó esta ciudad, tuvo una visión de este faro, un faro para el aprendizaje y la razón. Vio que mientras el faro de Nazirah estuviera en pie, la casa Seif gobernaría el Reino de Herat. Tu Gracia podría manifestarse mañana. O nunca. Pero con o sin Gracia, eres mi hijo igual, el heredero de la casa Seif. Si alguna vez pierdes la fe en ti mismo, esta brújula te ayudará a encontrarla».

Con las palabras de su padre haciendo eco en su cabeza, Hassan guardó la brújula y se encontró con la mirada curiosa del acólito. ¿Era tan solo interés lo que brillaba en sus ojos, o algo más? ¿Había reconocido a Hassan?

—¿Nazirah? —dijo la chica—. ¿Eres de allí?

—Es de mi padre —respondió Hassan, sin mentir—. Nació allí.

El recuerdo de su padre le oprimió el pecho. ¿Qué diría él si pudiera ver cómo había reaccionado el príncipe? La vergüenza lo inundó: se había dejado dominar por la ira con demasiada facilidad.

—Debería irme.

—Deberías ver a un sanador —dijo la chica—. Hay algunos en los campamentos. Estoy segura de que se ocuparían de tu brazo con mucho gusto, especialmente si supieran lo que...

—No —intervino Hassan—. Gracias. Es muy amable, pero ya es hora de que regrese.

La tarde poco a poco daba lugar al frío de la noche, y Hassan sabía que tenía menos de una hora antes de que los sirvientes de su tía lo llamaran a cenar y se dieran cuenta de que no estaba en su habitación. Necesitaba tiempo para volver y ocultar la herida.

—Bueno —dijo el acólito amablemente—, quizás nos visites en otra ocasión.

—Sí —respondió Hassan, con los ojos clavados en la chica—. Lo intentaré.

Se alejó del templo y regresó al Camino Sagrado. Pero cuando llegó a la puerta, se volvió y miró el ágora y los campamentos improvisados a los pies del Templo de Palas. Detrás del templo, el sol se ponía en el brillante mar turquesa, y Hassan vio aparecer las primeras fogatas, y el fuego que cobraba vida enviaba humo al cielo como si fueran plegarias.

Capítulo Tres

ANTON

Algo había sucedido en los Jardines de Thalassa.

Siempre había más centinelas en las calles una vez que Anton cruzaba las puertas que separaban la Ciudad Baja de la Ciudad Alta. Pero ese día eran aún más. Había decenas de centinelas, con uniformes azul pálido adornados con un olivo blanco, a los lados de las tabernas y baños públicos que bordeaban la Plaza Elea. Todo un escuadrón hacía guardia en la entrada de Thalassa, con espadas a los costados.

Anton se abrió paso entre comerciantes que susurraban y otros curiosos hasta un pequeño grupo de personas que vestían el mismo uniforme verde oliva que él.

—Por fin has llegado —canturreó por lo bajo una voz alegre. Alguien tomó a Anton por la muñeca y lo llevó hasta el muro externo de los Jardines de Thalassa—. Has elegido un pésimo día para llegar tarde al trabajo.

—Despacio, Cosima —le dijo Anton a su compañera de servicio, sorprendido—. ¿Qué está pasando?

Cosima dio una calada a su cigarrillo de valeriana y sopló un humo espeso en la cara de Anton, mientras una chispa se encendía en sus ojos color castaño claro.

—Ha habido un asesinato.

—¿Qué? ¿Aquí? —preguntó Anton—. ¿Un comensal?

Cosima asintió y tiró la ceniza de su cigarrillo.

—Un sacerdote, Armando Curio.

—¿Quién?

Ella puso los ojos en blanco.

—Claro, olvidaba que no eres de por aquí. Curio es uno de los sacerdotes del Templo de Palas, pero tiene una reputación especial.

Los Jardines de Thalassa no eran ajenos a los miembros de la clase sacerdotal de mala reputación. Desde la fundación de la ciudad, las salas de juego, los burdeles y otras actividades impías se habían restringido a la Ciudad Baja, donde vivía Anton. La Ciudad Alta, donde vivían los sacerdotes y las clases superiores, debía ser un modelo de virtud y piedad. Quizás alguna vez lo hubiera sido. Pero, en la actualidad, los sacerdotes solo parecían interesados en enriquecerse, en complacer sus propios vicios y darse lujos en lugares como los Jardines de Thalassa, lugares donde esas indulgencias se escondían bajo un manto de dignidad.

Cosima le dio otra calada al cigarrillo.

—Supongo que no es sorprendente que lo hayan elegido.

Anton la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con «elegido»?

—Se rumorea —dijo ella, con el tono despreocupado que usaba cuando quería que él estuviera pendiente de cada una de sus palabras— que fue la Mano Pálida quien lo mató.

—¿Quién cuenta esos rumores?

Cosima agitó una mano con desgana para disipar el humo.

—Stefanos dice que los vio sacar el cadáver y tenía la huella de la Mano Pálida alrededor de la

garganta, como las víctimas de Tarsépolis.

—Stefanos es un idiota —comentó Anton automáticamente.

Pero sentía comezón en todo el cuerpo. Era la primera vez que oía hablar de la Mano Pálida en Palas Athos, pero había habido rumores de muertes misteriosas, marcadas por una sola huella pálida, cuando vivía cerca de Tarsépolis. Sabía que circulaban noticias similares en Charis, desde hacía casi cinco años.

Todos opinaban lo mismo: que la Mano Pálida mataba solo a aquellos que lo merecían.

—¿Por qué crees que lo eligió? —preguntó Anton—. ¿Qué hizo?

—Lo mismo de siempre —respondió Cosima. «Lo mismo de siempre» era saquear las riquezas de los templos para organizar reuniones lujosas donde los sacerdotes comían y bebían, y usar a los hombres y mujeres que les llamaban la atención—. Y es todavía peor. Curio tiene la Gracia de la Mente, y todos decían que tenía talento para la alquimia, pero no la usaba para hacer remedios ni tinturas de la suerte. Se comenta que la especialidad de Curio era una poción que vuelve a la gente dócil y obediente. Dicen que solía ir a la Ciudad Baja en busca de chicos y chicas, y les decía que habían sido elegidos para servir en el templo. Luego, los drogaba con ese brebaje y, bueno...

El estómago de Anton se contrajo. Sabía las cosas terribles que los poderosos hacían a los vulnerables.

—¿Qué andáis susurrando vosotros dos?

Anton se dio la vuelta y vio nada menos que a Stefanos acercándose. Torpe y vanidoso, Stefanos trabajaba como asistente personal en Thalassa. A los clientes, Stefanos les caía tan simpático como el resto del personal lo detestaba. Se pasaba el rato estorbando en las cocinas, exigiendo probar la comida para asegurarse de que estaba a la altura de sus comensales y jactarse del sacerdote o comerciante rico al que le tocaba asistir esa noche. Tenía una sola buena cualidad: su tendencia a perder grandes sumas de dinero durante los juegos de canbarra que el personal organizaba después del trabajo.

No le sorprendió a Anton que Stefanos usara el asesinato para darse importancia.

De todos modos, tenía curiosidad.

—Cosima me ha contado que viste el cuerpo.

Stefanos miró a Anton, sus labios gruesos formaron una sonrisa.

—Ah, ¿sí?

—¿Y bien? —preguntó Anton, levantando las cejas—. ¿Es verdad?

Stefanos rodeó el hombro de Anton con su brazo.

—Mira, he visto muchas cosas horribles mi vida, pero lo que vi allí... Fue, de lejos, la cosa más horrorosa que he visto en mi vida, en nombre de Tarseis. El tipo no tenía ni un rasguño. Solo una marca, y estaba... —Hizo un gesto con el dedo, como si le cortaran el cuello—. Me hizo pensar que tal vez es hora de que tomemos conciencia de lo peligrosos que son los que tienen la Gracia.

Anton no pudo evitar estremecerse.

—Eres un idiota —le dijo Cosima a Stefanos, haciéndose eco de las palabras de Anton.

Stefanos la miró con una mueca de desprecio.

—Lo entenderías si lo hubieses visto.

—Parece que estás listo para afeitarte la cabeza como los demás fanáticos encapuchados —dijo Cosima, mientras soltaba otra bocanada de humo.

—Los Profetas ya no están aquí para frenar los excesos de la Gracia —agregó Stefanos—. Hemos visto lo que hacen los sacerdotes aquí, solo porque tienen la Gracia y piensan que son

mejores que nosotros. Y ahora hay personas como la Mano Pálida, que anda por ahí, matando a quien quiere con sus poderes antinaturales.

—Pero ¿estás diciendo que Curio se lo merecía o que habría que detener a la Mano Pálida? —preguntó Cosima deliberadamente.

Los ojos de Stefanos se encendieron.

—Estoy diciendo que tal vez los Testigos tengan razón. Quizás ha llegado el momento de deshacerse de las Gracias.

De pronto, Anton sintió que se le cerraba la garganta. Stefanos era irritante, pero nunca le había tenido miedo. Pero ahora, la expresión oscura de Stefanos le daba escalofríos. No sabía que Anton estaba entre las personas que él y los Testigos querían borrar del planeta. Que, como los sacerdotes de Palas Athos y la Mano Pálida, Anton tenía la Gracia.

Cosima le dio un puñetazo a Stefanos en el hombro.

Él se echó hacia atrás y se sujetó el brazo.

—¡Ay! ¿Por qué me has pegado?

—Para que dejes de decir tonterías —respondió Cosima—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Vas a quemar un santuario para demostrar tu devoción al Hierofante? Dicen que para unirse a los Testigos hay que cometer un acto de violencia contra los Agraciados.

—Se están enfrentando a los Agraciados —dijo Stefanos—. Alguien tiene que hacerlo.

—¿En serio? —Cosima contestó—. ¿Y qué hay de lo que dijo Vasia la semana pasada en el juego de canbarra? Sobre el hombre que asesinó a sus propios hijos Agraciados en medio de la noche para demostrar su valor ante los Testigos. ¿O crees que esos niños se lo merecían?

—No es más que un rumor —se burló Stefanos—. No es verdad.

—Vamos —dijo Cosima mordazmente—. El Hierofante hace que sus seguidores se tatúen ojos en la piel y los convence de que los Agraciados están corrompiendo a la sociedad. ¿De verdad crees que uno de esos fanáticos no podría hacer algo así?

—No me interesa —contestó Stefanos.

Volvió a hacer una mueca de desprecio y se marchó a entretener a otros empleados de Thalassa con su relato. Cosima echó un vistazo a Anton mientras Stefanos se retiraba, y en sus rasgos angulosos se dejó entrever la preocupación que sentía.

Anton sonrió apenas.

—Ese tipo es un idiota.

—Era obvio que iba a creer todas las mentiras que predicán los Testigos —dijo Cosima mientras lanzaba la colilla del cigarrillo al suelo—. Son iguales que él: inventan tonterías para llamar la atención y se desviven por ganarse el favor de quienes afirman tener poder.

—Sí —dijo Anton, lanzando una carcajada.

Sonó falsa a sus oídos, pero Cosima no pareció notarlo.

—Vamos. —Ella le dio un golpe suave en la cabeza, jugando—. Entremos antes de que nos regañen, o de que me regañen a mí. No sé por qué a ti nunca te dicen nada.

Anton se agachó para evitar la mano de Cosima.

—Es porque le caigo bien a todo el mundo.

—No lo entiendo.

El sonido alegre de los preparativos para la cena los acompañó mientras se abrían camino por la cocina hasta los lavabos de los camareros. Anton abrió el grifo de cobre para que el agua caliente llenara el fondo del lavabo mientras intentaba apartar de sus pensamientos a la Mano Pálida y los Testigos. No tenía de qué preocuparse. Nadie en la ciudad sabía que él había recibido la Gracia y no tenían por qué enterarse.

—¡Anton! —dijo alguien alegremente junto a él—. Te estaba esperando.

—Ah, ¿sí? —preguntó Cosima con fingida sorpresa.

Las mejillas redondas de Darius se sonrojaron de inmediato. Darius, el camarero más nuevo y más joven de los Jardines, se había pegado como una lapa a Anton enseguida. A Anton no le habría molestado si no fuera porque Darius parecía volverse pésimo en el trabajo cuando él estaba cerca. No pasaba un día sin que dejara caer una bandeja o chocara contra una mesa en presencia de Anton.

—Es que hay... hay una clienta —tartamudeó Darius, evitando la mirada de Anton—. Ha preguntado por ti.

—¿Una *clienta* pregunta por Anton? —se jactó Cosima, encantada—. ¿Qué tipo de clienta?

Aparte de los clientes habituales que iban en busca de una cena y algo más, nadie había ido a los Jardines en busca de Anton. Era una decepción sin fin para Cosima, que siempre disfrutaba entrometiéndose en los asuntos ajenos.

—Mmm —dijo Darius, mordiéndose el labio inferior—. Una mujer que parece rica.

—Por supuesto que es rica —replicó Cosima despectivamente—. ¿Qué quería?

—No lo sé.

Darius miró a Anton como si sospechara que él tenía la respuesta. Anton miró la espuma entre sus dedos.

—Gracias, Darius. —Se volvió y le ofreció su sonrisa más encantadora—. Será mejor que te vayas. No quiero que Arctus te regañe por mi culpa.

Darius asintió y sus mejillas se sonrojaron aún más. Cuando se escabulló, chocó contra una bandeja de postres bañados en miel.

Anton trató de levantar la toalla para secarse las manos, pero Cosima se apresuró y se la arrebató antes de que pudiera alcanzarla.

—¿Quién es esa clienta, eh? ¿Me estás ocultando cosas? ¿Participas en alguna «iniciativa laboral» después del trabajo?

—¿Un chico respetable como yo? —dijo Anton, con expresión inocente, mientras arrancaba la toalla de las manos de Cosima.

—¿No me vas a contar nada?

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Anton mientras arrojaba la toalla en la cesta.

—Creía que mi aire misterioso te resultaba encantador.

—Me confundes con Darius —resopló Cosima—, ese pobre muchacho enamorado.

—Te veré en el juego de canbarra esta noche —dijo Anton y le guiñó un ojo mientras pasaba a su lado.

Antes de que ella pudiera contestar, volvió a entrar a la cocina, esquivando a un camarero que llevaba una bandeja con canastas apiladas de pan de pita, y se abrió paso hasta las puertas. Las luces incandescentes brillaban sobre el patio lleno de mesas y sillas. Puentes y pasarelas de mosaicos se cruzaban sobre las fuentes de varios niveles, bajo árboles de hojas anchas y doseles de telas rosa claro y dorado.

Al entrar a los jardines, sintió el zumbido familiar y profundo que siempre lo envolvía en las multitudes. Se preparó para recibir la embestida del *esha* que emanaba de cada una de las personas allí sentadas, de los mercaderes, sacerdotes y dignatarios extranjeros que bebían vino alquímico, de los camareros que los rodeaban con bandejas de cordero glaseado y los bailarines que los entretenían vestidos con sedas brillantes como joyas. Entre la charla cacofónica y la delicada melodía de las liras, estaba aquello: el pulso del mundo que solo Anton era capaz de oír.

Bueno, no solo Anton. Había otros como él que tenían la Gracia de la Vista, aunque pocos que

estuvieran tan en sintonía con las vibraciones de la energía sagrada del mundo. Anton se había acostumbrado a desconectarse, para ignorar el flujo y el reflujo del *esha*, pero esa noche, mientras cruzaba los jardines, decidió dejarse empapar. Buscaba un *esha* en particular.

Lo sintió casi de inmediato: repicaba nítido y agudo. Sabía que pertenecía a la mujer que estaba sentada a la mesa en el rincón más alejado del patio y que lo observaba acercarse con los ojos entrecerrados.

Nadie más pensaría que esa mujer estaba fuera de lugar en Thalassa, vestida como estaba, con un vestido elegante de color morado y un collar de esmeraldas en su largo cuello. Pero, para Anton, ella destacaba igual que un as de coronas en una mano de canbarra. Estaba igual que la última vez que se habían visto: el mismo cabello negro como la tinta, recogido en un peinado elaborado, el mismo rostro redondo y moreno que no daba ningún indicio de su edad. El mismo *esha*, que sonaba como las campanas de plata.

—¿Cena sola? —preguntó mientras se aproximaba a su mesa.

—En realidad —respondió la mujer—, mi compañero de cena acaba de llegar.

Cuando se conocieron, se hacía llamar señora Tappan, pero Anton ya sabía que ella tenía facilidad para los nombres. No sabía su verdadero nombre, y ella nunca se lo había dado. Tampoco sabía exactamente lo que quería de él. En los días más optimistas, se convencía de que ella buscaba ayudarlo. Más a menudo, pensaba que solo le divertía jugar.

No le molestaba. A Anton le gustaban los juegos.

—¿Qué quieres?

Ella apoyó las manos despacio sobre la mesa de mármol.

—Me han dicho que aquí sirven un cordero exquisito.

—Sabes a qué me refiero.

—He pasado por tu pequeño apartamento anoche. Es encantador —comentó ella, como si no lo hubiera escuchado—. Lamento no haberte encontrado, supongo que estuviste trabajando hasta tarde. —Anton no estaba sorprendido de que la mujer sin nombre lo hubiera ido a buscar a su casa, ni de que ella supiera dónde vivía—. Sin embargo, me pregunto por qué, con este empleo respetable, no has encontrado algo un poco menos... *acogedor*.

—Este trabajo es nuevo —explicó Anton, diciendo una mentira—. Apenas he ganado lo suficiente para pagar mi último mes de alquiler.

Ella entrecerró los ojos, y Anton supo que reconocía la mentira, pero se negaba a darle la satisfacción de decir la verdad en voz alta. Podía pagar habitaciones más bonitas, pero había mantenido su pequeño apartamento en la Ciudad Baja porque sería fácil dejarlo si era necesario. Había vivido allí seis meses y era la primera vez que pasaba tanto tiempo en un mismo lugar desde que era niño, pero eso no quería decir que Palas Athos fuera su hogar.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar.

Ella suspiró, como si la falta de decoro la decepcionara.

—Tráeme un vaso de vino y hablaremos. Algo de Endarrion, si tienes. Ninguna bebida local, aquí el vino es repugnante.

Anton atravesó velozmente el patio, en dirección a la bodega. Antes de bajar las escaleras, se detuvo y analizó si podía salir por la puerta de la taberna al laberinto de calles, donde podría perderla a ella y perderse él mismo.

Daba lo mismo. Ella volvería a rastrearlo.

La primera vez, más de un año atrás, lo había hecho en un burdel, en una ciudad junto al canal, al sur de Tarsépolis. Anton había pasado seis noches seguidas en la mesa de naipes, llenándose los bolsillos con las monedas de los hombres ricos que bebían y apostaban antes de disfrutar de

las atenciones de los chicos y las chicas que estaban en las habitaciones de arriba.

Pero la séptima noche, Anton se había encontrado cara a cara con una mujer elegante que nunca antes había visto.

Incluso entonces, había percibido que su *esha* era diferente, distinto del coro de los demás que zumbaban en la sala de cartas llena de humo. Le había recordado a la plata, brillante pero escurridiza. Ella le había servido un trago y le había repartido una mano de canbarra como si lo hubiera estado esperando. Anton había tratado de levantarse e irse, pero un vistazo veloz reveló a dos guardias que se cernían a los lados.

«Dime», había dicho la mujer. «¿Cuánto dinero has ganado en mi mesa de cartas estas últimas noches?».

«No he hecho trampa», había respondido él con expresión de asombro.

«No he dicho eso. Te he preguntado cuánto has ganado».

«¿Por qué? ¿Quieres hacerme una oferta mejor?».

Ella había levantado una ceja, divertida.

«¿Cómo te llamas?».

«No soy nadie». Bastó con que sonriera para que Anton se sintiera desnudo bajo su mirada. «Anton», había dicho al fin.

«¿Y cuántos años tienes, Anton?».

Su familia nunca había llevado la cuenta. Debía de tener cerca de quince. Sabía que habían pasado aproximadamente cuatro años desde que se había escapado de la casa de su padre y su abuela.

«Los suficientes».

La respuesta le había divertido aún más.

«¿Los suficientes para qué?».

«No creo que hayas venido aquí para regañarme e interrogarme».

«¿Para qué, entonces? ¿Para castigarte?».

«No», había contestado Anton con voz firme, «para usarme».

Recordó que el líquido en su vaso había brillado como latón bruñido cuando ella tomó un sorbo lento.

«¿Y para qué sirves, Anton?».

«Esto es un burdel, ¿no?».

«¿Me estás ofreciendo tus servicios?», le preguntó ella. «¿Seducir a hombres ricos y borrachos, jugar a ser su mascota?».

«¿Qué?», había dicho él con una sonrisa. «¿Piensas que no sirvo para eso?».

Ella se había reído, con una risa que le recordaba su *esha*, clara como una campana.

«Creo que sería más bien un desperdicio de tus habilidades». Un escalofrío subió por la columna vertebral de Anton. «Me has entendido mal. No quiero usarte, Anton. Quiero ayudarte».

«¿Cómo?», había preguntado Anton, sin creerle ni un segundo.

Nadie ofrecía ayuda sin querer algo a cambio. Había aprendido mucho en los últimos cuatro años.

«Este burdel es solo un entretenimiento», había dicho con un gesto de desdén. «Mi verdadera empresa es mi agencia de adivinación».

«Eres una cazarrecompensas».

Ella había chasqueado la lengua.

«No me gusta ese nombre. Suena muy mercenario».

La caza de recompensas era mercenaria. Las agencias de adivinación hacían dinero usando la

Gracia de la Vista para rastrear a los criminales y obtener la recompensa por entregarlos a la ley o a los gobernantes que quisieran llevarlos ante la justicia. Pero también se podía hacer dinero aceptando casos de cualquiera que quisiera encontrar a alguien, criminal o no. Por un buen precio, un cazarrecompensas podría encontrar a cualquier persona, personas que, como Anton, no querían que las encontraran.

«¿Y estás aquí para...?».

El miedo se había agolpado bajo sus costillas al pensar que alguien había enviado a esa mujer para que lo rastreara. Su abuela era demasiado pobre para hacer negocios con una mujer elegante de la ciudad como ella, y mucho menos con una cazarrecompensas. Pero había alguien más que sí podía.

«Nadie me ha dado tu nombre», había dicho ella. «Aunque ahora tengo curiosidad. ¿Quién te buscaría? ¿Un amante despechado, tal vez? Pareces del tipo que no cuida los corazones de los demás».

El pulso de Anton se había quietado.

«Entonces, ¿por qué me dices esto?».

«Ya te lo he dicho, quiero ayudarte». Apoyó el vaso sobre la mesa, se acercó a él y le dijo con una voz que parecía de humo: «Sé quién eres. Es hora de que dejes de esconderte».

Había sentido deseos de salir corriendo y no mirar atrás.

Pero no lo había hecho. No esa noche.

Las liras estaban terminando una canción en Thalassa cuando regresó al patio con una jarra de vino tinto de las afueras de Endarrion. Mientras el aplauso de las mesas resonaba en sus oídos, Anton vertió el vino en un vaso cristalino.

—Siéntate —dijo la mujer sin nombre, y señaló la silla vacía frente a ella.

Anton se sentó incómodo mientras el ruido de los tenedores, las conversaciones indistintas y las primeras notas brillantes de una nueva canción llenaban el silencio entre los dos.

—No hay duda de que este lugar es mejor que los otros basureros —comentó ella con aprobación—. Parece que te está yendo bien. Tienes un trabajo y un techo, y amigos que tienen jefes en lugar de madamas.

Él se encogió de hombros. En teoría, al menos, Anton por fin era un miembro útil de la sociedad.

Ella sonrió, girando su muñeca para que la luz captara el vino tinto en la copa.

—Pero no puedo dejar de sentir que desperdicias tu talento.

Anton dejó escapar un suspiro, casi una risa.

—¿Otra vez lo mismo?

Ella era una de las cuatro personas en todo el mundo que sabían que Anton tenía la Gracia de la Vista. Al fin y al cabo, ella le había dado su primera lección de adivinación. Le había enseñado a concentrarse en las vibraciones de la energía sagrada que lo rodeaba, a arrojar una piedra en un estanque adivinatorio para buscar la frecuencia de un *esha* específico. Había sido su primera y única lección.

—Tengo un trabajo para ti.

—No me interesa —respondió él de inmediato.

—Aún no te he dicho de qué se trata.

—No importa. Ya sabes mi respuesta.

—La sé —respondió ella, al tiempo que bebía un sorbo de vino—. Pero no es un trabajo cualquiera. Tú eres el único que puede hacerlo.

La Gracia de la Vista era la más rara de las Gracias, e incluso, la mayoría de quienes la poseían

tenían habilidades de investigación limitadas. Pero antes de que le diera a Anton su primera y única lección, ella le había dicho que veía en él una capacidad de gran poder, tal vez incluso mayor que el suyo. A veces, él pensaba que podía sentir ese poder, también. Era capaz de percibir el *esha* sin intentarlo, capaz de saber si alguien tenía la Gracia, capaz de diferenciar las frecuencias con facilidad. Tenía una habilidad instintiva.

—Sabes bien que no puedo hacerlo —respondió Anton—. Lo sabes desde ese día.

El día en que ella había intentado poner a prueba su capacidad, y Anton había terminado con los pulmones llenos de agua y la constatación de que su poder estaba ensombrecido por otra cosa: las pesadillas que lo habían devuelto al pasado que creía haber dejado atrás, las que aparecían cada vez que Anton intentaba usar su Gracia. La mujer sin nombre había visto lo que le habían hecho, lo había sacado de las aguas adivinatorias y lo había visto jadear para recuperar el aliento.

Después, Anton comenzó a huir de nuevo, aunque supiera que ella podía encontrarlo una y otra vez, usando su Gracia. Una y otra vez. Al fin y al cabo, era su trabajo. En los canales de La Valeta, en ciudades al norte y al sur de la costa de Pélagos, y ahora en Palas Athos. No dudaba de que ella lo perseguiría por las Seis Ciudades Proféticas si tuviera que hacerlo. Las visitas de la mujer sin nombre no le sorprendían. No confiaba en ella, pero, en los últimos años, se había convertido en una de las únicas personas con las que podía contar. Antes de ella, lo único invariable de su vida había sido dejarla atrás.

Cada vez que lo encontraba, le hacía la misma propuesta: enseñarle a manejar su Gracia. Cada vez, Anton daba la misma respuesta.

Desde ese día en el estanque adivinatorio, había hecho todo lo posible para construir un muro entre él y su Gracia. Había aprendido a mantener a raya las pesadillas. En cuanto había vuelto a usar su Gracia, las pesadillas habían vuelto a mostrar los dientes, como lobos atraídos por el olor de la sangre.

La mujer sin nombre tomó otro sorbo de vino.

—Algún día, Anton, tendrás que superar tus miedos tontos.

—¿Ya has terminado? Porque aunque es entretenido ponerse al día, tengo que volver al trabajo.

Comenzó a ponerse de pie, pero ella se estiró sobre la mesa y puso la palma de la mano sobre la de él, para detenerlo.

—No, no he terminado. —Su tono había cambiado, se había ido la burla. Sus ojos oscuros ardieron en los de él—. ¿Crees que he venido hasta la Ciudad de la Fe solo para escuchar una negativa?

La mano de Anton se estremeció bajo la de ella.

—Entonces, si no es por trabajo, ¿por qué has venido?

—Sí, he venido por trabajo —respondió ella—. Tú eres el trabajo.

Anton se quedó inmóvil. Lo que había temido, lo que había sospechado la primera vez que la mujer sin nombre lo había encontrado, se había hecho realidad.

—¿Alguien te ha dado mi nombre?

Una risa trémula se oyó en la mesa de al lado, pero la atención de la mujer sin nombre se mantuvo concentrada en Anton. Ella asintió.

—¿Sabes quién?

El corazón de Anton palpitó dolorosamente.

—No.

—Estás mintiendo.

Sus palmas sudaban, pero el resto de su cuerpo estaba helado. Ella tenía razón. Sabía exactamente quién le había dado su nombre. Solo había otra persona en el mundo que lo buscaba.

—Ah —dijo la mujer sin nombre mientras bebía—. Estás asustado, *aterrorizado*.

Anton apretó los dientes y respiró agitado cuando se aferró al borde de la mesa de mármol.

—No se lo digas, no le digas dónde estoy, por favor.

—Puedo decirle que la información que me dio está mal —dijo ella—. Sabe que solo podemos hacer el trabajo si el nombre es correcto. Simplemente le diré que tiene el nombre equivocado.

Anton negó con la cabeza.

—No —respondió con la respiración entrecortada—. No hagas eso. Sabrá que estás mintiendo.

—Miento mucho mejor que tú.

El sabor del hielo le quemó la garganta.

—No importa. Él lo sabrá.

—Si rechazo su caso, solo lo llevaré a otra agencia. —Ella comenzó a hablar con dulzura—. Puede que ya lo haya hecho. Puede que la Agencia de Adivinación de la señora Tappan sea la mejor, pero hay otros que pondrían a sus propias madres en la horca por la cantidad de dinero que nos ofreció.

La mente de Anton repasó sus palabras. Al parecer, el hombre que lo buscaba había hecho mucho dinero, el suficiente para contratar a la cazarrecompensas con la reputación de resolver los casos que nadie más podía. Anton podría haberse sorprendido, pero no. A pesar de sus orígenes humildes, ese hombre siempre había sabido exactamente cómo jugar sus cartas para obtener la mejor recompensa.

—Alguno de ellos va a encontrarte, Anton, si todavía no te han encontrado.

Vivía en una pesadilla que ya duraba once años. El agua helada invadía sus pulmones. Las manos que lo hundían bajo el agua oscura.

Se apartó de la mesa con un movimiento rígido.

—Anton. —La mujer sin nombre lo sujetó por la muñeca, con una fuerza que no esperaba—. Hay personas que pueden ayudarte. Ocupate de este asunto. Deja de huir.

El latido de su corazón era tan fuerte que él apenas logró escuchar esas palabras. Se liberó de la mano, atravesó el patio a toda velocidad, zigzagueando entre camareros y clientes que reían, hasta la escalera que conducía al techo. Subió mientras las náuseas se agitaban como la marea. Mientras siguiera en movimiento, mientras siguiera subiendo, no lo atraparían.

No había agua.

No había hielo.

Solo miedo.

El cálido aire nocturno se precipitó sobre él cuando llegó a la terraza. Sobre su cabeza, iluminado por el resplandor de cien fuegos lejanos, el Templo de Palas se alzaba sobre la ciudad. Anton se apresuró hasta el borde de la terraza. La balaustrada de mármol era fría y sólida bajo sus manos mientras miraba más allá del pórtico de Thalassa y la fuente y los olivos en el centro de la Plaza Elea. El Camino Sagrado, estrecho y claro, iba desde el Templo de Palas, a través de las puertas de la ciudad, hasta la Ciudad Baja, donde las calles se volvían angostas y oscuras, llenas de promesas y peligro.

Antes de alquilar su apartamento, Anton había pasado muchas noches durmiendo en tejados y techos, como un pájaro que se posa para descansar. Desde lo alto, podía ver todo lo que sucedía debajo, y nada podía alcanzarlo.

Todavía tenía miedo, pero no moriría de miedo.

Ya había sobrevivido antes. Anton no veía al hombre que buscaba, al hombre que había dado su nombre a la mujer sin nombre, desde aquel día del hielo, del agua fría y la oscuridad asfixiante. A veces se sentía atrapado en esa pesadilla, en el recuerdo de lo que ese hombre había tratado de

hacer.

Pero ya no era más aquel niño asustado, a punto de ahogarse. Lo había dejado atrás. Estaba muerto para él.

Capítulo Cuatro

JUDE

El sol apenas comenzaba a ponerse sobre el Fuerte Kerameikos mientras Jude realizaba una larga secuencia de koahs al pie del valle de la cascada más alta. Se sostenía, sin esfuerzo, sobre una pierna, y los brazos se extendían y se cruzaban en un movimiento continuo al ritmo de la respiración. Esta secuencia de koahs tenía cinco elementos: equilibrio, audición, vista, velocidad y enfoque. El estrecho saliente de roca no ofrecía mucho margen de error, pero esa era la razón por la que a Jude le gustaba ese lugar. Cuando se concentraba en su equilibrio, su cuerpo y su gracia, sus pensamientos se disipaban como la niebla de la mañana.

—Imaginaba que te encontraría aquí —dijo una voz, que flotó sobre el sonido del agua en movimiento, perfectamente audible para el oído de Jude, más agudo debido al poder de la Gracia.

Jude terminó la quinta forma del koah, desplazando todo su peso hacia adelante, y con sus manos formó un triángulo. En la posición de descanso, buscó con la vista a la otra paladina parada debajo.

—Me conoces demasiado bien.

—Parece que tu Año de Reflexión no te ha librado de tus viejos hábitos. —Los ojos azules de Penrose se iluminaron con una sonrisa.

Lo había dicho en broma, pero Jude sintió una punzada de vergüenza en el pecho cuando advirtió la verdad detrás de esas palabras. Saltó de la roca y aterrizó justo al lado de ella, a orillas del remanso.

—Estaba a punto de volver.

—Siempre vienes aquí cuando estás nervioso —dijo Penrose mientras se dirigían hacia el fuerte.

Jude se puso tenso. Realmente lo conocía muy bien.

—No te preocupes, Jude —dijo Penrose—. Cualquiera estaría nervioso en tu lugar, sobre todo después de lo que sucedió en Nazirah.

El tragó saliva.

—La amenaza del Hierofante es innegable ahora. Antes de que partiera para cumplir mi Año de Reflexión, los Testigos solo eran un grupo marginal de radicales. O eso creía.

—Cuando vivían en el desierto de Seti, no teníamos forma de saber cuántos se habían unido al Hierofante —afirmó Penrose.

Unos años antes, los Testigos y su líder enmascarado habían establecido su residencia en un templo abandonado en medio del desierto de Seti, un templo anterior, incluso, a la aparición de los Profetas. Era uno de los pocos sitios de culto que sobrevivían de una religión antigua, de una época en que las personas adoraban a un único dios todopoderoso de la creación.

La Orden de la Última Luz vigilaba las actividades del Hierofante y los rumores que circulaban sobre él. Algunos afirmaban que el Hierofante solía ser un acólito, pero había renunciado a los Profetas para predicar en su contra. Otros sostenían que había convencido a todo un escuadrón de soldados herati para que se atacaran unos a otros. Según sus discípulos más fervientes, el Hierofante era tan justo y tan puro que los Agraciados perdían sus poderes con tan solo estar en la misma habitación que él.

Jude y el resto de la Orden dudaban de la veracidad de esos rumores, pero habían demostrado las habilidades de persuasión del Hierofante. El Hierofante era más que un hombre de ideas peligrosas: él mismo se había convertido en una idea, una nueva figura que adorar y seguir tras la desaparición de los Profetas.

—Nadie pensó que tomaría una de las Seis Ciudades —dijo Penrose—. Subestimamos el fervor con el que sus seguidores creen sus mentiras.

—El falso engaña al mundo con mentiras —recitó Jude.

—Y los impíos caen bajo la mano pálida —continuó Penrose—. Los cuerpos marcados con la huella de la mano lo demuestran. Los dos primeros presagios se están cumpliendo. Se acerca la Era de la Oscuridad.

—Entonces, ¿cómo es posible que este sea el momento adecuado para que me convierta en Guardián?

No había querido articular esa pregunta, que había reprimido desde el regreso a Kerameikos. Pero una vez que la formuló, supo que necesitaba una respuesta.

—Dos de los tres presagios están aquí. No son solo una advertencia de lo que vendrá. Uno de ellos, o todos ellos, podrían desencadenar la Era de la Oscuridad. Tenemos que encontrar al Último Profeta antes de que eso suceda, y debería ser mi padre quien lo haga, no yo, y no *ahora*.

—Tal vez sea por eso que tu padre quiere hacerlo ahora —dijo Penrose—. El tiempo se agota. Nuestros acólitos están buscando las señales, pero no hemos recibido nada a través de la red de adivinación. Tal vez tu padre está tan desesperado que tiene una nueva idea.

Llegaron a la cima de la colina. Abajo, las torres en espiral del Fuerte Kerameikos sobresalían entre las acumulaciones de niebla atrapadas por las montañas circundantes. El agua de las cascadas caía desde una garganta estrecha y corría a través de los delgados arcos que formaban los corredores y puentes de la fortaleza.

Jude observó su hogar mientras reflexionaba sobre las palabras de Penrose.

—¿Crees que mi padre quiere que me marche de Kerameikos para tratar de encontrar al Profeta?

Excepto por el Año de Reflexión, cuando el heredero del Guardián de la Palabra se retiraba en soledad a las montañas de Galia para fortalecer su fe y su deber para con los Siete Profetas, hacía cien años que los paladines no abandonaban el Fuerte Kerameikos. Pero la Orden estaba cada vez más desesperada por encontrar al Último Profeta. Quizás la única forma de hacerlo era que Jude y sus Guardias, una vez que los eligiera, se marcharan de Kerameikos en busca del Profeta.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Abandonar Kerameikos? —preguntó Penrose.

—No.

Le preocupaba fracasar en la búsqueda. Porque, a pesar de lo que Penrose había dicho sobre el momento adecuado, sobre las dudas razonables de Jude, él sabía que ella estaba equivocada. Sus dudas no habían comenzado cuando supo que habían ocupado Nazirah, o cuando se había enterado de los asesinatos de la Mano Pálida.

Habían empezado cuando tenía dieciséis años y se dio cuenta de que, como Guardián de la Palabra, había cosas que nunca podría tener. Cuando sintió por primera vez ese dolor opresivo en ciertos momentos de silencio y soledad. Cuando cerraba los ojos, anhelando el calor de otra persona, el contacto de otra piel. Un Guardián no debe desear la piel, el calor y el aliento, pero Jude lo hacía. Y nada, ni el entrenamiento, ni el Año de Reflexión, ni una plegaria desesperada a los Profetas desaparecidos, habían logrado cambiarlo.

Cruzaron el puente que llevaba al fuerte. Arriba, había delgadas planchas de madera entrecruzadas a las orillas del río y, sobre ellas, se balanceaban los paladines, recortados contra

el vapor que ascendía de las cascadas. Cada uno de los paladines empuñaba un bastón largo, que se usaba para parar, bloquear y atacar. Algunos estaban encaramados en lo alto de una torre, y otros, a punto de tocar el agua. Quien cayera sufriría la muerte en el agua, pero la Gracia del Corazón hacía que los paladines fueran de pie firme, capaces de saltar de una tabla a la siguiente, mientras combatían en una danza peligrosa.

—Entonces, ¿es por lo de elegir a la Guardia mañana? —preguntó Penrose. De pronto, su tono sonó más urgente—. Sabes a quién elegirás, ¿verdad?

Era la primera tarea crucial de todo Guardián elegir a los otros seis paladines que servirían a su lado. Los guardias harían un juramento especial que los pondría al servicio de Jude por el resto de sus vidas. Ser elegido para la Guardia, como asesor y camarada del Guardián, era el honor más alto al que podía aspirar un Paladín. También era una gran responsabilidad. Faltar al juramento de la Guardia no se castigaba con el exilio, sino con la muerte.

—¿Tienes miedo de que no te elija? —bromeó Jude.

Siempre había sabido que Penrose sería parte de los seis. Ella lo conocía desde que él era un bebé, y, aunque a lo largo de los años varios comisarios y paladines lo habían educado, ella era la persona más cercana a él. Le había enseñado a controlar su Gracia y entrenado mediante los koahs cuando aún era joven. No había familias en la Orden de la Última Luz, pero si las hubiera, Penrose sería parte de la suya.

—No hablaba de eso —dijo Penrose, su voz tensa por la urgencia—. No solo he venido a buscarte esta noche para ver cómo estabas. Tengo algo que decirte.

Con su aguda audición, Jude escuchó que el corazón de Penrose se aceleraba. Se sintió inquieto.

—¿Sobre la elección de la Guardia?

—Quiero asegurarme de que, llegado el momento, harás lo mejor, que no dejarás que tu juicio se nuble por...

Jude no escuchó lo que ella dijo a continuación. Escuchó un sonido y sintió un movimiento a sus espaldas. Más rápido que el pensamiento, saltó a un lado para evadir el ataque que se aproximaba. Solo vio el atisbo de un movimiento, pero fue más que suficiente. Valiéndose de sus reflejos, agudizados por la Gracia, Jude saltó sobre el pilar del puente y se abalanzó sobre el desconocido. Clavó los talones en el suelo y lanzó un puñetazo directo al pecho del atacante.

Con un quejido, su atacante cayó al suelo.

—Bueno, parece que tus reflejos no se han ido a la mierda mientras no he estado.

Jude miró a la persona que estaba a sus pies y, al reconocerlo, sintió una cuchillada. Hector Navarro ya no era el chico con el que había crecido. Tenía hombros y pecho anchos, una cintura angosta y piernas largas y musculosas. Una sombra de barba ahora cubría la mandíbula que se había vuelto angulosa con el tiempo. Pero tenía la misma sonrisa soberbia e irritante que había provocado más de una pelea con los otros jóvenes guardias de la Orden.

Jude no había visto esa sonrisa en más de un año. No había sabido si la volvería a ver.

—Has vuelto —dijo Jude con un hilo de voz.

Eso, se dio cuenta, era lo que Penrose había estado intentando decirle.

Pero antes de que pudiera pensar en otra palabra, o hacer algo además de embeber la presencia de su amigo, Hector se levantó de un salto y dio un giro para quedar de cara a Jude. Y enseguida retomaron la lucha: golpe por golpe, se enfrentaban con la velocidad y la fuerza de la Gracia en una danza coordinada que habían aprendido juntos años atrás.

La risa brotó de Jude inesperadamente cuando se agachó bajo el puño de Hector e hizo una barrida con la pierna. Hector saltó en el momento preciso, anticipando el ataque de Jude casi

antes de que a él mismo se le ocurriera. Sus movimientos ágiles se convirtieron en tirones y luego en golpes juguetones, y al final quedaron entrelazados, entre un abrazo y un empujón.

—No lo entiendo —dijo Jude, con tono alegre, por la adrenalina, las risas y el peso de la mano de Hector en la nuca—. Cuando volví de mi Año de Reflexión, ya no estabas. Todos los demás dijeron que te habías marchado, que habías decidido no prestar juramento.

No agregó que ninguno se había sorprendido por la partida de Hector. Él había estado bajo la tutela de la Orden desde que tenía trece años, y su amistad con Jude había sido tan inevitable como improbable. Incluso de niño, Jude se había esforzado por defender las virtudes que le había inculcado la Orden, mientras que Hector había sido más inquieto, más problemático. Mientras Jude apreciaba las mañanas de silencio contemplativo, las largas horas de entrenamiento y devoción ascética a los Profetas, la personalidad de Hector nunca había parecido apta para la vida reglamentada de un paladín.

Aunque Hector siempre había dicho que usaría el manto de la Orden de la Última Luz, algo en el interior de Jude no había creído esas palabras.

Pero Hector estaba allí. Había vuelto.

—He cambiado de opinión —dijo Hector. Como si pudiera ser así de simple. En sus labios se dibujó una sonrisa autocrítica, el tipo de sonrisa que había usado innumerables veces para que Jude aprobara sus planes y travesuras a pesar suyo—. Pensé que si Jude Weatherbourne creía en mí, yo debía de valer algo.

Jude lo empujó de nuevo, y Hector le dio una palmada en la cabeza. De pronto, volvieron a su juego juvenil. Pero era una buena sensación volver a jugar con Hector, después de todo ese tiempo. Como si las manos capaces de Hector pudieran arrancar de los hombros de Jude las preocupaciones sobre los Testigos, la Mano Pálida y el Profeta.

—Penrose, ¡dile a Jude que necesita aprender a pelear antes de ser el Guardián de la Palabra! —gritó Hector entre risas.

Jude echó un vistazo a Penrose y vio que había dejado de observarlos con su mirada bien ensayada de desaprobación. En cambio, estaba rígida y con la mirada clavada en algo que estaba detrás.

Jude no necesitaba darse vuelta para saber que su padre había llegado.

Se alejó de Hector velozmente y se ubicó al lado de Penrose.

—Hijo —dijo el capitán Weatherbourne.

—Capitán Weatherbourne —respondió Jude, todavía agitado por la lucha.

Toda la alegría del reencuentro con Hector se desvaneció bajo el peso de la mirada de su padre. Theron Weatherbourne seguía siendo tan intimidante como lo había sido en la infancia de Jude. Tenía la misma expresión de piedra, pero su cabello se había vuelto más grisáceo en el último año. Al igual que Penrose y Jude, vestía una capa azul medianoche sobre el amplio pecho, sujetada de un hombro por un broche con una estrella de siete puntas y una cuchilla. Llevaba un torque de oro prendido al cuello.

—Veo que te han informado del regreso de Navarro. —Saludó a Hector con un gesto de la cabeza.

—Señor —dijo Hector, inclinando la cabeza y llevándose la mano al pecho.

—Ven, Jude —pidió el capitán Weatherbourne—. Hay algo que debemos conversar.

Un temor se apoderó de Jude cuando el capitán Weatherbourne comenzó a alejarse. Era raro que su padre fuera a buscarlo. La suya era una relación basada en el deber más que en el afecto. El juramento de los paladines les prohibía tener hijos, a excepción del Guardián de la Palabra, que tenía el deber de realizar el Ritual de la Unión Sagrada para dar un heredero. Los comisarios de la

Orden y los paladines, como Penrose, habían sido los principales responsables de la crianza de Jude.

El capitán Weatherbourne caminaba a paso ligero mientras conducía a Jude por un sendero empinado que serpenteaba a través del fuerte, a través de arcos ornamentados que imitaban las suaves curvas de los árboles.

—¿Se trata de Hector? —preguntó Jude.

Recordó la advertencia de Penrose. Estaba claro que ella pensaba que Jude lo elegiría para servir en la Guardia, y ella no estaba de acuerdo. Era probable que su padre opinara lo mismo.

—No —respondió el capitán Weatherbourne—. Pero que pienses que un guardia que abandonó la Orden debe ser tu preocupación más importante en la víspera de tu nombramiento me hace pensar que tal vez sea necesario discutir el asunto. —Jude miró hacia abajo, avergonzado—. Hector no le ha dicho a nadie por qué dejó la Orden. Tampoco, para el caso, por qué ha vuelto. Ni, de hecho, lo que hizo cuando se marchó.

Jude sabía que había muchas preguntas sobre Hector que no tenían respuesta, pero no podía negar que verlo en Kerameikos había sido una fuente de alivio.

—Confío en él —dijo Jude en voz baja—. No importa lo que haya hecho, lo que tuviera que resolver: ha vuelto.

Ha vuelto por mí.

El capitán Weatherbourne lo miró mientras cruzaban otro puente delgado, sobre el vapor de una cascada. La luz refractó cuando intercambiaron miradas. Al día siguiente, él tomaría el lugar de su padre como Guardián de la Palabra. Si estaba listo, listo de verdad, sus decisiones y sus opiniones tenían que ser dignas de confianza, incluida su opinión sobre Hector.

El capitán Weatherbourne negó con la cabeza.

—Todos hicimos el mismo juramento: abandonar los deseos terrenales, servir a los Profetas en primer lugar, antes que a nuestras propias vidas, antes que a nuestros propios corazones.

—Lo sé —respondió Jude—. Si Hector está aquí, quiere decir que está preparado para hacerlo. Estoy seguro, no se lo tomaría a la ligera.

—No me refería a Hector.

La sangre se agolpó en el rostro de Jude. La vergüenza lo dejaba al descubierto y revelaba su lado más frágil y más débil.

—Incluso cuando erais niños, estaba claro que vosotros sentíais apego el uno por el otro —dijo el capitán Weatherbourne—. Guardaste las distancias con los demás guardias, pero no con él.

La boca de Jude estaba seca.

—Tú... nunca me dijiste nada, nunca...

—No eres el primer paladín, ni siquiera el primer Guardián de la Palabra, en sentir apego —continuó el capitán Weatherbourne—. Al fin y al cabo, para eso sirve el Año de la Reflexión, para dejar atrás las dudas. ¿Las has dejado atrás? —Jude no sabía qué responder—. Dime, ¿a quién reemplazaría él?

—No te entiendo.

—Ya sabes a quién elegirás para la Guardia mañana —dijo el capitán Weatherbourne—. Te conozco. Lo sabes desde que regresaste de las montañas. Dime, entonces, ¿cuál de esos seis nombres quitarías de la lista para incluir a Navarro?

Jude se quedó en silencio un largo rato.

—Ninguno —dijo al fin.

—Entonces, tienes la respuesta.

El río tronó bajo sus pies mientras cruzaban un saliente alto en la roca, donde se alzaba el

Templo de los Profetas. El agua corría a cada lado de la rotonda del templo y descendía por la cara del acantilado. Subieron las escaleras que llevaban hasta la entrada del templo. En el arco principal, se detuvieron para sumergir los dedos en aceite de consagración y ungrirse antes de cruzar el umbral.

Había siete arcos abiertos en las paredes del templo. Rodeaban un santuario dominado por un gran estanque de piedra en forma de estrella de siete puntas. Alrededor del estanque, había una escalinata de mármol que conducía a un altar de plata. Los muros del templo eran altos y estaban salpicados de piedras gris pizarra, verde azulado, rojo intenso y negro azabache, desde el tamaño de la pupila de Jude hasta el puño. Lo escudriñaron como miles de ojos enjorjados. Eran las piedras del oráculo.

Había copias escritas de las profecías en todas las bibliotecas del mundo, pero solo el Templo de los Profetas tenía las piedras originales del oráculo. Cada una de las piedras había sido arrojada en un estanque adivinatorio por uno de los Profetas, para conservar las visiones del futuro. Algunas veces, esas visiones se aparecían en la forma de sueños; otras veces, como trances proféticos. Las piedras del oráculo registraban las profecías que habían dado forma a la historia de la civilización y guiaban a la gente a través de tiempos de caos y conflicto.

Los miembros de la Orden de la Última Luz habían sido los guardianes de las profecías, incluso cuando ya habían pasado cien años de la desaparición de los Siete Profetas. Incluso cuando todas las profecías se habían cumplido. Todas menos una.

—Mañana es un día importante, Jude. No debes distraerte, es más importante que nunca —dijo el capitán Weatherbourne, mientras subía la escalinata hasta el altar. Aferró la caja de plata y bajó. Le entregó la caja a Jude, que la abrió, vacilante.

Una piedra lisa y nacarada brillaba con delicadeza en su interior. Era más grande que el puño de Jude y estaba atravesada por espirales intrincadas. Tenía una gran grieta, que prácticamente la dividía en dos.

Jude puso su mano sobre la piedra con respeto. Era la última piedra oracular que los Profetas habían lanzado. Contenía su vaticinio final, el que la Orden de la Última Luz había mantenido en secreto durante un siglo, la que aún no se había realizado.

—La profecía está en curso —dijo el capitán Weatherbourne—. Los presagios están aquí. La Era de la Oscuridad se avecina. Si no encontramos al Último Profeta pronto...

No necesitaba terminar la oración.

Jude levantó la vista de la piedra y miró el rostro de su padre.

—Tú eres el Guardián de la Palabra, padre. Si la profecía está en curso, si la Era de la Oscuridad se avecina, la gente te necesitará a ti. Cuando encontremos al Profeta, necesitarán a alguien con experiencia, con conocimientos, alguien...

—Ya basta —dijo el capitán Weatherbourne—. He sido Guardián de la Palabra treinta y tres años. He protegido el secreto de la última profecía, igual que los Guardianes que vinieron antes que yo. Pero nunca tuve la intención de ser el que empuñara la Espada del Pináculo y protegiera al Último Profeta.

—No te entiendo.

—He cumplido con mi deber —explicó el capitán Weatherbourne, y sus ojos brillaron con una emoción que Jude nunca antes había visto—. He producido un heredero de la casa Weatherbourne. Tú, Jude, eres el que está destinado a proteger al Último Profeta. Lo supe ese día, hace dieciséis años, cuando el cielo se iluminó.

Jude se estremeció. Él también recordaba aquel día. Todavía recordaba el frío roce del viento en sus mejillas y lo diminuto que se había sentido a la sombra de los monolitos. Y arriba, el cielo,

iluminado como una llama gloriosa por cintas danzantes de color violeta, rojo y dorado que, con sus luces y su baile, le hablaba a la tierra. Para quienes conocían el secreto de la última profecía, ese fue un día que auguró esperanza, la promesa de que el Último Profeta por fin había llegado para completar el vaticinio final y mostrarles cómo detener la Era de la Oscuridad.

Entonces, Jude supo, con una certeza que lo asombraba incluso en ese momento, que de alguna manera, ese cielo brillante, inmenso y envolvente lo estaba llamando.

—Eras solo un niño —agregó su padre—. Pero lo supe enseguida. Era como si el Profeta te hubiera estado esperando. Cuando por fin llegó, su *esha* te habló. Debes ser su Guardián, mantenerlo a salvo para que nos salve a todos.

Jude se sintió paralizado. Su padre creía en él. La Orden, también. «Todo el mundo sabe que estás destinado a hacer cosas importantes», solía decir Hector. Debería haberlo hecho sentir orgulloso. Pero, en cambio, era como si hubiera estado escalando una gran torre toda su vida, hacia un faro de luz, escalón tras escalón, y ahora que al fin su destino estaba al alcance, el faro se había apagado y lo único que alcanzaba a ver era el abismo negro de lo desconocido.

—Ahora te diré lo que he venido a decirte, hijo —dijo su padre, y su rostro resplandecía lleno de luz y esperanza—. Después de dieciséis años, nuestra búsqueda ha terminado. Hemos encontrado al Último Profeta.

Capítulo Cinco

HASSAN

Después de llegar justo a tiempo para la cena tras su primera excursión al ágora, Hassan no podía dejar de pensar en lo que había sucedido: los Testigos, el acólito herati que quizás lo había reconocido y, sobre todo, la legionaria de pie en los escalones del templo como la heroína de un cuento, con una cimitarra reluciente en la mano.

Sabía que tenía que regresar, y que cuando lo hiciera, se quedaría más que una o dos hora furtivas.

La oportunidad llegó al día siguiente.

—No te enfades, Hassan, pero no cenaré en casa esta noche.

Hassan levantó la vista de *La historia de las Seis Ciudades Proféticas* y encontró a su tía de pie en la puerta abierta del balcón. Lethia Siskos era la hermana mayor del padre de Hassan, aunque se parecían muy poco. Lethia era una mujer alta y huesuda, de rostro severo y arrugado que contrastaba con los rasgos más cálidos y delicados de su hermano. Pero sus ojos tenían exactamente el mismo color verde, y cuando Lethia posaba esos ojos en Hassan, él casi sentía que su padre lo estaba cuidando.

Lethia se había casado con su esposo, el anterior arconte basileus de Palas Athos, mucho antes del nacimiento de Hassan, pero ella y sus dos hijos solían ir de visita al Palacio de Herat cuando Hassan era niño. Hassan siempre esperaba con ansias sus visitas. Igual que él, Lethia y sus hijos no habían recibido la Gracia, y su presencia en el palacio siempre lo había hecho sentir menos solo.

—No me enfado —dijo automáticamente, marcando la página que estaba leyendo antes de cerrar el libro.

—Entonces, no hagas pucheros.

—¿A dónde vas? —preguntó Hassan, calculando el tiempo que tendría mientras ella salía.

—El arconte basileus y la basilina me han invitado a cenar en su finca —respondió Lethia, apoyada en la balaustrada del balcón—. Al parecer, asesinaron a un sacerdote en una de las tabernas de la Ciudad Alta y se desató un revuelo. Dicen que está relacionado con asesinatos en otras ciudades. El arconte está bastante preocupado al respecto.

—¿Le preocupa un asesinato cuando los Testigos están gobernando Nazirah? —preguntó Hassan, olvidando por un instante sus planes para escabullirse hacia el ágora—. ¿Ya te ha dado una respuesta?

Lethia arrugó la frente.

—Aún no. Dice que lamenta lo ocurrido en Nazirah, pero que se enfrenta a una reacción violenta por haber permitido que los refugiados entraran al ágora.

Hassan recordó la manera en que el carnicero se había burlado de Azizi.

—El Templo de Palas recibía a los peregrinos de todo el Pélagos al ágora. ¿No es igual en este caso?

—Han pasado cien años desde que hubo peregrinos en Palas Athos —respondió Lethia—. Ahora los sacerdotes solo se ocupan de proteger su riqueza y poder. Lo único que les importa es mantener a las masas contentas para que no se quejen de su codicia.

—Entonces, el arconte basileus debería castigarlos —respondió Hassan. Eso era lo que *él* haría, si estuviera en Herat. La corrupción crecía en todas las ciudades, en todas partes, y la única forma de erradicarla era actuar con rapidez para apartar a quienes abusaban del poder—. Debería despedir a los corruptos y, además, confiscar su tributo y usarlo para alimentar a los refugiados.

—El príncipe ha hablado —dijo Lethia—. Pero Palas Athos no es Herat. El arconte basileus no tiene el poder para despedir a los sacerdotes. Fueron nombrados por el mismísimo Palas.

—Pero Palas desapareció. Y también el resto de los Profetas.

—Y los sacerdotes sostienen que los elegidos por Palas tienen la autoridad de designar a sus sucesores desde la desaparición de los Profetas.

—Es el camino perfecto a la corrupción —dijo con amargura Hassan—: Aquellos que abusan de la autoridad continuarán el ciclo y recompensarán a quienes los respaldaron.

—Le dije a mi marido en repetidas ocasiones que impugnara ese nombramiento antes de morir para establecer un nuevo sistema mientras aún era arconte —comentó Lethia—. Nunca me hizo caso, al igual que jamás escuchó los consejos que intenté darle. La corrupción de los sacerdotes está arraigada en la ciudad. Harán lo que sea necesario para mantener su poder, por más simbólico que sea.

A Hassan se le hizo un nudo en el estómago. Antes de llegar a Palas, sabía que los sacerdotes eran corruptos y egoístas, y que el arconte basileus era un gobernador inútil. Había sido un tonto al pensar que lo ayudarían.

—Pero ¿los sacerdotes no entienden que los Testigos son una amenaza para ellos? —preguntó Hassan, cada vez más enfurecido—. Si los Testigos tienen un bastión en Nazirah, las otras ciudades la seguirán. Ya son más valientes en estas mismas calles.

—¿Y tú cómo lo sabes, príncipe Hassan?

—Yo... —Se quedó en silencio: si quería mantener su visita al ágora en secreto, tendría que hablar con prudencia—. He escuchado a los sirvientes conversar. Están preocupados por lo que pasa aquí. Los Testigos prendieron fuego a un santuario en la Ciudad Baja hace unas semanas. E incluso los vieron en las afueras del Templo de Palas ayer.

Lethia lo miró con atención, y luego suspiró.

—Veo lo alterado que estás, Hassan. Y estoy de acuerdo contigo, claro que sí. Nazirah también es mi ciudad, aunque hayan pasado tres décadas desde que me marché. Sé lo preocupado que estás por tus padres. Yo también me preocupo por mi hermano y la reina.

Hassan se enfureció, pero su ira estaba dirigida más a sí mismo que al arconte.

—Tiene que haber algo más que pueda hacer, algo para convencerlos, cualquier cosa, para ayudar a mi pueblo. Me siento totalmente... inútil. —Acarició el bolsillo del pecho con los dedos, donde se encontraba la brújula, junto a su corazón. Su padre había sido la única persona que nunca, jamás, había dudado de que Hassan fuera capaz de gobernar. Pensar en la confianza de su padre hacía que la amargura creciera en su garganta—. Papá nunca debería haberme elegido como heredero.

Lethia se acercó y habló con dulzura.

—Lo que hicieron los Testigos no es tu culpa.

—Pero no pude detenerlos —explicó Hassan.

—Y si tuvieras la Gracia, ¿lo habrías logrado?

No respondió. Ella tenía razón, por supuesto. Los Agraciados eran poderosos, pero no invencibles. La Gracia no había evitado que su padre y su madre fueran capturados. Era cierto que las Gracias les daban poder, pero también eran el motivo por el que los Testigos quisieron derrocarlos. Y si los rumores sobre la capacidad del Hierofante eran verdaderos, no había manera

de que pudieran protegerse usando sus destrezas. El miedo invadió a Hassan con solo pensarlo.

Lethia apartó la mirada.

—Deberías alegrarte, príncipe Hassan, de que tu padre no te haya negado la primogenitura.

Las palabras quedaron flotando entre ellos. Como la hija mayor de la reina de Herat, Lethia debería haber sido la heredera al trono tras la muerte de su madre. Pero al igual que Hassan, Lethia había nacido sin Gracia. En lugar de convertirse en reina, Lethia se había casado con el anciano arconte basileus de Palas Athos. Un hombre que, por lo que Hassan veía, nunca se había preocupado mucho por su esposa, ni por las habilidades que ella tenía para la política. Cuando murió, su título no había pasado a los hijos de Lethia, porque tampoco tenían la Gracia.

—Una vez le pregunté a mi madre si había pensado en elegirme como su heredera. Solo respondió que el día más feliz de su vida había sido cuando se había manifestado la Gracia de tu padre. —Hassan tragó saliva, sin saber qué decir. Lethia no había llegado a ser reina de Herat porque no tenía la Gracia. Hassan, a pesar de lo mismo, era el heredero—. Supongo que no debería juzgarla. Mi madre creció en esas décadas conflictivas, justo después de que desaparecieran los Profetas, cuando la gente temía alejarse de la tradición. Pero ahora, las cosas por fin están empezando a cambiar. Eres la prueba viviente de eso.

Hassan negó con la cabeza.

—No merezco este derecho de nacimiento si no puedo hacer nada para ayudar a mi pueblo.

—Yo también desearía poder hacer más por Nazirah —comentó Lethia—. Voy a hablar con el arconte de nuevo esta noche, pero no quiero que te hagas ilusiones.

Hassan cerró los ojos.

—Gracias por intentarlo.

Ella le acarició el hombro y luego se volvió para bajar las escaleras hacia el patio central.

Hassan regresó al interior de la habitación, y sus pensamientos volvieron al ágora y las condiciones de los campamentos de refugiados. Quizás aún no podía hacer nada por su pueblo en Nazirah, pero podía hacer algo por los que estaban allí.

—Pasaré la noche en la biblioteca —informó Hassan a los sirvientes en su sala de estar—. Por favor, no me interrumpáis. Podéis dejar la cena aquí.

Por suerte, los sirvientes ya se habían acostumbrado a sus actividades, y sabían que no era extraño que se encerrara en la biblioteca horas y horas. Había pasado la mayor parte de su tiempo en Nazirah de la misma manera, sumergido en la historia de las Seis Ciudades Proféticas, aprendiendo todo lo que podía sobre los recursos de su país, sobre la guerra y la diplomacia, hasta que incluso había llegado a superar a los Tutores de la Gran Biblioteca.

Pero Hassan ya estaba cansado de intentar usar la historia y los hechos como armas. Quería entrar en acción. Así que seleccionó un volumen de la biblioteca para disfrutar fuera, sentado en el jardín, bajo la luz que se filtraba entre los árboles. Cuando estuvo seguro de que los sirvientes no lo molestarían, saltó la pared baja del jardín y dejó atrás los terrenos de la villa.

Se estaba convirtiendo en un experto en escabullirse.



Los refugiados, ocupados en sus tareas con resignación y tristeza, prestaron poca atención a Hassan mientras se abría camino hacia el ágora. Pasó junto a la larga fila de personas que

esperaban para recoger agua de la fuente, y vio niños, los más pequeños de seis o siete años, que acarreaban jarras al campamento, muchos de ellos descalzos. Nubes de polvo saturaban el aire mientras un grupo de mujeres golpeaban las tiendas con palos. Otra mujer trataba en vano de barrer el polvo de su tienda, mientras cargaba a un bebé en la espalda.

El ruido de la madera contra la madera atravesó el bullicio. La mirada de Hassan se dirigió a un anfiteatro, rodeado de columnas desmoronadas, donde un grupo de personas observaba entrenar a tres parejas de luchadores.

Los ojos de Hassan se posaron en la última de las parejas: una de las luchadoras era la legionaria que lo había salvado de los Testigos en el templo. En lugar de la cimitarra herati, empuñaba una espada de práctica hecha de madera que parecía tallada en una rama de olivo.

—¡Defiende tu lado izquierdo, Faran! —gritó uno de los espectadores a su oponente cuando la legionaria dio un golpe con buena puntería.

El oponente protestó y siguió la orden. La legionaria hizo una finta a la izquierda y luego lo golpeó por la derecha. Después de unos cuantos ataques más, lo dejó desarmado y boca arriba sobre el polvo.

—Fin del combate —dijo la chica, ayudando a su oponente a ponerse de pie antes de lanzarle de vuelta la espada de práctica para que la atrapara—. La próxima vez, no pierdas el arma.

Sus ojos pasaron de su oponente a Hassan, que estaba detrás de él.

—Has vuelto —dijo ella, inclinando la cabeza—. ¿Cómo está ese brazo?

—Está bien.

La mirada de la chica lo hizo sentir como una mosca atrapada en la miel tibia. No tenía la belleza delicada de las hijas de los cortesanos ni la seducción de las bailarinas herati. Ella, en cambio, era atractiva. Tenía músculos y una mandíbula angulosa, y no solo tenía fuerza física, sino también fuerza espiritual, un conocimiento de sí misma que a Hassan le resultaba intimidante.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas? —preguntó ella.

Unos pocos mechones de cabello oscuro habían escapado de su moño y caían en su mejilla.

—Mmm... Cirion.

No estaba preparado para dar un nombre que no fuera el suyo, así que eligió el primero que le vino a la mente: el nombre de su primo, el hijo mayor de Lethia.

—¿Estás buscando más problemas, Cirion? —siguió preguntando ella—. ¿Qué sucede? ¿No tienes suficiente con los estudios?

Hassan casi había olvidado que le había dicho que estudiaba en Akademos.

—Supongo que no.

—O quizás has venido a buscar una lección —continuó ella, con tono provocador.

—¿Una lección?

—Así es, estoy entrenando a los otros refugiados. Los centinelas han sido más que inútiles a la hora de proteger los campamentos, así que hemos decidido ocuparnos del asunto con nuestras propias manos.

—Bueno —dijo Hassan apresuradamente—, supongo que no debería...

—Vamos —insistió ella, mientras le daba un empujoncito en el hombro—. Si vas a interrumpir, es mejor que aprendas algo. Así, quizás la próxima vez no tenga que intervenir para salvarte el trasero.

Hassan soltó una risa ahogada de placer. Nunca le habían hablado así en el palacio.

—No estoy seguro.

—¿Qué te pasa? Prometo que no te exigiré demasiado.

Hassan no pudo resistir el brillo de confianza que veía en los ojos de la legionaria.

—Bueno, está bien, siempre y cuando no me exijas demasiado.

Ella se alejó de Hassan y sonrió, burlona, por encima del hombro.

—Me llamo Khepri.

Él la siguió mientras se abrían paso entre los luchadores que entrenaban hasta un estante con espadas de madera. Khepri tomó una y le arrojó otra a Hassan.

Él la atrapó con una mano, y miró hacia arriba para ver el gesto de sorpresa en el rostro de ella.

Se ubicaron en el anfiteatro, entre dos parejas de luchadores. El rostro de Khepri revelaba confianza y determinación cuando se movió hacia atrás y adoptó una postura defensiva, invitando a Hassan a hacer el primer movimiento.

A Hassan se le escapó una sonrisa cuando se colocó en la postura ofensiva. Había pasado mucho tiempo desde su último entrenamiento, pero se alegraba de volver a practicar. Aunque no tenía la Gracia del Corazón, siempre le había gustado que la estrategia y el esfuerzo físico se unieran por una causa común. Su madre le había enseñado a defenderse en batalla contra cualquiera que no tuviera la Gracia del Corazón.

La mayoría de los días, Hassan hacía todo lo posible para no pensar en dónde estaría su madre, o lo que le estaría sucediendo como prisionera del Hierofante. Pero si había aprendido algo durante el entrenamiento, era que su madre era una luchadora. Dondequiera que estuviera, estaría luchando.

—No usaré ningún koah —dijo Khepri.

—Me parece justo.

Sin los koahs, ella no tendría la enorme ventaja de la fuerza, la velocidad y los sentidos aguzados de los Agraciados.

—No, no será justo, pero tal vez sí un poco más interesante —dijo ella, después de reírse.

Hassan atacó primero, un golpe que demandó mucho equilibrio y mantuvo su guardia intacta. Era un amague: quería ver cómo reaccionaría ella.

Ella paró el golpe y luego contraatacó, pasando su arma por debajo de la de Hassan. Él la bloqueó, y observó otro destello de sorpresa en el rostro de Khepri.

—¡Eres un mentiroso! —exclamó ella, encantada—. No eres un estudiante de brazos débiles. Sabes luchar.

—No todos los estudiantes tenemos brazos débiles —respondió Hassan, secándose una gota de sudor de la frente.

Ella atacó de nuevo, más rápido que antes. La fuerza del impacto hizo retroceder a Hassan y estuvo a punto de hacerlo trastabillar.

Khepri no dudó: embistió una vez más, sacando ventaja de la pérdida de equilibrio de su oponente. Él la esquivó, y la espada de madera pasó zumbando a su lado. Se separaron y reagruparon. Khepri no pareció desanimada por el fracaso de su ataque. De hecho, parecía complacida, y Hassan tuvo la sensación de que ella apenas estaba entrando en calor.

Él se lanzó hacia adelante, pero la espada de Khepri se encontró con la suya, sin que ella hubiera apartado la vista de él en ningún momento. Hassan comenzaba a sentir la comezón de la competencia en sus venas. Quería impresionarla, para demostrarle que podía seguirle el ritmo. Intercambiaron golpes, ataques y contraataques: las espadas giraban y chocaban, y el ritmo se aceleraba. La sangre de Hassan ardió de euforia. Pero, aunque Hassan paraba cada embestida, notó que ella solo se estaba divirtiendo, jugando con él, incluso. Lo subestimaba.

No podía aceptarlo. En el siguiente ataque, la hizo retroceder y luego fingió un tropezón. Cuando ella se adelantó para aprovecharse de su aparente error, él se acercó y se agachó para que cediera su postura.

Ella trastabilló, y se apoyó en la espada para no terminar en el suelo.

Hassan la miró, mientras le apuntaba con la espada y una sonrisa victoriosa se dibujaba en su rostro. Khepri se levantó, y él hizo un movimiento de bloqueo.

—De acuerdo —dijo Khepri, mientras cruzaban espadas—, no eres malo.

Y entonces, mientras Hassan registraba la sonrisa de su oponente, ella le dio una patada, que le arrancó la espada de la mano y lo derribó.

Hassan cayó con un gruñido y se quedó en el suelo, con las caderas atrapadas entre las rodillas de Khepri. Ella lo miró con expresión triunfante.

—Pero igual yo soy mejor.

Hassan quiso responderle algo ingenioso, pero Khepri jadeaba, y el efecto de su esfuerzo lo... distraía. Él comenzó a sonrojarse, pero antes de que llegara a avergonzarse por completo, ella se puso de pie. Hassan no supo si se sentía aliviado o decepcionado.

Khepri le tendió de la mano y lo ayudó a levantarse sin esfuerzo. Era la potencia de la Gracia.

—Has dicho que no usarías tus poderes —dijo Hassan.

—El combate ya ha acabado.

—Entonces, es hora de la revancha.

A Hassan comenzaba a gustarle la risa de Khepri.

—¿Crees que te irá mejor en la segunda ronda?

—No le robarías las esperanzas a un hombre, ¿no?

—Jamás hay que robar las esperanzas —dijo Khepri, y repentinamente en su voz se revelaron dulzura y delicadeza, como un lirio de río que despliega sus pétalos poco a poco al florecer—. ¿Y si mejor te quedas a cenar?

Hassan no esperaba la invitación. Tenía muchos deseos de pasar más tiempo allí, con los refugiados, por supuesto, pero también con Khepri.

—Sí, me gustaría.

Ella le sonrió, y Hassan se dio cuenta de que seguían de la mano. Ella también pareció darse cuenta, pero en lugar de soltarse, giró la mano de Hassan y le pasó los dedos ligeramente por la palma. Él sintió un cosquilleo y notó que comenzaba a sonrojarse.

—Bastante suave todavía —murmuró ella. Levantó la vista, sonriendo apenas—. Necesitas tener más callos si quieres vencerme.

Soltó la mano de Hassan y se ocupó de recoger las espadas de práctica, mientras él la observaba. Cuando el sol se hundió en el mar, se pusieron en marcha juntos.

El olor a humo inundaba el aire mientras se dirigían al otro extremo del ágora, donde las fogatas empezaban a arder. Cuando se acercaron al fuego que Khepri compartía con otros, Hassan vio rostros conocidos: Azizi, su madre y su hermanita. Ellos, al igual que la anciana con la que Hassan había hablado el día anterior, le dieron la bienvenida y lo pusieron a pelar calabacines.

—Tienes suerte —dijo la madre de Azizi, que se presentó como Halima—. Es la segunda vez que comemos verduras frescas desde que llegamos aquí.

Hassan frunció el ceño, pensando en todas las comidas sabrosas que había disfrutado en la villa de su tía sin ni siquiera detenerse a pensarlo.

—¿De dónde vienen los alimentos?

—Los acólitos del templo donan la mayoría, y es bastante para mantenernos a todos con vida, por ahora. Algunos de los muchachos van a las colinas para cazar animales y aves. Es verano ahora, pero temo lo que sucederá cuando llegue el invierno.

—Faltan muchos meses —dijo Hassan, sorprendido, y se preguntó cuántos de los demás refugiados pensaban que pasarían meses antes de regresar a su tierra.

La cena parecía una tarea comunitaria: cinco o más familias compartían cada fogata. Reunían recursos y colaboraban mientras que uno de los adultos vigilaba a los niños que eran demasiado pequeños para ayudar. Esa noche, era el turno de Khepri. De vez en cuando, Hassan levantaba la vista de los calabacines para ver a los niños que trepaban a la espalda de Khepri y se aferraban a sus rodillas. Ella soportaba todo con una paciencia admirable.

Cuando el cielo se oscureció, todos se reunieron alrededor del fuego para cenar. Aunque Hassan solo probó unos bocados, para que los demás comieran más, no recordaba la última vez que había disfrutado tanto de una comida. Había calabacines tostados y lentejas sazonadas con pimienta molida, servidas con pan leudado al sol relleno de nueces e higos. Era mucho más simple que las comidas extravagantes a las que estaba acostumbrado Hassan en el palacio real, pero todo olía y sabía tanto a su tierra natal que le dolía el pecho.

Tener ese pequeño pedazo de Herat lo hizo desearlo todo: respirar el perfume de los lirios azules y el pan fresco, sentir entre sus dedos el sedimento grueso del río, probar el vino dulce de granada, escuchar las campanillas y los tambores clamorosos de los recién graduados que desfilan por el camino de Ozmandith.

A lo largo de la comida, Hassan aprendió más sobre la vida de esas familias desde la huida de Nazirah. El ágora ya estaba abarrotada, y dos o tres familias debían compartir refugios contruidos solo para una. La fuente que quedaba cerca de la Puerta Sagrada era la única provisión de agua dulce para todos los campamentos, lo que significaba que gran parte del día se ocupaba en las largas filas y nunca había suficiente agua para lavar y cocinar, lo que había provocado un brote de piojos. La mayoría de los refugiados habían venido a Palas Athos con poco más que la ropa que llevaban puesta, así que era difícil encontrar objetos tan simples como jabón o cuencos.

Sin embargo, a pesar de las dificultades, y de lo poco que los sacerdotes de Palas Athos habían hecho para dar la bienvenida a los refugiados, la perseverancia y la esperanza sobrevivían. La desesperación acechaba igual que una tormenta, pero el afecto y el cuidado con que se trataban los refugiados eran inconfundibles.

Después de la cena, Hassan y Khepri se sentaron a la luz resplandeciente del fuego. Azizi y los otros niños cantaban y corrían en círculos alrededor de las llamas.

—¡Conozco este juego! —exclamó Hassan, agradecido de que, a pesar de todo lo que habían sufrido los niños, todavía pudieran jugar, bromear y reír como hacían en su tierra.

A su lado, Khepri soltó una carcajada estridente.

—Todos los niños de Herat juegan este juego.

—Yo no —dijo Hassan—. Pero solía mirar a través de la ventana del estudio mientras los otros jugaban alrededor de las fuentes del patio.

—¿La ventana del estudio? —repitió ella con incredulidad—. ¿De pequeño vivías encerrado en una torre?

Hassan se rio, un poco incómodo.

—Algo así.

—Bueno —respondió Khepri, poniéndose de pie bruscamente. Hassan se quedó inmóvil mientras ella le tendía una mano—. Levántate, es hora de jugar.

Él se echó a reír, y Khepri lo ayudó a levantarse. Ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó:

—Ibis y garza, ¡tened cuidado!

—Cocodrilo, cocodrilo, ¡no seas malvado! —respondieron los niños a coro.

Khepri le sonrió a Hassan, y los dos salieron disparados hacia los niños, que estallaron de risa

y corrieron alrededor de la fogata. Khepri atrapó a una niña y la alzó. La niña chilló de alegría. Cuando Khepri la bajó, la niña exclamó:

—Ibis y garza, ¡tened cuidado!

Hassan se dejó llevar por el juego infantil, la emoción de correr, la emoción de que lo atraparan. Por alguna razón, diez minutos después, todos los niños lo perseguían. Se abalanzaron sobre él, lo echaron al suelo y se amontonaron encima.

—¡Me rindo! —gritó Hassan, mientras le brotaban lágrimas de risa de los ojos y Azizi daba una vuelta triunfal a su alrededor.

—Dejad que se levante, cocodrilos —dijo Khepri, colándose entre el montón de niños para rescatar a Hassan. No pudo contener la risa de su voz cuando preguntó—: ¿Estás bien?

—Sí.

—Tienes una... —dijo Khepri mientras arrancaba una ramita del cabello de Hassan—. Listo.

Él volvió a ruborizarse.

—No me has advertido de que este juego es más agotador que el entrenamiento de un legionario.

Khepri rio, entrelazó sus brazos y lo alejó de los niños. Los niños se burlaron mientras la pareja se dirigía a una saliente cubierta de pasto.

—¿Vais a *besaros*? —exigió saber una niña.

—¡Puaaaaaaj! —chilló Azizi.

Hassan no pudo evitar la risa. Las burlas de los niños se fueron desvaneciendo poco a poco a medida que él y Khepri escalaban el saliente. Desde la altura, se veían el ágora y la ciudad de Palas Athos.

—Esos niños son peores que mis hermanos, lo juro —protestó Khepri, mientras se tendía en la hierba.

—¿Tus hermanos se burlan de ti? —preguntó Hassan, acomodándose a su lado.

—Todo el tiempo.

Khepri suspiró, y entonces Hassan lo vio: hubo un pequeño cambio en su expresión y supo que ella estaba pensando en Nazirah. Sin pensarlo, la tomó de la mano.

—Siguen en Nazirah, ¿no?

Los ojos de Khepri se llenaron de tristeza.

—Toda mi familia está allí.

Él quería saber todo lo que esa mirada escondía.

—¿Cómo lograste escapar?

Ella observó la mano de Hassan y no se movió.

—Mis hermanos se alistaron como legionarios, igual que yo. Encontramos un barco mercante de Endarrion, que aceptó llevarnos a escondidas. Pero la noche de la partida, los Testigos aparecieron en el puerto. Inspeccionaron el barco mientras estábamos dentro, escondidos. Sabíamos que nos hallarían, así que mis hermanos se entregaron para que los Testigos no me encontraran a mí. Ellos se sacrificaron para que yo pudiera ser libre. —Miró a Hassan con el mismo brillo feroz que él había visto cuando se conocieron—. Todos los días me despierto pensando en eso.

Hassan pensó en su propia familia, su madre y su padre que aún estaban presos, a merced de quienes pensaban que eran una desviación de la naturaleza. Conocía la carga de estar a salvo, mientras los seres queridos no lo estaban. Sabía que el miedo y la ira ahogaban cada momento del día y que, incluso de noche, al dormir, la mente no dejaba de repasar todas las cosas terribles que podrían estar sucediendo, y todas las cosas que se deberían haber hecho de otra forma para

evitarlas.

Deseó poder decirle todo sin revelar quién era él. Esa pena era algo que compartían, y ocultársela llenaba a Hassan de culpa.

—Lo siento —dijo, enfadado por lo inadecuadas que eran esas palabras; luego, miró el campamento por encima del hombro de Khepri y vio a los niños que aún corrían y se reían, los intentos poco entusiastas de sus padres por prepararlos para dormir.

—Es por eso que vine aquí —dijo Khepri después de un rato—. Recibían refugiados en Charis, pero decidí venir aquí, donde está el príncipe Hassan.

Hassan se quedó mudo durante un instante.

—Cómo... ¿cómo lo sabes?

—Su tía era esposa del difunto Arconte Basileus —respondió Khepri—. Y si el príncipe Hassan de verdad sobrevivió al derrocamiento, como dicen todos, seguro que vino a Palas Athos, donde tiene familiares y aliados. Lo sé.

El corazón de Hassan latía tan fuerte que estaba convencido de que Khepri podía escucharlo. Pero ella no pareció advertirlo. Sus ojos brillaban mientras contemplaba la ciudad, desde la ciudadela de los centinelas y el Akademos en el segundo nivel, por el mar de techos de tejas que cubrían la pendiente del nivel inferior, y hasta el techo abovedado de la estación de tren, en la Ciudad Baja, más allá de las puertas.

—Siento que estar aquí es lo correcto —dijo ella—. Al fin y al cabo, es la Ciudad de la Fe, y la fe fue lo que me trajo aquí. Cuando el Hierofante y los Testigos ocuparon Nazirah, quise destruirlos, sin importar lo que tuviera que sacrificar para lograrlo. Dejé que el odio me guiara. —Hassan sabía exactamente a qué se refería Khepri. Había sentido el impulso del odio en las puertas del templo, al enfrentarse a los Testigos, y lo seguía sintiendo, en lo más oscuro de su corazón, cada vez que pensaba en el Hierofante y sus seguidores—. Pero cuando me enteré de que el príncipe Hassan estaba vivo, mi rabia de pronto cobró un nuevo sentido. No puedo explicarlo, pero... supe que tenía que venir. Vine a la Ciudad de la Fe para encontrar al príncipe y ayudarlo a recuperar nuestro país.

—¿Crees que podrá? —preguntó Hassan.

Se sentía como un insecto indefenso, inmovilizado por su mirada, abrumado por el deseo de decirle quién era. Si alguien era capaz de entender lo que él sentía, su anhelo por el hogar que le habían arrebatado a la fuerza, era Khepri, esa chica valiente que había ido a buscarlo.

Ella asintió.

—Estoy segura de que sí. El capitán de mi regimiento lo vio una vez. Dijo que el príncipe heredó las mejores virtudes de sus padres: la fuerza y el coraje de la reina, y la sabiduría y compasión del rey.

Hassan cerró los ojos un segundo. El príncipe que ella describía no se parecía en nada a él. ¿Qué pensaría cuando descubriera que el príncipe que creía capaz de salvar a su pueblo estaba escondido en la villa de su tía, sin planes ni ilusiones de liberar a su país?

—¿Y si no está aquí? —preguntó Hassan y tragó saliva—. ¿Qué pasaría si has recorrido todo este camino en vano?

La mirada que ella le dirigió fue fugaz pero brillante, como el destello de un relámpago a orillas del río Herat.

—Jamás habrá sido en vano. —Ella se acercó a él y apoyó su mano callosa sobre la de Hassan. Él ahogó un suspiro y cerró los ojos—. Cirion —dijo en voz baja.

Hassan apretó los párpados y se apartó de ella. Se odió por hacerlo, pero por mucho que quisiera permitirse un momento sin preocupaciones sabía que no podía. Sería una mentira. Y era

imposible decirle la verdad por el momento. Él no era la persona que ella buscaba, el sabio y valiente príncipe de Herat que guiaría a su pueblo a la libertad. Hassan era solo otro refugiado, asustado y confundido, a la espera de que alguien más le mostrara el camino a seguir.

Capítulo Seis

ANTON

Anton se levantó con la sensación de que se estaba ahogando. El pecho le estallaba, veía estrellas y un grito resonaba en su cabeza.

Abrió los ojos de golpe.

Tomó una bocanada de aire, no de agua. Era el aire rancio de su apartamento diminuto. Inundó los pulmones de Anton, que se retorció entre las sábanas mojadas de sudor. Se llevó la mano, temblorosa, a la garganta y contó cada latido que marcaba su pulso contra la punta de sus dedos.

Hacía años que no soñaba con el lago. En los meses que siguieron a su partida, la pesadilla lo visitaba todas las noches. El cielo gris, la nieve, la figura oscura que lo seguía y lo llevaba hasta el lago congelado. El hielo que se agrietaba bajo sus pies, las manos crueles que lo obligaban a sumergirse mientras él luchaba con todas sus fuerzas en el agua helada.

Mientras se incorporaba en su cama estrecha, Anton se sentía tan pequeño e indefenso como en esa agua fría y punzante. Estaba inquieto, a la deriva, como si en cualquier momento el mundo pudiera resquebrajarse y hundirlo de nuevo en la profundidad oscura.

El viento cálido entró por la pequeña ventana y agitó la cortina. Los rayos oblicuos de la luna entraron en la habitación y proyectaron sombras en la pared.

Y entonces Anton se dio cuenta de dos cosas. No había dejado la ventana abierta antes de quedarse dormido.

Y había alguien más en la habitación.

Sintió su *esha* primero, como el aleteo silencioso de las alas de polilla. Era desconocido, no el que él temía, el del hombre que lo buscaba. Respiró agitado cuando sus ojos se posaron en la sombra que el desconocido proyectaba a la pálida luz de la luna.

—No he venido para hacerte daño.

Era la voz de una chica, grave y ronca. Cuando Anton trató de discernirla en la oscuridad, notó que una máscara de seda cubría la mitad inferior de su cara y dejaba a la vista solo los dos ojos brillantes que lo observaban a la distancia.

Él analizó sus opciones. Ella estaba bajo la ventana, cerca del pie de la cama y frente a la puerta. Había muy pocas posibilidades de que pudiera escapar. Tendría que creer en sus palabras.

—¿Qué quieres? —preguntó Anton.

Ella inclinó la cabeza.

—¿No sabes quién soy?

—¿Debería?

—El sacerdote de los Jardines de Thalassa tampoco lo sabía.

Anton contuvo el aliento. Había imaginado muchos horrores en medio de la noche, pero nunca la visita de la Mano Pálida. Se obligó a hablar.

—¿Has venido a asesinarme?

—¿Mereces la muerte? —preguntó ella con un destello en los ojos que parecía indicar diversión. Anton negó con la cabeza lentamente—. Entonces, no tienes nada que temer.

Volvió a pensar en su sueño, en la advertencia de que lo estaban buscando, y se preguntó si la Mano Pálida diría la verdad.

—Si no has venido a asesinarme, ¿qué estás haciendo en mi habitación?

—Estoy buscando a la señora Tappan —respondió ella—. Y creo que quizás puedas ayudarme a encontrarla.

Anton hizo un gesto de asombro. No le costaba creer que la señora Tappan estuviera involucrada con una asesina famosa, pero por lo general era ella quien buscaba a los demás.

—No sé quién es —mintió y plantó las piernas en el suelo, junto a la cama.

—La carta que te dejó en los Jardines de Thalassa parece indicar otra cosa.

A la luz tenue, Anton la vio extender un sobre. Supuso que tenía el sello de la Agencia de Adinivación de la señora Tappan: una rosa de los vientos. Ella debía de haberla dejado allí después de su huida.

—¿Cómo la has conseguido?

La Mano Pálida se acercó más a la cama, con la carta todavía en la mano.

—Tú eres Anton, ¿no es cierto?

Él trató de hacerse con el sobre, pero ella lo guardó.

—Dime dónde está la señora Tappan y te daré la carta.

—No sé dónde está.

—Pero conversaste con ella anoche.

¿Solo había pasado un día? El día anterior había transcurrido en una mezcla difusa de pesadillas y recuerdos, entretejidos tan íntimamente en la mente de Anton que apenas lograba diferenciarlos.

—¿Cómo lo sabes?

Él no veía la boca debajo de la máscara, pero tenía la impresión de que ella sonreía.

—Conocí a algunos de tus amigos en Thalassa. Dijeron que una mujer cenó allí anoche y que tú y ella tuvieron una conversación que parecía muy interesante. Y que desapareciste al poco tiempo.

—Anton maldijo a Cosima por su curiosidad insaciable y su incapacidad para mantener la boca cerrada—. Así que, ¿de qué hablasteis? —insistió la Mano Pálida.

Anton levantó un hombro.

—A ella le gusta saber cómo estoy de vez en cuando, cómo me va.

—No eres buen mentiroso.

—No soy mentiroso.

—Y ¿qué eres? —preguntó ella—. La señora Tappan no hace el trabajo pesado. Ni siquiera da la cara en la mayoría de los casos. ¿Por qué te visitaría a ti?

En lugar de responder, él dijo:

—Ese no es su nombre real, ¿sabes?

Los nombres resonaban con el *esha* de las personas. Así era cómo los investigadores encontraban a sus objetivos. En el caso de Anton, esa resonancia era más pronunciada. No podía adivinar el nombre de una persona a partir de su *esha*, pero era capaz de reconocer un nombre falso. El nombre de la señora Tappan nunca había resonado con el sonido distintivo de su *esha*, que evocaba una campana.

—¿Cuál es?

—No lo sé —respondió Anton—, pero no es ese.

—Y tú ¿cómo lo sabes? —La Mano Pálida abrió mucho los ojos, y su actitud cambió por completo—. Eres tú, ¿verdad? El adivino del que nos habló. Eres tú. Dijo que podías ayudarme, que ningún otro tiene tus capacidades.

En un instante, todo comenzó a cobrar sentido. El trabajo que la mujer sin nombre había intentado ofrecerle la noche anterior: era para la Mano Pálida.

—Bueno, te mintió —dijo Anton rotundamente—. Yo no soy nadie. No puedo ayudarte, así que vete antes de que les diga a los centinelas dónde pueden encontrarte. —Ella no se movió. Él agregó, mientras se acercaba a la puerta—: Lo digo en serio, tienes dos minutos para marcharte.

Aunque sentía un atisbo de curiosidad y se preguntaba qué querría de él la Mano Pálida, no pensaba aceptar la propuesta. Las pesadillas ya habían regresado, y usar su Gracia las volvería insoportables, lo sabía. No estaba dispuesto a pasar por eso, sin importar las amenazas ni las promesas que hiciera la Mano Pálida.

Pero lo que ella dijo a continuación no fue ni una amenaza ni una promesa. Fue una pregunta.

—¿Quién es Illya Aliyev?

La conmoción lo paralizó igual que el hielo. No había escuchado ese nombre en más de cinco años.

—¿Cómo conoces ese nombre?

La Mano Pálida le ofreció el sobre de nuevo. Esta vez, cuando Anton lo sujetó, ella se lo entregó.

El sello estaba roto, como era de esperar. Anton abrió la carta que tenía dentro, y su mirada se detuvo en las primeras líneas.

Illya Aliyev. Última transacción conocida: barco de pasajeros. Destino: Palas Athos.

Luego había varios párrafos que los ojos de Anton recorrieron rápidamente. Un informe completo sobre la persona que lo estaba buscando, una investigación escrita y terminada: el hombre del que la mujer sin nombre le había advertido en los Jardines de Thalassa, el mismo hombre que atormentaba a Anton en sueños.

Debía estar agradecido de que la mujer sin nombre se hubiera tomado la molestia de entregarle esa información. Agradecido de que ella hubiera venido a él en primer lugar, en lugar de entregar a Anton y cobrar la paga. Pero no tenía por qué sentirse agradecido, no cuando sentía que un miedo helado lo asfixiaba.

«Si rechazo su caso, solo lo llevará a otra agencia».

El informe indicaba que ya lo había hecho, que estaba allí, en Palas Athos. Sin duda, sabía exactamente dónde estaba Anton. Incluso podía estar en camino en ese instante.

—Si eres tan poderoso como ella afirma —dijo la Mano Pálida—, ¿por qué necesitas la ayuda de una cazarrecompensas para encontrarlo?

—No lo estoy buscando —respondió Anton, guardando la carta en su sobre y cruzando la habitación en tres pasos enérgicos—. Y no soy poderoso.

Anton se arrodilló frente a las cajas de vino que funcionaban como gavetas y comenzó a revolverlas en busca de la ropa. Sabía que debía haberse marchado de Palas Athos en cuanto la mujer sin nombre le había dicho que Illya quería encontrarlo. Era el momento de marcharse, de ir a un lugar lejano, quizás cruzar los Pélagos para ir al puerto oriental de Tel Amot, a los desiertos sin fin que se extendían allí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la Mano Pálida mientras Anton tiraba ropa al azar dentro de su mochila.

—Me marcho.

—Es de noche.

—Entonces, tengo que darme prisa, ¿no? Los barcos zarpan al amanecer.

—¿Tanta prisa tienes por encontrar a esta persona?

Se oyeron pisadas sobre el empedrado. La Mano Pálida se ocultó entre las sombras cuando Anton se acercó a la ventana, escondido detrás de las cortinas.

Se oyeron más pisadas.

—¿Esperas a alguien? —preguntó la Mano Pálida.

Anton veía el pánico en sus ojos.

Descorrió la cortina medio centímetro para espiar. Había cinco o seis hombres parados en la boca del callejón que estaba fuera, iluminado por la luna.

—¿Quién es? —preguntó bruscamente la Mano Pálida.

Anton apoyó la espalda contra la pared, respirando con dificultad.

—Mercenarios, creo.

Tenían que ser de Illya. La señora Tappan había mencionado que le habían ofrecido una cantidad tentadora de dinero para encontrarlo. Si Illya tenía esa cantidad de dinero, y Anton no dudaba de que la había conseguido de una forma u otra, entonces tendría suficiente para contratar hombres que hicieran el trabajo sucio.

La Mano Pálida maldijo por lo bajo.

—¿Por qué el Cónclave no enviaría a los centinelas a buscarme?

—No creo que hayan venido a buscarte a ti —dijo Anton lentamente.

—¿A ti? ¿Por qué?

Anton tragó saliva.

—Ese hombre —respondió él—, el de la carta, Illya.

—¿El que estás buscando?

Anton negó con la cabeza.

—Yo no lo estoy buscando a él, él me está buscando a mí.

Y, al parecer, ya lo había encontrado.

La Mano Pálida miró a Anton a los ojos, y él vio en ellos que estaba calculando, igual que ella vio la desesperación en los suyos.

—Ven conmigo —dijo ella de repente.

—¿Qué?

—Conozco un lugar. Es seguro. Nadie podrá encontrarte. —Anton vaciló—. ¿Tienes una oferta mejor o algo así?

No. No tenía muchos amigos cercanos que lo recibieran con calma si aparecía sin previo aviso en mitad de la noche. Y si los asesinos lo habían rastreado hasta el apartamento, podrían rastrearlo hasta Thalassa. Quizás estaban vigilando los Jardines en ese mismo momento.

—Vamos, muchacho. Esta oferta expirará apenas esos asesinos pongan un pie aquí.

—¿Trabajas para él? —preguntó Anton.

—¿Para quién? ¿Te refieres a ese tipo Illya que te persigue? No. Ya te lo he explicado, he venido a buscarte porque la señora Tappan dijo que podrías ayudarme. —La Mano Pálida parecía decir la verdad, pero los buenos mentirosos siempre aparentaban ser sinceros—. Opino que tienes dos opciones: o te quedas aquí y descubres lo que quieren los asesinos, o vienes conmigo.

—¿Para ayudarte en qué?

—¿Por qué no lo conversamos cuando ya no haya seis hombres armados a la vuelta de la esquina?

Anton analizó sus opciones. Confiar en la Mano Pálida era una apuesta. Pero las apuestas de Anton casi siempre daban buenos resultados.

—Está bien, vamos.

Avanzaron con sigilo por el corredor.

—Hay otra salida —dijo Anton.

La condujo hasta el sótano del edificio, un espacio estrecho lleno de ratas y telarañas. Se escabulleron y salieron a un callejón por la puerta trasera.

La Mano Pálida bordeó el edificio. Anton la siguió. Hombro con hombro, se agacharon con la espalda contra la pared, esperando que el último de los hombres se colara dentro del edificio.

Anton respiró con más lentitud y contó. La Mano Pálida dejó escapar una maldición en voz baja.

—¿Qué sucede? —preguntó Anton.

—Han dejado guardias en el exterior, dos hombres —respondió ella—. De acuerdo, es hora de correr.

El corazón de Anton se aceleró.

—Nos verán.

La Mano Pálida se agachó para recoger algo.

—Perfecto —dijo ella y levantó una roca del tamaño de su puño.

Lanzó la piedra al extremo opuesto del callejón. Estaba demasiado oscuro para ver dónde había aterrizado, pero hizo tanto ruido que los guardias se sorprendieron e hicieron un movimiento.

La Mano Pálida no perdió el tiempo. En cuanto los guardias se dieron la vuelta, sujetó a Anton por el brazo y echó a correr.

—¡Allí! —dijo una voz detrás de ellos.

Anton quería detenerse a ver si el guardia los había detectado, pero la Mano Pálida lo arrastró con más fuerza.

El sonido de pasos acelerados sirvió de respuesta. Los guardias los perseguían.

Al final del camino, la Mano Pálida giró a la izquierda, y Anton la siguió mientras avanzaba a toda velocidad por las calles estrechas.

—¡Aquí! —gritó ella.

Anton resbaló en el giro brusco y estuvo a punto de chocar contra ella. La Mano Pálida había abierto la ventana de una tienda, que tenía un letrero con un engranaje sobre la puerta. Los pasos resonaron más cerca. No tenía opciones. Con la ayuda de la Mano Pálida, trepó a la ventana. A tientas, en la oscuridad, descubrió que había una mesa debajo, que parecía estar cubierta de alambres, engranajes y piezas de cristal. Cuando se lanzaron al interior desde la ventana, hubo ruidos metálicos y estrépitos que sobresaltaron a Anton.

A salvo adentro, en el interior, cerraron la ventana y luego apoyaron la espalda contra la pared, para que no alcanzaran a verlos. Se quedaron allí en la oscuridad, con la respiración entrecortada, esperando el sonido de pasos que seguían de largo.

—¡Cuidado! —advirtió la Mano Pálida cuando Anton estiró las piernas y empujó la mesa.

Ella atrapó una esfera de cristal antes de que se estrellara contra el suelo y se quedó inmóvil. Los pasos apresurados del guardia se acercaron a la tienda y se desvanecieron en la distancia.

Anton dejó escapar un suspiro.

A su lado, escuchó un suave golpeteo, y luego una luz tenue inundó la tienda. Titiló y luego se hizo más brillante, y cuando Anton se dio la vuelta vio que la esfera que había atrapado la Mano Pálida era una lámpara de luz incandescente.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

Ella lo miró, con el rostro a medias iluminado por los rayos de la esfera.

—Ahora —respondió—, vendrás conmigo.

Capítulo Siete

BERU

En el aposento secreto, bajo la Cripta de Pesistratos, Beru pasaba esa noche como tantas otras: con una taza de té de menta y la esperanza ferviente de que su hermana regresara con vida.

Ephyra había salido a altas horas de la noche muchas otras veces, para enfrentarse a asesinos y esclavistas y a los hombres más depravados de las Seis Ciudades Proféticas. Sin embargo, Beru se sentía más nerviosa esa noche que en cualquiera de las anteriores. Era una tontería, lo sabía bien. No había motivo para el miedo: su hermana era la persona más peligrosa que acechaba las calles.

Pero esa noche, el miedo de Beru era diferente. Porque esa noche, la Mano Pálida no había salido en busca de una víctima, había salido en busca de ayuda. Si la encontraba, entonces esa sería la última vez que Beru tendría que esperar y preocuparse.

Un año después de que la Mano Pálida comenzara a matar, Beru había elegido a la víctima equivocada. Por lo general, Ephyra se encargaba de seleccionar a sus víctimas, pero en aquella ocasión lo había hecho Beru. El hombre que ella había escogido solía visitar burdeles y dejar a sus conquistas hechas pedazos, literalmente. A nadie parecía importarle, porque los burdeles que frecuentaba quedaban en la zona más pobre de Tarsépolis. Pero a Beru sí le importaba, igual que a Ephyra. Así que Ephyra había salido, como lo había hecho tantas otras noches, y la Mano Pálida lo había asesinado. A la mañana siguiente, una carta había aparecido bajo la puerta del depósito abandonado donde se alojaban las hermanas.

El hombre al que mataste anoche tenía una recompensa por su cabeza. Esa recompensa era mía. La próxima vez, pregunta.

No estaba firmada, pero había un sello de cera en la parte inferior, estampado en oro. Una rosa de los vientos. Cuando Ephyra y Beru investigaron, descubrieron que era el símbolo de la Agencia de Investigación de la señora Tappan, un equipo de cazarrecompensas que, según resultó, tenía muy mala reputación en algunos círculos. Beru había sentido terror al principio. El mensaje parecía una amenaza, y estaba claro que esta señora Tappan había logrado encontrarlas a pesar de que nadie conocía el rostro de la Mano Pálida ni sabía su nombre. Beru había propuesto abandonar la ciudad de inmediato, pero Ephyra la había detenido.

«¿La próxima vez, pregunta?», había repetido Ephyra. «No es una amenaza muy alarmante».

Al día siguiente, descubrieron que la carta no había sido una amenaza, sino una oferta. Habían recibido otra carta al día siguiente, con un nombre y un crimen: el comercio de esclavos en Endarrion. Una pequeña investigación había revelado que el criminal en cuestión también tenía una recompensa por su cabeza.

Semanas más tarde, habían recibido un nombre más.

Al parecer, la misteriosa señora Tappan estaba contenta de pasarles algunos de sus objetivos a la Mano Pálida, sin hacer preguntas. Y, al parecer, eran los peores criminales: asesinos, esclavistas y violadores.

Ephyra y Beru no lograban comprender por qué la cazarrecompensas las estaba ayudando. En la mayoría de los casos, la muerte del criminal impedía que se cobrara la recompensa. Sin embargo, los nombres seguían llegando, y nadie, para alivio de Beru, venía a buscarlas a ellas.

Luego, seis semanas atrás, había aparecido otra carta, bajo la puerta de su escondite en Tarsépolis.

Sé por qué lo haces y conozco una cura, un artefacto conocido como el cáliz de Eleazar. No puedo encontrarlo por ti, pero hay alguien que puede. Un adivino con la Gracia de la Vista, el más poderoso que conozca. Más poderoso que yo, incluso. Ve a Palas Athos y espera mi próxima misiva.

Lo único que Beru sabía de Palas Athos eran historias del pasado: la Ciudad de la Fe, el centro de las Seis Ciudades Proféticas. Al llegar, se había sorprendido de lo que habían encontrado: la Ciudad Baja, llena de apostadores y ladrones, y la Ciudad Alta, donde los sacerdotes se aprovechaban de niños y niñas, y abandonaban la ciudad a su suerte. La Ciudad de la Fe había resultado el lugar perfecto para la Mano Pálida.

Se instalaron en el mausoleo abandonado de un sacerdote menor, destruido a medias, y esperaron a que la señora Tappan volviera a comunicarse.

Y esperaron.

Y esperaron.

Y esperaron.

Entonces, por fin, ese día, habían recibido noticias. Un mensajero había entrado al santuario, con un sobre que tenía el sello de la rosa de los vientos.

«Aquí está», pensó Beru. La carta que determinaría su destino. El adivino del que la señora Tappan les había hablado, la persona por la que habían venido hasta Palas Athos, finalmente había respondido.

La respuesta era no.

«Tal vez no haya adivino alguno», había dicho Beru.

«¿Por qué nos mentaría la señora Tappan?», había preguntado Ephyra.

«¿Por qué nos ayudaría en primer lugar? Es una cazarrecompensas».

«El adivino existe», había insistido Ephyra. «Está aquí y lo voy a encontrar».

«¿Cómo?».

Ephyra había mirado la espalda del mensajero de la señora Tappan con un brillo decidido en los ojos.

«Es fácil. El mensajero me guiará hasta la señora Tappan, y la señora Tappan me llevará al misterioso adivino».

«Ephyra...».

Ephyra había acomodado un mechón de cabello detrás de la oreja de su hermana con una expresión dulce.

«Esto es importante, Beru. De vida o muerte». Beru había mirado a Ephyra a los ojos y visto la gran esperanza que albergaban. «Hemos llegado hasta aquí».

«Lo sé», había dicho Beru.

Eso era precisamente lo que la asustaba. Habían llegado tan lejos, habían robado y matado durante tanto tiempo en nombre de la supervivencia. Habían llegado tan lejos: catorce vidas que la Mano Pálida había arrebatado. Y, si habían llegado tan lejos, ¿qué tan lejos tendrían que ir? Era esa pregunta la que la atormentaba esa noche, cinco horas después, en la pequeña mesa de su cocina improvisada, entre caracolas, vidrio de mar y fragmentos de cerámica. Cuando no podía conciliar el sueño, Beru siempre se dedicaba a esa labor: fabricaba joyas y pequeñas baratijas con lo que encontraba. Era una labor que ella y Ephyra también hacían de niñas: vendían collares y brazaletes a los comerciantes que pasaban por su aldea. Con esas joyas, obtenían dinero sin robar. El eco ahogado de pasos interrumpió el silencio del alba. Beru se quedó paralizada,

escuchando. La entrada al aposento de la cripta estaba completamente oculta: la única manera de encontrarla era sabiendo que estaba allí.

Beru siguió el sonido de los pasos que recorría el santuario principal y bajaba por las escaleras ocultas. Tenía que ser Ephyra. Pero era evidente que tenía compañía.

Llamaron a la puerta.

—Soy yo —dijo la voz de Ephyra.

—Demuéstralo.

Ephyra dejó escapar un suspiro de sufrimiento, y Beru lo oyó al otro lado de la puerta.

—Una vez, cuando tenías ocho años, encontraste un barril de dátiles que nuestra madre iba a usar para hacer vino. Comiste medio barril y, durante los siguientes tres días, cada vez que fuiste al baño...

Beru abrió la puerta de prisa y saludó a su hermana con una mirada fulminante.

—¿Prueba suficiente? —preguntó Ephyra.

—Te odio —respondió Beru cuando Ephyra pasó junto a ella y entró con destreza en la habitación.

Beru se quedó observando al desconocido de la puerta.

—Entonces —dijo el chico, mientras recorría el aposento con la mirada—, la Mano Pálida vive en una cripta. Un poco obvio, ¿no lo crees?

Beru pensó que, si estaba allí, debía ser el adivino, y Ephyra lo había encontrado, tal como había prometido. Lo que significaba que el adivino era un chico modesto, apenas mayor que ella. La tez y el cabello claros indicaban que no había nacido en Palas Athos, sino en algún lugar al norte, tal vez en los Territorios Novogardianos. Tenía los ojos tan oscuros como una tumba.

Mientras Beru lo analizaba, se dio cuenta de que él había estado haciendo lo mismo con ella. La mirada del chico se detuvo en su brazo, con el que todavía aferraba la traba de la puerta. Beru lo había envuelto en un paño para ocultar la huella oscura que marcaba su mano, pero la intención de ocultarlo resultaba evidente. Beru escondió el brazo detrás de la espalda y se hizo a un lado para que él pudiera entrar.

—¿Quieres un té?

—¿Tienes vino? —preguntó él, esperanzado.

—No, lo siento —respondió Beru, y se dirigió a un rincón de la cocina para servir el té caliente en tres tazas de arcilla descascarilladas. Sofocó una carcajada. Todo parecía absurdo. Habían pasado más de cinco años desde que Ephyra y Beru habían recibido visitas. En su pueblo, Medea, una parada comercial a las afueras de Tel Amot, la hospitalidad era una norma tan incuestionable como la ley. Para su madre, era inaceptable recibir a un invitado sin ofrecerle algo de beber o de comer.

El chico se sentó a la mesa de madera desvencijada, sobre un cojín, y Beru le llevó una taza de té. Él ya no la examinaba. Tenía los ojos puestos en Ephyra, y Beru detectó en él cierto recelo, detrás de su actitud de confianza. Ephyra también lo observaba, apoyada contra la pared, con los brazos cruzados. Beru se sentó justo en medio de la competencia de miradas.

—Entonces, ¿tú eres el adivino? —dijo ella, mientras soplaba el té.

Justo en ese momento el chico le dedicó una mirada.

—Soy Anton, nada más.

—Anton —repitió Beru y miró a Ephyra. También era peligroso dejarlo entrar en sus vidas, decirle quiénes eran, dónde vivían. Pero habían venido a Palas Athos con el solo propósito de encontrarlo, y no tenían otra opción—. Yo soy Beru, la hermana de Ephyra.

—La Mano Pálida tiene una hermana —dijo Anton, pensativo.

—¿Tienes hermanos, Anton?

—Uno —respondió, con un tono muy despreocupado.

Beru entrecerró los ojos.

—Bueno, basta de charla —dijo Ephyra con impaciencia—. Ya sabes por qué te he traído aquí. Anton la miró mientras daba un sorbo.

—Dijiste que necesitas mi ayuda. ¿Por qué?

Beru miró a Ephyra. Si ella estaba dispuesta a confiar en ese chico, confiar en él lo suficiente para hacerle esa confesión, al menos, entonces Beru seguiría su ejemplo.

—Ya sabes quién soy, lo que he hecho —dijo Ephyra.

—Creo que puedo decir que todo el mundo sabe lo que has hecho.

—Sí, pero nadie conoce la razón.

La gente hablaba con temor de los cadáveres que habían aparecido con la marca de la Mano Pálida. Todos tenían ideas distintas sobre lo que significaban esos cadáveres: un castigo para los malvados, una perversión de la Gracia. Ninguno de ellos sabía la verdad.

—Arrebato sus vidas —explicó Ephyra lentamente— para salvar la de ella.

Miró a Beru. Las hermanas se entendieron sin hablar: le contarían al chico lo indispensable y nada más. No toda la verdad. Era demasiado peligroso.

—Hace mucho tiempo que estoy enferma —reveló Beru—. Ephyra usa el *esha* de sus víctimas para curarme. Es la única manera de mantenerme con vida.

—¿Por qué no puedes ir a un sanador?

—No pueden ayudar —Ephyra dijo llanamente. Había otras razones, el peligro de revelar quién era ella, la verdadera naturaleza de la enfermedad de Beru, que les impedía buscar la ayuda de alguien que no tuviera ni el más mínimo escrúpulo—. Los curanderos hacen un juramento. Si supieran lo que yo he hecho para mantener viva a Beru, incluso si pudieran ayudarnos, no lo harían.

—¿Y yo sí?

—Hemos estado buscando un objeto que puede ayudarme —comentó Beru—. Se dice que hay un artefacto poderoso que incrementa el poder de la Gracia de la Sangre. Con él, tal vez Ephyra pueda curarme de una vez por todas y ya no vuelva a enfermarse.

—Lo llaman el cáliz de Eleazar —dijo Ephyra, observándolo con atención—. ¿Has oído hablar de él? —Anton negó con la cabeza—. Conoces las Guerras Nigrománticas —continuó Ephyra, pero no era una pregunta: todos conocían las Guerras Nigrománticas, las más destructivas de la historia. Mucho antes de que desaparecieran los Profetas, el rey Nigromante había reunido un ejército de espectros, muertos resucitados, para tratar de apoderarse del Reino de Herat—. El rey Nigromante tenía la Gracia de la Sangre, la más poderosa en siglos. Quizás la más poderosa desde el comienzo de las Gracias. Pero no todo ese poder era suyo. Parte de él provenía del cáliz de Eleazar.

Anton hizo un gesto de desconcierto.

—Así que, en resumen —dijo él, despacio—, me has traído a tu cripta para que te ayudara a encontrar un artefacto antiguo que sirve para crear un ejército de muertos vivientes. ¿Te he entendido bien?

Ephyra no se inmutó.

—Sí, ¿puedes?

—No.

—Estás mintiendo.

—No miento —respondió Anton. De pronto, parecía vulnerable—. No miento, de verdad.

—La señora Tappan nos dijo que eres el único que puede hacerlo —continuó Ephyra—, que tu Gracia es la más potente de todas. ¿Nos mintió?

Anton suspiró.

—No, no os mintió.

—Dijo que quizás te resistirías —admitió Ephyra.

—Que me resistiría —repitió Anton—. Claro.

—¿No lo dirías así? —preguntó Beru.

—No exactamente.

—Sabes que he corrido un gran riesgo al traerte aquí —dijo Ephyra—. No tenía por qué hacerlo. Podría haberte dejado en manos de los mercenarios.

Beru se volvió para mirarla.

—¿Qué mercenarios?

—Después —le respondió Ephyra, cortante, y luego se dirigió a Anton—: Lo que digo es que si el hombre que te está buscando tiene tantos deseos de encontrarte, no tengo razones para impedirselo. De hecho, tal vez sea mejor que colabore con él.

Ella lo intimidó con lo que Beru llamaba la «mirada pálida».

—¿Siempre es tan persuasiva? —Anton le preguntó a Beru.

Los ojos de Ephyra brillaron.

—¿Por qué no le preguntas a ese sacerdote muerto qué tan persuasiva puedo ser?

—Ephyra —intervino Beru—, déjame hablar con él.

Ella le lanzó una mirada interrogante. Beru hizo un gesto con la cabeza. No iban a llegar a ninguna parte con este chico si lo amenazaban. Pero Beru pensó que tal vez, tal vez, ella podría convencerlo. Porque bajo el sarcasmo y la confianza fingida, veía algo en él que era capaz de reconocer: temor.

Ephyra se dirigió a la puerta y se detuvo un momento antes de desaparecer por las escaleras.

Beru se volvió hacia Anton.

—Mira, no conozco tu historia. No estoy preguntando. Solo necesito que entiendas algo.

Anton asintió. Y Beru lo vio de nuevo, la sombra del miedo que le cruzaba el rostro. No pánico, ni terror, no era una emoción inmediata, sino un miedo profundo e implacable que vivía en silencio dentro de él con cada respiración. Lo había reconocido porque ella misma lo conocía a la perfección.

—Lo que más me asusta no es la enfermedad, ni la muerte, ni la muerte de Ephyra —continuó Beru. Logró captar toda su atención y los ojos oscuros de él se fijaron en los de ella—. Ephyra no siempre fue la Mano Pálida. En una época, Ephyra y yo éramos solo dos niñas, huérfanas, y solo nos teníamos la una a la otra. Supongo que las cosas no han cambiado mucho. —Ephyra y Beru ya no conversaban sobre el pasado, había mucha culpa allí. Pero no pasaba un día sin que Beru lo recordara y se preguntara si su propia vida valía lo que ella y su hermana habían pagado a cambio—. Pero en ese entonces, había una familia que nos alojó, en un pueblo de pescadores en la isla Charis. Fueron amables con nosotras, nos alimentaron, nos dieron un techo. Incluso nos querían. Con el tiempo, creo que nos habrían visto como a sus propias hijas. Tenían dos hijos. Uno de la edad de Ephyra, y otro un poco mayor.

Los recuerdos de los meses pasados con esa familia iluminaron su memoria. Los dos hermanos que jugaban con espadas de madera en el patio infestado de cardos. La madre que revolvía una olla burbujeante y el vapor caliente perfumado de limón y hierbas y un toque de pimientos picantes. El padre que descargaba los aparejos de pesca en el pórtico delantero y las arrugas en sus ojos cuando Beru y Ephyra pasaban volando junto a él en una carrera que las llevaba

alrededor del gallinero y hacia el patio delantero. Y la cena servida, cuando todos entraban en fila a la casa, como hormigas que regresan a su hormiguero.

Los recuerdos se habían ido confundiendo con los de sus propios padres, hasta que Beru ya no consiguió distinguir si había sido su propia madre o aquella mujer quien había trenzado flores en su cabello y le había enseñado la manera correcta de atrapar un pollo. Esa familia era un rayo de luz en su pasado sombrío. Pero el recuerdo que vino a continuación, el recuerdo de lo que ella y Ephyra le habían hecho a esa familia, eclipsó la claridad.

—Unos meses después de que nos recibieron, enfermé. Y no era la primera vez. En mi antigua aldea, Medea, había tenido la misma enfermedad que mató a nuestros padres, pero yo... me recuperé. Pensamos que todo había terminado, pero unos meses después de que la familia nos recibiera, la enfermedad volvió. Y, pronto, me di cuenta de que me estaba muriendo. —Se le entrecortó la voz—. El padre fue a buscar a un sanador, pero yo empeoré rápido, y antes de que él regresara, Ephyra decidió curarme con sus poderes. Y funcionó. Mejoré. Pero ese día, la madre de esa familia enfermó de pronto y murió, o al menos, es lo que todos pensamos. —Aunque habían pasado años, Beru todavía sentía una oleada de horror cuando la recordaba—. Después de unos meses, la enfermedad volvió una vez más. Y de nuevo, Ephyra me curó. Esa vez, el hijo mayor murió. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo: era nuestra culpa. —Beru tembló—. El padre también se dio cuenta. Estaba loco de tristeza, aterrorizado de que Ephyra matara al único hijo que le quedaba. Nos amenazó. Me amenazó a mí, creyendo que si me mataba, su hijo mayor y su esposa revivirían. Y Ephyra, ella... —La imagen regresó, efímera, y espantosa: el padre que se abalanzaba contra Beru, y Ephyra que empujaba su pecho para detenerlo, la huella pálida que había florecido en su piel—. Lo mató, por instinto. Me estaba protegiendo y todavía no podía controlar sus poderes.

—¿Qué le pasó al otro chico? —preguntó Anton.

—¿El hijo más joven? No lo sabemos. Después de que el padre muriera, nos marchamos. Cuando volví a enfermar, tomamos la decisión. No morirían más inocentes, no por mí. Así que Ephyra se convirtió en la Mano Pálida.

—¿Y eso es lo que más temes? —preguntó Anton lentamente—. ¿Que más gente inocente muera por ti?

Ella asintió, pero no le dijo el resto: que le daba lo mismo si eran inocentes o culpables, todas las vidas que la Mano Pálida arrebatada le pesaban en la conciencia.

—Mi enfermedad está empeorando. Sucede más rápido ahora. Solían pasar meses antes de que empezara a debilitarme después de las curas. Ahora pasan semanas. Sé que algún día, tal vez incluso pronto, estaremos tan desesperadas como aquel día en el pueblo de pescadores. Y no importará lo que alguien haya hecho o no haya hecho, solo que su vida podrá salvar la mía.

—Pero si encuentras el cáliz de Eleazar...

—Entonces, nadie más morirá.

Entonces, pensó Beru, seremos libres.

—Y ya no tendrás miedo —dijo Anton en voz baja.

Beru asintió. Sabía que Ephyra podría enfadarse cuando supiera que le había contado la historia a Anton. No tenían ninguna razón para confiar en él. Y sin embargo, Beru sentía que podía hacerlo. O creía, al menos, que Anton podía comprender, siquiera un poco, lo que habían sufrido. Ella se daba cuenta de que él también estaba obsesionado con su pasado. Tal vez él entendiera la sensación: que cuanto más se persigue la libertad, más parece alejarse.

—¿Nos ayudarás? —preguntó Beru.

Anton se quedó mirándola durante un rato, con los labios apretados.

—No lo sé. Ni siquiera sé si soy capaz. Hace mucho tiempo que no uso mi Gracia y no eres la única persona que preferiría olvidar su pasado.

—Sabes que Ephyra no hablaba en serio —explicó Beru—, cuando dijo que te entregaría a los que te persiguen. Nunca haría eso, no es así. —Anton levantó un hombro—. No hace falta que decidas ya. Pero supongo que no querrás volver a casa si todavía te están buscando. Puedes quedarte aquí por ahora, si quieres.

Ella vio la vacilación en su rostro. Pero parecía que el cansancio había ganado, porque Anton asintió y la ayudó a colocar los cojines de la mesa en el suelo para montar una cama improvisada.

—Descansa un poco —dijo ella.

Esperó un momento hasta que él se acomodó con los ojos cerrados, y luego fue sigilosamente hasta la puerta y la abrió. Ephyra estaba de pie al otro lado.

—¿Qué...?

Beru se llevó un dedo a los labios, empujó a Ephyra al oscuro corredor de piedra que llevaba al mausoleo y cerró la puerta.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Ephyra.

—Le he hablado de la familia.

No era necesario explicar más. Las hermanas casi nunca hablaban al respecto, pero el recuerdo siempre estaba allí, atormentando cada segundo de sus días.

—¿Y nada más?

—Por supuesto que nada más. Pero no es estúpido, Ephyra. En algún momento va a comenzar a hacer preguntas.

—Entonces, hasta que encontremos el cáliz, no podemos dejar que se marche. Es demasiado peligroso.

—¿Y si decide que no nos ayudará? No puede quedarse aquí para siempre.

—No —dijo Ephyra, con determinación en sus palabras.

Beru se apartó de ella.

—¡No puedes matarlo como si nada, Ephyra!

—Soy la Mano Pálida —respondió Ephyra—. Haré lo que deba hacer.

Beru se alejó y se adentró en el oscuro y frío corredor de piedra.

—Beru, espera...

—No quiero hablar contigo ahora —respondió ella, sin detenerse.

Quería a Ephyra más que a nadie en el mundo. Sabía que Ephyra sentía lo mismo, que haría cualquier cosa por su hermana.

Pero eso era lo que más asustaba a Beru.

No pudo evitar sentir que, sucediera lo que sucediera, la historia tendría dos finales posibles: Ephyra perdería a Beru o Beru la perdería a ella.

Capítulo Ocho

ANTON

Anton soñó, pero no con el lago. Soñó con rostros ocultos bajo capuchas, ojos con pupilas de soles negros. Vio huellas pálidas de manos carbonizadas en su piel.

—¡Muchacho! ¡Ey, despierta!

Anton se levantó de golpe, listo para huir. Su mirada se posó en la Mano Pálida, agazapada junto a su cama hecha de cojines.

Las últimas horas volvieron a su memoria a toda velocidad. La Mano Pálida en su apartamento. Los mercenarios contratados por Illya. El escape. La cripta húmeda y oscura del mausoleo destruido.

—Estabas temblando —dijo ella—. ¿Un mal sueño?

—¿Qué otra clase hay? —Se frotó los ojos—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Unas horas —respondió ella—. Es media tarde.

—¿Dónde está tu hermana?

—Ha ido a buscar comida —Anton frunció el ceño, Ephira rio—. Ay, por favor. No tienes miedo de estar solo conmigo, ¿verdad?

—No tengo miedo, pero ella es mucho más amable que tú.

Ephyra rio de nuevo. Su risa era inesperada: ruidosa, libre, franca.

—No es mucho decir. Volverá en cualquier momento, si te tranquiliza. ¿Te quedarás aquí?

Anton se cruzó de brazos.

—¿Tengo otra opción?

—No eres nuestro rehén —dijo Ephyra—. Pero me parece recordar que salvé tu vida anoche.

—Vamos. Escuché lo que dijiste —replicó Anton. Ella guardó silencio, y él continuó—. Cuando estabas hablando en la escalera esta mañana... Debes de haber pensado que estaba dormido. —La expresión de Ephyra no cambió. Ella solo lo miró, con los brazos cruzados—. Piensas que es demasiado peligroso dejarme ir. Me trajiste aquí sabiendo que no ibas a dejarme marchar con vida.

Beru quizás creyera que su hermana no era capaz de hacer algo así, pero Anton no era ajeno al sabor de la desesperación, a sus garras, que te atrapaban y obligaban a sacrificar incluso las cosas que pensabas que querías. Había estado solo desde los once años, y en ese tiempo había vendido partes de su ser (la dignidad, virtud, conciencia limpia, si alguna vez las había tenido) para salvar el resto. Nunca había retrocedido.

Por eso, cuando Ephyra amenazaba con entregarlo a quienes lo perseguían, cuando le decía a su hermana que podría matarlo si él no las ayudaba, él le creía.

—Sabes por qué te traje aquí —dijo Ephyra—. Necesito tu ayuda para que mi hermana no muera.

—¿Y si me niego? ¿Dejarás que me marche?

Antes de que ella pudiera responder, resonaron pasos en la escalera secreta. Un momento después, la puerta se abrió de un empujón y entró Beru, cargando una cesta con patatas y pan.

Se detuvo, nerviosa, en la entrada y miró a Ephyra y Anton.

—¿Qué está pasando?

Había preocupación en su voz.
La mirada de Ephyra estaba clavada en Anton, expectante.
Él sabía lo que debía responder. Miró a Beru a los ojos.
—He decidido que voy a ayudarlos.



Había pasado casi un año desde que Anton había usado su Gracia, pero en cuanto entró en el estanque de adivinación, sintió una aceleración familiar en el corazón. El agua fría en sus piernas arrancó un grito ahogado de su garganta. Ya estaba temblando. Con la mano izquierda, se aferró al único regalo que había recibido en toda su vida y que le había dado la mujer sin nombre en su última visita inesperada. Una calamita, del tamaño de una manzana, lisa y gris y común y corriente.

En los confines de su conciencia, sintió el *esha* de las dos hermanas que estaban en el mausoleo vacío con él. La de Ephyra, con la misma vibración inquieta que había percibido cuando ella se había colado en su habitación. Y la de Beru. Había algo extraño en su *esha*. Anton lo había notado por primera vez en la cripta. Había una opacidad inusual en él: parecía una campana amortiguada, como si su sonido fuera incompleto y entrecortado.

—Nunca he visto una adivinación —dijo Ephyra detrás de él— ¿Cómo funciona?

Anton estaba lejos de ser un experto. Había aprendido lo poco que sabía sobre la Gracia de la Vista de la señora Tappan, aunque no le había servido de nada.

—Cada una de las Cuatro Gracias Corporales interactúa de una forma diferente con el *esha*. Tú, por ejemplo, puedes dar y quitar *esha* a los seres vivos porque tienes la Gracia de la Sangre. Quienes tienen la Gracia del Corazón pueden mejorar su propio *esha* para ganar fuerza y velocidad. Los alquimistas y los artífices, con la Gracia de la Mente, pueden imbuir *esha* en materiales ordinarios para que hagan lo imposible, como luces incandescentes que brillan sin llama o vinos que curan el mareo, por ejemplo.

—Pero la Gracia de la Vista no sirve para dar *esha*, mejorarlo ni transformarlo —dijo Ephyra.

—Exacto —confirmó Anton—. Yo no puedo manipular el *esha*, pero puedo percibirlo. Cada uno vibra en diferentes frecuencias. Soy capaz de sentir esas vibraciones, incluso ahora mismo. La adivinación me permite concentrarme, indagar los patrones de *esha* que fluyen por todo el mundo. Por lo general, los adivinos solo pueden encontrar personas. Pero lo que estás buscando, un artefacto que se usó para resucitar a los muertos, es algo que solo un artífice podría haber hecho. Por lo tanto, debe de estar impregnado de *esha*.

—Así que, como todos los artefactos están imbuidos de *esha*, ¿puedes encontrarlos? —preguntó Beru.

—No —respondió Anton—, los adivinos necesitan algo muy importante para encontrar a una persona o un artefacto: su nombre. Los nombres unen el *esha* a las personas. Por eso, tenemos Días de Nombramiento. Sin embargo, a diferencia de las personas, la mayoría de los artefactos cotidianos no tienen nombres. Pero los raros sí, porque los nombres contribuyen a unir el *esha* a los artefactos y hacerlos más poderosos.

—Como el cáliz de Eleazar —dijo Ephyra.

—Claro —respondió Anton, mirando hacia abajo.

No le explicó que era pura teoría. Si la mayoría de los adivinos tuvieran la misma habilidad que Anton, podrían hacerse ricos rastreando poderosos artefactos perdidos de profecías pasadas.

—¿Y para qué sirven el agua y la piedra? —preguntó Beru.

—Para enfocar y dirigir mi Gracia, igual que los movimientos de los koahs en el caso de la Gracia del Corazón o los patrones de unión en el caso de la Gracia de la Sangre.

La mujer sin nombre le había enseñado que la quietud del estanque de adivinación servía para concentrarse. Las ondas de la piedra imán se hacían eco de las vibraciones de *esha* y las amplificaban para que los adivinos entrenados pudieran analizarlas.

Anton se adentró en el estanque hasta llegar al centro. Tomó una bocanada de aire y arrojó la piedra al agua. De inmediato, el agua comenzó a agitarse y formar remolinos.

Cerró los ojos y siguió las ondas que la piedra creaba en las corrientes de *esha* que componían el mundo. Dejó que el estruendo de estas corrientes lo inundara, dejó que la conciencia de su cuerpo, de su ser, se relajara a medida que trataba de alcanzar el tejido tembloroso del mundo. No dirigía el *esha*, sino que se dejaba dirigir por él, que lo empujara más y más hacia las corrientes que se entretejían, hacia los caminos sinuosos de la energía sagrada. Pero a medida que las corrientes lo llevaban a zonas más profundas, otra cosa apareció.

El recuerdo. El lago.

Las manos que lo sujetaban. El hielo que lo atravesaba. «¡No, no, no!». Podía apartarlo de su mente, se dijo a sí mismo. Podía hacerlo. Se abrió paso en la corriente, como si avanzara tirando de un hilo, rodeado de miles de otros hilos enredados y cortados.

Anton se tambaleó en el agua agitada.

Sintió las oscuras fauces del lago helado que querían devorarlo. El agua se sacudía con violencia, como si fuera presa de una tormenta terrible. Anton cayó al estanque, jadeando, cuando las olas rompieron sobre él. El estanque se convirtió en hielo agrietado, las columnas rotas en hileras de árboles imponentes.

Anton tenía nieve hasta las rodillas y las lágrimas saladas ardían en sus ojos. Alguien lo tenía inmovilizado, y él forcejaba y forcejaba.

«¡Basta!», imploraba. «¡Basta, por favor!».

Se había liberado y corría hasta el centro del lago. El viento arañaba sus mejillas y se oía una risa a sus espaldas. Corrió mientras el hielo se resquebrajaba bajo sus pies, corrió y corrió y corrió, pero no logró escapar del abismo que se abría en el lago.

Se hundió en el agua helada. Unos dedos se hundían en su piel. Sobre él había un rostro que sonreía como si su boca fuera una herida ancha.

El agua, helada como el filo de un cuchillo, se precipitó sobre él. Sintió una presión dolorosa en los pulmones. No había ninguna señal de la superficie mientras se agitaba en el agua oscura. Flotaba, se hundía, sus pulmones colapsaban ante la presión, el corazón latía más lento, los ojos se cerraban.

Solo quedaba una cosa: ni el agua, ni el frío, ni ese rostro espantoso que reía. Solo quedaba su Gracia, que resonaba en sus huesos, inundaba sus venas, se aferraba a él con dedos helados y huesudos, y lo sumergía en la oscuridad, en el pozo negro. Sabía que si abría los ojos vería esa cosa que quería consumir, destruirlo...



No había ruidos en el mausoleo.

Anton despertó. Estaba tendido, con el cuerpo doblado sobre el borde del estanque de observación. Los rayos del sol se filtraban por el techo roto.

Beru se arrodilló a su lado, la preocupación le arrugaba la frente. Ephyra observaba desde el hombro de su hermana, con la impaciencia apenas oculta.

—¿Ha funcionado? —preguntó ella.

Anton negó con la cabeza y salió del estanque.

—No he podido. Lo siento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Beru.

Durante un instante, el rostro de Beru parecía desfigurado por un grito de espanto, pero cuando Anton parpadeó, su expresión volvió a la normalidad, a la preocupación.

—Yo... intenté explicároslo. No puedo usar mi Gracia sin ver...

Intentó convertir sus pensamientos en palabras.

«Sin ver a mi hermano sumergiéndome en el agua».

El recuerdo del lago brilló detrás de su mirada.

—¿Sin ver qué? —presionó Ephyra.

Él se puso de pie.

—Lo siento —dijo él—. No le hablaré a nadie sobre ti, nunca te mencionaré, pero no puedo, esto ha sido un error. Lo siento.

Se lanzó a correr y tropezó con las piedras sueltas y los escombros de los muros en ruinas mientras Ephyra preguntaba a gritos:

—¿Qué has visto?

Las palabras lo persiguieron en el aire de la tarde y siguieron resonando en su mente mucho después de que el mausoleo desapareciera de su vista.

Anton creía que había dejado su pasado atrás, pero su pasado lo había alcanzado. Y de pronto lo supo. Todavía era ese niño asustado que se ahogaba. Y siempre lo sería.

Capítulo Nueve

JUDE

Jude se despertó antes de la salida del sol la mañana en que sería nombrado Guardián de la Palabra. Apenas había dormido, su cuerpo era un nudo de nervios y ansiedad, las palabras de su padre recorrían sus pensamientos.

«Hemos encontrado al Último Profeta».

La espera de cien años había concluido. La búsqueda de dieciséis años estaba cerca del fin. El Último Profeta esperaba a Jude en la Ciudad de la Fe.

Un fuerte golpe en la puerta de su habitación lo trajo de vuelta a la realidad. Se levantó corriendo de la cama estrecha y jaló de la puerta para abrirla. Se sorprendió al ver a Hector al otro lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jude.

Hector levantó las cejas.

—No puedo creer que solo haya pasado un año, y ya hayas olvidado nuestra rutina.

Jude se quedó inmóvil. Antes de que se marchara para cumplir con el Año de la Reflexión, Hector y él se levantaban todas las mañanas para practicar koahs cuando salía el sol. En aquel entonces, sin embargo, Jude siempre había sido el que sacaba a Hector a rastras de la cama en el alba previa al amanecer.

Hector sonrió como si hubiera leído los pensamientos de Jude.

—Se me ocurrió venir a despertarte, para variar. Ahora me doy cuenta de que es imposible.

—Hoy es la ceremonia —dijo Jude sin pensar.

Una vez que el sol ascendiera sobre el valle, todos los paladines se reunirían en el Círculo de Piedras, el grupo de monolitos que rodeaba la fortaleza, para presenciar a Jude elegir a los otros seis que servirían de Guardia y lo acompañarían a ver al Profeta.

—Tenemos tiempo —respondió Hector.

Esperó fuera mientras Jude se ponía el uniforme completo: botas suaves y flexibles, pantalones delgados de color gris oscuro, una camisa almidonada que se abrochaba por el costado, cubierta con una armadura forjada con ayuda de la Gracia, delgada como la seda, y una capa azul que cubría los hombros. Después de ese día, usaría el uniforme no solo como paladín, sino como líder de los paladines.

—¿Listo? —preguntó Hector cuando Jude salió.

—¿Para los koahs? Sí. Para todo lo demás...

—Te irá muy bien —dijo Hector, ofreciéndole una sonrisa mientras serpenteaban a través de la tranquila fortaleza y subían a la cascada más alta del valle—. ¿Qué más dijo tu padre sobre el Último Profeta?

La noche anterior, el capitán Weatherbourne había convocado a todos los paladines en el gran salón para comunicarles las noticias.

—Un acólito lo encontró —respondió Jude—. Uno de los nuestros. Padre dice que confía en ese hombre más que en cualquier otro.

Había muchos acólitos que aún custodiaban los templos de los Profetas, incluso ahora que estaban vacíos. Los acólitos no tenían autoridad: tan solo se ocupaban de cuidar los templos y

ayudaban a realizar nombramientos, bodas y funerales. En las Seis Ciudades Proféticas, unos pocos acólitos habían hecho juramentos secretos. Esos acólitos tenían una tarea oculta: estar atentos a los signos del Último Profeta y alertar a la Orden en Kerameikos si descubrían algo. Habían pasado esa tarea a sus aprendices, escogiendo cuidadosamente a los que demostraban devoción al legado de los Profetas. Muy pocos se consideraban dignos de guardar los secretos de la Orden.

—El acólito envió un mensaje ayer a través de la red de adivinación, diciendo que había encontrado al Profeta en Palas Athos —continuó Jude—. Dijo que cumplía con todos los signos, pero nada más, ni siquiera su nombre. Es la manera más segura. No podemos arriesgarnos a que nadie sepa para qué estamos en Palas Athos, ni a quién vamos a ver.

El último vaticinio se había mantenido en secreto durante un largo tiempo para que nadie más, excepto la Orden de la Última Luz, buscara al Profeta.

—No puedo creer que el Profeta esté en Palas Athos —dijo Hector—. ¿Cómo dice el refrán? ¿El destino y la ironía son amigos?

—Padre dice que es lo apropiado —respondió Jude—: El Último Profeta se encuentra en la misma ciudad que nuestros predecesores abandonaron hace cien años.

—Así que la Orden de la Última Luz regresará a la Ciudad de la Fe —dijo Hector—. Supongo que, entonces, pronto te marcharás de nuevo.

—Esta noche —afirmó Jude—. Nos marcharemos del fuerte y acamparemos en Delos hasta la mañana.

El viaje les llevaría cinco días en total. Una vez en la cala oculta de Delos, un barco con velas tejidas por el arte de la Gracia los llevaría a lo largo de la costa rocosa hasta el mar de Pélagos para atracar en Palas Athos.

Jude había crecido escuchando relatos sobre la ciudad en la colina, la ciudad donde la Orden de la Última Luz había servido a los Profetas durante más de dos milenios. Había deseado ver las columnas de mármol con sus propios ojos algún día, caminar por el camino de piedra caliza del Camino Sagrado, seguir las hileras de olivos hasta la escalinata del Templo de Palas. Los relatos de los paladines habían despertado su interés en la Ciudad de la Fe y, por fin, iría allí siguiendo su destino.

—Por fin, ha llegado la hora, ¿no? —dijo Hector, mirando hacia abajo, al fuerte—. Todos los paladines se reunirán para ver la ceremonia del Guardián de la Palabra. ¿Sabes a quién elegirás?

—He tenido toda mi vida para decidirlo.

—Penrose, por supuesto.

—Por supuesto. —Jude vaciló, mirando a Hector—. Pero a veces la gente puede sorprenderte. Hector apartó la mirada.

—No eres el único que se sorprendió con mi regreso.

Una sensación helada de incomodidad se apoderó de Jude. No quería ser uno más de los que habían dudado de Hector.

—Deseaba que regresaras —dijo.

Se detuvieron al pie de la cascada más alta, en el mismo lugar donde Penrose había encontrado a Jude el día anterior. Había pasado casi todas las mañanas de su adolescencia en ese lugar, con Hector. Era donde Jude iba cuando necesitaba concentrarse. El agua de las cascadas y el paisaje del valle del río acallaban sus pensamientos. Estar allí, con Hector, en la mañana en que se convertiría en Guardián de la Palabra, lo hacía sentir bien.

Miró a Hector otra vez y no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué te fuiste?

La pregunta revoloteó entre los dos como una hoja en la brisa. Pasó un rato, y Jude pensó que Hector quizás no respondería. Pero, luego, con su voz tranquila en medio del sonido de la cascada, dijo:

—Necesitaba respuestas. Respuestas que no pude obtener aquí.

Jude sintió una opresión en el pecho. Las palabras lo herían, pero no entendía por qué. Tenía muchas más preguntas: a dónde había ido, qué respuestas había estado buscando, qué lo había hecho regresar. Dio un paso en dirección a Hector.

—¿Las encontraste?

Los ojos de Hector eran tan negros como el cielo antes del amanecer.

—Espero que sí. Creo que sí. Quiero estar aquí, Jude.

Jude no podía apartar la mirada de Hector. Quería saberlo todo, cada segundo que Hector había pasado lejos de él. Pero dejaría que Hector guardara esos secretos. Lo que importaba no era que se hubiera marchado, sino que hubiera regresado.

—Pertenece a este sitio —dijo Jude—, desde que los acólitos te trajeron.

Los acólitos de la Orden habían encontrado a Hector en la isla de Charis. Había quedado huérfano a los trece años y se había refugiado en el Templo de Keric. Su Gracia ya se había manifestado, y los acólitos lo llevaron al fuerte de Kerameikos cuando vieron que tenía la Gracia del Corazón. Jude siempre había sentido que el destino había llevado a Hector hasta la Orden, hasta él.

Tal vez había sido necesario que Hector partiera de Kerameikos para entender que siempre había pertenecido allí.

Una sonrisa tímida y triste apareció en el rostro de Hector.

—Para ti es muy fácil, ¿no? —Se rio y sacudió la cabeza—. Siempre has estado muy seguro. De todo.

«No, no es así», pensó Jude, desesperado. Estaba a punto de convertirse en Guardián. Habían encontrado al Profeta y en unos días se encontraría con él. Pero las mismas dudas lo atormentaban, y solo parecían crecer. Una parte de él se alegraba de que Hector no lo advirtiera, pero otra parte deseaba que lo ayudara a sobrellevar esos sentimientos.

—Por eso, siempre has sido mejor en los koahs que yo —dijo Hector, saltando sobre una roca que estaba bajo la cascada—. Aunque yo soy mejor luchador que tú.

—Vas a tener que demostrarlo —respondió Jude, saltando sobre la misma roca.

—Cuando quieras.

Comenzaron a ejecutar lentamente los diez koahs estándar. Las secuencias específicas de respiración y movimiento tomaban el poder de sus Gracias para fortalecer sus cuerpos físicos. Había koahs para la fuerza, el equilibrio, la velocidad, para cada uno de los cinco sentidos, para la resistencia y la concentración. Cada uno tenía tres elementos: respiración, movimiento e intención, el propósito inquebrantable detrás de todo lo existente, la razón fundamental por la que se extraía *esha* del mundo y se canalizaba mediante la Gracia. Cuanto mayor era el compromiso con esa intención, mejor se manejaba la Gracia del Corazón.

A eso se refería Hector: la intención de Jude, el propósito por el cual ejercía su Gracia era su devoción a la Palabra de los Profetas. Jude intentaba pensar en eso y nada más mientras realizaba la segunda secuencia, y su Gracia comenzaba a despertarse.

Pero no podía negar que le costaba teniendo a Hector tan cerca. Solo durante el entrenamiento lo veía así: enfocado, decidido, constante. Cuando practicaban koahs, lo hacían con lenta deliberación, cada movimiento sincronizado con su respiración, cada postura perfectamente ejecutada. No se parecían a los koahs rápidos como un rayo que se usaban durante las peleas: en

el entrenamiento, los koahs eran una forma de meditación, de fortalecer la conexión con la energía sagrada del mundo.

Mientras Hector y él se movían formando un remolino, levantando un brazo y estirando el otro hacia atrás, Jude imaginó que las ondas invisibles e incognoscibles del *esha* fluían entre ellos y los conectaban.

Al este, el cielo comenzó a iluminarse a medida que completaban el último conjunto de koahs.

—El sol saldrá pronto —dijo Hector mientras descansaban, con las manos apoyadas sobre el pecho—. Ha llegado el momento.

Caminaron de regreso al fuerte en silencio. Por lo general, a esas horas todos estaban ya en plena actividad: los comisarios realizaban sus tareas en las cocinas, los establos y la armería, y los paladines comenzaban la práctica en el patio de entrenamiento. Pero esa mañana, las barracas estaban vacías, las cocinas, silenciosas. Todos estaban reunidos en el Círculo de Piedras, aguardando a Jude.

—Navarro. —Jude levantó la vista y vio a Penrose esperándolos en la piedra que marcaba la entrada al Círculo. Ella estaba sorprendida de encontrar a Hector allí—. Deberías ir con los demás.

Hector lanzó una última mirada a Jude y luego se alejó de él para entrar en el Círculo de Piedras. Jude buscó un gesto de reprobación en los ojos de Penrose.

—Tú también deberías ir con el resto —dijo él.

Penrose vaciló. Durante un instante, pensó que ella volvería a advertirle sobre Hector. Estaba claro que había querido hacerlo el día anterior. Pero todo lo que dijo fue:

—Las decisiones que tomas ahora ya no son tuyas. Son las elecciones del Guardián de la Palabra, el protector del Último Profeta.

—Lo sé.

Las palabras de Penrose sonaron como una amonestación, que no sabía cómo seguir.

—Que la luz de los Profetas te guíe —dijo Penrose, y se marchó para ir junto al resto de los paladines.

La inquietud de Jude creció al ver los imponentes monolitos de los Siete Profetas que rodeaban el Círculo de Piedras. Endarra la Bella, con una corona de laurel; Keric el Caritativo, que ofrecía una moneda; Palas el Fiel, con una rama de olivo entre las manos; Nazirah la Sabia, que portaba la antorcha del conocimiento; Tarseis el Justo, con sus balanzas; Behezda la Misericordiosa, con la mano extendida; y el Vagabundo sin rostro. Siete estatuas para los siete hombres y mujeres más sabios de la antigüedad. Habían intentado conocer el destino del mundo para servir mejor a su pueblo. Le habían dado a su pueblo el poder de las Cuatro Gracias Corporales. Habían vivido hacía más de dos mil años y guiado sus destinos.

Bajo la sombra de las estatuas, se encontraban cuatrocientos de los guerreros más poderosos, desde la estepa Inshuu hasta el delta de Herat, con sus capas azul oscuro y sus armaduras, que relucían con luz de plata al amanecer.

Jude sintió que lo observaban mientras cruzaba el silencioso Círculo de Piedras, y cada mirada pareció una carga que arrastraba a su paso. Mientras las dudas lo invadían, no pudo evitar preguntarse qué veían los demás paladines: ¿un niño o un líder digno del manto del Guardián de la Palabra?

Ocupó su lugar al lado de su padre mientras el sol se filtraba por las montañas y los rayos atravesaban el arco que marcaba el límite oeste del Círculo de Piedras, bañando todo de un dorado brillante.

—Hoy —proclamó el padre de Jude—, nos encontramos reunidos en el Círculo de Piedras para

ungir a Jude Adlai Weatherbourne como Guardián de la Palabra y capitán de la Guardia de paladines.

Los paladines hicieron una reverencia y tocaron la empuñadura de sus espadas con la frente. El capitán Weatherbourne se volvió hacia Jude.

—¿Juras cumplir con los deberes de tu cargo, defender las virtudes de la castidad, la austeridad, la obediencia, y dedicar tu vida y tu Gracia a la Orden de la Última Luz?

Las manos de Jude temblaron, pero su voz no dudó.

—Lo juro.

Su padre sujetó un torque de oro entrelazado y dijo:

—Este torque se creó para simbolizar nuestra obediencia a la voluntad de los Profetas. Con él, te encomiendo al servicio del Último Profeta, para preservar el legado de los Siete y la verdad de su Palabra.

Colocó el torque alrededor del cuello de Jude, y lo abrochó. El metal era pesado y frío contra su piel.

A continuación, su padre tomó un relicario de plata y peltre, abrió su delicada tapa y sumergió allí los dedos.

—Este crisma fue consagrado por los grandes alquimistas para fortalecer nuestra conexión con el *esha* que fluye a través de cada uno de nosotros. —Jude cerró los ojos y sintió que su padre ungió el aceite consagrado sobre su frente—. Con esto, te nombro, Jude Adlai Weatherbourne, Guardián de la Palabra y capitán de la Guardia de los Paladines.

Jude levantó la vista y observó la expresión de su padre, que incluso en esa solemne ocasión no lograba ocultar por completo el orgullo que su hijo le inspiraba. El día anterior, su padre había hablado del destino de Jude con convicción: que había sabido, cuando Jude era solo un niño, que llegaría aquel momento. Jude cerró los ojos y se preguntó si su padre lo seguiría mirando así si conociera la debilidad enterrada en su corazón.

Por último, su padre levantó la Espada del Pináculo.

—Esta espada se forjó para fortalecer la Gracia del primer Guardián de la Palabra. Debe blandirse con un único propósito: proteger al Último Profeta.

Las manos de Jude temblaron aún más cuando su padre bajó la espada y se la entregó. Cuando sus dedos sujetaron la empuñadura y la vaina, con un diseño elaborado, Jude sintió que su Gracia aumentaba, como si estuviera ejecutando un koah. Esa espada había colgado del cinturón de su padre durante más de tres décadas, su compañera constante, igual que había acompañado a cada Guardián de la Palabra que lo precedía. En las manos de Jude, era otra expectativa, otra promesa que esperaba saber cumplir. Otro peso que no estaba seguro de poder soportar.

Respiró hondo y dio un paso adelante, mirando el mar de caras.

—Como capitán de la Guardia, es mi deber convocar al servicio a seis paladines que me escoltarán como guardianes del Último Profeta. Convoco a Moria Penrose.

Penrose emergió de la multitud, caminando entre las grandes piedras del círculo interior antes de detenerse frente a Jude. Se arrodilló y le presentó su espada envainada.

—Moria Penrose, te designo sierva de la Palabra y guardiana del Último Profeta —dijo Jude, que desenvainó la espada y la usó para tocar el hombro de Penrose con la hoja—. Tu deber para con el Profeta será tu vida, porque no vivirás si no sirves. ¿Juras defender este deber santo?

—Lo juro.

El capitán Weatherbourne colocó un torque de plata alrededor del cuello de Penrose y volvió a hablar:

—Levántate y ocupa tu lugar junto al Guardián de la Palabra.

Luego llegó el turno de Andreas Petrossian, el paladín más viejo de los elegidos por Jude, conocido por su franqueza y su pragmatismo. Después de Petrossian, vinieron Yarik y Annuka, dos hermanos que se habían unido a la Orden cuando su tribu en la estepa Inshuu se separó. Ambos eran luchadores mortales, pero la fuerza que tenían juntos los hacía verdaderamente imparables.

El quinto en unirse a la Guardia fue Bashiri Osei, un hombre gigantesco que, como Hector y muchos otros, había sido pupilo de la Orden y había encontrado un nuevo propósito y hogar después de una infancia marcada por el sufrimiento.

Y, al fin, llegó el momento de que Jude hiciera su última elección, que llamara al último miembro de la Guardia que lo escoltaría al enfrentar su destino. Observó la multitud y dejó que su mirada se detuviera en Hector. Sus recuerdos se remontaron a una época que parecía tan lejana y tan distante como si hubiera sido otra vida.

Jude recordó la última noche que habían pasado juntos, en la víspera del Año de Reflexión. Hector había robado una jarra de vino de los almacenes de la Orden, y él y Jude se habían escabullido del fuerte hacia el puente de Andor, que daba al río.

Habían hablado, bromeado e incordiado al otro, hasta que finalmente Hector se volvió y le preguntó con los ojos brillantes:

«¿Qué harías si pudieras hacer lo que quisieras? Si no tuvieras que ser Guardián de la Palabra, si fueras una persona común y corriente».

Si cualquier otro le hubiera hecho esta pregunta a Jude, él lo habría considerado nada menos que una traición a la Orden. Tenía un solo propósito en la vida, e incluso a los dieciocho años, a punto de estar solo y lejos de su padre y de los paladines por primera vez, sabía que debía dedicarse a él por completo. Pero aunque su destino era el único futuro que tenía por delante, todavía parecía lejano, un faro que brillaba débilmente a la distancia. Algo en la sonrisa de Hector bajo la suave luz de la luna, y la cercanía de los dos a la orilla del puente hizo que Jude respondiera:

«Iría al oasis de Al-Khansa. Bebería vino de granada y montaría elefantes y lanzaría flores de lirio azul al río desbordado».

No sabía de dónde había salido la idea. Nunca había tenido un anhelo profundo de cruzar el mundo para conocer Al-Khansa. Francamente, la idea de estar cerca de un elefante le inspiraba miedo. Pero, por alguna razón, parecía la única respuesta posible mientras le sonreía a Hector.

«¿Qué hay de ti?», le preguntó.

Hector había lanzado una carcajada.

«Iría contigo, por supuesto».

Nunca había olvidado ese momento en el puente, y la forma en que Hector había ligado su futuro al de Jude, como si siempre fueran a estar juntos. Al-Khansa era una fantasía tonta, pero la idea de tener a Hector a su lado no lo era.

Jude le había dicho a su padre que no reemplazaría a nadie para incluir a Hector, y era verdad. Porque no había un sexto nombre en la lista, solo un lugar vacío que Jude había guardado con la esperanza de que algún día lo llenara con la persona que había estado a su lado desde el principio.

Tomó aire y pronunció el último nombre.

—Convoco a Hector Navarro.

Jude no alcanzó a ver la expresión de Hector cuando emergió de la multitud y se arrodilló ante él como los demás. Pronunció el discurso de nombramiento en voz baja y formuló las preguntas correspondientes.

El latido del corazón de Jude se aceleró cuando llegó al final.

—¿Juras defender este deber santo?

Hector levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Jude. El silencio quedó flotando entre ellos, interminable. Entonces Hector habló:

—Lo juro.

Se puso de pie, y el padre de Jude colocó el torque de plata alrededor de su cuello, que lo señalaba como el sexto y último miembro de la Guardia.

—Levántate y ocupa tu lugar junto al Guardián de la Palabra.

Hector así lo hizo.

El padre de Jude parecía preocupado. Pero no importaba lo que pensara su padre, Jude sabía que Hector pertenecía allí, a su lado, por el resto de su vida. No podría haber elegido a nadie más.

Su padre apartó la mirada y observó al resto de los paladines.

—Los siete guardianes del Último Profeta están de pie ante vosotros, la nueva Guardia ha ocupado su lugar junto al Guardián de la Palabra. Alzad vuestras espadas y prestad juramento de lealtad.

Un océano de espadas se elevó hacia el cielo. Jude vio a Penrose a su izquierda y a Hector a su derecha. Y delante, el Profeta, la Ciudad de la Fe y su destino.

Capítulo Diez

EPHYRA

La cripta no debía estar vacía.

Ephyra estaba de pie junto a la puerta de madera podrida. No importaba cuántas veces recorriera los pisos de piedra fría y las sábanas apolilladas con la mirada, Beru no aparecía.

Era casi media mañana. A esas horas, Ephyra solía regresar del entrenamiento o de investigar a su siguiente víctima. Por lo general, desayunaban juntas, lanzaban trozos de pan para que la otra los atrapara con la boca, discutían sobre quién era la mejor carterista (era Beru). A veces, Beru se marchaba temprano al mercado para vender las joyas que había confeccionado, pero todas sus cuentas, caracolas y otras baratijas aún estaban sobre la mesa.

Beru no estaba por ninguna parte. Si Ephyra no supiera a ciencia cierta que Anton estaba escondido en una taberna de mala muerte en el distrito de la marina, habría pensado que él había llevado a los centinelas directamente a su guarida. Su estómago dio un vuelco cuando lo imaginó: soldados que entraban inesperadamente en medio de la noche y se llevaban a Beru. Pero no había signos de forcejeo en la cripta, ni nada fuera de lugar en el mausoleo.

Y luego vino el otro miedo, el que Ephyra trataba de enterrar desesperadamente cada vez que surgía. El temor de que nadie hubiera venido por Beru, sino de que se hubiera ido por propia voluntad.

—¡Dulce Endarra, me has asustado! —Ephyra se giró ante el sonido de la voz de su hermana con el corazón latiendo a toda velocidad. Beru estaba a mitad de la escalera secreta—. ¿Qué haces ahí inmóvil, Ephyra? —preguntó ella, mientras bajaba trotando el resto de los escalones y pasaba junto a su hermana para entrar.

—¿Qué estoy haciendo yo? —replicó Ephyra—. ¿Qué estabas haciendo tú? ¡He vuelto, y no estabas aquí!

Beru desenganchó el pequeño monedero y se quitó el abrigo.

—¿No tengo permiso para salir?

—Siempre avisamos —dijo Ephyra, rodeando la mesa para ver a su hermana—. Es la regla.

Beru le dedicó una mirada fría, y Ephyra se dio cuenta de que había cometido un error.

—Ah, ¿sí? —comentó Beru—. ¿Es la regla que seguiste antes de salir casi todo el día y escabullirte todas las noches? Sinceramente, pensé que no notarías mi ausencia, considerando lo poco que te he visto los últimos días.

—Lo mío es... es diferente —argumentó Ephyra, titubeando—. Yo...

—Díselo a alguien que no haya escuchado tus mentiras de mierda durante los últimos dieciséis años —dijo Beru—. Sé lo que estás haciendo. Estás siguiendo al adivino que secuestraste.

—¿Que secuestré? —protestó Ephyra—. Quieres decir que rescaté...

A Beru el comentario no le parecía divertido.

—¿Todavía lo sigues?

—Es posible que lo haya visitado una o dos veces —dijo Ephyra.

La noche que Anton se había ido, Ephyra lo había seguido hasta el distrito de la marina. Él había entrado en una taberna en mal estado que apestaba a pescado, humo y sudor. Habían pasado cuatro días, y aún no lo había visto salir.

—Solo quiero asegurarme de que no le hable a nadie sobre nosotras. —Beru apretó los labios—. No voy a hacerle daño. Pero no podemos dejarlo ir y esperar que se quede callado. Tenemos que estar listas si habla. Ya hemos llamado demasiado la atención. No me preocupan solo los centinelas. Los Testigos están por todas partes. Los he oído decir que la Mano Pálida es una abominación. No quiero ni imaginarme lo que harían si supieran de ti.

—Lo entiendo. No creo que le hable a nadie sobre nosotras, pero entiendo tu preocupación. De eso es de lo que quería hablarte. —Beru dejó escapar un suspiro y arrojó el abrigo sobre la mesa. Cuando aterrizó, un sobre se deslizó fuera del bolsillo. Una hoja color crema cayó al suelo. Ephyra se agachó para recogerla—. Espera, Ephyra...

Pero ya era demasiado tarde.

—¿Billetes de tren? —dijo Ephyra, mirando detenidamente el papel. Su asombro creció cuando vio el lugar de destino—. ¿Has comprado billetes de tren a Tel Amot? ¿Por qué?

Lentamente, Beru alzó la vista.

—Creo que deberíamos marcharnos.

—Quieres darte por vencida.

—No me doy por vencida —protestó Beru, arrancando los billetes de la mano de Ephyra—. Palas Athos es un callejón sin salida. Vinimos aquí para encontrar al adivino, pero él no puede ayudarnos. No hay razón para quedarse.

—¿Y crees que regresar a Tel Amot no es un callejón sin salida? —preguntó Ephyra con incredulidad—. De todos los lugares que podrías haber elegido...

—¿Y si nunca encontramos el cáliz?

Beru bajó la vista de inmediato, como si deseara no haber formulado esa pregunta. Ephyra se estremeció como si le hubieran dado un golpe.

—¿De qué estás hablando?

—¿Y si...?

—¿Y si qué?

Las palabras de Ephyra sonaron desafiantes. Imaginaba algunos de los pensamientos de Beru, cosas que ninguna de las dos quería decir en voz alta, cosas que Ephyra temía, más que a los centinelas, más que a los Testigos.

—No lo sé —respondió Beru, con la voz más aguda, como si estuviera intentando no romper a llorar—. Mamá y papá nunca quisieron que usaras tu Gracia, ¿recuerdas?

Ephyra lo recordaba bien. Sus padres no habían reaccionado bien cuando su Gracia se había manifestado. En cambio, Beru había quedado deslumbrada cuando Ephyra descubrió que podía revivir las plantas marchitas en el patio y reparar el ala de un gorrión caído. Pero aún recordaba las expresiones en los rostros pálidos de su madre y de su padre cuando le dijeron amablemente que no le contara a nadie más en la aldea lo que era capaz de hacer.

Beru tenía la misma expresión en ese momento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ephyra.

Beru dejó escapar un suspiro y todo su cuerpo se aflojó.

—Tal vez... Tal vez los Testigos tengan razón. Lo que estamos haciendo es antinatural: utilizar la Gracia para que yo siga con vida cuando las dos sabemos...

—No —dijo Ephyra bruscamente, y Beru se quedó en silencio, con asombro en la mirada ante la aspereza de su hermana—. Los Testigos están equivocados. Solo quieren asustar a los que tienen la Gracia porque les damos terror. No tiene nada que ver conmigo, ni contigo, ni con lo que hemos hecho.

Beru se aferró más a los billetes del tren.

—Ephyra...

—Vamos a encontrar el cáliz de Eleazar, Beru —continuó Ephyra—. Vamos a curarte. No hemos llegado hasta aquí para darnos por vencidas.

Beru gritó el nombre de su hermana, pero Ephyra ya había salido por la puerta. Anton era la única persona que podía ayudarlas, y Ephyra sabía exactamente dónde encontrarlo.

Esa vez, no aceptaría un no por respuesta.

Capítulo Once

ANTON

La suerte de Anton se había agotado.

El marinero de ojos pequeños que se encontraba sentado frente a él no hablaba y su nariz, con dos fracturas, estaba casi morada de la ira. Exhalando ruidosamente, el marinero arrojó las cartas al suelo y golpeó la mesa.

—¡Admite que has hecho trampa!

Dos de sus compañeros de tripulación se colocaron detrás de Anton, tan cerca que él alcanzó a sentir el humo de valeriana en su ropa y el hedor del vino en su aliento. Anton tamborileaba con los dedos sobre sus cartas: tres ases y un poeta de coronas relucientes, que declaraban su abrumadora victoria.

Había pasado cuatro días empapados de vino en el polvoriento salón de esa taberna, sacando monedas de hombres como aquel. Era un triste sustituto de las partidas nocturnas de Thalassa, pero Anton no podía volver allí, no sabiendo que Illya lo buscaba.

Además, estaba acostumbrado a los sacrificios. Necesitaba algo para distraerse de la pesadilla que acechaba en los confines de su pensamiento. Las noches anteriores, desde que había intentado la adivinación en el mausoleo incendiado, los sueños solo habían empeorado. Se despertaba ahogándose. Dondequiera que mirara, veía la cara de su hermano.

Pero no había nada como unas pocas rondas de canbarra para aclarar la mente y llenar su cartera. Unas pocas manos más, y tendría el dinero que necesitaba para dejar Palas Athos para siempre.

Si no lo mataban primero, claro está.

Anton miró a los marineros corpulentos por el rabillo del ojo.

—Tienes razón —dijo en un suspiro—. Jugar contra alguien con una ventaja tan clara es injusto. Me disculpo por no darme cuenta antes de lo estúpido que eras.

Hubo un momento de silencio mortal, y luego su oponente se lanzó sobre la mesa. Anton se levantó de un salto y, al mismo tiempo, el compañero de equipo de su oponente lo jaló del cuello de la camisa.

Anton levantó las manos.

—¿Qué? —dijo en voz baja—. ¿Eres estúpido y, además, no tienes sentido del humor?

Su oponente plantó las manos sobre la mesa, extendiendo los brazos para parecer más robusto. Se inclinó hacia delante.

—Piensas que eres muy inteligente, pero solo eres un tramposo. —Voló saliva de entre sus dientes amarillentos, que aterrizó en la mejilla de Anton. Anton cerró los ojos—. Ahora, ¿qué tal una disculpa como corresponde?

Anton escuchó la risa atronadora del marinero, mezclada con la tos seca, y sintió su aliento cálido y húmedo en el cuello. Trató de no forcejear mientras otra imagen ascendía a la superficie desde lo profundo de su memoria: su hermano encima de él, su aliento en la nuca de Anton mientras lo tenía de cara al suelo.

«No voy a soltarte, Anton, hasta que digas que lo sientes. Di que lo sientes».

—Deberías quitarle las manos si no quieres que te las arranquen —dijo una voz fría y cortante

en medio del ruido del salón. Anton sintió el impacto de un *esha* familiar, que agitaba el aire como las alas de una polilla.

—¿Quién demonios eres? —gruñó el marinero, mientras se daba la vuelta.

Anton se asomó y vio a Ephyra de pie, jugueteando con la daga en la luz tenue.

—Confía en mí —dijo ella—. Es mejor que no sepas la respuesta.

El hombre miró a Anton.

—Es cierto —confirmó él.

Y eso fue lo que, al fin, hizo que el hombre pasara de la ira a la violencia. Volvió a gruñir y le dio un puñetazo enérgico a Anton. Este se agachó, pero el puñetazo le dio bajo el mentón y lo lanzó de espaldas sobre una silla, que se volcó y se estrelló contra el suelo.

—En nombre de las Seis Ciudades, ¿qué crees que estás haciendo? —rugió otra voz. Anton levantó la vista y encontró al propietario del salón de juegos, parado como una enorme bestia en el umbral de la puerta—. Rompe un par más de mis muebles, y yo te romperé la cara.

—¡Me gustaría verte intentarlo! —gritó el marinero.

Un vaso de cerveza voló por la habitación y se quebró en pedazos contra el marco de la puerta. El caos estalló. Anton se puso de rodillas en un intento por arrastrarse hacia un lugar seguro, pero su oponente lo vio y gritó:

—¡Atrapad al tramposo!

Anton recibió una patada en el estómago y dejó escapar un suspiro de dolor. Tenía una costilla magullada o dos, al menos. Se acostó de lado cuando alcanzó a ver la bota de un hombre sobre el suelo.

Un buen tirón de la túnica, y Anton de pronto se encontró de pie. Ephyra no soltó la túnica mientras avanzaba zigzagueando hábilmente por la ruidosa sala de cartas. A esa altura, algunos de los otros jugadores, borrachos e incapaces de distinguir amigos de enemigos, se habían vuelto unos contra otros.

Por fin, Ephyra empujó a Anton detrás de una escalera, donde nadie lo veía.

—¿Estás bien? —preguntó, sus ojos castaños resplandecientes a la luz tenue—. Ha parecido un golpe fuerte.

Anton se llevó tres dedos a la parte blanda e hinchada de su mandíbula.

—He tenido peores noches.

—¿Noches? —repitió ella—. Ni siquiera es mediodía.

Sorprendido, Anton observó los rayos polvorientos que se filtraban bajo la puerta que daba a la marina.

—Ah —dijo él.

En esa zona de la ciudad, los marineros y los vagabundos llegaban al salón a todas horas. Cada día que había pasado allí, tratando de que no lo encontraran, se había mezclado con el siguiente.

—Estás en un pésimo estado, ¿no?

—Estoy bien.

Así que había perdido la noción del tiempo. ¿Qué importancia tenía?

—No has dormido.

Cuando Anton notó que ella todavía lo sujetaba por la túnica, apartó su mano con delicadeza.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—¿Y habrías estado bien si ese tipo y sus amigos te hubieran hecho pedazos como a aquel vaso? —preguntó ella—. O eres muy estúpido, o estás buscando problemas.

—No es problema tuyo, de todas maneras.

Ephyra suspiró.

—Vamos, muchacho. Vuelve a la cripta conmigo y te curaremos.

Él apretó la mandíbula.

—No... No voy a volver.

—Podemos hablar de tu... de lo que sucedió durante las visiones, luego. Por ahora, necesitas...

Pero Anton no escuchó el resto de la oración. Todo, desde el sonido de la voz de Ephyra hasta el bullicio de los marineros que seguían luchando en la otra habitación, pareció desvanecerse mientras el pulso de un *esha* lo atravesaba como un súbito vendaval.

Se quedó sin aliento. Podía reconocer la vibración de ese *esha* entre la multitud de personas que zumbaban a su alrededor. Casi podía saborearlo, como el aire antes de una tormenta. Por alguna razón, le sonaba familiar, aunque Anton estaba completamente seguro de que nunca antes lo había percibido.

Sin saber a ciencia cierta lo que estaba haciendo, empujó a Ephyra e irrumpió por la puerta en el cálido sol de la mañana.

—¡Ey! —oyó que Ephyra gritaba débilmente a sus espaldas—. ¿A dónde vas?

Anton entrecerró los ojos ante la luz, y echó una mirada veloz a la calle antes de comenzar a caminar a paso frenético. Pasó por delante de unas boticas que exhibían tinturas color ámbar y de tiendas que vendían aparejos y ofrecían la pesca del día con orgullo, y se abrió paso entre mercaderes, marineros y turistas que habían ido a visitar la antigua Ciudad de la Fe.

A su alrededor, la vibración de los *esha* se mezclaba, un zumbido grave que provenía de todas direcciones, pero sutil e indistinto, en comparación con el que resonaba en la sangre de Anton. El extraño *esha* creció, como un viento que arrecia, y Anton aceleró el paso por el Camino Sagrado. A medida que se acercaba a la bulliciosa plaza de la marina, la multitud se volvía más densa y obstruía los pórticos de entrada. Entraba mucha más gente a la plaza de la que salía. Estaba claro que algo sucedía, algo llamativo, que atraía a la gran multitud.

Sin embargo, Anton apenas era consciente de los demás cuerpos que lo rodeaban mientras estaba de pie entre la muchedumbre, y aquel *esha* se agitaba como una tormenta.

Un golpe en el estómago lo trajo de vuelta a la realidad. Se dio la vuelta y vio a un par de niños (más jóvenes que él, pero no por mucho), que lo habían empujado al pasar.

—¡Deja de darme codazos!

—¡Vamos! ¡Quiero ver lo que sucede!

Oía fragmentos de conversaciones entre la multitud.

—...llegó esta mañana... velas de plata...

—...desapareció después de los Profetas...

—...no se los ha visto en un siglo...

Unas manos tomaron a Anton. Él se quedó inmóvil cuando una mujer lo acercó de repente a su pecho huesudo.

—¡Han vuelto! ¡Por fin, han vuelto, después de todo este tiempo! —gritó, eufórica. Sus dedos largos estaban aferrados a los hombros de Anton, y lo sacudía, mientras caían lágrimas de sus ojos nublados por las cataratas—. ¡Alabados sean los Profetas! ¡Alabada sea Palas, la fiel! ¡La Orden de la Última Luz está aquí! —Anton se liberó por la fuerza de los brazos de la mujer—. Ahora, los Profetas regresarán, ¿te das cuenta? No nos han abandonado. ¡Han contestado nuestras plegarias! ¡Salvarán la ciudad!

Un terror se apoderó de Anton, similar al que experimentaba en sus pesadillas más profundas. Todavía sentía el remolino del *esha* tormentoso, así que empujó a la mujer lo más fuerte que pudo. Ella trastabilló y cayó sobre los demás espectadores.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Anton se alejó corriendo de la muchedumbre y se adentró en un callejón que se abría tras los puestos de la plaza. Se apoyó contra una pared de piedra caliza, para recuperar el aliento, mientras dos deseos distintos y contradictorios surgían en su interior. Uno era descubrir a quién pertenecía aquel *esha* ensordecedor. El otro era correr lo más lejos y más rápido que pudiera.

Anton no hizo ni una cosa ni la otra. Con los dedos en la garganta, comenzó a contar los latidos de su pulso.

Cuando levantó la vista, vio a Ephyra frente a él. No se había dado cuenta de que lo había seguido.

—Pensaba que intentabas huir —dijo ella.

—Es verdad.

El pulso de Anton palpitaba en sus dedos.

—Parece que estás a punto de desmayarte.

—Eso también es verdad.

Ella lo miró de reojo.

—¿Por qué estás tan asustado? —Anton la miró y luego vio el balcón de la tienda. Subir no sería difícil—. ¡Era solo una pregunta! —gritó Ephyra detrás de él.

Él no le prestó atención y bordeó el lado del balcón para trepar al techo de la galería que daba a la plaza. Sintió que Ephyra le seguía los pasos y escalaba con más rapidez y facilidad al camino cubierto.

Desde allí, podían ver toda la plaza y, más allá, las brillantes aguas color turquesa de la marina. En medio de los inmensos barcos mercantes y los clíperes de vela roja, había un barco con velas plateadas atracado en uno de los principales muelles. El casco era elegante, de color blanco pálido, y la proa, estrecha y fina. La luz del sol se reflejaba brillante en las velas plateadas y arrojaba tanta luz que Anton a duras penas podía mirarlas.

La multitud que estaba justo al otro lado del muelle comenzó a abrirse para dar paso a siete figuras vestidas con capas azul profundo ornamentadas con una estrella de siete puntas y una cuchilla. Espadas de plata colgaban de cada una de sus cinturas. Los que se amontonaban en la plaza estiraban el cuello para echar un vistazo a los guerreros, su incredulidad y asombro palpables. Algunos de ellos parecían llorar de alegría.

Había pasado un siglo desde que algún integrante de la Orden había aparecido en público. Había huellas de la Orden en todo Palas Athos, la ciudad que había sido su sede durante siglos, hasta la desaparición de los Profetas. Algunos tenían la teoría de que la Orden había desaparecido con ellos. Otros pensaban que la Orden se había disuelto, hasta que ya no quedaron integrantes. Y otros creían que se habían escondido y retirado a una fortaleza secreta.

El grupo de los siete paladines comenzó a abrirse paso entre la multitud hacia el comienzo del Camino Sagrado. Los espectadores se habían reunido a lo largo de la carretera para observar su procesión y se amontonaban en la calle bañada de cal desde la curva hasta el Templo de Palas en lo alto de la colina.

—Creía que la Orden había desaparecido hace tiempo —dijo Ephyra. El misterioso *esha* se agitó en las venas de Anton. No estaba seguro de poder hablar—. ¿Por qué crees que han vuelto?

Anton negó con la cabeza. Apartó la mirada de los paladines. El misterioso *esha* al fin había comenzado a menguar y a alejarse como una tormenta pasajera. La persona ya no estaba en la zona cercana a la marina, y Anton no comprendía si era alivio o desesperación lo que llenaba su pecho.

—No lo sé —respondió a Ephyra por fin. Pensó en lo que había dicho la mujer de la calle. «Ahora los Profetas regresarán». Pero no era más que una anciana supersticiosa. No podía ser cierto. Se alejó de la plaza—. ¿Qué importa?

—Espera —dijo Ephyra, levantándose tras él—. No te vas a ir. —Anton se giró para volver al techo, pero la mano de Ephyra lo sujetó del brazo a toda velocidad y con firmeza—. No te vas a ir —repitió, esa vez con tono amenazante.

Él miró la mano de Ephyra. Si así lo quisiera, ella podría matarlo en ese mismo instante: extraer el *esha* de su cuerpo, a través del brazo, y dejar una huella pálida allí, tal como había hecho con sus otras víctimas. Cuando Anton alzó la vista, vio que ella estaba mirando su mano. ¿Se estaría preguntando, igual que él, si lo asesinaría o no?

—Mira —dijo Anton lentamente—. No es que no quiera ayudarlos. Lo intenté.

—Vuelve a intentarlo, entonces.

Él negó con la cabeza.

—No va a cambiar nada. Algo anda mal con mi Gracia. Y está empeorando.

Primero, las pesadillas. Luego, los recuerdos que se habían apoderado de él en el estanque de adivinación. Y, ese día, la extraña tormenta de *esha* que lo había abrumado con una violencia desconocida.

—¿Qué quieres decir con que algo anda mal con tu Gracia? —preguntó Ephyra—. ¿Qué sucedió exactamente cuando intentaste buscar el cáliz? ¿Qué viste?

Él cerró los ojos.

—Lo mismo que veo siempre: un lago congelado.

—Un lago —repitió Ephyra—. ¿Eso es todo?

—El lago donde estuve a punto de ahogarme.

Ephyra soltó el brazo de Anton.

—¿De qué estás hablando?

Hacía mucho tiempo que Anton no hablaba de sus pesadillas, de las garras del recuerdo que no lo liberaba. Pero él guardaba un secreto de Ephyra y, quizás, si ella pensaba que guardaba un secreto de él, estarían a la par. Tal vez si ella sabía de qué estaba huyendo, lo dejaría ir.

—Era invierno —comenzó a relatar Anton—. El lago estaba congelado. Yo estaba afuera, jugando en la nieve, cuando mi hermano me encontró. Me persiguió hasta que quedé parado sobre el hielo y se resquebrajó bajo mis pies. Traté de aferrarme a él, y él me hundió bajo el agua.

Anton abrió los ojos y vio que Ephyra lo contemplaba, horrorizada.

—¿Quién sería capaz de hacer algo así? —dijo ella.

—No pensé que la crueldad y la muerte fueran a sorprender a la Mano Pálida.

—Era tu hermano —dijo Ephyra, como si cambiara algo, como si las personas crueles, malvadas, no pudieran ser parientes.

—Crecimos en los Territorios Novogardianos —dijo Anton. Todavía recordaba los inviernos de frío, el hambre que le llenaba el estómago—. La vida es diferente allí. Pocos reciben la Gracia, y hay muchas supersticiones al respecto. Los novogardianos creen todo tipo de cosas sobre ellos, sobre nosotros.

—¿Como los Testigos?

Anton negó con la cabeza.

—Los Testigos nos odian. Creen que somos una abominación de la naturaleza. Pero los norteños no nos odian, nos veneran. No creen que nuestros poderes vengan de los Profetas, sino que piensan que los recibimos de un antiguo dios y que nos dan el derecho divino a gobernar. Mi hermano y yo fuimos criados por nuestra abuela, y ella también lo creía. Ella no tenía la Gracia. Tampoco su hijo, mi padre. Tampoco mi hermano. Y luego nació yo. Mi Gracia se manifestó cuando era muy pequeño, y a partir de ese momento... fue lo único que le importó a mi abuela.

—Y a tu hermano le molestaba —dijo Ephyra.

—Sí, pero era más que eso —explicó Anton—. La mayoría de las personas hacen daño por un motivo. Para que hagan lo que quieren. O porque están enfadados y quieren desquitarse. Pero, en cambio, mi hermano... me hacía daño porque le divertía. Se alegraba cuando me causaba dolor o terror, cuando le rogaba que se detuviera.

Y Anton rogaba mucho.

«¿Quieres que me detenga?», solía decir Illya. «Haz que me detenga. ¿No eres tú el que tiene la Gracia? Muéstrame lo poderoso que eres, Anton».

—Era un juego para él, un juego que jamás aprendí a jugar. —Anton cerró los ojos de nuevo—. He pasado toda mi vida tratando de olvidar las cosas que hizo.

—Pero cuando usas tu Gracia, te ves obligado a revivirlas. ¿Fue eso lo que pasó cuando estabas en el estanque?

El asintió.

—Hubo una época en la que me sentí mejor. Logré controlar las pesadillas. Pero cuando intento adivinar, es como si estuviera allí, en el lago. Estoy indefenso. Solo siento las manos de mi hermano que me hunden... Por eso, no pude ayudarlos. Por eso, me tengo que marchar.

—¿Y fue tu hermano quien envió a esos hombres a buscarte la otra noche? —preguntó Ephyra—. ¿Qué quiere?

Anton no tenía respuestas a esa pregunta, aunque lo atormentaba desde que la Mujer Sin Nombre había aparecido en Thalassa.

—Creo que no puede soportar que me haya escapado —dijo Anton, al fin—. Debe de sentir que perdió, ahora que no puede hacerme daño. Y nunca pierde. Me está buscando para hacerme pagar por la huida.

—¿Y tu plan es seguir huyendo? —preguntó Ephyra—. ¿Esperar que no te encuentre de nuevo y vivir temiendo que llegue ese momento?

—No tengo otra opción.

Sopló la brisa del mar y agitó los rizos oscuros de Ephyra.

—¿Y si tuvieras otra opción? —preguntó ella, despacio—. ¿Si pudieras dejar de escapar, deshacerte de ese miedo, para siempre?

Anton retrocedió medio paso.

—¿De qué estás hablando?

—Puedes ayudarnos, ayudar a Beru. Y yo puedo ayudarte a ti.

—¿Cómo?

Sus miradas se cruzaron.

—Tarde o temprano, la Mano Pálida reclamará otra víctima en esta ciudad. —El momento fue tenso, como una respiración contenida. Anton nunca antes lo había considerado, cómo sería vivir sin el miedo constante que lo perseguía, saber que su hermano se había ido, de una vez por todas, y nunca más lo atormentaría—. Puedes seguir huyendo, puedes pasar el resto de tu vida mirando por encima del hombro, esperando que tu pasado te atrape. O puedes dejar de huir y afrontarlo de una vez. Eso parece una elección que debes hacer.

Anton clavó las uñas en la palma de su mano.

—Solo quiero respirar sin sentir que me estoy ahogando.

—Solo quiero encontrar una manera de mantener viva a mi hermana —respondió Ephyra—. Podemos ayudarnos mutuamente. No puedes usar tu Gracia mientras tu hermano aún vive. Pero si muere...

Si su hermano muriera, ¿se libraría Anton de los recuerdos, de los colmillos de su pesadilla?

—No sé si las cosas cambiarán, si podré usar mi Gracia y, mucho menos, si podré encontrar el

cáliz de Eléazar —dijo él.

Ella se acercó de nuevo, pero sin sujetar su brazo. En cambio, le ofreció la mano.

—Podemos ayudarnos mutuamente —repitió ella.

Anton miró a lo lejos, las olas brillantes que rompían detrás del puerto. Una parte de él solo quería alejarse de todo: de la amenaza de su hermano, de la Mano Pálida, del misterioso *esha* que había sentido en la marina. Deseaba abandonar esa ciudad de fe rota y no mirar atrás. Era lo que siempre hacía.

Pero Ephyra tenía razón. Siempre estaría mirando por encima del hombro. La pesadilla, el recuerdo, el lago, siempre serían una sombra que lo asfixiaba. Todavía estaba bajo el agua helada, suspendido en esos instantes de oscuridad. Podría entregarse a ella y dejarse hundir, o podía tratar de ascender a la superficie.

Tomó la mano de Ephyra.

—Trato hecho.

Capítulo Doce

HASSAN

Hassan ahogó un bostezo mientras colocaba la taza de té bajo el samovar. En los últimos cinco días, había logrado escabullirse al ágora dos veces más para llevar los alimentos y las ropas que podía. Cuando Khepri le había preguntado de dónde habían salido las provisiones, Hassan había mentido, diciendo que otros estudiantes de Akademos las habían donado. Hassan había pasado el tiempo haciendo distintas tareas en los campamentos: recolectando leña, cuidando a los niños y limpiando parte de los escombros.

Aunque, por lo general, pasaba la mayoría del tiempo con Khepri. Ella parecía participar de casi todas las actividades, desde el entrenamiento de los refugiados hasta la reparación de las tiendas y la distribución de alimentos, y no tenía reparos en poner a Hassan a trabajar. Él nunca antes había recibido indicaciones, y cada orden le causaba sorpresa y una suerte de extraño placer. Por primera vez desde el derrocamiento, por primera vez en toda su vida, Hassan se sentía útil.

En su visita más reciente, se había detenido en el mercado para intercambiar una colección de broches de oro por una docena de carretillas del carpintero. Luego, había comprado todas las piezas del alfarero y había apilado cuidadosamente los cuencos y jarros en las carretillas.

«¿Qué es todo esto?», había preguntado Khepri cuando Hassan había aparecido con el aprendiz de alfarero y una docena de otros niños, contratados para llevar las carretillas al ágora.

«Halima estaba diciendo que a veces pasa tres horas al día esperando en fila para conseguir agua», había respondido Hassan, mientras indicaba a los niños que llevaran las carretillas al costado de la fuente. «¿Qué pasaría si, en cambio, asignaras a algunos de tus aprendices que entregaran el agua?».

«Ah», había dicho Khepri, tamborileando con los dedos sobre una de las carretillas.

«¿Qué?», había preguntado Hassan, de pronto preocupado de haberse excedido o de que ella comenzara a sospechar de él.

Pero ella solo había sonreído y sacudido la cabeza, antes de ir a buscar a los aprendices.

Hassan se había despertado pensando en la curva de esa sonrisa.

—Te has perdido el desayuno esta mañana —dijo Lethia, mientras colocaba una pizca de chutney, rojo como un rubí, en su plato.

—Lo siento —respondió Hassan sin pensar y revolvió el té con una pequeña cuchara de oro.

La noche anterior no había vuelto hasta el amanecer y se había arriesgado demasiado. Pero no se arrepentía: esos momentos, compartidos con los otros refugiados, eran más indispensables que el almuerzo que estaba comiendo o que una noche de sueño.

—Supongo que debes de estar cansado después de pasar toda la noche fuera —continuó Lethia. Hassan se quedó paralizado—. ¿O pensabas que no estaba al tanto de tus excursiones al ágora? —Él, de hecho, estaba convencido de que no estaba al tanto. Lethia continuó hablando con tono aún ligero y bromista—: No eres exactamente un maestro del engaño, Hassan. Por el amor de Kerik, puedes hablar, no estoy enfadada.

—¿No?

—Tampoco estoy contenta —admitió ella—. Solo desearía que no fueras tan descuidado.

Tienes suerte de que yo lo supiera. Hablé con el capitán de los centinelas y les hice duplicar las patrullas a pie alrededor de la Puerta Sagrada.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Hassan. Desde la muerte de su esposo, casi una década atrás, Lethia no tenía poder oficial en Palas Athos, pero parecía que Hassan había subestimado las conexiones que aún poseía.

—Se lo pedí al capitán como un favor personal. Me pareció lógico después de ese incidente en el templo con los Testigos.

—¿También sabías eso? —preguntó Hassan, consternado.

Lethia le dirigió una mirada fulminante mientras daba otro sorbo a su té.

—Son pocas las cosas de esta ciudad que escapan a mi conocimiento. Lo que me recuerda: la Orden de la Última Luz ha llegado al puerto esta mañana.

Hassan estuvo a punto de atragantarse con el té.

—¿Qué quieres decir con que ha llegado al puerto? La Orden no ha estado en Palas Athos en un siglo.

—Bueno, al parecer, ya están aquí. Se ha visto a la Orden entrar en la Ciudad Alta.

Los ojos de Hassan se agrandaron. Sabía que, en la antigüedad, la Orden había protegido Palas Athos. Habían vigilado la ciudad y a los peregrinos que acudían allí para visitar el Templo de Palas. Su abrupta partida, justo después de la desaparición de los Profetas, causó décadas de agitación en la sagrada Palas Athos, que pasó a ser una ciudad de peligros y vicios. Hassan siempre había pensado que los miembros de la Orden habían muerto uno tras otro después de la partida.

—¿Por qué volverían aquí después de tanto tiempo? —preguntó él.

—Nadie lo sabe, ni siquiera los sacerdotes. Y eso los pone furiosos, por supuesto —dijo Lethia con una sonrisita.

—Lady Lethia —habló un criado desde la puerta—. Hay una mensajera esperando en el patio.

—¿No ves que estoy tomando el té con mi sobrino? Dile que espere.

—Dice que es urgente —agregó tímidamente el criado.

—Urgente para ellos, tal vez —respondió Lethia, con un gesto de burla y agitando la mano para que el criado se retirara.

El criado no se movió.

—Dice que viene en nombre de la Orden de la Última Luz.

Las cejas de Lethia se alzaron. Hassan miró boquiabierto al criado.

—¿La Orden de la Última Luz quiere hablar con la tía Lethia?

El criado negó con la cabeza.

—No a lady Lethia. Quieren verlo a usted, Su Alteza.

—¿A mí?

—¿De verdad creen que pueden volver a esta ciudad después de tanto tiempo, causar toda esta conmoción, y luego convocar al príncipe heredero de Herat cuando les da la gana? —protestó Lethia—. A veces me sorprende la arrogancia de los que tienen la Gracia. Y ¿cómo sabían que estaba aquí? —Era una buena pregunta, pero Hassan tenía muchas más. Y solo una forma de contestarlas—. ¿A dónde vas?

—A averiguar qué está pasando —respondió Hassan mientras se levantaba de la mesa.

—No pueden convocarte como si fueras un plebeyo —dijo Lethia enfadada—. Perdieron ese derecho hace cien años, cuando dieron la espalda al mundo.

—No tengo otros compromisos importantes que posponer —respondió Hassan—. Si la Orden de la Última Luz por fin ha regresado a Palas Athos, debe ser por una razón importante. El

momento es muy oportuno: debe de estar relacionado con los Testigos y Nazirah.

Lethia frunció el ceño.

—Bueno, está bien. Tampoco pude evitar que anduvieras por ahí en otros momentos. Pero los centinelas te escoltarán esta vez. No aceptaré una negativa.

Hassan analizó las palabras de su tía. Sin duda, los Testigos que estaban en Palas Athos se habían enterado de la llegada de la Orden. No sabía si habría otro ataque, pero no valía la pena arriesgarse, en particular porque el templo estaba muy cerca de los refugiados.

—Está bien —le dijo a su tía—. Iré con dos guardias.

—Cinco —contestó ella, regateando.

—Tres.

—De acuerdo.

Media hora más tarde, Hassan sudaba bajo el sol de media tarde mientras la mensajera y tres centinelas lo escoltaban por las calles de piedra caliza. Unas cuantas miradas curiosas los siguieron mientras marchaban por el Camino Sagrado hacia el ágora, pero perdieron el interés rápidamente.

El mercado estaba más vacío que nunca. Al atravesar la Puerta Sagrada, vio que las personas que solían estar en el mercado se encontraban al pie del templo. La llegada de la Orden había conmovido a todos, tanto a los refugiados como a los ciudadanos.

Hassan no apartó los ojos de la mensajera que lo guiaba a través de la multitud. Los centinelas mantenían un amplio perímetro a su alrededor, lo bastante amplio como para que nadie lo viera ni lo reconociera como el estudiante universitario curioso y un tanto torpe que había pasado tiempo en los campamentos las noches anteriores.

—¡Cirion!

Hassan se estremeció y cerró los ojos un instante cuando la voz de Khepri se quebró entre la multitud. Mantuvo la cabeza baja, esperando que ella pensara que se había equivocado.

—¡Cirion! —gritó de nuevo, y su voz se oyó más cerca.

—Señorita, retroceda por favor —ordenó uno de los centinelas.

—Estoy tratando de hablar con mi amigo.

Hassan miró hacia el lugar donde retenían a Khepri. Un centinela lo miró por encima del hombro y preguntó:

—¿Conoce a esta mujer?

Hassan observó que la expresión de Khepri pasaba de la alegría a la confusión.

—Sí. La conozco. Está bien, puedes dejarla cruzar.

El centinela se hizo a un lado, pero Khepri no se movió. Tenía arrugas en la frente.

—¿Por qué caminas con centinelas armados?

Distintas mentiras llegaron hasta la punta de la lengua de Hassan, y todas ellas eran creíbles. Pero no se atrevía a pronunciarlas. No quería seguir mintiendo.

—Su Alteza —dijo la mensajera de la Orden que lo acompañaba—. Realmente no debemos demorarnos.

—¿Su Alteza? —repitió Khepri—. Cirion, ¿qué está pasando?

—Lo siento mucho —dijo Hassan de prisa—. No quise engañarte. Debería haberte dicho la verdad desde el principio. No me llamo Cirion.

Dio un paso hacia ella, pero ella retrocedió.

—Tú eres... —Las palabras parecieron quedar atrapadas en la garganta de Khepri—. Tú eres el príncipe. ¿No es así?

Hassan tragó saliva.

—Quería decírtelo.

Khepri dejó escapar una risa mientras retrocedía.

—Todo este tiempo, tú...

Ella sacudió la cabeza, resistiéndose a creer lo que sucedía.

—Khepri —dijo Hassan, mientras se acercaba a ella.

Ella lo miró, con los hombros caídos y una mueca en la boca. No solo estaba enfadada: estaba herida.

—Yo... me tengo que ir.

—Espera, si...

—Me tengo que ir —repitió ella, con voz firme.

Hassan trató de seguirla, sin saber qué podía decir para reparar el daño, pero sabiendo que no quería que ella se fuera de ese modo. Dos de los guardias se interpusieron en su camino.

—Tengo que hablar con ella —dijo Hassan—. La Orden de la Última Luz puede esperar.

Alguien rozó su codo y cuando se dio vuelta, Hassan vio a la mensajera de la Orden.

—Su Alteza —dijo ella—. No creo que quiera retrasar esta reunión.

Hassan miró a Khepri alejarse y al Templo de Palas, donde la Orden esperaba. Sentía dos deseos en pugna: el de perseguirla y el de saber qué hacía allí la Orden de la Última Luz. Si estaba relacionado con los Testigos o con Herat. Pensó que incluso Khepri, confundida como estaba, querría que lo averiguara.

—De acuerdo —le dijo al fin a la mensajera—. Llévame hasta la Orden.

La mensajera los condujo al templo. La ansiedad carcomía el estómago de Hassan mientras subían los escalones de mármol. Dos cuencos anchos, llenos de aceite consagrado, flanqueaban las puertas abiertas.

En el umbral se encontraba Emir, el acólito herati.

—Su Alteza —dijo, arrodillándose.

—Tú me reconociste aquel día en el ágora, ¿verdad? —le preguntó Hassan.

Emir inclinó la cabeza.

—Por favor, entre a la casa de Palas. —Hassan se humedeció las puntas de los dedos para ungirse antes de entrar, pero cuando los guardias se acercaron para hacer lo mismo, el acólito se puso de pie y levantó la mano—. La Orden solo ha convocado al príncipe.

Emir habló con una voz clara e imponente que no daba lugar a discusiones.

Hassan hizo un gesto a los centinelas para confirmar la orden del acólito, y luego cruzó el umbral solo.

Rayos de sol, como cintas, se filtraban dentro del santuario desde el techo abierto e iluminaban a los siete paladines que estaban en el centro. Dos hombres con la piel oscura del desierto de Seti estaban junto a un hombre y una mujer que compartían la tez pálida y el cabello oscuro de la estepa de Inshuu. Frente a ellos, una mujer con el cabello cobrizo de los de Endarrion estaba al lado de un hombre que claramente había nacido en una isla: la isla de Charis, si Hassan tuviera que adivinarlo. A la cabeza del grupo había un hombre, más bien un chico, en realidad, cuya piel morena y cabello oscuro lo hacían parecer un nativo de Palas Athos.

Por alguna razón, Hassan había pensado que todos los integrantes de la Orden de la Última Luz serían parecidos, pero esas personas eran tan variadas como los eruditos que llegaban a Nazirah en peregrinación. Tenían en común los torques de plata alrededor del cuello, las capas azul oscuro que cubrían los hombros y las expresiones de reverencia en el rostro.

Emir dio un paso adelante.

—Su Alteza, le presento a la Guardia de la Orden de la Última Luz y a su líder, el capitán Jude

Weatherbourne, Guardián de la Palabra. Capitán Weatherbourne, este es el príncipe Hassan Seif, heredero del trono de Herat.

Todos los paladines se arrodillaron al mismo tiempo.

Con la cabeza inclinada, el joven capitán dijo:

—Su Alteza, yo... —Se aclaró la voz—. He esperado mucho tiempo para conocerlo: desde el día en que nació.

Levantó la mirada y, una vez más, Hassan se sorprendió de lo joven que era, mucho más que el resto. Sin embargo, lo habían presentado como el líder, el Guardián de la Palabra.

—¿Por qué? —preguntó Hassan—. ¿Y qué los ha hecho volver a esta ciudad?

Los paladines se pusieron de pie.

—Hemos venido a contarle algo —dijo el capitán Weatherbourne—. Un secreto que la Orden de la Última Luz ha protegido durante un siglo. Y ahora que le hemos encontrado...

—¿Me estabáis buscando?

—No sabíamos que era a usted a quien buscábamos —respondió el capitán—. No hasta hace muy poco.

Hassan perdió la paciencia. Debería haberse imaginado que conversar con un grupo hermético de guerreros sería como hablar con los filósofos más insondables de la Gran Biblioteca.

—¿Qué quieres decir con que no sabíais que me buscabais a mí?

—Jude —dijo con urgencia la paladina de pelo cobrizo—. Tal vez sea mejor que se lo expliquemos ahora.

Hassan se estremeció.

—¿Explicar qué?

La mirada del capitán Weatherbourne brilló sin vacilación mientras hablaba.

—El vaticinio final de los Siete Profetas.

Hassan hizo un gesto de desconcierto.

—La profecía del rey Vasili se cumplió hace más de un siglo. ¿Qué relevancia podría tener?

El rey Vasili, el último rey del Imperio Novogardiano, afligido por una extraña locura, había emprendido una guerra contra las Seis Ciudades Proféticas al enterarse de que, según la profecía, sería el último heredero de su casa en tener la Gracia. Pero nadie puede desafiar su destino por mucho tiempo, y la guerra del rey Vasili terminó con el Imperio Novogardiano para siempre. Así se había cumplido la última profecía. La historia siempre había atormentado a Hassan, una clara advertencia de lo que había sucedido la última vez que un reino poderoso no había logrado producir un heredero con Gracia.

—La profecía del rey Demente no fue la última —dijo el capitán Weatherbourne—. El resto del mundo así lo cree, pero los Profetas dejaron otra antes de desaparecer. Su Alteza será la primera persona, fuera de la Orden, en escucharla.

Hassan lo miró fijamente, mientras su mente acelerada trataba de darle sentido a las palabras. Habían guardado un secreto, una promesa que los Profetas habían dejado al mundo... Y por alguna razón, querían que *él la conociera*.

—¿Tiene que ver con los Testigos? ¿Con Nazirah?

El capitán Weatherbourne no respondió, y en cambio tomó una caja de filigranas de plata que le entregó a otro de los paladines. En su interior había una piedra pálida, casi partida en dos, con dibujos fractales grabados en la superficie.

El capitán Weatherbourne le entregó la piedra a Emir, que la sacó de la caja con cuidado.

—¿Qué es eso? —preguntó Hassan cuando Emir llevó la piedra al borde del estanco adivinatorio.

El capitán Weatherbourne lo miró y respondió:

—Una piedra oracular.

—Nunca antes había visto una —dijo Hassan, en un murmullo.

Una verdadera piedra oracular, como las que aparecían en las historias de antaño. El capitán Weatherbourne hizo un gesto con la cabeza. Emir levantó la piedra y la arrojó al estanque. Chapoteó un instante y luego formó ondas en el agua y comenzó a girar. Un débil resplandor iluminó el fondo del estanque, y un zumbido grave llenó el santuario y resonó en las paredes, cada vez más fuerte.

Los ecos empezaron a crear susurros. Formaron siete voces, que hablaban al unísono.

*Cuando termine la Era de Profetas
y el destino del mundo se oscurezca,
solo la profecía final entonces resta,
en manos del Guardián de la Palabra.
El falso engaña al mundo con mentiras,
y los impíos caen bajo la mano pálida,
lo que duerme en el polvo al fin respira
y cuando se levante vendrá la oscuridad.
Pero nacido con la luz del cielo,
un heredero de visión bendita,
un augurio fallido del pasado
darán brillo al futuro más sombrío.
La última parte por fin se revela
en visiones de Gracias y de fuego
que vencerán la era oscura
o destruirán el mundo por completo.*

Los susurros hicieron eco a través del santuario hasta que se disolvieron en un zumbido. El agua resplandeciente se desvaneció, y el estanque volvió a quietarse.

El silencio se apoderó del santuario. Hassan sabía que él era el único allí que escuchaba la profecía por primera vez, pero podía sentir el efecto de esas palabras, mantenidas en secreto durante tanto tiempo, en cada una de las respiraciones contenidas, en la reverencia que mostraban en la mirada.

Pasó un momento antes de que Hassan advirtiera que todos lo estaban contemplando a él.

El capitán Weatherbourne fue el primero en hablar:

—Usted nació durante el solsticio de verano hace dieciséis años. Esa noche, el cielo brillaba con una luz celestial. —Hassan observó el rostro del líder de los paladines y supo que estaba al borde de descubrir una verdad, insondable como un abismo, que podría destruirlo—. Príncipe Hassan, usted es el Último Profeta.

Parte Dos
LOS JURAMENTOS

Capítulo Trece

JUDE

Jude tenía nueve años cuando Penrose le enseñó el primer koah. Ella le había dicho que cada koah para la Gracia del Corazón tenía tres partes. La respiración, que concentraba la Gracia y extraía *esha* de la tierra. El movimiento, que lo canalizaba y convertía en poder. Y la intención, el propósito inquebrantable que lo guiaba todo, como la estrella polar.

La intención de Jude nunca había variado. Había sido siempre la misma, desde que había sentido la Gracia en su interior por primera vez. Siempre había soñado con aquel momento. Se había convencido de que, cuando al fin se materializara, alejaría todas las dudas, todos los temores, todos los deseos que habían nublado su corazón. Entonces, estaría a la altura de su destino, y únicamente se sentiría lleno de fe y devoción.

—¿Soy un Profeta? —preguntó el príncipe—. No tiene sentido. Los Profetas se han marchado. Hace un siglo que desaparecieron. ¿Cómo es posible, cómo es posible que yo...?

—Ya lo ha oído —respondió Jude—. Cuando los Profetas desaparecieron, dejaron esta profecía como promesa de que nacería un nuevo Profeta. Y creemos que usted es el Profeta esperado.

Eran tantas las cosas que Jude quería decir: que su destino y el del príncipe estaban entrelazados, que aún podía recordar todo lo que había sucedido el día del nacimiento del príncipe, el cielo encendido por una tormenta de luces.

Pero las palabras se ahogaron en su garganta, y Jude guardó silencio. El momento había llegado, el mismo que había anhelado durante toda su vida.

Y Jude se sentía exactamente igual que antes.

«No hay más que esto», entendió.

Había imaginado que, cuando mirara al Profeta a los ojos, se sentiría realizado. Pero eran ideas infantiles, las ideas de un niño que había visto luces en el cielo y creído que le hablaban a él.

Ya era un hombre adulto, y sabía la verdad. Su destino había llegado, y no le importaba si él estaba preparado para afrontarlo o no.

Capítulo Catorce

HASSAN

Hassan se quedó mudo en el templo silencioso. Las palabras que el paladín había pronunciado resonaron en su cabeza, una y otra vez, hasta que se convirtieron en sonidos sin sentido.

Y lo cierto era que no tenían sentido. Eran disparates. Hassan tuvo ganas de reír.

—Tiene que haber un error —respondió, mirando al capitán Weatherbourne, al acólito y nuevamente al capitán, a la espera de que alguno de los dos entrara en razón y advirtiera que era imposible.

—No hay ningún error —dijo Emir—. Usted cumple con las señales.

—¿Las señales? ¿Te refieres a lo que se menciona en la profecía? ¿Las luces en el cielo?

Hassan conocía la historia de las luces de buen augurio que habían encendido el cielo el día de su nacimiento. Los herati las habían interpretado como un signo de que sería un gobernante sabio y digno. Habían celebrado cinco días y cinco noches, y todos los años volvían a iluminar el cielo con bengalas y fuegos artificiales para conmemorar la ocasión. Nadie había imaginado que eran parte de una profecía secreta. Hassan sacudió la cabeza.

—No fui el único que nació ese día.

—Sin duda, eso habría simplificado nuestra búsqueda —admitió Emir con una sonrisa—. Pero tiene razón. A partir de ese día, solo tuve sospechas. Las suficientes para vigilar de cerca al joven príncipe de Herat, a la espera de otra señal. Y, luego, hace dos semanas y media, llegó.

Dos semanas y media: Hassan se quedó helado.

—Cuando los Testigos ocuparon Nazirah...

—Sí —respondió Emir—. Fue entonces cuando lo supe. Los Testigos interrumpieron el gobierno de la casa Seif en Herat. El derrocamiento contradecía una de las primeras profecías, la profecía de Nazirah.

Mientras el faro de Nazirah esté en pie, la casa Seif gobernará. Hassan palpó la brújula que llevaba en el bolsillo. Siempre recordaba aquellas palabras, la profecía que aseguraba su lugar como heredero.

—No se pueden deshacer las profecías, ¿no? —preguntó Hassan, dudando.

—Nunca antes ha sucedido y los Profetas tampoco lo predijeron —explicó el capitán Weatherbourne—. Los eruditos de la Orden han revisado los registros de las profecías, y todas se desarrollaron tal como lo anticiparon los Profetas. La de vuestra familia es la primera y única profecía errada. Y esa es la segunda señal de que usted es el Último Profeta: «Una promesa del pasado muerto».

—Pero yo no la deshice, fue el Hierofante.

—Pero la profecía hablaba de usted o, mejor dicho, de su familia. Por lo tanto, se refiere a su destino —dijo Emir.

Hassan tragó saliva.

—Son dos señales. ¿Cuál es la tercera? «Un heredero de visión bendita». Se supone que el Profeta debe tener la Gracia de la Vista. Yo no recibí ninguna de las Gracias.

—Pero sí es heredero y aún no ha cumplido los diecisiete. La Gracia todavía puede manifestarse.

A Hassan se le secó la garganta. Había pasado años tratando de desestimar esa idea, creyendo que era una fantasía disparatada. Que volvieran a ilusionarlo después de tanto tiempo era una tortura.

—Cuando mi padre tenía doce años —relató Hassan—, ya creaba cerraduras que se abrían con una orden y relojes que predecían el clima. Mi madre tenía nueve cuando descubrió que podía alzar a un hombre que triplicaba su estatura. Es demasiado tarde para mí.

—No lo creo —dijo la paladina de cabello cobrizo—. La Gracia de la Vista suele manifestarse más tarde.

Era cierto, y algo que Hassan había considerado muchas veces. Sin embargo, siempre había pensado que, en realidad, la Gracia de la Vista era más difícil de detectar que las otras y, por lo tanto, capaz de pasar desapercibida durante más tiempo. Pero quizás no fuera la única explicación.

—Algunos eruditos incluso dicen que la profeta Nazirah, la fundadora de su tierra natal, tenía dieciséis años cuando recibió su primera visión —continuó diciendo la paladina de cabello cobrizo.

—Su Alteza —dijo el capitán Weatherbourne bruscamente—. Los acólitos de nuestra Orden han estado buscando al Último Profeta durante cien años. En todos esos años, nunca hemos hallado a nadie que cumpliera con las señales como usted. No habríamos venido hasta aquí si no pensáramos que es el Profeta.

Los otros paladines contemplaban a Hassan, sin la menor sombra de titubeo. Frente a la convicción que veía en sus rostros, las dudas de Hassan comenzaron a desvanecerse.

—¿Y qué pensáis hacer ahora que estáis aquí? —preguntó.

—Mantenerlo sano y salvo —dijo el capitán Weatherbourne—, esperar a que cumpla con la profecía y nos muestre cómo evitar la Era de la Oscuridad.

—¿Qué es la Era de la Oscuridad?

El capitán Weatherbourne vaciló y miró a los otros miembros de la Guardia antes de seguir adelante.

—El fin de las Gracias.

—Y con ello, la destrucción de nuestra civilización —agregó la paladina de cabello cobrizo—. Cuando los Profetas desaparecieron, hubo décadas de caos. Estallaron guerras entre ciudades aliadas. Aparecieron enfermedades y hubo desastres naturales. En el pasado, los habitantes de las Seis Ciudades Proféticas afrontaban los conflictos porque podían anticiparlos. Pero sin los Profetas, el mundo entró en pánico. —Hassan asintió. Conocía la historia, había leído mucho sobre el siglo anterior. Incluso Herat, una de las regiones más estables, había sufrido levantamientos. Cuando su abuela comenzó a gobernar, el reino estaba a punto de rebelarse—. Sin embargo, nada de eso se compara con lo que ocurrirá si las Gracias también desaparecen. No habrá quien sane a los enfermos y heridos con la Gracia de la Sangre. No habrá quien encienda luces y haga andar los trenes y permita que se envíen mensajes de una ciudad a otra con la Gracia de la Mente. No habrá quien proteja a los débiles con la Gracia del Corazón. Será una catástrofe, mil veces mayor que la que siguió a la desaparición de los Profetas.

Y el caos sería el momento perfecto para que un déspota despiadado usurpara el poder, en especial, un líder tan carismático y astuto como el Hierofante. La tristeza inundó a Hassan.

—El final de las Gracias —dijo—, ¿no es lo que quieren los Testigos? ¿Queréis decir que el plan del Hierofante, lo que sus seguidores llaman el Día del Juicio, de verdad tendrá lugar?

El capitán Weatherbourne inclinó la cabeza.

—Creemos que sí. Los Profetas anticiparon lo que sea que el Hierofante esté planificando.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque ya ha comenzado —explicó el capitán Weatherbourne—. La profecía habla de tres cosas que pueden traer consigo la Era de Oscuridad: el falso, la mano pálida de la muerte y lo que se levantará del polvo.

—Creemos que el falso es el Hierofante —agregó la paladina—. Ha convencido a sus seguidores de que los Profetas eran malvados y de que los Agraciados deben morir. Sus seguidores han cometido cientos de crímenes en su nombre: han incendiado santuarios, profanado templos e incluso asesinado a niños que nacieron con la Gracia. Todo por las mentiras que él dice.

—Y he oído hablar de la Mano Pálida —dijo Hassan, recordando el asesinato que había mencionado Lethia la tarde anterior, el que había asustado a los sacerdotes y al arconte—. Cadáveres marcados por una huella pálida. ¿También es parte de la profecía?

El capitán Weatherbourne asintió.

—Cada una de esas cosas está conectada. Cada una indica que la profecía está en curso. Una de ellas, o quizás la suma de todas, traerá la Era de la Oscuridad.

—¿Y los Testigos y el Hierofante saben que el Día del Juicio que preparan fue profetizado? —preguntó Hassan.

—No —respondió el capitán Weatherbourne—. La Orden ha mantenido la profecía en secreto, solo quienes le han prestado juramento la conocen. Nadie más en el mundo sabe lo que vieron los Profetas antes de que desaparecieran.

Dentro de Hassan, se incendió la ira.

—Pero si sabíais lo que sucedería, si sabíais que se avecinaba la Era de la Oscuridad, ¿por qué lo ocultasteis?

—La Guardiania de la Palabra así lo decidió cuando desaparecieron los Profetas —respondió el capitán Weatherbourne—. Ella sabía que si la profecía era pública, el Último Profeta no estaría a salvo. Otros lo buscarían. Por eso, prefirió mantenerla en secreto, hasta que la Orden de la Última Luz hallara al Último Profeta, hasta que lo halláramos a usted.

—¿Y ahora?

—Se debe completar la profecía.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Hassan, sacudiendo la cabeza.

—Hay una razón por la que esta profecía es la última: fue lo último que lograron ver. Los poderes de su Gracia solo llegaban hasta nuestro presente. Sobre lo que vendría después, eran tan ciegos como cualquiera de nosotros. Vieron la Era de la Oscuridad, pero no cómo detenerla. Solo usted puede verlo.

Hassan recordó lo que Khepri le había dicho la primera noche en los campos de refugiados: que él liberaría a su país de los Testigos. Había dudado de sí mismo entonces, y aún dudaba de sí mismo en ese momento. Se suponía que era un príncipe, no un profeta. ¿Cómo podría evitar un mal que amenazaba a la humanidad cuando ni siquiera podía defender a su propio país?

—Pero ¿cómo lo haré para verlo?

—Cada uno de los Profetas recibió las visiones a su manera —dijo la paladina—. Algunos, en sueños, otros, en trances. Las visiones de los Profetas son difíciles de predecir. Llegan en el momento justo, ni antes ni después. El destino tarda en revelarse.

—Así que solo queda esperar —dijo Hassan, con voz apagada. Estaba cansado de tanto esperar—. ¿Y si nunca llega?

—Ya llegará —afirmó el capitán Weatherbourne con certeza—. Sé que es mucho para asimilar, más aún cuando hace tan poco tiempo que escapó de su país. Pero debe saber que nos marchamos del Fuerte Kerameikos para estar aquí, para protegerlo. Cada uno de nosotros ha hecho un

juramento: estamos a su servicio, es lo que hemos venido a hacer.

Las palabras del guerrero irritaron a Hassan. La Orden afirmaba que estaba a su servicio, pero no decía nada sobre su pueblo.

—¿Y si yo no fuera profeta? —preguntó lentamente—. ¿Todavía estaríais escondidos en vuestra fortaleza? ¿O estaríais aquí, luchando contra los Testigos?

—Servimos al Profeta —repitió el capitán Weatherbourne.

Hassan se dio la vuelta.

—Creo que será mejor que vuelva ya a la villa de mi tía. Como habéis dicho... hay mucho por asimilar.

—Por supuesto. —El capitán Weatherbourne asintió y luego se dirigió al acólito, Emir—: Gracias por todo lo que has hecho. Tu servicio a la Orden será recordado. Hablaremos pronto.

Emir asintió y la Guardia formó una fila y avanzó hacia las puertas del templo.

—¿Qué hacéis? —preguntó Hassan.

—Usted ha dicho que quería regresar a la villa de su tía —explicó el capitán Weatherbourne con paciencia.

—Sí, pero he traído a los centinelas como escolta —respondió Hassan—. No necesito que me acompañéis.

Esa vez, el capitán Weatherbourne se sintió desconcertado.

—Su Alteza, tal vez no esté claro. Soy el Guardián de la Palabra. Esta es la Guardia de los Paladines. Estamos aquí para protegerlo. Adonde usted vaya, nosotros iremos.

Hassan solo se quedó mirándolo. Por fin, estaba comenzando a comprender. Una hora antes, una Orden que no había sido vista en un siglo lo había convocado al Templo de Palas. Él no tenía la menor idea del porqué. Pero ya no era Hassan Seif, el heredero al trono de Herat. Era Hassan Seif, el héroe de una profecía secreta.

La última y única esperanza para detener la Era de la Oscuridad.

Capítulo Quince

ANTON

El mensaje para Illya decía que debía encontrarse con Anton en el Templo de Tarseis a medianoche. Ephyra lo había dejado en el apartamento que ocupaba Anton en el distrito de la marina. Sabían que los hombres que Illya había contratado seguían vigilando el edificio, por lo que no pasaría mucho tiempo antes de que descubrieran el mensaje.

Bastaba con esperar.

Anton y Ephyra estaban en el santuario del Templo de Tarseis, en la oscuridad, hombro con hombro. La noche había caído sobre la ciudad como un sudario, y el silencio sofocaba a Anton.

Habían elegido el templo por su ubicación: estaba justo dentro de los muros de la Ciudad Alta. Anton sabía que corrían peligro porque los centinelas patrullaban la zona a pie todas las noches. Pero, al mismo tiempo, el riesgo de que Illya fuera acompañado de los asesinos a sueldo para emboscarlos era menor. Los centinelas advertirían enseguida si un grupo de hombres armados merodeaban por el templo, pero Anton conocía bien los callejones de la ciudad y Ephyra estaba familiarizada con las rutas de la patrulla, así que ellos pasarían sin ser detectados.

—Por lo general, cuando haces esto, es decir... cuando asesinas a alguien, ¿qué sucede? —preguntó Anton en un murmullo, para no alterar la quietud del santuario.

—Entro por la fuerza o me escabullo sigilosamente, me aseguro de que la víctima no tenga compañía. —Una sonrisa se dibujó en los labios de Ephyra, con la lentitud del veneno—. Después, les digo a los pobres desgraciados por qué estoy allí.

—¿Hablas con ellos?

—Todos tienen derecho a unas últimas palabras.

Una curiosidad enfermiza se apoderó de Anton.

—¿Qué suelen decir?

—Estás a punto de averiguarlo —respondió ella, antes de ocultarse entre las sombras.

Anton sintió que su hermano se acercaba antes de verlo. El zumbido grave de su *esha* lo hizo estremecer como un tenedor que ralla un plato. Miró hacia las puertas del templo. En el pórtico estaba la persona que había rogado no volver a ver durante los últimos cinco años.

La luz de la luna se derramaba sobre la frente ancha y pálida. Los ojos color dorado relucían sobre la nariz recta, muy similar a la suya. Anton reconocería esas facciones en cualquier parte. Había pasado años tratando de borrar la imagen de su mente.

—Hermano —dijo Illya. El sonido de su voz era hielo en las venas de Anton—, ha pasado mucho tiempo.

La última vez que se habían visto, los dos vestían trapos viejos y vivían siempre sucios, siempre con frío. Pero Illya había cambiado: se parecía a los clientes de los Jardines Thalassa. Anton no dudó de que el hombre que tenía delante contaba con los medios para contratar una agencia de investigación y disponer de asesinos a sueldo.

—No el tiempo suficiente —respondió Anton—. ¿Por qué me buscabas?

Illya respondió sin titubear.

—Quería asegurarme de que estuvieras a salvo.

—¿A salvo? —Anton se quedó mudo de la incredulidad—. Nunca te importó. Nunca he

olvidado lo que intentaste hacer.

—He cambiado —dijo Illya, y sus botas resonaron contra la piedra mientras se adentraba en el santuario—. Ya no reconozco a la persona malvada e iracunda que te hizo daño. Desde que te marchaste, solo he pensado en encontrarte para decirte cuánto lamentaba las cosas que había hecho.

Por primera vez, a Anton se le ocurrió preguntarse qué había pasado con Illya en los años transcurridos desde el episodio del lago: si el hombre que estaba frente a él realmente era diferente del chico que había sido. Desde luego, tenía un aspecto diferente, con su abrigo elegante de Endarrion en color gris y sus botas pulidas. Pero, bajo la ropa fina, aún había algo en su apariencia que lo delataba, un hambre en sus ojos, una desesperación que Anton veía solo porque la conocía a la perfección.

—Las cosas que hiciste —dijo Anton—. Me torturabas, me decías que me matarías, me...

El miedo contuvo su lengua. No había lenguaje para el terror con el que había vivido. Illya se puso pálido.

—Era un niño.

—Yo también.

Illya inclinó la cabeza, y su rostro quedó oculto en la oscuridad.

—Lo que hice no tiene justificación. Ya lo sé. Pero yo también sufrí y lo sabes, aunque no entiendas lo que sentía. Era el hijo no deseado, el inútil, como nuestro padre. No tenía valor, por ser quien era. O por no ser distinto. Tú, en cambio, eras el elegido, destinado a rescatar a nuestra familia de la miseria y devolverle la gloria.

Illya era el primogénito, pero no había recibido la Gracia y vivía a la sombra de su hermano menor.

—Nunca lo quise —dijo Anton—. Todas las noches, deseaba que mi Gracia se desvaneciera, para que ella me dejara en paz, para que tú dejaras de odiarme.

Una extraña expresión atravesó el rostro de Illya, algo tan cercano al remordimiento que Anton se asombró durante un instante. ¿Podría alguien tan cruel como su hermano sentir remordimiento?

Anton no se permitiría creerlo. Illya quizás hubiera encontrado una forma de dejar atrás su infancia triste, de engañar al mundo para obtener lo que quería, como había engañado a Anton tantas veces, pero no era más que una trampa astuta. Puede que la bestia estuviera enjaulada, pero seguía viva.

—Es cierto que te odiaba —aceptó Illya después de una pausa—. Pero cuando te marchaste, entendí que no te odiaba a ti. Los odiaba a ellos. Y yo también me marché. Papá quizás se haya emborrachado hasta morir, y nuestra querida abuela, bueno, si se puede vivir de resentimiento, imagino que está justo donde la dejamos.

Si Anton hacía memoria, alcanzaba a recordar una época en la que Illya y él se habían aliado en la cruda y fría realidad de su hogar. Lado a lado contra su padre borracho y su abuela cruel, una mujer con tan poca bondad que hacía que los lobos parecieran dulces. Anton podía recordar el día exacto en que todo había cambiado. Illya estaba perdido en medio de una tormenta. Y cuando la nieve comenzó a aplacarse, Anton llevó a su abuela directamente hacia él, guiado por el *esha* de Illya.

Al día siguiente, Illya había retorcido el brazo de Anton hasta hacerlo llorar. A partir de entonces, quedó claro: había perdido a su único amigo. Su única familia verdadera.

—Me escapé, igual que tú —dijo Illya en voz baja—. Fui a Osgard, y luego a Endarrion, en busca de un lugar donde pudiera ser algo más que el hijo no deseado. Me llevó un tiempo, pero al fin entendí lo equivocado que estaba, vi que los celos me habían transfigurado.

—No me digas que quieres disculparte ahora. No me digas que has cambiado. No me digas que puedes deshacer las cosas que me hiciste. Porque yo no puedo.

Los ojos dorados de Illya se apagaron.

—Anton, yo... Sé que fui cruel. Te hice daño. Quería que sufieras. Pero las cosas que te dije, las amenazas, no eran verdaderas, jamás te habría asesinado. Nunca.

—Mentiroso —dijo Anton, apretando los dientes.

—Anton, lo juro...

—¡Intentaste ahogarme! Me llevaste hasta ese lago helado, y cuando el hielo se quebró, trataste de sumergirme en el agua.

La expresión de Illya reveló sorpresa y luego tristeza.

—¿Es eso lo que crees que pasó? Ese día, en el lago, te salvé. Te caíste y te saqué del agua helada. Pensé que... ni siquiera respirabas. Estabas morado. Pero luego tosiste e inspiraste, y en ese momento comprendí que tenía que empezar a protegerte. Que tenía que ser el hermano que debería haber sido desde el principio. Pero te fuiste antes de que tuviera la oportunidad de demostrarlo.

—Basta, basta de mentiras.

—No estoy mintiendo, Anton.

—¡Basta! —exclamó Anton, y escuchó el grito de sus once años, cuando su hermano lo hundió en el agua, bajo el hielo.

«¡Basta!». La voz de Illya repicaba en la cabeza de Anton, aguda y aterrada, similar a su *esha*, a medida que los pulmones de Anton dejaban de llenarse, que su visión se oscurecía. «¡Por favor, basta!».

«No». Era la súplica de Anton, el ruego patético. El deseo de que Illya lo soltara, lo dejara libre, de hundirse bajo el agua.

«No». Quería estar a salvo. La única forma de estar a salvo era que Illya desapareciera. Incluso allí, parado frente a él, lograba confundirlo. Tenía que detenerlo.

—Ay, Anton —dijo Illya, con lástima en la mirada—. Aún no sabes de qué estás huyendo, ¿no?

Capítulo Dieciséis

EPHYRA

Ephyra salió de las sombras cuando Anton cayó de rodillas en medio del templo.

—¿Quién anda allí? —gritó Illya cuando Ephyra se arrodilló junto a Anton, que se estremecía en el suelo.

—Un trato es un trato—le dijo a Anton—. Solo dímelo y lo haré.

—¿Quién eres? —preguntó Illya, clavando sus ojos dorados en Ephyra. Ella se puso de pie, y le dedicó la mirada más fría de la Mano Pálida.

—No deberías haber venido a buscarlo —dijo ella—. No deberías haber enviado a esos hombres.

—¿Qué? —preguntó Illya—. Yo no envié a nadie. He venido aquí para protegerlo.

Detrás de Ephyra, Anton dejó escapar un sonido brusco, más agudo que una risa. Volvió a ponerse de pie.

—¿Protegerme de qué?

Illya arrugó la frente.

—De los Testigos, Anton. De cualquiera que quiera hacerte daño por ser quien eres.

—¿Como hiciste tú?

—Hay personas peores que yo —respondió Illya, con la voz ligeramente temblorosa—. La situación ha cambiado. Los Testigos ya no son solo un grupo marginal de fanáticos. La gente cree lo que dicen: que habrá un Día del Juicio para los que tienen la Gracia. Ahora que han tomado Nazirah, dicen que las otras Ciudades Proféticas seguirán. Charis. Tarsépolis. Behezda. Por eso comencé a buscarte. Para asegurarme de que estuvieras a salvo.

—Nunca estaré a salvo —respondió Anton—. No mientras vivas.

Ephyra miró a los dos hermanos. Ella había matado a muchos hombres como Illya. Hombres que juraban que nunca habían hecho las cosas terribles que ella sabía con certeza que sí. Hombres que gastaban sus últimos suspiros en suplicar y fingir que habían cambiado. Illya Aliyev era igual que ellos. Por lo que Anton le había contado, sobre el lago, sobre su infancia, Illya era de los hombres más crueles. Merecía la muerte tanto como las otras víctimas de la Mano Pálida.

Pero Ephyra se quedó inmóvil. No porque hubiera creído el remordimiento de Illya. No porque su porte delicado la detuviera. No era por la angustia que mostraba en sus ojos: era por la incertidumbre en los de Anton.

«Aún no sabes de qué estás huyendo, ¿no?», había preguntado Illya.

Ephyra se preguntó si tenía razón. La reacción de Anton después de que intentara encontrar el cáliz, y esa mañana en el puerto, revelaba un miedo que no estaba segura de entender. Y Ephyra creía que Anton tampoco lo comprendía del todo.

Un tumulto de pasos resonó en el exterior del templo.

—¿Son los centinelas? —preguntó Ephyra.

Anton tenía los ojos muy abiertos.

—La patrulla no debía llegar hasta dentro de una hora. —Se volvió hacia su hermano—. ¿Tú les has avisado? ¿Les has dicho que vinieran?

—¿Por qué haría eso? —preguntó Illya, con los ojos abiertos de una manera que hizo evidente

el parecido entre él y Anton.

Una luz fantasmal apareció afuera.

Ephyra miró a Illya, indecisa. Si lo dejaban ir, no tendrían otra oportunidad. Anton nunca sería capaz de controlar su Gracia, y Ephyra nunca podría encontrar el cáliz de Eleazar.

Pero si la atrapaban y los centinelas la encerraban en la ciudadela, no habría quien curara a Beru cuando empezara a enfermar de nuevo. Podía arriesgar su propia vida, pero no podía arriesgar la de su hermana.

Aferró a Anton de la muñeca y se decidió. Lo arrastró por el santuario, por los arcos de la entrada hasta la escalinata.

Un silbido alto y fuerte atravesó el aire. Un brillo cegador los iluminó y los obligó a detenerse.

—¡Están robando el templo!

—¡Deteneos donde estáis, ladrones!

Cubriéndose los ojos, Ephyra se volvió hacia el templo. Illya ya se había fundido en la oscuridad.

—¡Otro paso y disparamos! —vociferó el centinela.

Había más de diez y cargaban sus ballestas. Eran demasiados para que Ephyra se enfrentara a ellos sin arriesgarse a dejar atrás cadáveres de inocentes. Los rodearon y acorralaron a ella y a Anton en la escalinata del templo. Se oyó el sonido metálico de las espadas desenvainadas.

—Por decreto del Cónclave de los Sacerdotes de Palas Athos, quedáis bajo arresto.

Capítulo Diecisiete

HASSAN

Hassan se despertó temprano la mañana siguiente y se vistió velozmente para el desayuno. Supuso que Lethia no perdería la oportunidad de mostrar su hospitalidad a la Guardia de los Paladines y, cuando llegó a la terraza del patio, no quedó decepcionado. La mesa estaba repleta de pasteles rellenos de dátiles y nueces picadas, cuencos de cristal con crema batida y rociada con miel, jarras llenas de néctares brillantes como joyas y teteras de plata con té de rosas.

Cinco paladines, con capas azul oscuro, estaban de pie junto al banquete y parecían más preparados para la guerra que para el desayuno.

Lethia se mostró amable y cálida en la cabecera de la mesa, aunque Hassan notó la mueca sutil de sus labios que indicaba que estaba molesta por su retraso. La noche anterior, cuando había regresado a la villa con la Guardia a cuestas, ella los había recibido con compostura pero desconcierto. La Guardia se había mostrado renuente a dejar que Hassan le contara a Lethia todo lo que sabía, pero él había insistido. Lethia lo había mantenido a salvo durante dos semanas y media, y había mantenido en secreto su presencia en la ciudad. Hassan estaba seguro de que sabría guardar ese secreto también.

Aunque Lethia no había expresado duda alguna frente a los paladines, Hassan se dio cuenta de que se resistía a creer. Pero lo cierto era que él también.

—Buenos días, Su Alteza —dijo la paladina de cabello cobrizo mientras Hassan ocupaba su lugar en la cabecera de la mesa.

—Buenos días —respondió él. Pasó un momento antes de que se diera cuenta de que el capitán Weatherbourne no estaba presente.

—El capitán Weatherbourne envía sus disculpas —continuó la mujer, anticipando la pregunta de Hassan—. Los centinelas solicitaron que se presentara en la ciudadela, para hablar con él. Yo me ocuparé de mantenerlo a salvo mientras él y Navarro no estén.

—Gracias...

—Penrose —dijo ella con una sonrisa que duró un instante.

«Penrose». Gesticuló el nombre en silencio y juró recordarlo.

Después de una conversación incómoda durante el desayuno, Lethia sugirió a Hassan que les mostrara los jardines a los paladines. Él había planeado quedarse en la biblioteca toda la tarde y leer lo que pudiera encontrar sobre la Orden, pero luego se dio cuenta de que probablemente fuera mejor hacerles preguntas, así que aceptó.

—Entonces —dijo, una vez que todos se reunieron en los jardines y disfrutaron de las fuentes en cascada—, ¿todos vivís en el Fuerte Kerameikos? ¿Cómo es?

—Más silencioso —respondió Petrossian. Parecía el más viejo de la Guardia, y evidentemente no le gustaban las charlas triviales.

Osei, un hombre más robusto con la piel tan oscura como la tinta, agregó:

—Y más frío.

Hassan escuchó una risa contenida y se sorprendió al ver que provenía de dos paladines, altos y pálidos, que habían estado muy callados durante la comida. Penrose los había presentado como Annuka y Yarik.

—Un habitante del desierto —dijo Annuka, señalando a Osei con la cabeza—. Malo para el frío.

Osei sonrió. Tenía un rostro perfecto para sonreír.

—No todos crecimos bebiendo nieve fundida en lugar de leche materna.

—Sois de la estepa Inshuu, ¿no? —le preguntó Hassan a Annuka.

—De la tribu Qarashi —contestó ella.

—¿Por qué os marchasteis?

Annuka frunció el ceño.

—Muchas tribus de la estepa Inshuu dependen de las manadas de bueyes salvajes para subsistir. Pero los bueyes comenzaron a morir. En un invierno muy frío, la mitad de nuestra manada murió. Las otras tribus vinieron a saquearnos. Yarik y yo tratamos de resistir, muchas veces, pero no sirvió de nada. Sin los bueyes, nuestra tribu desaparecería. Los otros se fueron, se casaron con miembros de otras tribus. Cuando solo quedamos Yarik y yo, las otras tribus convocaron el Janaal.

Hassan recordó que había aprendido sobre la práctica del Janaal cuando una delegación de las tribus más numerosas de la estepa había visitado Nazirah. Era una forma de alentar el intercambio: los mejores luchadores de cada tribu competían y, si eran derrotados, se unían a la tribu del vencedor.

—Ninguno de los otros pudo derrotarnos —contó Yarik—. Y el último día del Janaal, un nuevo oponente entró en el ring. No era de las tribus. Era una acólita. Ella nos habló de la Orden de la Última Luz. Nos ofreció un nuevo propósito para luchar, aunque tendríamos que renunciar a nuestra tribu. Pero nuestra tribu ya no existía. Así que la seguimos y encontramos un nuevo propósito.

Las palabras de la mujer eran simples y directas, pero Hassan veía el dolor que ocultaban, y la tensión en los hombros de su hermano. Habían perdido a toda su tribu, y con ella, su lugar en el mundo.

—¿Alguno de vosotros nació en Kerameikos? —preguntó Hassan.

Penrose negó con la cabeza.

—El juramento no permite que los miembros de la Orden tengan hijos, con excepción del Guardián, que lo hace solo para que dejar un heredero.

—¿Y cómo habéis sobrevivido durante el pasado siglo?

—¿Siempre es tan curioso? —murmuró Petrossian.

—La corona de Herat encaja mejor en una cabeza curiosa —dijo Hassan—. Eso dicen los eruditos.

—Es una pregunta inteligente —comentó Penrose, amonestando a Petrossian con la mirada.

—Es cierto que la Orden es cada vez menos numerosa, pero tenemos acólitos en todo el mundo que encuentran nuevos miembros. La mayoría llegan de niños, como Osei y Navarro. Algunos llegan con otras edades, como Yarik y Annuka.

—¿La Orden se lleva a los niños?

—A los huérfanos —respondió Osei—. Pero no hacen el juramento hasta que son adultos y por decisión propia.

—Pero todos vosotros elegisteis ser paladines —dijo Hassan.

—Sí. En mi caso, fue una vocación —explicó Penrose—. Desde pequeña me había sentido atraída por las historias de la Orden de la Última Luz. Aunque creía que ya no existía, sentía una conexión profunda con su propósito noble, muy alejado de todo lo que conocía en el campo. Soy hija de agricultores pobres, de las afueras de Endarrion. Cuando mis padres descubrieron que tenía la Gracia del Corazón, me vendieron a una mujer que me entrenaría para que fuera bailarina.

—Bailar, como Hassan sabía, era una de las ocupaciones máspreciadas de Endarrion, una ciudad que valoraba más la belleza que la fuerza o el conocimiento—. Sabía que bailar no era mi misión en el mundo. Detestaba la idea de actuar para las familias de Endarrion, que disfrutaban de lujos y objetos hermosos, mientras los agricultores se morían de hambre en los campos cercanos. Cuando llegué a la ciudad, fui al Templo de Endarra en busca de consejo, con la esperanza de que los Profetas tuvieran otro designio para mí. Uno de los acólitos me escuchó orar y me dijo lo que yo más deseaba escuchar: que la Orden de la Última Luz todavía existía y que yo podía unirme a ella. Me marché esa misma noche.

Hassan estaba empezando a entender a las personas que formaban la Guardia. Todos ellos, al parecer, habían sido abandonados de una manera u otra. Todos ellos habían sido tocados por el sufrimiento. Todos ellos habían buscado un propósito. En ese sentido, no eran muy diferentes de él, ni de ninguno de los refugiados en el ágora.

De pronto, Penrose entrecerró los ojos y se quedó inmóvil de pies a cabeza.

En un instante, Petrossian se paró a su lado.

—Yo también lo escucho.

Hassan miró a su alrededor y vio a los cinco Guardias con las manos en las espadas, como si anticiparan una amenaza.

Con un leve gesto de cabeza, Penrose señaló a Yarik y Annuka. Se alejaron a toda velocidad del resto del grupo y tomaron el sendero del jardín que conducía al patio exterior de la villa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Hassan. Los tres miembros restantes de la Guardia, Petrossian, Penrose y Osei, formaron un triángulo alrededor de él.

—Hay alguien que intenta entrar en los terrenos de la villa —respondió Penrose. Una corriente subterránea de tensión contradecía su aire despreocupado—. No hay motivos para inquietarse, para eso estamos aquí.

De inmediato, Hassan pensó en los Testigos. Después del tumulto que la Orden había causado el día anterior, y la aparición de Hassan en el Templo de Palas, tenían más de una razón para mostrarse allí. Transcurrieron unos pocos minutos, y luego Annuka reapareció al final del camino.

—¿Qué sucede? —preguntó Hassan.

Annuka dirigió su respuesta a Penrose:

—Es una chica, una refugiada herati, creo. Uno de los sirvientes le negó la entrada, así que trepó el muro.

Sin duda, era Khepri.

—Esperad aquí —dijo Penrose.

Hassan corrió delante de Penrose y se dio prisa, en cuanto ella terminó de pronunciar esas palabras. Que intentaran detenerlo si podían.

Cuando llegó a la pared del patio, vio la enorme figura de Yarik recortada bajo el arco principal de la entrada. Frente a él, estaba Khepri. Yarik la sujetaba por la muñeca con una de sus manos gigantescas.

—Libérala de inmediato —ordenó Hassan con voz grave, apelando a su autoridad.

—Su Alteza...

—De inmediato —repitió Hassan.

El tono fue más efectivo de lo que él había anticipado, porque Yarik liberó a Khepri y se alejó. Los ojos de Khepri enfocaban a Hassan con mucha atención. Poco a poco, hizo una reverencia.

—Su Alteza —dijo ella. El saludo sonaba cortés, pero Hassan podía jurar que lo estaba desafiando.

—Por favor, no es necesario que te arrodilles.

—Pero así es cómo los súbditos de Herat deben saludar al príncipe, ¿no? —preguntó Khepri, con tono sereno y mirada baja.

Una gota de sudor frío corrió por la nuca de Hassan.

—Lo es.

—¿Debo presentarle mis respetos de otra forma, entonces, a un príncipe que hasta ayer afirmaba ser estudiante del Akademos y llamarse Cirion?

No había duda sobre su tono esta vez. Hassan apretó los dientes.

—Ofrezco mis disculpas, pero no me pareció seguro...

—Ocultaste tu identidad, incluso después de que te confesara por qué había venido a Palas Athos. —Los ojos de Khepri se clavaron en los suyos—. Me lo escondiste.

El calor lo inundó y, luego, la vergüenza.

—No tenía la intención de engañarte.

—Pero lo hiciste.

—Y ahora me he disculpado —respondió él, cada vez más frustrado. Dos veces: el día anterior en el ágora y de nuevo allí—. Lamento haber mentido, pero la verdad es que soy el príncipe de Herat y, como tal, no permitiré que me hables de esa manera.

—Las disculpas no me interesan. Y te hablaré como me dé la gana.

Hassan hizo un gesto de asombro ante el atrevimiento de Khepri. La Guardia caminó hacia ella, como si todos los paladines fueran una sola persona.

—No —dijo Hassan, con una mano levantada para que no siguieran avanzando—. Es libre de hablar.

Un rubor débil coloreó las mejillas y el cuello de Khepri, pero continuó:

—He arriesgado mi vida muchas veces, he cruzado el mar para llegar hasta aquí porque quiero, necesito saber cómo podemos reconquistar Herat. Vine a luchar por mi país. Pensé que tú deseabas lo mismo.

Hassan se sacudió como si hubiera recibido un golpe.

—Sí, es lo que más deseo en el mundo. Pero lo que quieren los Testigos... es más que nuestro país. Hay más en juego.

—¿Más en juego? No tienes ni idea. No estuviste después de que los Testigos tomaran la ciudad. No sabes lo que nos hicieron.

Las palabras se apretaron como una soga alrededor de la garganta de Hassan. Cada día desde el derrocamiento, había estado sumido en un temor terrible, sin saber lo que los Testigos y el Hierofante les hacían a sus padres y a los otros captivos.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero mostrarte algo. Y si luego sigues sin entender la amenaza que representan los Testigos, me iré.

No quería que Khepri se fuera: era la única conexión real con su hogar y estaba delante de él, allí, con ojos que ardían como dos soles.

—De acuerdo.

—No irá a ningún lado sin la Guardia —interrumpió Penrose. Hassan casi había olvidado que estaban allí.

—Así que es verdad —dijo Khepri, mirando a Penrose por encima del hombro—. Se rumoreaba que la Orden de la Última Luz había regresado a Palas Athos. Nadie sabe por qué.

Penrose miró rápidamente a Hassan y respondió:

—Estamos aquí por los Testigos. Hace tiempo que vigilamos al Hierofante, y lo que sucedió en Nazirah es de gran preocupación para la Orden.

Los ojos de Khepri se ensombrecieron cuando oyó «Testigos».

—Entonces, vosotros también debéis venir. No sé cuánto creéis saber del Hierofante, pero la realidad es mucho peor.

Capítulo Dieciocho

JUDE

La ciudadela de Palas Athos estaba ubicada en una saliente de roca, en el segundo nivel de la ciudad. Desde allí, Jude podía ver el paisaje entero, desde los relucientes edificios de piedra caliza de la Ciudad Alta hasta los barrios más pobres que se extendían entre la ladera de la montaña y el puerto.

Hector y él se reunieron con el jefe de los centinelas en el patio central de la ciudadela, un amplio espacio hexagonal pavimentado en piedra caliza y rodeado por los edificios principales: las celdas de detención, los cuarteles de los reclutas y la torre de los prisioneros.

—Genial —protestó el jefe mientras se acercaba—. Pido reunirme con el Guardián de la Palabra, y envía a un segundón.

Jude sintió que le ardía el rostro y abrió la boca para corregir al capitán. Pero Hector habló primero:

—Está usted frente al Guardián de la Palabra, así que yo mostraría algo de respeto en su lugar.

El jefe recorrió a Jude con la mirada, claramente decepcionado.

—¿Usted es el Guardián? Bueno, en ese caso, démonos prisa. No tengo todo el día —dijo y comenzó a marchar por el patio.

Hector llamó la atención de Jude mientras seguían los pasos del jefe y sacudió la cabeza con una sonrisa. Hizo que Jude se sintiera un poco mejor después del error del jefe.

—El arconte basileus me pidió que me reuniera con usted —explicó mientras los guiaba por las escaleras hacia el muro perimetral de la ciudadela.

—¿No ha podido venir él mismo? —preguntó Jude.

El jefe resopló.

—Muy pronto aprenderá que en esta ciudad nadie hace nada, salvo emborracharse con prostitutas.

Jude se alarmó.

—¿Qué quiere decir? El Cónclave de los Sacerdotes gobierna esta ciudad. Son un ejemplo de piedad y fe para el mundo entero.

El capitán volvió a resoplar.

—Claro, quizás así fuera hace cien años, cuando esta ciudad todavía tenía fe. Ahora lo único que hay aquí son sanguijuelas que succionan su sangre.

Jude se sintió abrumado por las palabras del capitán y la naturalidad con que las había dicho. Si lo que el capitán contaba era cierto, aunque fuera en parte, Palas Athos estaba muy lejos de ser el faro de la fe y la ciudad sagrada de otros tiempos. Con solo pensar que se había convertido en el hogar de los vicios Jude sintió algo desagradable en el estómago. Traicionaba todo lo que la Orden representaba, lo que él mismo trataba de defender con tanto esfuerzo.

—¿Se siente ofendido? —preguntó el jefe, mirando a Jude a los ojos por encima del hombro—. ¿Qué cree que le sucedió a esta ciudad después de que la Orden la abandonara? ¿O todos ustedes han estado fingiendo que los Profetas nunca se fueron y que todo sigue igual desde entonces?

—No hemos estado fingiendo nada —replicó Jude bruscamente.

—Jefe —Hector dijo, interrumpiendo—, sabemos que la Orden no ha estado aquí para defender

la ciudad en mucho tiempo. Pero, con el debido respeto, ahora estamos aquí.

Una avalancha de gratitud inundó el pecho de Jude.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que quieren que Palas Athos vuelva a ser lo que era? Es demasiado tarde. Cuando se marcharon, no quedó nadie para proteger la ciudad. A los sacerdotes no les importa lo que suceda aquí mientras puedan seguir haciendo lo que les da la gana. Los centinelas se ocupan de mantener el orden, pero no tenemos el poder de la Gracia, como ustedes.

Por primera vez en su vida, Jude se preguntó si sus antecesores habían cometido un error. Los paladines eran los sirvientes de los Profetas, y se habían retirado para proteger su último secreto. ¿Y si, al marcharse, habían abandonado al pueblo en el momento de mayor necesidad? ¿Acaso eran ellos los culpables de la pérdida de fe?

—Para ser sinceros —continuó diciendo el jefe, mientras saludaba con un gesto a un par de centinelas que rodeaban el muro—, por esta tontería de la Mano Pálida, estamos al límite de nuestras capacidades y hay patrullas adicionales alrededor de la Ciudad Alta.

—¿La Mano Pálida? —preguntó Jude.

A su lado, Hector se detuvo de repente y se apoyó contra la pared.

—Sí. Asesinaron a un sacerdote la semana pasada y dejaron una huella pálida en su cuerpo. Un misterio absoluto. Nuestros hombres recorren las calles todas las noches en busca del culpable, pero hasta ahora no lo hemos encontrado. Y, al parecer, no somos los primeros en sufrir a la Mano Pálida.

—Hemos oído hablar de las muertes en otras ciudades —dijo Jude con cautela—, pero no sabía que había habido un asesinato en Palas Athos.

Tan cerca del Último Profeta.

Hector se había quedado en silencio. Jude lo observó y notó que sus ojos oscuros estaban clavados en el jefe.

El capitán los miró a los dos.

—Estoy bastante sorprendido de que hayan oído hablar de un puñado de asesinatos misteriosos, pero que ignoren todo lo que pasó en esta ciudad desde que se marcharon.

Jude tragó saliva.

—Puede que nuestra información esté incompleta.

Lo que sucediera más allá de las murallas del Fuerte Kerameikos no le importaba a la Orden a menos que tuviera que ver con encontrar al Profeta. Se preguntó qué más desconocía la Orden.

—Bueno, creo que será mejor que le explique por qué le pedí que viniera.

—Los sacerdotes quieren saber por qué hemos regresado —intervino Hector.

—En realidad —respondió el jefe—, creo que todos quieren saberlo.

No podía compartir la profecía ni la verdad sobre el príncipe Hassan. Así que Jude optó por decir una verdad a medias:

—La Orden está muy preocupada por la fuerza y la influencia del Hierofante, que crecen día a día. Ahora, los Testigos están presentes en casi todas las Ciudades Proféticas. El Hierofante ha pasado de liderar a un puñado de seguidores desesperados a capturar por la fuerza la capital de Herat.

El capitán asintió antes de hablar.

—Lo hemos advertido. Los Testigos se han multiplicado en los últimos tiempos, pero con la llegada de los refugiados herati, comenzaron a hacerse más visibles. Hace apenas unas semanas, incendiaron un santuario en las afueras de la Ciudad Alta. Y se han dejado ver en el Templo de Palas. Todos dicen que el Hierofante solía ser un acólito de uno de los templos. ¿Sabe algo al respecto?

—Es mentira —respondió Jude—. Quiere hacerles creer a sus seguidores que conoce en profundidad a los Profetas y los Agraciados, para convencerlos de que los poderes de la Gracia son una abominación.

—Entonces, ¿no es más que un charlatán? ¿Un oportunista que escupe cualquier mentira que le dé poder?

Jude vaciló.

—Engaña a sus seguidores, pero creo que su fanatismo es real. De verdad odia la Gracia y quiere verla desaparecer.

El Hierofante era el Falso, un maestro de la simulación y la mentira, que buscaba que otros lo siguieran. Pero en el fondo de sus mentiras parecía haber una convicción sincera: que si él fuera capaz de terminar con la Gracia, el mundo sería un lugar mejor.

—¿El Día del Juicio final que los Testigos siempre pregonan es real, entonces? ¿Y es por eso que la Orden ha salido de su escondite?

Jude se irritó. La Orden no se escondía en Kerameikos. Estaba a la espera.

Antes de que Jude encontrara cómo responder la pregunta del jefe sin revelar demasiado, resonó un clamor de campanas. Repicaban con un patrón específico: una campanada larga, luego dos cortas y volvía a comenzar. A continuación, vino el sonido de los pasos y el ladrido de órdenes que no se alcanzaban a comprender.

—¿Qué significan las campanas? —gritó Hector por encima del bullicio.

El jefe parecía alterado.

—Significa que uno de los prisioneros está intentando escapar.

La tranquilidad del hombre confundió a Jude.

—¿Suele suceder?

—No, pero no hay de qué preocuparse. Los prisioneros no llegan muy lejos.

Un grito repentino se elevó desde el patio de entrenamientos cuando una figura vestida de negro lo atravesó a la carrera. Tres guardias la perseguían cojeando, centinelas con golpes diversos. Sin pensarlo, Jude realizó un par de koahs rápidos y se lanzó dos pisos abajo. Por el rabillo del ojo, vio a Hector aterrizar a su lado.

De inmediato, Jude avanzó hasta la salida del patio para interceptar al prisionero. Logró ver que era una chica, que parecía originaria del árido Pelagos oriental. Una expresión decidida arrugaba su rostro mientras corría. Cuando ella lo vio, cambió de camino y pasó por detrás de un estante de espadas de práctica.

Antes de que Jude pudiera reaccionar, vio que Hector daba un largo salto y caía justo frente a la muchacha, para acorralarla. Al ver que su plan había fracasado, la chica se detuvo y trató de saltar un muro bajo que separaba el patio de la pasarela de abajo.

Hector se movió tan rápido como un relámpago, la sujetó por el brazo e impidió el movimiento. Ella forcejeó violentamente hasta que Hector la sujetó por el otro brazo, y la giró. Los dos quedaron cara a cara.

Jude se sorprendió y preocupó al ver el gesto de asombro en los ojos de Hector, la conmoción que le cruzaba el rostro. Hector quedó paralizado.

Ella aprovechó la oportunidad para liberarse y salir corriendo hacia las puertas.

Pero era demasiado tarde. Llegaron más guardias al patio y la rodearon. La chica retrocedió, pero no se resistió cuando los centinelas la atraparon y le ataron las manos detrás de la espalda.

—Un intento de fuga no es nada bueno —dijo uno—. Deberías haberte quedado en la celda.

El centinela no vio la mirada fulminante de la chica, pero Jude sí.

—Mantenedla atada en todo momento —dijo otro, mientras la llevaban.

Jude atravesó el patio. Hector seguía inmóvil, con las manos estiradas, el rostro pálido y desfigurado.

—¿Hector? —preguntó Jude con vacilación—. ¿Qué pasa?

—La prisionera —respondió Hector, pero no estaba hablando con Jude, sino con el jefe, que había bajado hasta allí—. ¿Quién es?

El jefe negó con la cabeza.

—No estoy seguro. La patrulla que vigilaba la Ciudad Alta la trajo. La encontraron con alguien más en el Templo de Tarseis. Al parecer, era un intento de robo.

La chica y los guardias estaban fuera de vista, pero la mirada de Hector estaba clavada en la puerta que habían cruzado.

—Hector —insistió Jude, en voz baja y con tono apremiante—. ¿Qué está pasando?

—No es una ladrona de templos —dijo Hector—. Es la Mano Pálida.

El jefe se sobresaltó.

—¿Qué? No puede ser. Ya les he explicado que nuestros hombres están buscándola desde el asesinato.

—Bueno, por fin la han encontrado.

El jefe frunció el ceño y sus cejas tupidas se convirtieron en una. Parecía tan desconcertado como Jude. Pero Hector no tenía dudas.

—Si me dejan hablar con ella, se lo demostraré.

El jefe miró a Jude, como si esperara que él respondiera primero. Pero, cuando Jude no intervino, el jefe dejó escapar un suspiro.

—Veré lo que puedo hacer —dijo y se alejó.

En cuanto se quedaron solos, Jude se volvió hacia Hector.

—Dime de una vez lo que está pasando.

—Es la Mano Pálida, Jude, lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque la conozco.

Era imposible.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Conozco a la Mano Pálida —repitió Hector—. La conocí hace cinco años.

Cinco años atrás, antes de que los acólitos de la Orden encontraran a Hector en el Templo de Keric. Antes de que murieran los padres de Hector.

Jude dio un paso atrás, el horror trepó por su columna vertebral.

—Tus padres...

—Todavía recuerdo la huella de la mano que dejó en el pecho de mi padre —dijo Hector, con la mirada vacía y atormentada—. Todavía la veo cuando no puedo dormir por las noches.

Jude sabía que Hector era huérfano, pero nunca habían hablado sobre su pasado.

—¿Por qué no me lo contaste? Durante todos esos años en Kerameikos, nunca me hablaste de su muerte.

Al comienzo de su amistad, Jude había tratado de persuadir a Hector para que le contara la historia, creyendo que podía consolarlo. Pero cada vez que Jude sacaba el tema, Hector se volvía hermético y distante. Con el tiempo, Jude había dejado de hacer preguntas.

Hector bajó la mirada.

—No... no sabía qué decirte.

—¿Siempre has sabido quién era la Mano Pálida? ¿Y me lo has ocultado a mí, a la Orden?

—No. Cuando murieron mis padres, no sabía nada acerca de la profecía. Incluso después de ir

a Kerameikos, no sabía que la Mano Pálida formaba parte de la profecía final. Hasta que tú te marchaste para el Año de Reflexión, y yo cumplí dieciocho años.

Por supuesto. Como heredero del Guardián de la Palabra, Jude conocía la profecía a la perfección desde su infancia. Sin embargo, los otros guardias que se habían criado en Kerameikos, como Hector, solo podían acceder a las palabras exactas de la profecía al alcanzar la mayoría de edad. ¿Se habría marchado por esa razón?

—Y esa... muchacha. La prisionera. ¿Estás seguro de que es la misma persona? Solo la has visto un instante.

—Jude —dijo Hector, con sus ojos oscuros impasibles—, es ella.

«Y los impíos caen bajo la mano pálida». El segundo presagio de la Era de la Oscuridad estaba allí, en la misma ciudad que el Profeta.

—De acuerdo. Hablaremos con ella y averiguaremos la verdad.

Hector asintió y pasó junto a él para volver al patio. Jude dudó. Le estaba pidiendo mucho a Hector. Si era cierto, le estaba pidiendo que se enfrentara a la asesina de sus padres. ¿Era demasiado?

Espantó sus dudas mientras lo seguía. Hector había hecho el juramento, igual que Jude. Debía servir a la profecía y al Último Profeta. Debía dejar los demás sentimientos de lado.

Capítulo Diecinueve

EPHYRA

El ruido mecánico del elevador, fabricado con las artes de la Gracia, interrumpió el silencio opresivo de la celda de Ephyra.

Había pasado aproximadamente una hora desde su intento de fuga. Su primer intento de fuga, porque no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente, aunque el fracaso hubiera dificultado la tarea: la habían trasladado de las celdas a la torre de prisioneros. La única salida era a través del elevador que bajaba por el centro de la torre. Era un problema, igual que las cadenas que tenía en las muñecas.

El ruido del elevador se acalló y, a continuación, Ephyra oyó los engranajes de una bisagra. La puerta exterior se abrió en una de las doce celdas. Cuando el ruido terminó, la entrada a su celda se abrió, con el quejido de un moribundo. Vio a los dos guerreros del patio. En lugar del uniforme blanco y azul de los centinelas, llevaban torques y capas de color azul oscuro con un broche distintivo: una estrella de siete puntas atravesada por una cuchilla.

Ephyra ya había visto ese símbolo. El día anterior, de hecho. Eran los hombres que habían llegado al puerto en el barco con velas de plata. Los miembros de la Orden de la Última Luz.

Estaban de pie en la celda, mirándola. Ephyra les devolvió la mirada.

El que estaba más cerca, que tenía ojos verdes y un pequeño hoyuelo en la barbilla, fue el primero en romper el silencio.

—Un sacerdote murió en esta ciudad la semana pasada. El guardia que vio el cuerpo dijo que había una huella pálida en su garganta. ¿Sabes algo al respecto?

Ephyra tuvo que esforzarse para ocultar su reacción. Su corazón latía con furia. Los centinelas solo la habían acusado de robo, no habían mencionado a la Mano Pálida. ¿Era posible que esos hombres la hubieran reconocido? Soltó una risa forzada.

—Primero, dicen que robé un templo. Ahora, que asesiné a un sacerdote. ¿De qué me van a acusar después, de secuestrar al hijo del arconte?

El otro guerrero, el de ojos oscuros y mirada intensa, el que la había interceptado, se acercó a ella de repente.

—Dinos lo que estás haciendo en Palas Athos.

Ephyra tuvo la impresión de que lo conocía.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? ¿No se supone que la Guardia había desaparecido, o se había escondido, o no sé qué, después de la desaparición de los Profetas? ¿Qué hacéis en esta ciudad?

—No es asunto tuyo —dijo el hombre de ojos oscuros.

—Bueno, lo que yo haga tampoco es asunto tuyo.

—Lo que tú haces es asesinar. Mataste a ese sacerdote, y él no fue el primero. Dime, ¿cuántas vidas ha reclamado la Mano Pálida? —Ephyra se encontró con su mirada oscura. La sensación de familiaridad creció en su interior—. Realmente eres tú. Después de todos estos años, pensé que nunca volvería a ponerte los ojos encima. Pero aquí estás —dijo Hector, sacudiendo la cabeza lentamente.

Dejó escapar una risa hueca que dejó sin aliento a Ephyra.

De pronto, entendió quién era. Hector Navarro. El niño al que había dejado huérfano tantos

años atrás para salvar la vida de Beru. Ephyra siempre se había preguntado qué le había pasado, después de perder todo lo que tenía. Después de que ella hubiera matado a sus padres, a su hermano.

—Te estuve buscando —dijo Hector—. Pasé meses tratando de encontrarte. Y mientras seguía todos los rumores sobre la Mano Pálida, imaginé este momento: cómo sería enfrentarme a ti, de una vez por todas.

El otro guerrero tocó el hombro de Hector, y en sus rasgos se reflejaba preocupación y perplejidad. Hector se apartó y levantó la vista para mirar a Ephyra.

—¿No tienes nada que decir? —siguió diciendo Hector. Pero Ephyra no habló. No tenía nada que decir, le faltaban las palabras para expresar lo devastador que era verlo. Su recuerdo. De todas las muertes que había causado, aquellas eran las únicas que todavía la perseguían—. Mataste a mi familia. ¡Admítelo!

Ephyra se estremeció cuando Hector se abalanzó sobre ella, pero el otro guerrero lo retuvo con todo el peso de su cuerpo.

—¡Hector! —exclamó el otro, con la imperiosidad de una orden. Los ojos de Hector se clavaron en Ephyra, todos sus músculos tensos y listos para atacar—. Sal a tomar un poco de aire. Ya mismo.

Hector accedió y, después de dedicarle una última mirada elocuente a Ephyra, salió de la celda y regresó a la sala de guardia.

Cuando se oyó el ruido del ascensor, el otro guerrero se dio la vuelta y analizó a Ephyra. Ella había creído que ese guerrero era más amable que Hector, pero entonces se dio cuenta de su error. Su mirada era fría como el hielo.

—¿Tiene razón? ¿Mataste a esas personas? ¿Eres la Mano Pálida? —Ephyra no respondió—. ¿Eres la Mano Pálida o no?

—Si lo fuera, ¿crees que todavía estaría aquí? Alguien que es capaz de hacer eso, que puede asesinar sin escrúpulos, no dudaría en matarte a ti o a unos pocos guardias con tal de escapar. —El guerrero apretó los labios—. Tu amigo parecía enfadado. Tal vez deberías ir a buscarlo. Yo no iré a ninguna parte.

El guerrero miró la entrada y luego de nuevo a ella, indeciso. Tras un momento, giró sobre sus talones y siguió los pasos de Hector.

La puerta se cerró de un golpe detrás de él, y Ephyra quedó inundada por sus propios interrogantes. Interrogantes como los siguientes: ¿qué hacía Hector Navarro, el hijo más joven de la familia que ella había matado hacía tantos años, en la Orden de la Última Luz?

¿Y qué quería la Orden de la Última Luz de ella?

Capítulo Veinte

HASSAN

Hassan regresó al ágora por sexta vez. Pero, en esa ocasión, en lugar de curiosidad o anhelo, era el temor lo que lo impulsaba a cada paso.

Khepri los llevó a una tienda que habían levantado siguiendo el estilo de los nómadas del desierto. Tenía una base ancha, hexagonal, y hojas tejidas de palmera formaban el techo. Apartó las cañas secas que colgaban de la entrada y les indicó a Hassan y Penrose que entraran.

En el interior, estaba oscuro y cálido. Cestas llenas de raíces secas y flores colgaban del techo abovedado. Camastros y cojines estaban desparramados por el suelo. Tres mujeres, que podrían haber sido abuelas de Hassan, iban y venían dentro de la tienda. Colocaban raíces de valeriana sobre una piel de camello y trituraban hojas fragantes en un cuenco. Una de ellas interrumpió sus quehaceres y levantó la vista cuando llegaron.

—Que el Profeta te bendiga, Sekhet —saludó Khepri.

—Que el Profeta te bendiga, Khepri —respondió la mujer.

—Que el Profeta os bendiga —dijo Hassan—. Yo soy Hassan Seif, y ella es Penrose.

—¡Su Alteza! —gritó la mujer, antes de caer sobre una rodilla y bajar la cabeza—. Yo... no teníamos idea...

—Por favor —interrumpió Hassan, con una mano en alto—, póngase de pie.

La mujer no se movió.

—Estamos aquí para ver a Reza —dijo Khepri—. Quería que el príncipe lo conociera.

Los ojos de Sekhet se clavaron en Khepri.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—Es necesario que el príncipe lo vea —respondió ella, con convicción.

La anciana dudó un momento más. Khepri y ella se comunicaron algo en silencio, y luego la mujer asintió y se puso de pie.

—Por supuesto. Vengan por aquí. —Los condujo a una parte de la tienda que estaba separada por cortinas—. Idalia está con él en este momento, pero pueden pasar.

Los nervios zumbaban en el pecho de Hassan mientras seguía detrás de Khepri. Ella apartó la cortina, para dejarlos pasar a él y a Penrose. Cuando los ojos de Hassan se posaron en el grueso camastro, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no dar un paso hacia atrás. El hombre que estaba acostado era un remiendo de cicatrices y carne ampollada. La piel se descamaba y revelaba llagas rosadas que supuraban. La piel enfermiza y pálida cubría la mitad de su rostro y descendía hasta su clavícula. Había pequeñas cicatrices blancas, como fisuras o grietas en cristales rotos, alrededor de las quemaduras que cubrían el resto de su cuerpo. Daba la impresión de que solía llevar el cabello igual que Khepri, afeitado a un lado como los legionarios, pero ahora crecía fino y de forma irregular. Tenía la boca entreabierta, y la respiración era ruidosa y superficial. Costaba imaginar que ese hombre frágil había sido un soldado.

Hassan sintió lástima y un poco de asco, que trató de reprimir, avergonzado. Khepri se arrodilló junto al camastro.

—Reza —dijo Khepri, con una sonrisa dulce en el rostro. Apoyó su mano sobre la de él, delicadamente—. Soy yo, Khepri.

Reza gimió en respuesta.

Khepri miró a la curandera que estaba junto a él, una mujer baja, de tez oscura y rostro redondo.

—¿Ha habido algún cambio?

La sanadora negó con la cabeza.

—Las quemaduras ya están casi curadas, aunque quedarán cicatrices. Pero el dolor...

Un suspiro ronco escapó de los labios de Reza.

—Por favor... —Khepri comenzó a levantarse, pero la mano de Reza se apoderó de la de ella.

Hassan se dirigió hacia ellos sin pensar, pero Khepri levantó la otra mano, para indicarle que esperara—. Por favor —repitió Reza, y abrió los ojos. Miró a Khepri o, más bien, a través de ella. Tenía los ojos en blanco—. No soporto el dolor... Por favor.

—Está bien —dijo Khepri para calmarlo—. Todo estará bien.

—¿No se puede hacer nada más? —preguntó Penrose a la sanadora—. Las quemaduras...

—El sufrimiento no se debe a las quemaduras —respondió ella.

—No —murmuró Reza—. No, no, no, no... Desapareció. Por completo. No puedo. Desapareció... Se la llevaron. Ya no queda nada, nada.

El brazo de Reza cayó muerto a un costado cuando comenzó a temblar y soltó la mano de Khepri. Quejidos débiles, casi inhumanos, salieron de su garganta. Los sonidos eran insoportables, la respiración agonizante y desesperada de un hombre al borde del delirio. Hassan pensó que había visto sufrimiento, pero no podía alcanzar a comprender lo que tenía frente a él. Se quedó inmóvil, aunque lo único que deseaba era salir corriendo.

—Creo que es suficiente por hoy —dijo la sanadora en voz baja.

Khepri acompañó a Hassan y Penrose fuera de la habitación. Pasó un momento antes de que Hassan lograra hablar.

—¿Qué...? ¿Qué le pasó?

Todavía oía los gemidos de dolor de Reza. Khepri tomó el brazo de Hassan y lo sacó de la tienda.

—Lo llaman Fuego Divino —les explicó, al fin, a Hassan y Penrose—. Al quemar, extirpa la Gracia.

Hassan tragó saliva, al borde de las lágrimas. El horror en la voz de Khepri y el eco de los quejidos de Reza decían todo lo que él necesitaba saber.

—¿Los Testigos le hicieron eso? —Khepri asintió, y una ira como Hassan no había sentido desde la mañana del derrocamiento ardió dentro de él—. ¿Fue durante el derrocamiento?

Khepri negó con la cabeza.

—No, pero han estado experimentando en secreto desde entonces. El mismísimo Hierofante observa mientras sus seguidores someten a los soldados capturados al calor de la llama. Observa lo que les sucede. El tiempo que lleva extirpar la Gracia.

La mirada en blanco de Reza pasó por la mente de Hassan. Se imaginó cómo sería quemarse poco a poco, con la piel inflamada, sin poder hacer más que gritar. La rabia rugió en su pecho, hasta que sintió que estaba a punto de asfixiarse.

—Escuchamos rumores de que el Hierofante podría impedir el uso de la Gracia —dijo Penrose—. Pero ¿extirparla mediante el fuego, para siempre? Nunca pensamos que fuera posible. Nunca oímos hablar de algo así.

—¿Cuántos...? ¿Cuántos padecieron lo mismo? —preguntó Hassan.

—No lo sabemos. Creemos que Reza es el único superviviente.

—¿El único? —interrogó Penrose—. ¿Quemaron al resto hasta matarlos?

—A algunos, sí. Los demás se suicidaron. Dicen que perder la Gracia es la peor agonía que

existe. No es como perder una extremidad, o algo físico, es como perder una parte de ti mismo. He visto lo que Reza ha experimentado, y parece como si el vacío lo estuviera consumiendo desde el interior, día tras día. La Gracia no solo nos da poder, sino que nos conecta con el mundo. Sin la Gracia, no somos más que polvo.

La piel de Hassan se erizó. Ni siquiera sabía que tenía la Gracia hasta hacía un día. ¿Realmente se sentiría así al perderla? Era difícil de imaginar, pero la agonía de Reza servía de prueba.

Lo que el Hierofante había hecho era una monstruosidad.

—¿Sabes cómo fabricaron ese «Fuego Divino»? —preguntó Penrose.

—No. Cuando Reza escapó, nos mostró dónde lo mantenían encerrado, pero no creo que alguien lo haya fabricado. Al menos, no los Testigos. La historia cuenta que el Hierofante lo encontró en las ruinas de un templo, en el desierto, donde llevó a sus seguidores más devotos. Por eso lo llaman Fuego Divino: dicen que la llama ardía en el altar de esa antigua deidad.

—Es mentira, estoy segura —dijo Penrose—. Nadie ha adorado al antiguo dios en más de dos mil años. Apuesto a que antes de que el Hierofante lo ocupara, nadie había pisado esas ruinas durante el mismo tiempo.

—Bueno, desconozco el origen de la llama, pero ahora está en Nazirah. Pensamos que solo hay una fuente, una única llama blanca que arde constantemente. Antes de que yo escapara, íbamos a intentar apagarla.

—¿Qué pasó? —preguntó Hassan.

—Reza nos dijo que guardaban el Fuego Divino en el Templo Principal de Nazirah. Mis compañeros se escondieron allí en medio de la noche. Mis hermanos y yo nos quedamos afuera para hacer guardia mientras apagaban la llama. —Khepri cerró los ojos—. Recuerdo lo oscuro que estaba. Una noche sin luna. Una patrulla de Testigos, que llevaban antorchas con Fuego Divino, nos encontró. Mis hermanos y yo luchamos contra ellos. Uno de los Testigos derribó una fuente de aceite de consagración. Soltó la antorcha y... —Se quedó en silencio, con los ojos abiertos y ausentes, como si estuviera de vuelta en el Templo Principal, reviviendo esa noche—. Hubo un destello de luz cegadora, más brillante que el sol, y un sonido como el de la tierra que se abre por la mitad. Nos derribó, y lo único que alcancé a ver fueron el humo y las llamas blancas que brotaban del templo. Mis hermanos y yo huimos. Y nuestros compañeros, que estaban dentro, no salieron con vida.

Khepri miró a Hassan con los ojos nublados por el dolor. Penrose dejó escapar un suspiro.

—Es peor de lo que habíamos imaginado.

—Y peor aún ahora que ya lo han puesto a prueba. Es fácil anticipar lo que harán con el Fuego Divino. Invadir la ciudad solo fue el primer paso. El siguiente será incendiarla. Van a extirpar la Gracia de todos los que están allí y luego harán lo mismo con el resto del mundo, si se salen con la suya.

—El Día del Juicio —dijo Hassan en voz baja, temblorosa. Recordó las palabras de los Testigos en el Templo de Palas: «¡Los Profetas desaparecieron, y los Agraciados los seguirán!».

Cerró los ojos y vio pálidas llamas ondeando en su ciudad dorada, que dejaban cenizas a su paso. Vio el rostro de su madre, que se retorció en agonía. Oyó el grito estremecedor de su padre. Imaginó que al fin volvía a reunirse con ellos, pero lo miraban con los ojos vacíos de Reza.

—Necesitamos saber todo lo que podamos sobre el Fuego Divino —dijo Penrose enérgicamente—. Quiero hablar con la sanadora. ¿Príncipe Hassan?

—Me quedaré aquí.

No pudo regresar a la tienda oscura. A la mirada vacua de Reza y sus súplicas inquietantes. A las visiones de agonía y fuego que pasaron por su mente cuando pensó en sus padres.

Penrose entró a la tienda sin decir otra palabra. Khepri intentó seguirla, pero Hassan la tomó de la muñeca.

—¿Por qué no me contaste nada antes? —preguntó con aspereza—. Quiero decir, cuando tú...

Se tragó las últimas palabras, demasiado enfadado para continuar.

—¿Cuándo no sabía quién eras?

—Sí —dijo Hassan, y soltó la muñeca de Khepri—. ¿No confiabas en mí?

Sabía lo hipócrita que era. No tenía derecho a sentirse herido porque Khepri no hubiera confiado en él de inmediato. Él también le había mentado. Pero la ira superaba a la lógica. Khepri solo negó con la cabeza, con mirada dulce.

—No fue por eso.

—¿Y entonces?

—Fui... —respondió y tragó saliva—. Fue egoísta por mi parte.

—¿Egoísta?

Khepri era la persona menos egoísta que Hassan había conocido.

—No importa. Ahora lo sabes. Nos enfrentamos a esto: el Hierofante y sus Testigos van a usar el fuego para extirpar la Gracia de todos los hombres, las mujeres y los niños de Nazirah. Es la promesa que ha hecho a sus seguidores, y no dudará en cumplirla, a menos que alguien lo detenga.

Hassan la miró.

—¿Alguien? ¿Te refieres a mí?

—A nosotros. No vine aquí para huir de Nazirah. Vine a buscar un ejército para liberarla, igual que el resto. Queremos que el príncipe de Herat sea nuestro líder.

Era una imagen impactante: él y Khepri encabezaban el ejército con destino a Nazirah y vencían a los Testigos en el primer ataque; reconquistaban Nazirah; derrocaban al Hierofante; ponían a salvo a su familia, a la ciudad y a todos los que poseían la Gracia. Lo deseaba con todas sus fuerzas, como Khepri.

Pero Hassan había leído todos los volúmenes sobre historia marcial en la Gran Biblioteca, había estudiado con algunos de los mejores estrategas de Herat, y sabía que no importaba cuánto deseara reconquistar su ciudad, lo que Khepri sugería era imposible.

—Si el Fuego Divino es un arma tan poderosa como dicen, no tendremos ninguna esperanza de detener a los Testigos con un centenar de soldados.

—Es mejor que estar aquí, sin hacer nada, al otro lado del mar —respondió ella—. Estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas para salvar a nuestro pueblo. ¿No es así?

Hassan sabía la respuesta que quería dar. La respuesta que calmaría la ira que temblaba en sus huesos. Pero, al ver a Penrose salir de la tienda, guardó silencio. Los paladines habían regresado para protegerlo. No podía arriesgar su vida solo para salvar al pueblo de Herat cuando el destino del mundo entero dependía de él. Hubiera querido explicárselo a Khepri, para contarle el motivo de sus dudas. Pero la Orden no estaba lista para revelar el secreto de la última profecía.

—Deberíamos volver a la villa —dijo Penrose, amablemente.

Hassan asintió, pero siguió mirando a Khepri.

—Tú elige lo que prefieras, príncipe Hassan —dijo ella—. Pero yo voy a luchar.

Khepri se dio la vuelta y marchó entre la hilera de tiendas. Hassan la observó alejarse, y su corazón comenzó a vacilar como la aguja de una brújula que ha perdido el rumbo.

Capítulo Veintiuno

JUDE

Jude encontró a Hector de pie bajo un olivo, en el patio de entrenamiento de los centinelas, su figura recortada contra la penumbra del cielo.

Después del reencuentro en Kerameikos, Jude había sentido alivio al ver lo fácil que era retomar la amistad y lo poco que Hector había cambiado. De pronto, Jude se preguntaba si lo que veía estaba teñido por los recuerdos del pasado. Si Hector nunca hubiera llegado a Kerameikos de niño, si no hubieran crecido juntos haciendo travesuras, ¿qué vería Jude en aquel hombre?

—Esa fue la razón de tu partida, ¿no? —preguntó.

Cuando Jude había elegido a la Guardia, había resuelto que no necesitaba saber por qué se había marchado Hector: lo único que importaba era que había regresado. Pero estaba equivocado.

—Cuando cumplías con el Año de Reflexión, los rumores sobre la Mano Pálida llegaron a Kerameikos —dijo Hector—. Estaba seguro, muy seguro, de que era ella, la niña que había matado a mi familia. La Mano Pálida se volvió una obsesión. Me fui de Kerameikos para rastrearla, desde Charis hasta Tarsépolis. Nunca la encontré y pensé que jamás lo haría. Pero ahora está aquí.

—Hector, sé que dijiste que no tenías dudas, pero han pasado cinco años desde que la viste por última vez. Eras joven, acababas de sufrir un gran trauma, y...

—Escuchaste su corazón latir más rápido en cuanto mencionaste a la Mano Pálida. Sabes que tengo razón. Sé quién es y puedo probarlo. Podemos detenerla.

—Quizás estaba asustada. Además, está en la torre. No puede hacer nada desde la celda.

La mano de Hector apretó la empuñadura de la espada.

—Es peligrosa, Jude. He visto lo que es capaz de hacer. Es... antinatural. No podemos permitir que siga con vida.

—¿Qué dices? ¿Quieres matarla?

—Ella es el segundo presagio de la Era de la Oscuridad. La profecía es clara sobre su destino.

—No, no lo es —dijo Jude—. Hasta que se complete la profecía, no sabemos qué papel desempeñará ninguno de los presagios, ni qué pasará si alguno muere. Debemos ser pacientes y confiar en los Profetas.

Hector sacudió la cabeza y miró el patio vacío.

—Donde ella va, la oscuridad la acompaña. Dejarla vivir un minuto más es un grave error.

Jude nunca antes había percibido esa frialdad ni esa furia en Hector. Con cautela, le preguntó:

—¿Lo dices porque crees que ella traerá la Era de la Oscuridad? ¿O porque buscas venganza por la muerte de tus padres?

Hector se volvió hacia él con los ojos encendidos.

—¿Y qué si es así? Veo a mi familia todas las noches en sueños. El cuerpo marchito de mi madre. La mirada exánime de mi hermano. La huella pálida en el pecho silencioso e inerte de mi padre.

Jude sintió una opresión al imaginar a Hector, todavía adolescente, encontrando los cadáveres de todas las personas que amaba. Tragó saliva y se obligó a hablar con voz firme y calma, con la voz del Guardián de la Palabra.

—Eres uno de los paladines de la Orden de la Última Luz. Le debes lealtad a la Orden, a los Profetas. No puedes permitir que el sufrimiento nuble tu juicio.

Hector desvió la mirada hacia el olivo. Cuando volvió a hablar, la aspereza y la ira habían desaparecido.

—No puedo analizar mis sentimientos como tú, Jude. No puedo olvidar todo lo que sucedió antes de que me eligieras para la Guardia. Todavía no ha terminado, todavía me importa. Han pasado años, pero cada vez que cierro los ojos, todavía escucho sus voces. Me llaman, me ruegan que los ayude.

Su tristeza era un puño que estrujaba el corazón de Jude. Hector nunca le había confesado su dolor. Lo había mantenido escondido, lo había soportado solo con tal de no revelárselo.

Pero Hector no era el único culpable de la distancia que había entre los dos. Porque, a pesar de que Jude deseaba ser amigo de Hector, algo siempre se había interpuesto: el acuerdo tácito de que, algún día, Jude también sería su líder.

Hector cerró los ojos.

—No sé cómo detenerlo.

—Debes encontrar la manera —dijo Jude, y la culpa le arañaba la garganta incluso mientras pronunciaba las palabras.

—Lo he intentado, de verdad. Me entregué a la Orden. Hice el juramento, como tú querías. Pero este sentimiento nunca desaparecerá. —Miró a Jude con ojos atormentados—. No puedo seguir fingiendo, no se irá.

—Tampoco es fácil para mí —dijo Jude sin pensar—. Dejar todo de lado por la causa, por el Profeta.

Hector sonrió, con una sonrisa triste y torpe.

—No seas estúpido, Jude. Tú naciste para esta vida. Yo tuve que aprender a vivir así. Yo tenía una familia, y ella me la arrebató. Se llevó a la gente que me quería, a las *únicas* personas que me amaron, y tú nunca sabrás lo que se siente, porque nunca lo tuviste, y nunca lo tendrás.

Jude se puso rígido y se quedó sin aliento como si hubiera recibido un puñetazo. Hector tenía razón, por supuesto. Jude no tenía familia. Tenía a la Orden. Tenía a su padre, que lo había engendrado pero no lo había criado. Aunque Jude era su hijo, su sucesor, los lazos familiares no significaban nada para la Orden. Jude lo sabía. Siempre lo había sabido, pero las palabras de Hector resonaron en los oídos de Jude como una verdad que nunca había sido articulada.

—Lo siento. No he querido decir...

—No —interrumpió Jude—. Tienes razón. No lo entiendo.

—Es que ahora que la he encontrado... Ahora que sé que está aquí...

Hector esquivó la mirada de Jude, con la mandíbula apretada y los hombros tiesos.

Jude no estaba seguro de qué hacer, cómo atravesar el dolor de Hector y cruzar la barrera que se había levantado entre los dos. Tocó su hombro.

—Hector...

Pero la mirada en los ojos de su amigo, atormentada, recelosa, lo detuvo.

—Sé quién quieres que sea, Jude. Pero no sé si puedo serlo.

—Sí —dijo Jude, y la desesperación alteró su voz—. Sí que puedes. Te elegí como miembro de la Guardia porque así lo creo. Creo en ti.

Hector se puso tenso bajo la mano de Jude. Al final, miró hacia arriba.

—No se lo contarás, ¿verdad? ¿A los demás paladines? No quiero que me miren como...

—No diré nada —prometió Jude—. Jamás lo haría.

Hector asintió y miró la mano en su hombro. Jude la retiró enseguida. Pero antes de que pudiera

decir algo más, dar un consejo, Hector se dio la vuelta y se adentró solo en el crepúsculo creciente.

Jude cerró el puño que había tocado el hombro de Hector. Él había ocultado su pasado, pero no era el único que tenía secretos.

En otra época, antes de que encontraran al Profeta, antes del entrenamiento, antes de convertirse en Guardián de la Palabra, Jude por fin había entendido su propio secreto. Cuando todas las dudas que tenía sobre su vida y su destino por fin habían cobrado sentido. Un momento, una vez, bajo la luna llena de verano, cuando su deseo se había revelado.

Él y Hector habían decidido darse un chapuzón a medianoche; Hector había sido el de la idea, por supuesto, pero Jude estaba ansioso por seguirle el juego. Se escabulleron del cuartel, serpenteando a través de la fortaleza hasta donde el río formaba un arroyo.

Se habían quitado la ropa interior bajo el campo de estrellas y se habían lanzado al agua desde lo alto de una cascada. A pesar de que era verano, el agua todavía estaba helada, Jude lo recordaba, incluso en ese momento. Y recordaba también que la espalda de Hector brillaba a la luz de la luna cuando él salió del agua y se tendió en la orilla. Y que Hector sonrió cuando Jude se acostó a su lado.

Era una noche tan silenciosa que lo único que Jude oía era el susurro de los árboles, el murmullo del agua que corría sobre las piedras, el latido tranquilo de dos corazones. Se dio cuenta de que Hector seguramente también podía escuchar los latidos, y su corazón se aceleró. Cuando Hector se puso de lado para mirarlo, con ojos oscuros y brillantes, Jude no tuvo dudas de que su corazón rebelde se le saldría del pecho y caería entre los dos.

Pero luego Hector se había levantado y sumergido en el agua otra vez. Jude se había quedado atrás, en la orilla.

Nunca habían hablado sobre esa noche, ni entonces ni después. Quizás Hector lo hubiera olvidado, quizás sus caminos divergentes y el paso del tiempo habían tamizado algunos recuerdos. O quizás aquella noche Hector no había entendido que, acostado junto a la luna, en lo que duran unos latidos, el mundo entero de Jude se había sacudido.

Jude ya no era un muchacho. Había dominado su Gracia, había completado su entrenamiento, había prestado juramento. Había encontrado al Último Profeta.

Pero, si cerraba los ojos, aún podía escuchar el palpitar frenético de su corazón contra la jaula de sus costillas.

Capítulo Veintidós

HASSAN

El capitán Weatherbourne y Hector Navarro no regresaron a la villa hasta después de la cena. Hassan convocó a todos los paladines a la biblioteca y les contó lo que Khepri le había mostrado en el ágora.

—Fuego Divino. —El capitán Weatherbourne repitió ese nombre como si fuera una maldición, intranquilo—. ¿Cómo consiguieron esa arma?

—Khepri cree que la encontraron en el altar de un antiguo templo, en el desierto. No hay forma de saber con certeza de dónde viene, pero sí sabemos que pretenden usarlo en Nazirah. Y en el mundo entero, si no los detenemos ahora. El Hierofante no va a esperar a que el resto de la profecía se desarrolle para actuar. Y nosotros tampoco podemos hacerlo, no si queremos detenerlo.

—No —replicó Petrossian—. Solo se han manifestado dos presagios. Si intentamos detener al Hierofante antes de conocer el resto de la profecía, podríamos terminar colaborando a la llegada de la Era de la Oscuridad.

—Mientras tanto, mi pueblo está a su merced.

El miedo subió por la garganta de Hassan, mientras pensaba de nuevo en su madre y su padre. La imagen del cuerpo carbonizado de Reza pasó por su mente y sintió náuseas.

—Entiendo su deseo de atacar, pero no podemos arriesgarnos a que los Testigos se pongan en contacto con usted, no antes de que sepamos el final de la profecía —dijo el capitán Weatherbourne.

Hassan advirtió la ironía: para evitar la destrucción, primero había que dejar que comenzara. Pero, a diferencia del paladín, él no podía confiar en que el final de la profecía se le revelaría. La Era de la Oscuridad se avecinaba, y él no sabía cómo detenerla. No tenía ni idea de por dónde empezar.

—Me estás pidiendo que le dé la espalda a mi pueblo.

—No —respondió el capitán Weatherbourne—, solo le pido paciencia. El mundo esperó cien años para su nacimiento. Esperamos otros dieciséis para encontrarlo. Todos podemos esperar un poco más, hasta que sepamos qué camino seguir.

—Tal vez —dijo Hassan, poniéndose de pie—, si todos hubieran hecho algo en lugar de esperar, no estaríamos en esta situación.

Aunque sabía que la Orden no era la culpable del derrocamiento, Hassan necesitaba desahogarse. Pero cuando vio al capitán Weatherbourne palidecer, lamentó las palabras crueles que había dicho.

—Tal vez sea mejor continuar esta discusión por la mañana —dijo Penrose, dando un paso hacia ellos.

El capitán Weatherbourne estuvo de acuerdo.

—Se está haciendo tarde. —Miró a un lado de la habitación, donde el paladín llamado Hector estaba de pie con los brazos cruzados—. Dormir nos sentará bien.

Pero el sueño evadió a Hassan esa noche. No había dormido una sola noche entera desde el derrocamiento, pero esa noche el nerviosismo era peor. No quería la paz del sueño, no quería

librarse de la culpa de estar a salvo en la villa de su tía mientras su pueblo vivía aterrorizado y luchaba por sobrevivir. Cada vez que cerraba los ojos, sentía la misma ira ardiente que había experimentado en los escalones del Templo de Palas, frente a los Testigos. Ira hacia ellos, hacia la Orden, hacia sí mismo.

Las horas pasaron y seguía despierto, releendo el tercer volumen de *La historia de las Seis Ciudades Proféticas* de Harun, que había tomado de la biblioteca de su tía al llegar a la ciudad. Cuando no podía controlar sus pensamientos, releía sus capítulos favoritos: «La floración invernal de Endarrion», «El Tratado de los Seis», «La última batalla del general Ezeli». En el palacio, tenía la primera edición de la colección, el bibliotecario principal de Nazirah se la había regalado en su decimocuarto cumpleaños. Pero había dejado atrás esos libros, junto con tantas otras cosas.

Esa noche, consultó un capítulo que había leído tantas veces que casi se lo sabía de memoria: «La fundación de Nazirah». El hilo que conectaba dos mil años con el presente. La visión de una torre de luz que brillaba sobre el mar de Pélagos llevó a la profeta Nazirah a las playas de la costa sur, hasta la desembocadura de un gran río. Ella había hecho su profecía en esa tierra: que pronto se convertiría en el centro del conocimiento, el aprendizaje y la sabiduría en los Pélagos, un reino de muchos pueblos, que atraería a las mentes más destacadas y a los Agraciados más poderosos. Mientras el faro estuviera en sus orillas, la casa Seif gobernaría esa tierra, el Reino de Herat.

Con la vista cansada y borrosa, Hassan bajó el libro. El faro de Nazirah seguía en pie, pero la casa Seif había caído. La profecía se había roto, tal como lo había dicho el acólito Emir. Los Testigos la habían contradicho.

«Un augurio fallido del pasado».

Habían arrancado Nazirah de las manos de Hassan. La profecía de sus antepasados no se había cumplido. Pero ¿qué había querido decir el acólito? ¿El destino de Hassan era más importante que lo visto por la profeta Nazirah hacía dos milenios? ¿Su propia profecía abriría el camino al futuro?

Cerró los ojos, para acallar sus pensamientos e intentar dormir. Las imágenes del faro, de las coronas doradas de laurel y las pancartas que ondeaban en Ozmandith se arremolinaban junto con las palabras de la profecía final a medida que se dejaba llevar por el sueño.



La ciudad de Nazirah se desplegaba debajo. No era igual a la ciudad que Hassan conocía: estaba invadida por el miedo y las sombras. Había un desfile de figuras a lo largo del tramo principal de Ozmandith. Llevaban capas blancas y antorchas de llamas pálidas que proyectaban sombras espantosas en la calle de piedra arenisca.

El Fuego Divino.

El humo de las antorchas formaba volutas que ascendían y opacaban las cúpulas y los minaretes, que antes solían relucir.

Hassan puso sus manos sobre el parapeto de piedra que tenía delante. Levantó la vista y se dio cuenta de que estaba parado en la plataforma de observación del faro de Nazirah. Estaba de espaldas a la llama, de cara al puerto. A su izquierda estaba Khepri, con una cimitarra en el cinturón y la mirada ardiente. A la derecha estaba Emir, su rostro amable iluminado con ferviente

esperanza.

La legionaria y el hombre de fe. Entre ellos, Hassan, su líder. El Último Profeta.

En el puerto, había barcos con velas del color de la luna, que brillaba en las aguas quietas y oscuras. Salieron soldados de las naves y avanzaron por la orilla. Sus fuerzas chocaron con la procesión de Testigos y sus soldados y mercenarios, un mar de verde, dorado y azul oscuro hacía retroceder al blanco y el negro. Las antorchas de los Testigos vacilaron como estrellas moribundas.

Hassan parpadeó y se encontró dentro de la sala del trono del Palacio de Herat. Columnas doradas con escenas coloridas de la historia del reino sostenían el corredor que conducía al trono. El trono se encontraba sobre una pirámide dorada: había vertedores con forma de animal en cada una de las caras, y el agua se derramaba sobre un foso. Detrás de la pirámide, sobre la pared, un halcón pintado desplegaba sus alas, coronado por la luz del sol que se derramaba en la habitación.

El amanecer había llegado.

A su alrededor, súbditos de todo el reino se arrodillaron ante el trono de Herat. Y en el trono estaba el mismísimo Hassan, con una corona dorada de laureles sobre la cabeza y el cetro real en la mano.

Nazirah era suya de nuevo.



—¡Príncipe Hassan! ¡Hassan!

Se despertó sobresaltado. Junto a la cama, la lámpara incandescente emitía un brillo nebuloso. Alguien sujetó su brazo derecho con fuerza, y cuando Hassan se dio la vuelta vio que era Lethia, envuelta en una bata de seda de color azul perlado. Tenía el rostro arrugado por la preocupación y estaba de rodillas junto a la cama.

El corazón de Hassan latió como un tambor cuando vio a Penrose de pie detrás de su tía.

—¿Qué sucede? —preguntó Hassan, mientras se incorporaba.

La única vez que lo habían despertado de esa manera había sido su última noche en el Palacio de Herat.

—Te movías de un lado al otro en la cama —dijo Lethia—. Penrose mandó por mí. ¿Estabas soñando?

El corazón de Hassan comenzó a latir más rápido.

—Yo... yo he visto...

Penrose avanzó hacia la cama, de pie junto al hombro de Lethia.

—¿Qué ha visto? —preguntó ella, con los ojos resplandeciendo a la luz de la lámpara.

—Nazirah —respondió Hassan. Cerró los ojos, para evocar la imagen. Volvió a él, vívida y palpable—. He visto Nazirah. Estaba de pie en lo alto del faro, contemplando un ejército, mi ejército. Había derrotado a los Testigos. Me he visto sentado en el trono. Era un sueño, pero parecía real. Parecía verdadero. —Abrió los ojos y notó que Penrose se había acercado, como una polilla atraída por la llama de las palabras de Hassan—. ¿Qué ha sido? —le preguntó, analizando su rostro en busca de algún indicio de reacción—. ¿Qué ha sido? No ha sido solo un sueño. Ha sido...

«Darán brillo al futuro más sombrío».

Hassan lo había visto. El amanecer sobre Nazirah. El fin de una oscuridad provocada por los Testigos.

—Ha sido una visión —dijo Penrose, mientras el asombro florecía en su rostro—. Ha visto cómo detener la Era de la Oscuridad.

Capítulo Veintitrés

JUDE

Jude ya estaba despierto cuando los pasos veloces de Penrose resonaron por el corredor. A decir verdad, llevaba horas despierto. Nunca había sido de sueño fácil y, esas noches, en un lugar desconocido y con la otra mitad de su destino bajo el mismo techo, el descanso lo había abandonado por completo.

Pero no era el Último Profeta ni la Mano Pálida lo que lo mantenía despierto. Era Hector. Sin importar en qué pensara, siempre parecía volver a lo mismo: los secretos que Hector le había ocultado y los secretos que él le había ocultado a Hector. Así que cuando escuchó que Penrose se acercaba, apresurada, lo primero que sintió fue alivio: el motivo que la llevara a su habitación a esas horas lo distraería de esa tortura.

La puerta se abrió de golpe, la luz pálida se filtró al interior.

—¡Jude! ¡Despierta!

Los pies de Jude tocaron el suelo de mármol frío.

—Estoy despierto. ¿Qué pasa?

Penrose vaciló en la puerta.

—El Profeta. —Parecía agitada, aunque el corto viaje por el corredor no podría haberla dejado sin aliento.

Jude se puso de pie de un salto.

—¿Va todo bien?

—No está herido —respondió Penrose enseguida—. Se despertó de repente, hablaba y se movía en la cama. Cuando abrió los ojos, dijo que había tenido un sueño sobre Nazirah, sobre cómo reconquistar la ciudad.

—Un sueño —dijo Jude lentamente.

—No fue solo un sueño. —Los ojos de Penrose se encontraron con los suyos—. Fue una visión.

Jude se calzó las botas y la capa antes de comprender del todo lo que estaba sucediendo. En su mente había un remolino de ideas, pero esas acciones rápidas y cotidianas lo tranquilizaban.

El desenlace de la profecía final. La respuesta a la oscuridad prometida. ¿Acaso era posible? Se volvió hacia Penrose.

—¿Has despertado a la Guardia?

—He venido aquí primero.

Por supuesto. Jude era el Guardián de la Palabra, y ella necesitaba órdenes. Él asintió y se dirigió hacia la puerta a paso veloz.

—Buscaré a Hector y Petrossian. Tú despierta a los demás.

Se separaron en el corredor: Jude se fue a la derecha y Penrose, a la izquierda. La oyó tocar la puerta de Osei al pasar.

Jude primero fue a la habitación de Petrossian, aunque quedaba más lejos. Petrossian se despertó pronto y no cuestionó a Jude cuando le dijo que se presentara directamente en las habitaciones del príncipe.

Luego, Jude volvió a recorrer el pasillo y se quedó de pie frente a la puerta de Hector, con el corazón acelerado. Quería que latiera más despacio. Solo iba a despertar a su amigo.

Se recordó que Hector no era su amigo, sino un miembro de la Guardia. Necesitaba tenerlo claro a partir de ese instante. Si lo que Penrose decía era cierto, si el príncipe realmente había tenido una visión, la dedicación del Guardián de la Palabra tenía que ser absoluta. Inquebrantable. No podía haber más distracciones.

—Hector —llamó desde afuera—. ¿Estás despierto?

No hubo respuesta. Jude se dio cuenta de que, aunque escuchaba el murmullo de Penrose en el corredor, y más abajo, el crujido de las articulaciones de Yarik mientras se estiraba, solo había silencio al otro lado de la puerta de Hector. No latía ningún corazón. No había signos de respiración.

El pulso de Jude se aceleró cuando abrió la puerta de un empujón.

La cama estaba hecha, las cortinas abiertas revelaban el cielo nocturno. El uniforme y la espada de Hector habían desaparecido. Y Hector también.

—¿Dónde está Navarro?

La voz de Penrose sonó a espaldas de Jude. Él negó con la cabeza, mientras el pánico crecía en su pecho. Se arrodilló junto al arcón de madera al pie de la cama y abrió la tapa. Dentro, estaba doblada la capa azul oscuro de la Guardia. La había dejado allí a propósito.

—¿Jude? —preguntó Penrose con cautela.

Él tomó la capa, como si al tenerla entre sus dedos pudiera acercar a Hector. Aunque había deseado que Hector superara su dolor, había sabido la verdad en los huesos. El día anterior, Hector se había encontrado cara a cara con la sombra más oscura de su pasado. Él no estaba bien y quizás nunca lo estuviera.

—Ha vuelto a la ciudadela —dijo Jude, mientras se ponía de pie.

Estaba casi seguro de ello. Puede que no conociera los detalles del pasado de Hector, pero sí lo conocía a él, mejor que nadie en el mundo. Jude dejaba que las heridas sanaran por sí solas. Hector era diferente: hundiría el dedo en la llaga hasta que se abriera de nuevo.

—¿Por qué se marcharía sin decírtelo? —preguntó Penrose, alarmada y tensa.

Jude vaciló. Si le decía la verdad, rompería la promesa que le había hecho a Hector. Pero ella merecía saberlo.

—Anoche, Hector me dijo por qué se fue de Kerameikos. Cuando era un niño, toda su familia fue asesinada por una chica que tenía la Gracia de la Sangre. Una chica que dejó huellas pálidas en los cuerpos.

Penrose se quedó boquiabierta.

—¿La familia de Hector fue asesinada por la Mano Pálida?

—Él dejó la Orden para ir a buscarla.

—¿Y eso qué tiene que ver con la ciudadela?

—Ayer, cuando fuimos a hablar con el jefe de los centinelas, vimos a una prisionera. La habían apresado en el Templo de Tarseis la noche anterior. Hector la reconoció de inmediato. Dijo que era la chica la que había matado a su familia.

—¿La Mano Pálida está aquí?

—No lo sé —respondió Jude—. Ella no admitió que fuera la Mano Pálida. Hector no la había visto en años, pero estaba convencido de su identidad.

—¿Qué va a hacer?

—No... No lo sé. —Jude sacudió la cabeza bruscamente. Hizo una pausa y el siguiente pensamiento se filtró como la luz del sol por una nube de tormenta—. Pero tengo que detenerlo.

—El Último Profeta está esperándote ahora.

—Tengo que encontrar a Hector antes de que haga una tontería. —Jude sabía lo absurdo que

sonaba. Pero, por alguna razón, se sintió más seguro de su decisión—. Volveré pronto. La Guardia estará bajo tus órdenes hasta mi regreso.

Estaba a punto de cruzar la puerta, cuando Penrose lo sujetó por la muñeca.

—Envía a otra persona —dijo ella—. El Profeta te necesita.

—No, no puedo. Debo ir. Solo yo puedo hacerlo. Puedo hablar con Hector, hacerlo entender.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Penrose, sin soltar a Jude—. Si desobedece al Guardián de la Palabra, será deserción. Lo sabes bien. Conoces el castigo. ¿Cuál es el castigo para los paladines?

Jude tragó saliva. El juramento era claro. Si Hector no lo cumplía, recibiría la pena de muerte. Y Jude debería dispensar ese castigo.

—Eso no sucederá —respondió, aunque había menos convicción en su corazón que en sus palabras—. No sucederá.

Capítulo Veinticuatro

EPHYRA

El chirrido de la puerta al abrirse despertó a Ephyra en la celda. Entre dormida y aturdida, se puso de pie, usando las cadenas para sostenerse. En la entrada, a la sombra de la luz tenue, estaba Hector Navarro.

Tenía la mano sobre la empuñadura de su espada. Ephyra no tenía forma de defenderse, salvo por la forma de siempre. Sus palmas cosquillearon.

—¿Cómo has llegado aquí? —quiso saber ella.

—Solo estamos tú y yo —dijo Hector, entrando en la celda por fin—, así que puedes dejar de actuar.

—¿Dónde está el otro guerrero?

Él había contenido a Hector durante la visita anterior.

—No está aquí. Ya te lo he dicho —respondió Hector lacónicamente. Ephyra tragó saliva—. Te he estado buscando durante mucho tiempo, el suficiente para saber cuántas vidas has arrebatado desde que mataste a mi familia, en cuántas personas has dejado tu marca.

—Entonces, sabes que ninguna de esas personas era inocente —dijo Ephyra, con voz temblorosa—. Solo mato a quienes lo merecen, a los crueles, a los que usan su poder para lastimar a otros.

—Ah, sí. La Mano Pálida solo mata a los malvados. Qué extraño que no pareciera importarte cuando tomaste la vida de mi familia. Eran inocentes, pero los asesinaste igual. ¿Al menos los recuerdas?

Obligándose a mirar a Hector a los ojos, Ephyra susurró:

—Sí.

En la boca de Hector se dibujó una mueca de desprecio.

—Mi madre. Mi padre. Mi hermano. Te recibieron, fueron amables contigo. Y los asesinaste.

—Yo no... —dijo Ephyra e hizo silencio. Nada de lo que pudiera decir cambiaría lo que había hecho, y si pudiera volver el tiempo atrás y elegir de nuevo, sabía que volvería a elegir a Beru—. Fue un accidente.

—No lo creo. Tomas vidas porque puedes hacerlo. Crees que tienes el poder de una deidad, pero no es así. ¿Quién eres tú para decidir quién vive y quién muere? ¿Cómo sabe un monstruo quién es de su propia clase y quién no? —Ephyra respiró con pánico cuando la expresión de Hector se volvió impasible, serena. Le daba más miedo que la ira—. Sabes, yo solía preguntarme por qué no había muerto, también. ¿Por qué me perdonaste la vida? Después de cinco largos años, finalmente sé la respuesta. Sobreviví porque debo detenerte. Cada minuto de mi vida ha llevado a este momento. El destino ha decidido mi propósito por mí, para asegurarse de que la Mano Pálida nunca vuelva a cobrar otra vida.

Ephyra se recostó contra la pared, ignorando el dolor de las cadenas que se tensaban en sus muñecas.

Hector se aferró a la empuñadura de la espada, con furia en la mirada. Ephyra podía ver los pensamientos que cruzaban su mente. Podía matarla en ese mismo momento, en ese mismo lugar. Podía derramar su sangre en esa celda y acabar de una vez por todas con la Mano Pálida.

—Nunca has matado a nadie, ¿no? —preguntó Ephyra en voz baja—. Es más fácil de lo que piensas. Y más difícil, también. O tal vez solo sea así para mí.

—No voy a matarte. —Ephyra dejó escapar un suspiro, pero el tono de voz de Hector la mantuvo alerta—. Todavía no. Primero, voy a mostrarles a todos quién eres. Voy a demostrarle al mundo que eres la Mano Pálida.

—¿Y cómo piensas demostrarlo? —preguntó Ephyra.

—Tú misma lo dirás —respondió Hector—. Los centinelas. La Orden de la Última Luz. El mundo sabrá quién eres.

—No admitiré nada.

Los ojos de Hector se estrecharon. Se quedó en silencio por un largo momento. Luego, en voz baja, dijo:

—Tienes una hermana. La recuerdo.

Ephyra se puso rígida y luego trató de suavizar su expresión.

—No he visto a mi hermana en años.

—Estás mintiendo —dijo Hector de inmediato—. Nunca la abandonarías. También debe de estar en algún lugar de esta ciudad.

Ephyra respiró hondo, para ordenar sus pensamientos. No podía dejar que él la viera asustada. Era la única cosa capaz de destruirla. Hector podía amenazar con matar a Ephyra todo lo que quisiera, pero Beru...

No soportaría que le hiciera daño a su hermana.

—Ella es inocente, igual que tu familia. ¿De verdad amenazarías a una vida inocente?

Algo brilló en los ojos de Hector. Tal vez ella por fin había logrado atravesar la neblina del dolor y la rabia durante un instante. Tal vez fuera capaz de hacerle ver sus acciones, de mostrarle que había ido demasiado lejos.

—Espero que no sea necesario —dijo él, finalmente—. Esto es más importante que una vida. Si te niegas a admitir al mundo lo que eres, lo que ocurra después pesará en tu conciencia.

Ephyra renunciaría a su propia vida si fuera necesario. Pero si Hector encontrara a Beru, si descubriera que ella había asesinado a todas esas personas para salvar a su hermana...

Ella podía ver el abismo de su pena, y sabía lo que podía causar un dolor como ese.

—No la encontrarás —gruñó ella—. Puedes buscar en toda la ciudad.

La mirada de Hector era sombría y rabiosa.

—Entonces, buscaré en toda la ciudad —respondió él—. Y sé exactamente por dónde comenzar.

Capítulo Veinticinco

ANTON

En la celda de Anton hacía un frío insoportable. La clase de frío que hacía que dolieran los huesos y las articulaciones, que instalaba un escalofrío en la columna vertebral, como si el cuerpo ya no tuviera sangre caliente, ni carne. La clase de frío que no había vuelto a sentir desde que vivía en las calles. La clase de frío que llevaba a los hombres a la desesperación en busca de una manera de escapar de sus dedos crueles.

Tenía que salir de allí. Illya todavía estaba en la ciudad, y ahora sabía exactamente dónde encontrar a Anton. Hallaría la forma de atraparlo. Pero su hermano no era lo único que le preocupaba. Durante las largas horas que había pasado encerrado, había vuelto a percibir aquel *esha* que resonaba como un trueno. El mismo que había sentido en la marina y había ahogado la vibración de todos los demás, tan poderoso y tenaz como una tormenta en el horizonte.

Lo asfixiaba más que los muros de su celda: aunque aún no sabía si quería huir del *esha* o correr hacia él. Solo sabía que tenía que salir. No podían dejarlo encerrado para siempre. En realidad, no había hecho nada malo. Se darían cuenta con el paso del tiempo y lo liberarían. Y Anton volvería a huir, a toda velocidad, lo más lejos posible. Se había equivocado al pensar que podía vivir de otra forma.

Los pasos en el corredor indicaban un nuevo cambio de guardia. Pero, de pronto, Anton recordó que el último turno se había iniciado hacía menos de una hora.

La puerta de la celda se abrió de golpe y Anton se echó hacia atrás, seguro de que una vez más estaba a punto de ver el rostro que lo atormentaba en sueños.

Pero, en lugar de su hermano, un guerrero apareció en la puerta. Su *esha* impactó a Anton como roce de la roca contra el acero. No se parecía a los otros guardias que habían venido a interrogarlo. Este hombre, con ojos ardientes del color del carbón, parecía haber ido en busca de sangre.

Anton supuso que tenía que sentir miedo. Y así fue, pero su miedo era igual a su alivio. Porque, sin importar quién fuera, sin importar lo que quisiera, el hombre no era Illya.

—Hola —dijo Anton amablemente, y se incorporó. El guerrero entró, y sus botas repiquetearon contra el suelo de la celda—. Ya le dije al Centinela que no estaba intentando robar ese templo. Así que si estás aquí para...

—Detente —interrumpió bruscamente el guerrero—. No estoy aquí en nombre de los centinelas. —Anton ya lo había adivinado—. Mi nombre es Hector Navarro. Hace mucho tiempo que busco a la Mano Pálida.

—¿A quién? —preguntó Anton, fingiendo tanta inocencia como le era posible—. No sé de qué hablas.

—No mientas —dijo Navarro—. Los paladines de la Orden de la Última Luz conocen muchas técnicas poderosas de la Gracia del Corazón. Nuestros sentidos se agudizan más que los de cualquier otro guerrero que hayas conocido.

Anton intentó mantener la misma expresión desafectada.

—¿Y?

El rostro de Navarro mostró irritación.

—Puedo escuchar el latido de tu corazón. Puedo oler el sudor de tu piel. Puedo sentir el más mínimo cambio de tensión en tu respiración. Esas cosas me indican que me estás mintiendo. Ahora, dime, viniste aquí con la Mano Pálida, ¿no? —Anton apretó los labios—. ¿No?

—Bien. —Anton suspiró y miró hacia el techo—. Sí. Es verdad. Somos viejos amigos, la Mano Pálida y yo.

—Ella tiene una hermana. Necesito encontrarla. Dime dónde está y no te haré daño.

—Y si me niego, ¿qué harás? ¿Matarme? —No era la primera vez que Anton recibía una amenaza—. No he hecho nada malo.

—Como he dicho, no soy centinela. No me importa lo que hayas hecho o no. —Navarro desenfundó su espada lentamente, para que la mirada de Anton se posara en la curva de su hoja—. Dime dónde está su hermana.

Anton alzó la vista y miró el rostro de Navarro. Tenía miedo, pero no de la espada.

—¿Qué vas a hacerle?

—Nada, si la Mano Pálida coopera.

—¿Y si no?

Más rápida que un rayo, la espada de Navarro estaba en la garganta de Anton.

—Primero debes preocuparte por tu propia cooperación.

Anton levantó la barbilla.

—No vas a matarme.

Se había enfrentado a hombres como Navarro antes, hombres que se sumían en la ira y el miedo, en busca de algo que los hiciera sentirse en control otra vez.

—¿Crees que no?

Había algo indefinido en sus ojos oscuros, como si él mismo no supiera hasta dónde era capaz de llegar. Anton sintió que la hoja se hundía en su garganta mientras tragaba. Por más extraño que resultara, estaba tranquilo. Se encontraba frente a un peligro real, que estaba frente a sus narices. Un peligro que, de una u otra forma, acabaría.

Y aunque Anton estaba a la merced él, podía elegir lo que sucedería a continuación.

—Bueno —dijo—, ambos tenemos un problema. Tú quieres encontrar a la hermana de la Mano Pálida, y yo quiero salir de aquí. Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Me dirás dónde está?

—No. —La hoja se hundió más—. Pero puedo mostrártelo.

Navarro dio un paso atrás y dejó unos centímetros de aire entre su espada y la garganta de Anton. Anton respiró.

—Sácame de aquí y te llevaré con ella.

—Estás jugando mientras el destino del mundo está en riesgo —le dijo Hector—. No sé lo que ella significa para ti, pero no se compara con lo que pasará si no la encuentro.

—Si el destino del mundo de verdad está en riesgo, ¿qué importa liberar a un prisionero?

El guerrero echó un vistazo a la puerta y luego volvió a mirar a Anton.

—Alguien se acerca.

—Entonces, creo que será mejor que decidas rápido.

Navarro, frustrado, enfundó su espada y sujetó a Anton por el hombro. Luego, lo empujó hacia la puerta abierta.

Capítulo Veintiséis

JUDE

«¿Qué harías si pudieras hacer lo que quisieras?».

La pregunta pasó por la mente de Jude mientras atravesaba los cuarteles de los centinelas hasta la entrada de las celdas de detención. Esa era la pregunta que Hector le había hecho aquella noche, hacía más de un año, cuando el futuro se desplegaba sin fin ante sus ojos. Era la pregunta que había surgido en la mente de Jude al elegir a Hector como el sexto miembro de su Guardia. Era la pregunta que, con la respuesta de Hector, había confirmado el papel que desempeñarían en la vida. Hector y Jude, uno al lado del otro.

«Iría contigo, por supuesto».

Pero Jude ya sabía la verdadera respuesta de Hector. Sin la carga del juramento que había hecho a la Orden, liberado de las expectativas de Jude, Hector se sentía llamado por otra causa. No había nacido para ser un soldado de la fe, como Jude. Había nacido en una familia y había quedado huérfano, y esa era una herida que excedía la comprensión de Jude. Aunque Hector asegurara que lo hacía por la profecía final, él sabía la verdad. Era el sufrimiento, y no la fe, lo que lo impulsaba.

Una centinela detuvo a Jude en la entrada de la torre de prisioneros. Él la reconoció, la había visto durante el intento de fuga de la Mano Pálida.

—Capitán Weatherbourne —dijo ella—, ha habido un incidente.

Jude se detuvo en seco. Un millar de situaciones espantosas pasaron por su mente.

—¿Qué ha sucedido?

—Los centinelas que estaban de guardia a primera hora de la mañana han sido encontrados inconscientes en la sala. Falta uno de los prisioneros.

Jude se puso tenso.

—¿La que visitamos ayer?

Para su sorpresa, la centinela negó con la cabeza.

—No. El chico que estaba con ella en el templo. Estamos investigando qué...

—Llévame a la celda —exigió Jude. La centinela vaciló—. Esos prisioneros son de particular interés para la Orden de la Última Luz. Es imperativo que vuelva a hablar con la chica. Llévame a la celda —dijo Jude, convocando toda la autoridad que su padre le había transmitido.

—De acuerdo, sígame.

Ella lo condujo hasta el elevador. Tardaron unos minutos en completar el viaje por la torre, y otros hasta que la centinela abrió la celda.

La centinela se quedó en el corredor, y Jude abrió la pesada puerta de hierro.

En el interior, la chica que Hector había reconocido como la Mano Pálida ya estaba de pie. Antes de que ella pudiera decir una palabra o que la centinela entrara a la celda, Jude se dio la vuelta y cerró la puerta. Luego, se giró hacia ella.

—¿Dónde está?

Parecía muy diferente a la muchacha que habían interrogado el día anterior. A pesar de su encarcelamiento, había estado tranquila, serena. Pero, durante la noche, se había convertido en una maraña de nervios y pánico.

Jude había pensado que quizás sentiría rabia u odio hacia esa chica que le había causado tanto dolor a Hector, pero bastó con mirarla para que esa idea se esfumara: estaba encadenada, con las manos contra el pecho, y jadeaba.

—Ha venido otra vez, ¿no? —repitió Jude—. Hector Navarro. Ha vuelto aquí esta mañana. — Ella asintió con la cabeza—. ¿Ha intentado hacerte daño?

Sintió que alguien arrancaba esas palabras de su lengua. No podía imaginar a Hector siendo cruel, pero había visto la mirada vacía y la obsesión en sus ojos. Ella no respondió, sus ojos brillaban con lágrimas de furia no derramadas.

—Por favor, dime lo que ha pasado —rogó Jude.

—¿Cómo sé que no vas a ayudarlo? —dijo con voz en carne viva—. Tú también eres parte de la Orden de la Última Luz.

La frustración encendió el pecho de Jude. No tenía tiempo para sospechas. Tenía que encontrar a Hector y traerlo de vuelta antes de que su error no tuviera vuelta atrás.

—No estoy aquí como capitán de la Guardia. He venido para encontrar a mi amigo. Lo que suceda después...

—¿Quieres decir si decidís matarme o no?

Jude abrió grandes los ojos.

—¿Ha dicho que iba a matarte?

—Ha dicho que iba a intentar demostrar que soy la Mano Pálida. El asesinato estaba implícito.

—Yo no te haré daño. ¿Dónde está Hector ahora? —Ella lo contempló en silencio mientras la frustración de Jude crecía—. El prisionero que vino contigo, el muchacho. Los guardias dicen que ha desaparecido. ¿Qué quiere Hector de él?

Ella apretó los labios. Temblando, dijo:

—Él sabe dónde está mi hermana.

—¿Y qué quiere Hector de tu hermana?

—Usarla en mi contra, hacerle daño si no acepto lo que me pide.

Jude sintió una opresión en el pecho. Sabía que Hector quería venganza, pero ¿eso? ¿Hacer daño a una chica inocente solo porque él creía que su hermana era responsable de la muerte de su familia?

Hector no haría algo así. El dolor lo había hecho hablar así. Jude reordenó sus ideas para enfrentar el problema en cuestión. No quería imaginar lo que podría pasar si no encontraba a Hector.

—¿Crees que el otro prisionero ayudará a Hector? ¿Te traicionaría?

—No lo sé, quizás. Él no me debe nada, y yo no confío en él.

—Entonces, tienes que decirme a dónde irán.

Ella lo miró a los ojos.

—Llévame contigo.

—Sabes que no puedo. Solo dime a dónde han ido. Te lo juro, no dejaré que Hector haga daño a nadie. Lo encontraré y lo haré entrar en razón.

—¿Cómo piensas lograrlo? —soltó ella—. No va a entrar en razón, está cegado por la...

—Pena —terminó de decir Jude en voz baja—. Lo sé. Hay un código que cumplimos, un juramento que hacemos, y ese juramento no permite el dolor ni la venganza. Lo ha roto al irse, y si hace lo que tú dices, si lo intenta... —Se detuvo. No se permitiría pensar en Hector de esa manera—. Te lo juro, no permitiré que suceda.

—No me importa vuestro estúpido juramento. Me preocupa mi hermana. Así que por favor... —Se quedó sin aliento y se llevó una mano al pecho, como si pudiera espantar el pánico de esa

forma. Jude vio en su expresión lo que se escondía detrás de la ferocidad y la rabia: temor—. Por favor.

—No permitiré que le haga daño a tu hermana. No hay honor en la venganza, ni para ti ni para él.

Ella lo miró a los ojos.

—Piensas mucho en eso, en el honor. —Jude asintió—. Entonces necesito que me prometas que, sin importar lo que pase ni lo que Hector diga sobre mí, sobre mi hermana... —Se le quebró la voz—. Debes prometerme que la protegerás.

Podía prometerle eso, al menos. No había que dispensar la muerte con ligereza.

—Soy responsable de la vida de Hector. De sus elecciones, sus acciones. No dejaré que haga daño a tu hermana.

—Prométemelo —dijo ella, con un destello en los ojos—, así como hiciste tu juramento. —Los dedos de Jude se tensaron. El juramento del paladín era sagrado—. ¡Prométemelo!

Jude se dejó caer sobre una rodilla y tomó la Espada del Pináculo entre sus manos.

—Lo prometo.

Ella lo analizó durante un rato... antes de decir:

—Está en un santuario incendiado, a las afueras de la Ciudad Alta, junto a la Puerta Sur. Encuéntrala antes que Navarro. —Él asintió y se puso de pie. Sin importar lo que pensara Hector, sabía que él se arrepentiría si hacía daño a una chica inocente. Los encontraría antes de que fuera demasiado tarde—. No sé nada sobre ti, pero confío en que harás esto por mí, que la mantendrás a salvo.

—Por el bien de tu hermana —dijo Jude—. Y por el de Hector.

Capítulo Veintisiete

HASSAN

Mientras esperaba a que Penrose reuniera al resto de la guardia, Hassan llamó a dos de los sirvientes de Lethia y los envió al ágora.

—Hay una chica, una legionaria. Se llama Khepri —les dijo y describió dónde se encontraba su tienda—. Encontradla y traedla aquí.

—¿Qué haces, Hassan? —preguntó Lethia cuando los sirvientes se marcharon.

Hassan miró a su tía.

—Ella estaba en mi sueño, mi visión.

—¿Tu visión? —repitió Lethia, incrédula—. No me digas que piensas...

Penrose apareció en la entrada, agobiada y tensa. Detrás de ella, uno por uno pasaron los demás paladines. Faltaban dos.

—¿Dónde está el capitán Weatherbourne? —preguntó Hassan.

—Tenía que ocuparse de otros asuntos con los centinelas —respondió Penrose, esquivando la mirada.

—¿Qué asuntos?

Pensamientos sombríos inundaron la mente de Hassan: quizás los Testigos habían hecho algo más, quizás habían destruido otro templo durante la noche o amenazado a los refugiados.

—Nada por lo que necesite preocuparse —respondió Penrose, tensa—. Me dejó al mando durante su ausencia. Sé que si él estuviera aquí, diría que lo sucedido es muy importante y que no puede esperar. Cuéntenos lo que vio, príncipe Hassan.

Hassan se enderezó, mientras recorría con la vista a los otros miembros de la Guardia.

—Tuve... un sueño anoche —comenzó a relatar, inseguro—. Una visión.

Percibió que todos se agitaban en cuanto habló. Seguramente, Penrose ya les hubiera hablado a los demás paladines acerca de su sueño, pero las palabras que acababa de pronunciar hicieron temblar a todos, respirar al unísono, en medio de un silencio esperanzador.

De alguna manera, Hassan había logrado conectarse con la Gracia de la Vista que le había sido otorgada al nacer. De alguna manera, su poder se había revelado, justo en el momento en que más lo necesitaba. Él había pedido orientación, y su propio corazón, su propia Gracia, había respondido.

—¿Qué ha visto? —preguntó Petrossian, rompiendo el silencio.

Hassan respiró hondo y describió su visión a la Guardia lo mejor que pudo. Mientras hablaba sobre el faro de Nazirah, sobre los Testigos derrotados por sus tropas, sobre el trono de Herat y los súbditos que lo rodeaban, Hassan observó las expresiones en el rostro de los paladines.

—Quizás no fue más que un sueño —intervino Lethia, amablemente—. Con todo lo que ha sucedido en los últimos días, no me sorprendería si los Testigos, Nazirah y el Fuego Divino aparecieran en tu sueño.

—No —dijo Hassan—. He soñado con los Testigos y el derrocamiento todas las noches, pero esta vez ha sido distinto. Los otros sueños eran confusos, lejanos. Pero lo que vi anoche fue... casi palpable. Los detalles eran muy vívidos, y siguen siéndolo. Se parece más a un recuerdo que a un sueño. Sentí un impulso, una certeza de que era lo que debía hacer, de que era lo correcto.

Regresar a a Nazirah y enfrentarme a los Testigos es mi destino.

—«La última parte por fin se revela / En visiones de Gracias y de fuego» —recitó Penrose. Se volvió hacia el resto de la Guardia—. Esto es lo que los Siete Profetas no pudieron ver. Esta es la respuesta que hemos estado buscando: la forma de detener la Era de la Oscuridad.

—Espero que comprendáis lo que decís —comentó Lethia, con la voz temblorosa por la ira—. Si la profecía es real y si el sueño de Hassan de verdad ha sido una visión, entonces le estáis pidiendo que se ponga a sí mismo en un gran peligro.

—No pedimos nada —respondió Penrose—. La visión del príncipe Hassan nos ha mostrado el camino. Debe regresar a Nazirah.

La idea hizo que Hassan sintiera un cosquilleo en el pecho. Regresar a Nazirah era lo único que había deseado desde su llegada a Palas Athos.

—¿Y si os equivocáis? —preguntó Lethia—. Hassan es el único heredero al trono de Herat. Si algo le sucede...

—No me sucederá nada. Tía Lethia, escucha.

Ella se levantó del sofá.

—Espero que tengas razón, de verdad. Pero me temo que estas personas, que dicen que han jurado protegerte, quizá no piensen en mantenerte a salvo. Temo que te guíen por el mal camino.

Los ojos de Penrose centellearon al escuchar a Lethia.

—La seguridad del Profeta es nuestra única prioridad. Nunca haríamos nada para ponerlo en peligro.

Lethia miró con frialdad a Penrose antes de volver a dirigirse a Hassan.

—Te ruego que pienses bien antes de tomar una decisión solo porque un grupo de guerreros con el poder de la Gracia, que reaparecen después de un siglo, te dicen que este es tu destino. Si no es por tu propio bien, entonces por el de nuestro país.

Hassan sintió que Lethia le había dado una bofetada.

—Lo hago precisamente por el bien de Herat. Todo es por Herat. Y es mucho más de lo que tú has hecho por nuestro país.

Lethia entrecerró los ojos.

—Tu temperamento te deja en ridículo, Hassan. Solo estoy intentando ayudar. Sé que tienes esperanzas, pero no quiero que las deposites en el lugar equivocado.

Hassan se arrepintió de haber hablado con dureza, pero no pudo desdecirse, ni siquiera antes de que Lethia saliera por la puerta.

Sintió una pérdida por su ausencia. El día anterior, Lethia se había mostrado escéptica ante la profecía, pero había pensado que, como a él, solo le estaba llevando un tiempo comprender la situación. Incluso se había llegado a preguntar si la renuencia de Lethia estaba relacionada con su pasado. Él nunca le había preguntado si ella había deseado recibir la Gracia tanto como él, pero pensaba que seguramente sí. Tal vez su tía sintiera algo de envidia al saber que Hassan había conseguido lo que quería. Si fuera al revés, él estaba seguro de que le ocurriría lo mismo.

—Entonces, ¿qué significa? —preguntó Osei, rompiendo el silencio incómodo.

Penrose levantó la barbilla.

—Debemos ir a Nazirah.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó Petrossian—. ¿Qué dice la visión sobre cómo detener a los Testigos?

Hassan abrió la boca para responder, pero un golpe en la puerta lo interrumpió.

—¿Quién es? —interrogó Annuka, alarmada.

La puerta se abrió y entró un sirviente.

—La señorita Khepri Fakhoury está aquí, a petición de Su Alteza, el príncipe Hassan.

Hassan se puso de pie.

—Hacedla pasar.

—Príncipe Hassan...

La objeción de Penrose se vio interrumpida cuando Khepri entró en la habitación.

La mente de Hassan se aquietó al verla: la ira y frustración se desvanecieron. Una imagen de su sueño pasó ante sus ojos: Khepri, de pie junto a él, en el faro de Nazirah, feroz y luminosa a la luz de la llama.

Ella hizo una reverencia.

—Su Alteza —saludó.

—¿Qué está haciendo ella aquí?

Hassan apenas alcanzó a escuchar la pregunta de Petrossian. Seguía contemplando a Khepri.

—Tú estabas allí, a mi lado.

—¿Cómo dice, Su Alteza?

«Supe que tenía que venir», había dicho ella aquella primera noche en el ágora. La luz de la luna había alumbrado su rostro y le había dado la apariencia de una de las estatuas de oro del Salón de los Reyes. «Vine a la Ciudad de la Fe para encontrar al príncipe y ayudarlo a recuperar nuestro país».

Ella había creído en él, incluso antes de conocerlo. Tenía tanta fe en él que había arriesgado todo y viajado a Palas Athos para encontrarlo. Era el destino. No se había dado cuenta entonces, pero en ese momento lo supo. Ella había venido a buscarlo para que reconquistaran Herat juntos, porque eso era lo que debía suceder.

Al mirar a Khepri, todo resultaba claro para él.

—Tú estabas allí. —Hassan se acercó a Khepri y ella se puso de pie con incertidumbre y dejó que Hassan la tomara por la muñeca—. En el faro, observando la ciudad conmigo.

—¿Qué quieres decir con «en el faro»?

Hassan se volvió hacia los paladines. Sabía que deseaban guardar el secreto de la última profecía, pero eso era antes de su visión.

Antes de que él la hubiera completado.

—Khepri, la Guardia no vino a Palas Athos solo por los Testigos. Vinieron aquí por mí. Porque durante un siglo, la Orden de la Última Luz ha guardado un secreto.

—Su Alteza —interrumpió Petrossian—, no puede revelar...

Penrose lo silenció con una mirada y le hizo un gesto a Hassan. Luego, le habló a Khepri:

—Cuando los Profetas desaparecieron, dejaron una profecía final. Una profecía inacabada, que confiaron a la Orden de la Última Luz, para que se mantuviera en secreto hasta que pudiera completarse.

Con paciencia y simpleza, Penrose le habló sobre los precursores, la Era de la Oscuridad y el Último Profeta, que tenía la misión de detenerla. Khepri escuchó el relato sin interrumpir.

—Khepri —dijo Hassan cuando Penrose terminó—, yo soy el Último Profeta. Y ahora, finalmente, sé lo que debemos hacer para detener la Era de la Oscuridad. Tenemos que marchar a Nazirah con el ejército de refugiados. Tu ejército.

—¿Ejército? —preguntó Osei.

Hassan se dirigió a la Guardia.

—En el ágora, Khepri ha estado entrenando a los refugiados. Un ejército de combatientes, con el poder de la Gracia, que tienen tantos motivos para luchar contra los Testigos como yo. Quieren ayudarme a reconquistar Nazirah y expulsar a los invasores del Reino de Herat. —Khepri lo miró

a los ojos, y Hassan pudo ver la esperanza que crecía en ellos—. Y eso es exactamente lo que haremos: asaltaremos el puerto de Nazirah, tomaremos a los Testigos por sorpresa. La manera de detener la Era de la Oscuridad es salvar a Nazirah —dijo Hassan, y las palabras fluyeron mientras miraba a Khepri.

—Pero ayer, en el ágora, dijiste... —replicó ella, sorprendida.

—En ese momento, aún no lo sabía, no sabía lo que debía hacer, quién era yo. Ahora lo sé, y sé lo que debemos hacer. Lo he visto.

—¿Hablas en serio? Ayer me dijiste que era imposible detener a los Testigos con unos pocos cientos de soldados. Pero ahora... ¿Lo has visto de verdad? Esa visión. La salvación de nuestro reino.

—Sí. —Él la miró a los ojos y la chispa que surgió entre ellos quemó todas las dudas restantes—. Y no solo he visto al ejército de refugiados. He visto barcos, con velas de plata. Toda una flota.

—La flota de la Orden —comentó Penrose.

—Osei me dijo que el número de paladines ha disminuido desde que desaparecieron los Profetas, pero aún hay cientos, ¿no?

Penrose asintió.

—Somos cientos los que hemos jurado proteger al Profeta. Si su visión se materializa, y creo que así será, entonces nuestro camino está claro. —Se arrodilló con un movimiento rápido y tocó la empuñadura de su espada—. Nuestras espadas, y las espadas de todos los paladines de la Orden de la Última Luz, son tuyas.

El resto de la Guardia la imitó. Hassan estaba acostumbrado a que se arrodillaran ante su presencia, pero esta vez era diferente. Había un peso, una promesa de algo que apenas empezaba a comprender. De pronto, era más que un príncipe, y lo que recibía era más que lealtad.

—Sigo al Profeta —dijo Penrose, levantando la barbilla.

—Sigo al Profeta —repitieron los otros miembros de la Guardia.

Khepri levantó la barbilla.

—Te sigo, príncipe Hassan, adondequiera que nos lleves.

Por primera vez desde que el Hierofante había tomado Nazirah, Hassan vio el camino a seguir. Todo lo que había sucedido desde el derrocamiento, los Testigos en el ágora, la revelación de la última profecía, Khepri, lo habían conducido a ese instante. Por fin, sabía lo que tenía que hacer. Por fin, tenía quienes lo respaldaran.

Pero, al pensarlo, también sintió temor. Su camino ya no era lo único que estaba en juego. Estaban Khepri y el ejército de refugiados. Estaban la Guardia y la Orden de la Última Luz.

Al fin era el líder que nunca había soñado ser. El líder que su padre había reconocido en él. Solo deseaba no llevarlos por el camino equivocado.

Capítulo Veintiocho

BERU

Algo había salido mal. Beru lo sentía en los huesos. Lo que la preocupaba, noche tras noche, que algún día Ephyra se marchara y no regresara, finalmente había sucedido.

No había entendido bien de qué hablaba su hermana cuando le había dicho que debía ir al Templo de Tarseis para «ocuparse de un asunto», pero había pasado un día desde su partida. La preocupación la consumía por dentro.

La discusión que habían tenido todavía estaba viva en la mente de Beru. Ephyra creía que aún podían encontrar el cáliz de Eleazar y curarla para siempre. Tal vez ella tuviera razón, pero, por si acaso, Beru guardaba los billetes de tren en el bolsillo. Si Anton no podía encontrar el cáliz, volverían a casa. En cuanto Ephyra regresara.

«Ella tiene que estar bien», se dijo Beru, mientras recorría con los dedos las cuentas y las caracolas del brazalete que acababa de enhebrar. Interrumpió el recorrido al tocar el tapón de vidrio que Ephyra le había traído.

El sonido de pasos que bajaban la escalera interrumpió su ansiedad. Los músculos de Beru se relajaron de alivio. Ephyra estaba de vuelta. No tenía que marcharse sin su hermana.

A medida que se acercaban los pasos, Beru detectó un segundo otras pisadas. «Anton».

Se apresuró hacia la puerta y la abrió rápidamente. No quería pasar un momento más sin asegurarse de que Ephyra estaba a salvo. Pero, cuando la puerta se abrió, no encontró a su hermana en la entrada. Beru lo reconoció al instante. Habían pasado casi cinco años, y en ese tiempo, se había transformado de un niño alegre y animado en un hombre feroz e intenso.

Por más imposible que pareciera, Hector Navarro estaba allí.

Él se quedó paralizado, y en su expresión surgió la misma sorpresa que en la de Beru.

—Todo va bien —dijo Anton, adelantándose.

—¿Qué haces con él? —preguntó Beru, con voz temblorosa, mientras miraba a ambos—. ¿Dónde está Ephyra?

Fue Hector quien respondió:

—Tu hermana está donde debería estar.

A Beru se le heló la sangre.

—No es lo que piensas —intervino enseguida Anton—. Los centinelas nos arrestaron en el Templo. Creyeron que éramos ladrones, así que nos metieron en prisión. Ephyra está bien.

—¿Cómo dejaste que algo así sucediera? —le preguntó Beru a Anton, sin saber si se refería a que Ephyra hubiera terminado en prisión o a que Hector hubiera aparecido frente a ella como un espíritu vengativo.

—Tu hermana es una asesina —dijo Hector—. Merece estar en una celda. Y me aseguraré de que nunca vuelva a arrebatar otra vida.

—Beru —intervino Anton, dando un paso hacia ella. Estaba consumido, despeinado y con arrugas profundas bajo los ojos—, lo siento.

Hector extendió el brazo para detener a Anton.

—Has hecho lo que te pedí. Eres libre de irte.

Beru advirtió que las palabras no eran una oferta, sino una orden. Anton miró a Beru y luego a

Hector.

—No te dejaré solo con ella.

Había un leve temblor en su voz, pero Beru le dio crédito por intentarlo.

—Vete, Anton —dijo ella en voz baja.

Él la miró, sobresaltado.

—¿Y si intenta hacerte daño?

«Tal vez lo merezca», pensó Beru.

—Deberías haberte preocupado por eso *antes* de traerlo aquí —respondió ella, con frialdad—. Esto es entre nosotros dos ahora. Vete.

Anton le lanzó otra mirada atormentada antes de alejarse poco a poco. Ella lo vio desaparecer por la puerta. Hector y ella estaban a solas.

Un escalofrío subió por la columna de Beru. Cubrió mejor la huella negra que tenía en la muñeca.

—¿Cómo nos has encontrado después de tanto tiempo?

Hector negó con la cabeza lentamente, con la mirada perdida y distante.

—Nunca os he encontrado. El destino me trajo aquí para que pudiera detenerla. Y tú me vas a ayudar.

—¿Por qué te ayudaría a hacer daño a mi hermana?

El miedo se convirtió en rabia.

—Porque eres la única persona, aparte de mí, que sabe la verdad: que la Mano Pálida no solo asesina a los malvados, que también ha matado a gente inocente, como mi familia. Si no la detienen, más morirán.

—¿De qué estás hablando?

—A dondequiera que va, la acompaña la oscuridad. Sabes la verdad sobre tu hermana. Ya sabes lo que ha hecho. Si se lo cuentas a todos, te creerán. Ella es una agente del mal, un presagio de la oscuridad.

—No es cierto —dijo Beru, enérgicamente—. No sabes lo que dices.

—Vi cuando ella mató a mi familia. Y tú también.

Beru cerró los ojos. Sabía que si Ephyra estuviera allí, nunca le permitiría hacer lo que estaba a punto de hacer.

—No sabes la historia completa.

—¿La historia completa? Mi familia recibió a tu hermana y ella los mató a sangre fría. Tuve que enterrar sus cuerpos. Esa es la historia completa.

—No, fue un accidente. Ella no quiso hacer daño a nadie.

—Los mató.

—Intentaba curarme —dijo Beru desesperadamente—. Ella... ella no sabía lo que estaba haciendo. Tomó su *esha* por error. No fue su culpa. Fue culpa mía.

Hector retrocedió y se quedó mirándola.

—¿Recuerdas que enfermé justo antes de que muriera tu madre? Yo soy el motivo por el que tu familia está muerta. No culpes a Ephyra. Todo fue mi culpa. La Mano Pálida existe por mí. Si no fuera por mí, Ephyra nunca habría arrebatado ni una sola vida.

Hector entrecerró los ojos.

—Entonces, es hora de la expiación. No dejes que tu hermana mate a nadie más.

Sus palabras llegaron al corazón de Beru, porque, en el fondo, sabía que él tenía razón. Si Beru estuviera realmente arrepentida por las muertes que había causado, habría hecho más que discutir con Ephyra. Habría encontrado una manera de detener a su hermana.

No era la primera vez que tenía este pensamiento. Cada vez que Ephyra se ponía la máscara y salía a las calles como la Mano Pálida, esa idea volvía a su mente.

—Ven conmigo —dijo Hector, mientras le extendía la mano—. Ayúdame a mostrarles a todos lo que ha hecho la Mano Pálida. Ayúdame a detenerla.

Beru miró la mano y luego la cortina que estaba detrás de Hector.

—Nunca traicionaré a mi hermana. Jamás —dijo ella, con un temblor en la voz. Beru arrancó la cortina de un tirón. Hector se abalanzó sobre ella y la sujetó del brazo mientras la cortina caía y se enredaba a su alrededor—. ¡Suéltame!

Beru tropezó contra la mesa y arrastró a Hector con ella. Con el otro brazo, trató de encontrar algún objeto, cualquiera, que sirviera de ayuda. Palpó un par de pinzas de latón y las tomó. En un movimiento, las clavó en el hombro de Hector.

Él trató de bloquear el ataque. Cuando interceptó a Beru, la tela que cubría la muñeca se salió. Hector se quedó inmóvil, mirando un punto fijamente.

Beru siguió su mirada. La tela cayó como la piel de una serpiente. Expuesta debajo, estaba la huella oscura marcada en su brazo.

La mano de Hector la sujetó con más fuerza mientras acercaba el brazo de Beru y contemplaba la marca.

—«Y los impíos caen bajo la mano pálida, / lo que duerme en el polvo al fin respira». Eres tú —dijo él. Beru cerró los ojos con fuerza. Ella no sabía lo que significaban las palabras de Hector, pero había un horror en sus ojos que no podía soportar. Él soltó la muñeca y retrocedió—. ¡Muerta viviente!

Las palabras silbaron en el aire.

Ella apretó la muñeca contra el pecho, como si al esconder la marca pudiera cubrir la verdad. Pero era demasiado tarde. Así como la huella pálida marcaba a las víctimas de Ephyra, la oscura huella marcaba a Beru.

Hector la había visto y sabía lo que significaba.

Por esa razón, Ephyra arrebatava las vidas de otros para curarla. Por esa razón, siempre necesitaba más *esha*. No era a causa de una enfermedad. Cinco años antes, Beru había muerto.

Ephyra la había resucitado.

Oyó un sonido metálico y abrió los ojos. En la tenue luz de la habitación, Hector estaba de pie, con la espada en la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Te levantaste de entre los muertos —dijo Hector—. Tú eres el tercer presagio. Traerás la Era de la Oscuridad.

Las palabras de Hector la atravesaron, aunque apenas las entendiera. Hector alzó la espada. Beru no pudo hacer más que contemplar la hoja que relucía en lo alto. Pero, entonces, hubo un movimiento súbito y, de repente, un cuerpo colisionó con el de Hector y lo derribó.

Era Anton. Había regresado.

Hector trastabilló hacia adelante y se golpeó contra la mesa. La madera carcomida por las termitas crujió bajo su peso y se derrumbó. Hector se estrelló contra el suelo entre un montón de madera rota y serrín. Una lluvia de cuentas y caracolas salió volando y quedó regada por el suelo.

Beru se quedó boquiabierta un instante, hasta que Anton se volvió y la sujetó de la muñeca para arrastrarla hacia la escalera.

—¡Vamos!

Beru avanzó tropezando detrás de él, y aferró su abrigo al pasar por la puerta. Juntos, subieron corriendo los estrechos escalones de piedra y atravesaron a toda velocidad el pasaje que daba al

santuario en ruinas.

—Gracias por volver —dijo Beru sin aliento.

—Me pareció un buen momento —respondió Anton mientras subían y giraban hacia el mausoleo. Una luz polvorienta se filtraba a través del techo hundido a medias—. Lo siento... bueno, ya sabes.

—Puedes compensar lo que hiciste llevándome hasta la celda de Ephyra.

—¿Qué? No podemos ir allí.

Beru se detuvo en seco y obligó a Anton a detenerse.

—¡No puedo abandonarla!

—Ahora, esa celda es el lugar más seguro para ella —dijo Anton—. Ese guerrero no tiene pruebas de que ella sea la Mano Pálida. Por eso te estaba buscando. Lo mejor que puedes hacer es mantenerte alejada de la ciudadela.

Anton tenía razón. Si Beru iba allí, Hector no necesitaría una confesión. Bastaría con la huella oscura que marcaba su muñeca para que todos supieran que Ephyra, además de ser la Mano Pálida, también era una nigromante.

—Tienes que irte lo más lejos posible de aquí. Si no pueden probar que Ephyra es la Mano Pálida, tendrán que liberarla. —Pasos rápidos resonaron desde la cripta. Hector estaba justo detrás de ellos—. Sal de aquí ahora mismo —dijo Anton, con los ojos bien abiertos y clavados en las escaleras que acababan de subir.

Beru sacó los billetes del tren.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo, seria, mientras le entregaba algo a Anton—. Por favor, llévale este billete a Ephyra.

Anton lo sostuvo.

—No puedo prometer nada, pero lo intentaré. Ahora, ¡vete!

Beru corrió hacia el enorme agujero en la pared que alguna vez había sido la puerta. Y no se detuvo para mirar atrás.

Capítulo Veintinueve

ANTON

Anton se giró cuando el *esha* disonante de Navarro se estrelló contra su cuerpo. La ira brotaba del paladín igual que el humo cuando terminó de subir las escaleras y apareció en las sombras del mausoleo.

—¿Dónde está? —exigió saber, mientras analizaba los azulejos rotos y relicarios ennegrecidos—. ¿A dónde se ha ido?

Anton tomó aire y se interpuso para bloquear la salida. Beru lograría marcharse de la ciudad si él conseguía demorar a Hector. Se lo debía.

—No sabes lo que estás haciendo —dijo Navarro—. Hazte a un lado.

—Ella es inocente.

—¿Inocente? No sabes lo que es, ¿verdad? —Anton no respondió—. Esa chica a la que llamas inocente es un ser de las tinieblas. Una muerta viva, resucitada por su hermana.

Parecía imposible. Los muertos vivientes solo existían en los relatos de la antigüedad, seres que en el pasado habían destruido el Reino de Herat bajo el mando del rey Nigromante.

Y, sin embargo, Beru y Ephyra habían estado buscando el cáliz de Eleazar, el mismo artefacto que había imbuido al rey Nigromante con el poder para crear un ejército de muertos vivientes. ¿Por qué lo necesitarían si lo que Navarro decía no era cierto?

Navarro miró la mano de Anton.

—¿Qué tienes ahí? —Anton se aferró al billete que Beru le había entregado unos minutos atrás. Trató de guardarlo, pero Navarro se lo arrebató antes de que Anton pudiera reaccionar—. Tel Amot... ¿por qué iría allí? —dijo Navarro como si pensara en voz alta, mientras inspeccionaba el billete.

Anton se lanzó hacia el billete, pero Navarro lo derribó sin el menor esfuerzo.

—Gracias por esto —dijo Navarro, guardando el billete.

—Dijiste que no le harías daño, que nada malo le sucedería.

Navarro lo miró.

—¿No has escuchado lo que he dicho? Es una muerta viviente.

—¿Y qué? —Las palabras salieron antes de que Anton pudiera detenerlas—. ¿La vas a matar por lo que es? ¿Por algo que ella nunca eligió?

Los ojos de Navarro brillaron mientras avanzaba.

—No sabes lo que dices. —Anton se puso de pie, y volvió a interponerse entre Navarro y la salida—. Hazte a un lado. A pesar de lo que has hecho, no quiero hacerte daño.

Anton se quedó quieto. Navarro dio un paso atrás.

—Si no te mueves por propia voluntad, te obligaré a hacerlo.

Hubo un sonido metálico cuando desenvainó lentamente la espada. La luz del sol relucía en el filo.

Y luego, a través del miedo que congelaba las venas como el hielo, Anton lo sintió: el *esha* que lo había estado persiguiendo desde aquella mañana en la marina. El que lo había recorrido de nuevo cuando estaba encerrado en la torre de la ciudadela. Estaba más cerca que antes, casi palpable, en la habitación. Navarro y la espada parecían mezclarse con el resto de los objetos

mientras el *esha* vibraba alrededor de Anton, tenso y cargado como una repentina caída de presión en el aire.

Volvió a mirar a Navarro y lo descubrió con la mirada perdida y confusión en el rostro, aunque la espada todavía brillaba con la hoja al aire. Por un momento, Anton pensó que, de alguna manera, Navarro también sentía el *esha*, pero luego el sonido de pasos apresurados rebotó desde el pórtico, seguido de una voz que resonaba en el santuario.

—¡Hector!

Navarro maldijo al envainar la espada. Una fracción de segundo más tarde, sujetó a Anton por la pechera de su túnica y lo lanzó contra el muro caído del estanque adivinatorio. Anton trastabilló y trató de aferrarse a la piedra resbaladiza para no perder el equilibrio. El *esha* creció, como una tormenta que se avecina.

—¡Hector!

En la abertura del santuario, apareció un segundo guerrero, de cabello oscuro, con la espada en el cinturón. La luz que entraba por el umbral desdibujaba su figura. Brillaba y no parecía del todo real.

Se volvió y miró a Anton con una mirada que lo recorrió como fuego.

Las rodillas de Anton amenazaron con aflojarse. No pudo apartar la vista del guerrero, no pudo evitar que su Gracia se sintiera llamada por su *esha*. Era el mismo que había percibido en la marina y en la celda, solo que ahora estaba justo frente a él y llenaba el santuario con un poder torrencial que arrastraba su Gracia al ojo de la tormenta.

Cada partícula de aire alrededor estaba en alerta, como si todo el mundo se hubiera reordenado y ellos de pronto se encontraran en el centro. La Gracia de Anton vibraba en respuesta, como si el *esha* de aquel guerrero lo invocara, como si tratara de alcanzarlo, como si lo reconociera.

Capítulo Treinta

JUDE

La mirada de Jude pasó del muchacho agachado contra el borde del estanque adivinatorio a Hector.

Hector parecía asombrado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Jude entró al santuario y caminó hacia su amigo. Sin importar lo que pensara en ese momento, seguía siendo Hector.

—Podría preguntarte lo mismo.

La mandíbula de Hector se tensó.

—Te lo dije anoche. Tengo que detener a la Mano Pálida.

—¿Persiguiendo a su hermana? ¿Una chica inocente? Esta venganza no curará tu pena, Hector.

—No he venido aquí por venganza. ¿Una chica inocente? Es una muerta viviente, Jude. La Mano Pálida la resucitó. Ella es el tercer presagio de la Era de la Oscuridad. «Lo que duerme en el polvo al fin respira».

La mente de Jude se aceleró. Hector sonaba muy seguro. Pero también sabía que Hector estaba lidiando con el dolor, la furia y la impotencia, y podía equivocarse.

Pero, aunque tuviera razón, era solo un motivo más para que regresara con la Guardia. Tenía que contarles lo que él sabía para que ellos, juntos, pudieran decidir cómo manejarlo.

—Hector —dijo Jude, avanzando hacia él—, te creo. Vuelve a la Guardia conmigo. Decidiremos qué hacer.

—Tengo que detenerla, Jude. Tú eres el que mejor puede entenderme.

Jude se detuvo a un brazo de distancia de Hector.

—¿Qué quieres decir?

—Tú conoces tu destino, siempre lo has sabido. Yo pensaba que también era el mío: encontrar al Profeta y...

—Todavía lo es.

Hector negó con la cabeza.

—Busqué a la Mano Pálida durante casi un año. Después de todo ese tiempo, después de que me diera por vencido, después de regresar a la Orden, la encuentro. Cuando por fin encuentras al Profeta, yo por fin me vuelvo a cruzar con la Mano Pálida. No puede ser azar. Es imposible.

—Es verdad, no es azar —Jude extendió una mano vacilante para sujetar a Hector por el hombro—. Significa que estás en una encrucijada: un camino te lleva a tu pasado y el otro, a tu futuro. Debes elegir.

Hector se estremeció ante el contacto de Jude.

—Tienes razón —gruñó. Jude sintió que el alivio lo invadía. Hasta que Hector lo empujó hacia el umbral abierto. Con voz indiferente, dijo—: He hecho mi elección.

Se dio la vuelta y saltó sobre el pilar derrumbado que atravesaba el santuario. Corrió hasta la pared interior del santuario, caída a medias.

—¡Hector! —gritó Jude cuando se lanzó tras él.

Hector desapareció detrás de la pared. Luego volvió a verlo cuando subió de un brinco al techo

hundido.

Jude inspiró y lo siguió. El suelo de piedra, ennegrecido por el humo, era resbaladizo, pero siguió avanzando y saltó del pilar al techo semiderruido. El fuego lo había convertido en un montón de piedras y agujeros.

Hector caminó por la cornisa, explorando las calles que estaban debajo. Jude se concentró en cada paso, con cuidado de evitar las partes del techo que ya se habían derrumbado o parecían inestables.

—Hector, no lo hagas.

—No lo entiendes. No puedes entenderlo. —El viento se arremolinó entre ellos—. ¿Y sabes qué? Te envidio, Jude, de verdad. Nunca sabrás lo que se siente al perder a tu familia. Regresa con los paladines, regresa con el Profeta. Ese es tu lugar, siempre lo ha sido. Este es el mío. Seguiré a la muerta viviente hasta Tel Amot si es necesario. Le juré a mi familia que haría justicia.

—¡Juraste obedecer y servir a la Orden! Me lo juraste a mí.

Hector entrecerró los ojos.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Nunca debí haber aceptado un cargo en la Guardia.

La ira estalló, repentina y aguda. Jude se lanzó hacia adelante y empujó a Hector. Él retrocedió y le lanzó un puñetazo en la barbilla a Jude. Al impactar contra su mandíbula, hizo un ruido que resonó en todo su cráneo. Este no era el combate elegante y ensayado de un guerrero paladín. Tampoco era la lucha juguetona y juvenil con la que Hector había sorprendido a Jude en Kerameikos. Era una pelea, nacida del dolor y la ira violenta.

—Eres un egoísta, ingrato...

Jude hundió el codo en la garganta de Hector, pero él lo barrió con la pierna. Jude hizo un esfuerzo por no perder el equilibrio y evitó una caída al vacío.

—¿Yo, egoísta?

Hector volvió a abalanzarse sobre él. Trató de darle otro puñetazo, pero Jude interceptó el golpe.

Hector solía actuar así: buscaba peleas, fanfarroneaba, se comportaba como si las reglas existieran para romperlas.

—¡Te elegí, Hector! Contra los deseos de mi padre, contra los consejos de Penrose. Te elegí.

—¡Nunca te lo pedí! Nunca quise que lo hicieras. Pero ¿cuándo te has preocupado por lo que yo quería?

Intentó pegar a Jude con la otra mano. De pronto, forcejeaban y se tironeaban de las ropas, del cabello y la piel. Jude aferró a Hector de la camisa, lo acercó a él y lo inmovilizó contra la cornisa.

Hector nunca había sido capaz de echarse atrás, ni siquiera acorralado. Miró con fiereza a los ojos de Jude y con los dientes apretados dijo:

—Siempre esperaste de mí más de lo que yo sabía dar.

La frase golpeó a Jude más fuerte que todos los puñetazos de Hector. Hector se apartó de la cornisa, agitado. De pronto, Jude se sintió insoportablemente consciente del latido de su propio corazón. La ira ardía en lo más profundo de sus entrañas, pero el resto de su cuerpo parecía adormecido. Cerró los ojos. Ya no era un niño. Él era el Guardián de la Palabra. El líder de la Guardia. Conocía su deber.

Cuando abrió los ojos, Hector se había dado la vuelta.

—Si no regresas conmigo, entonces no tendré otra opción —le dijo Jude a la espalda de Hector—. Como capitán de la Guardia Paladín, tendré que aplicar un castigo por tu deserción.

Las palabras eran firmes, pero su corazón delató que eran mentira. Hector se detuvo, y durante

un momento, Jude tuvo esperanzas de que sus palabras hubieran hecho entrar en razón a su amigo. Pero entonces Hector giró, desenvainando su espada con la velocidad de un rayo. Jude no se movió. La hoja cantó en el aire y luego se detuvo, a centímetros de la garganta de Jude.

—¿Vas a matarme? —preguntó Hector, con los ojos tan afilados como la espada—. ¿Y cómo piensas hacerlo cuando ni siquiera puedes usar tu espada?

Jude tocó la empuñadura. Una llamarada de energía golpeó su Gracia, como si la Espada del Pináculo estuviera respondiendo, castigándolo. Como si supiera que su verdadero propósito era proteger al Último Profeta y le estuviera advirtiéndole que no podía desenvainarla por primera vez.

La advertencia no era necesaria: Jude sabía que no usaría la espada contra Hector, sin importar la razón. Dejó caer su mano.

—Solo déjame ir, Jude.

Las palabras eran una súplica desesperada

—No puedo.

Hector miró a Jude a los ojos, y Jude vio algo en ellos, parecido a la vergüenza que retorció sus entrañas. Comprendió de pronto lo que sucedía: el hilo que los unía se había cortado.

El suelo se desmoronó bajo sus pies. Antes de que Jude tuviera tiempo de decir algo, antes de que pudiera revelar el secreto que había comenzado a salir a la luz, las tejas cedieron.

Alcanzó a oír, en la distancia, que Hector gritaba su nombre mientras el mundo se salía de su lugar. El techo se derrumbó, y Jude cayó al santuario sombrío.

Capítulo Treinta y uno

BERU

El corazón de Beru palpitaba mientras abordaba el tren. Una vez que saliera de la estación de Palas Athos, sería la primera vez que estaría lejos de su hermana.

Sin embargo, a pesar del miedo y la incertidumbre, había una pequeña semilla de emoción. Desde que era una niña que crecía en el polvoriento pueblo de Medea, siempre había querido montar el Ferrocarril Armillary. Se decía que era la mayor hazaña de la ingeniería que se había visto en las Seis Ciudades Proféticas. Los artífices más hábiles del mundo lo habían construido hacía casi doscientos años para conectar por tierra cinco de las Seis Ciudades Proféticas y hacer posible que Endarrion y Behezda, sin salida al mar, llegaran hasta las otras ciudades en menos de una semana. Desde entonces, el ferrocarril se había expandido considerablemente, con recorridos que entraban y salían del campo para conectar rutas comerciales y puertos. Cada día, llevaba cientos de viajeros extranjeros a Tel Amot. De vez en cuando, un puñado llegaba a la aldea de Beru, trayendo consigo historias de las Seis Ciudades Proféticas y más allá.

Beru sería una de esas personas: volvería a Tel Amot con nuevos conocimientos y relatos de todos los sitios donde ella y Ephyra habían vivido los últimos cinco años. Miró al resto de los pasajeros: el padre que señalaba los engranajes relucientes y las piezas de orfebrería del vagón a su pequeña hija, la mujer que viajaba por primera vez y seguía al botones con expresión de sorpresa, la joven pareja que caminaba de la mano en dirección al coche comedor.

Beru se preguntó qué se sentiría ser uno de ellos, asombrarse con la llegada y la partida, con el mundo que pasaba a toda velocidad por las ventanas. Vivir un tiempo que no fuera robado, sino propio.

Se sobresaltó al oír el silbato. Un momento después, el tren comenzó a desplazarse... sobre las vías. La camarera sirvió el té y Beru dejó que la taza se enfriara, tratando de no pensar a dónde se dirigía y lo que estaba dejando atrás.

La puerta del coche comedor se abrió. Al ver allí a Hector Navarro, la alegría de Beru se desvaneció.

La había vuelto a encontrar. Y, esa vez, nadie se interponía entre los dos.

Mientras Hector rondaba por el coche, Beru no pensó en la última vez que lo había visto, sino en la primera. Las hermanas, acompañadas por los padres de Hector, habían caminado los diez kilómetros que había entre la ciudad de Charis y la aldea costera. El hermano mayor, Marinos, los había recibido y acompañado a la pequeña casa de campo. Allí habían compartido una cena de pescado fresco, verduras en escabeche y pan caliente. Era más de lo que Beru y Ephyra habían comido en meses.

A mitad de la cena, el hijo menor había entrado corriendo a la casa cubierto de arena y algas marinas. Se había sentado, había tomado un poco de pan y, antes de que Beru tuviera la oportunidad de presentarse, había comenzado a describir el nido de tortuga que había descubierto en una marisma. Todavía podía recordar su rostro de entonces: las mejillas regordetas, el rubor rosa que trepaba por sus orejas, el cabello pegado a la frente, mojado por el sudor y el aire de mar. Y esos ojos, oscuros como carbones. Incluso en la torpeza de la adolescencia, Hector había sido un muchacho atractivo.

En ese momento, sentada en el tren, bebiendo té, Beru observó cómo esos ojos la encontraban. Ella no logró leer su expresión cuando él se sentó frente a ella. ¿Había dolor en sus ojos? ¿Temor? ¿Odio? Entre ellos, un vapor perfumado de menta se escapaba de una tetera de bronce.

Él no dijo nada, así que ella preguntó:

—¿Pido más té?

La mano de Hector la tomó por la muñeca a toda velocidad cuando trató de servirle té. Había vuelto a cubrir la huella, pero ambos sabían lo que se escondía bajo la fina capa de tela. Ella lo observó atentamente, mientras esperaba su siguiente movimiento con una extraña tranquilidad.

La mano de él resultaba cálida y áspera contra la piel. No la sujetaba con fuerza: para las demás personas del vagón, incluso podía parecer un acto de cariño, si no prestaban mucha atención. Beru tragó saliva mientras, con la yema del pulgar, Hector recorría los delicados huesos de la muñeca en busca del pulso.

—Todavía soy de carne y hueso —dijo ella—, igual que antes, igual que tú.

Hubo un destello en los ojos de Hector, y apartó la mano como si se hubiera quemado.

—No somos iguales.

Ella bajó la mirada, sorprendida por lo mucho que le dolían sus palabras.

—¿Cómo me has encontrado?

Él apretó los dientes. Luego, dejó escapar un suspiro y, durante un momento, Beru no tuvo dudas de que se negaría a responder.

—El billete de tren que dejaste —dijo él al fin—. Se lo quité a tu amigo. ¿Por qué Tel Amot?

El paisaje de la costa pasaba por la ventana. Beru no sabía cómo responder a su pregunta. Podría haber vuelto a Tarsépolis, a Valeta, a cualquier otra ciudad. Pero había elegido a Tel Amot: esa tierra calcinada y polvorienta donde todo había comenzado. Y donde todo había terminado.

—¿Por qué? Por la misma razón por la que quieres matarme. Pensé: si puedo volver, tal vez encuentre la forma de reparar las cosas. Pero no hay forma de hacerlo. Lo sé. Y tú también. Matarme no va a devolvete a tu familia.

—Impediré que otros mueran —dijo Hector en voz baja—. Impediré que otros tengan que enterrar cuerpos marcados por una huella pálida.

Beru cerró los ojos. Se había imaginado una y otra vez lo que debía haber ocurrido tras la huida: Hector había regresado a la casa y encontrado el cadáver de su padre. Sentía náuseas cada vez que pensaba en ello.

—Nunca quise hacerles daño. Ni a tu madre ni a tu padre ni a Marinos.

—No digas su nombre.

El hermano de Hector tenía diecisiete años cuando murió. Se burlaba con cariño y sin pausa de su hermano menor, lo irritaba con unas pocas palabras y lo apaciguaba con la misma facilidad. A la tierna edad de once años, Beru había estado perdidamente enamorada de ambos.

Todavía recordaba que ella y Hector solían rogarle a Marinos que escalara los acantilados rocosos que se alzaban cerca de su casa o que se escabullera en los viñedos de Sal Triste para probar las uvas dulces. Las pocas veces que Marinos había aceptado hacer esas travesuras, se habían sentido victoriosos y triunfantes. Marinos era el héroe de Hector.

Hasta que Beru y Ephyra se lo habían arrebatado.

—No tienes derecho a hablar de él —dijo Hector.

—Veo su rostro cada vez que cierro los ojos. ¿Aún lo recuerdas? Tenía una sonrisa particular: la comisura izquierda se levantaba más que la derecha. Y tenía una cicatriz pequeña justo sobre la ceja derecha. Nunca supe cómo se la había hecho.

—Basta.

Hector estaba temblando.

—No me puedo imaginar —dijo Beru en voz baja— lo que debes sentir al verme viva, mientras que tu familia...

Hector dio un puñetazo sobre la mesa. Beru se calló y las personas que los rodeaban se sorprendieron. Hector no alzó la vista hasta que perdieron interés y volvieron a tomar el té y charlar.

—¿Crees que quiero que me tengas lástima?

Beru se estremeció ante el profundo desdén que había en su voz.

—No se trata de lástima, Hector. Yo quería a tu familia.

—Basta. Basta, de una vez. Deja de fingir que no eres...

—¿Que no soy qué? ¿Un monstruo? —preguntó Beru, por fin enfadada.

Hector se aferró a la mesa con tanta fuerza que estuvo a punto de romperla.

—Te levantaste de entre los muertos. Desde entonces, tú y tu hermana habéis estado viajando por un camino que conduce a la oscuridad. Arrastrarás al mundo entero contigo.

—¿De qué estás hablando?

Las palabras de Hector la llenaron de temor. No las entendía, pero sentía que eran verdaderas, aunque no pudiera explicar bien por qué. Como si las hubiera soñado alguna vez y de pronto las recordara.

—Es hora de ponerle fin a todo —dijo Hector. En sus ojos oscuros, Beru vio el dolor y la pena que avivaban las llamas de la furia—. Soy el único que sabe lo que eres. Eso significa que soy el único que puede detenerte. Nadie más sufrirá por tu culpa. Quiero que veas lo que tu vida le ha costado al mundo.

—No necesito que tú me lo muestres. Cada noche, lo veo: veo los rostros de todos los que murieron para que yo pudiera vivir.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Hector, con la voz entrecortada por la desesperación—. ¿Por qué la dejas hacerlo?

Beru lo miró a los ojos. Él quería escuchar a la muerta viviente, al espectro de su dolor. Pero lo único que Beru podía ofrecerle a Hector era la verdad.

—Quería vivir.

Hector parecía tan desorientado como ella.

—¿Y ahora?

Hasta hacía una hora, ella habría dado la misma respuesta. Pero desde que había visto a Hector en la cripta, algo había cambiado. Como si el secreto que Ephyra y ella cargaban se hubiera vuelto más pesado, como si ya no pudiera soportarlo.

Había ido a Palas Athos para encontrar el cáliz de Eleazar y librarse de la maldición de su segunda vida. Pero, de pronto, sentada frente a Hector Navarro mientras el tren serpenteaba a lo largo de una costa sin fin, Beru supo que nunca sería libre.

—Ahora —respondió ella—, solo quiero ir a casa.

Capítulo Treinta y dos

JUDE

Alguien sacudía a Jude y decía frases, frases que Jude no entendía, pero parecían dirigidas a él.

Con un quejido, abrió los ojos. Vio estrellas blancas y relucientes que luego se disiparon poco a poco hasta formar un rostro.

—Bien, no estás muerto.

Ojos cálidos, castaños, lo observaban, bajo el cabello desaliñado y claro. Las pecas salpicaban la nariz estrecha y las mejillas pálidas. Jude se preguntó si debía contarlas. Pero antes de que pudiera embarcarse en la tarea, el pánico lo sacudió. Recordó, de pronto, cómo había terminado allí, tendido en la penumbra del santuario húmedo.

Se incorporó de un salto. El dolor recorrió su brazo izquierdo.

—Hector, ¿dónde...?

—Se ha ido —dijo el desconocido rotundamente.

—¿Se ha ido? Pero...

Jude miró al desconocido. Pero al mirarlo a los ojos, notó que no era del todo desconocido. Desde el suelo del mausoleo, veía algo familiar en los ojos que lo miraban, con las pupilas dilatadas por el miedo. Se clavaban en Jude y le hacían erizar la piel.

—Tú eres el otro prisionero. Tú... Esto es...

—Anton —se presentó el muchacho.

—¿Qué?

—Así me llamo —dijo el muchacho, mientras se inclinaba.

—Anton —repitió Jude y luego trató de respirar. Estaba peor de lo que pensaba. Se había quedado casi sin energía después de sentarse. Puso una mano sobre el hombro sangrante—. Todo esto es tu culpa.

—¿Mi culpa?

Parecía que Anton estaba a punto de reírse, aunque Jude no podía imaginar una respuesta menos apropiada.

—Le dijiste a Hector dónde encontrar a la hermana de la Mano Pálida. —Jude volvió a inhalar—. Lo llevaste hasta ella.

—Amenazó con matarme.

Jude no podía creerlo.

—Él nunca te habría hecho daño.

Anton se quedó boquiabierto.

—¿Te dijo eso antes o después de lanzarte desde el techo?

—Me caí —corrigió Jude, nervioso, pero incluso él sabía que era una mala explicación.

Anton tenía razón. No quería pensar en lo que había visto en Hector ese día. ¿Cómo era posible que la misma persona que había saltado de las cascadas con él, que había robado vino de los almacenes de la Orden y roto los toques de queda para hablar y reír con él hasta el amanecer lo hubiera dejado echado, mientras se desangraba, y hubiera maldecido su amistad?

—Está bien —aceptó Jude, al fin—. No te culparé por tu cobardía.

—Bueno, eres muy generoso.

—Pero ahora Hector y la chica ya no están aquí.

—En realidad, no es problema mío.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Anton apretó los dientes, y cuando volvió a hablar, ya no había rastros de buen humor.

—Mira. Aunque no creas que tu amigo iba a matarme, me salvaste la vida. Me quiero asegurar de que no mueras. Si no quieres mi ayuda, bien. Podemos separarnos aquí. —Jude no dijo nada. Anton suspiró—. Déjame llevarte a un sanador, al menos. Hay tabernas cerca de la marina. Podemos buscar allí.

—No necesito... —comenzó a decir Jude, pero una ola de mareos lo alcanzó y tuvo que cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Anton lo estaba mirando fijamente.

—¿Puedes pararte, al menos?

—Estoy bien.

—Te has caído de un techo —insistió Anton—. No estás bien. Incluso me sorprende lo bien que estás. Deberías estar muerto.

—Tengo la Gracia del Corazón.

—Ya me he dado cuenta —contestó Anton y recorrió a Jude con la mirada. Él volvió a sentir que su piel se erizaba—. Pero no te hace invencible. Alguien tiene que curar tu hombro.

—Se curará solo. Debo encontrar a Hector. Debo...

—Ya se ha ido. Y, además, en tu estado actual, no podrás ayudarlo. —Anton resopló, visiblemente irritado—. Déjame ayudarte.

Jude cerró los ojos y respiró profundamente, reuniendo la fuerza para realizar un koah. Extendió las manos y comenzó ponerse en cuclillas, pero otro mareo lo sacudió y perdió el equilibrio. Cuando volvió a abrir los ojos, Anton estaba a su lado.

—Jude. Tu nombre es Jude, ¿no? —preguntó Anton. Él respondió con un quejido—. De acuerdo. Jude, basta de comportarte como un idiota. Déjame ayudarte.

Jude dejó escapar un suspiro. No estaba acostumbrado a aceptar ayuda de... cualquiera que fuera ese chico, aunque no tenía otras opciones. Anton se posicionó bajo el brazo lesionado de Jude y lo ayudó a ponerse de pie. Salieron del santuario y subieron a los escalones del mausoleo. El agotamiento barrió a Jude como un tren en cuanto el sol de la mañana lo tocó. Sus rodillas cedieron.

—¡Ey! —gritó Anton, mientras se esforzaba por no perder el equilibrio cuando Jude estuvo a punto de desmayarse. Con cuidado, se inclinó para que él pudiera sentarse en los escalones—. Espera aquí.

Jude apoyó la cabeza contra el pilar roto a sus espaldas. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado, pero cuando volvió a abrir los ojos, Anton tenía un paquete de papel blanco. Jude sintió el olor a azúcar y nueces a medida que Anton lo desenvolvía.

Jude se quedó mirando el triángulo de masa dorada, rociada con semillas de sésamo y pistachos molidos.

—¿Es...? ¿Es un pastel?

—Los venden al final de la carretera, cerca de las puertas de la ciudad. Toma. —Puso el pastel frente al rostro de Jude—. Necesitas comer para recuperar la fuerza. A menos que estés demasiado ocupado perdiendo sangre.

—Ya no estoy sangrando —dijo Jude, aunque en realidad no sabía si era cierto.

Su costado entero palpitaba, cada vez más fuerte. No tenía energías para discutir con Anton y no quedar inconsciente al mismo tiempo. Comió el pastel. El almíbar dulce rezumaba sobre su lengua, ligeramente empalagoso. Pero la masa, con su textura y sus capas de hojaldre, era

deliciosa.

—Sabroso, ¿no?

Jude se lamió el pulgar que tenía restos de pistacho.

—Es la primera vez que como un pastel comprado en la calle. —Era la primera vez que comía algo comprado en un puesto de la calle: Palas Athos era la primera ciudad que visitaba.

Anton sonrió.

—Bien —dijo Anton, cuando Jude terminó de comer—. Volvamos a intentarlo.

Para sorpresa de Jude, el azúcar dio resultado. Con la ayuda de Anton, se puso de pie y bajó los escalones. Se detuvo al pie de la escalera para recuperar el aliento. El dolor en el costado ya era solo una molestia. Se limpió el sudor de la frente y luego miró hacia arriba.

La Ciudad Alta, blanca, se levantaba ante él como un gran monumento de mármol y piedra caliza. En la cima de los tres niveles estaba el Templo de Palas. El hogar de la Orden de la Última Luz. Se sentía a un mundo de distancia.

—Es por aquí —dijo Anton, y arrastró a Jude hacia una carretera estrecha que se alejaba de la Ciudad Alta y bajaba hacia los muelles.

Jude miró por encima del hombro, al templo. Pensó en cómo se había sentido, solo dos días antes, al recorrer el Camino Sagrado hasta el Templo de Palas, liderando a la Orden de la Última Luz de regreso a la Ciudad de la Fe para conocer al Último Profeta. Por fin, caminaba el sendero de su destino.

Pero el sendero no debía llevarlo allí. No sabía cuándo había perdido el rumbo. Sabía que tenía que regresar, pero no sabía cómo hacerlo sin Hector.

Así que dejó que Anton lo guiara por la calle, hacia el este, mientras el sol bajaba a sus espaldas. Se concentró en el ritmo constante de su propio corazón, en el movimiento de los pulmones con cada respiración. Y trató de no pensar en nada más.

Capítulo Treinta y tres

ANTON

Los bebedores de El manantial oculto ya estaban bastante borrachos cuando Anton y Jude llegaron. La fuerza del guerrero se había debilitado mucho, y cuando cruzaron la puerta, ya apoyaba la mayor parte de su peso en Anton. Había perdido mucha sangre. Anton lo sabía, porque tenía la túnica empapada.

—Un poco más y llegamos, lo prometo —murmuró.

La taberna formaba una herradura alrededor de un gran patio central, con escaleras zigzagueantes y galerías cerradas que conducían a habitaciones en distintos niveles, igual que la ciudad. Una fuente a punto de desmoronarse lanzaba agua en un estanque sucio. Allí, en el centro del patio, marineros, trabajadores portuarios y cadetes centinelas se reunían en bancos de piedra alrededor de las mesas de juego.

El manantial oculto era una de las muchas tabernas ubicadas en los muelles de Palas Athos, en una zona especialmente popular entre los marineros que buscaban comida barata, copiosas cantidades de vino, una cama no tan dura y alguien bajo las sábanas. Anton prefería las tabernas que estaban más cerca de la marina, pero parecía prudente evitar los lugares habituales.

El aroma de la carne asada y la valeriana quemada flotaban sobre Anton y Jude mientras se abrían paso entre la multitud, con cuidado de evitar a las camareras que llevaban bandejas con vino aguado y cerveza turbia. Anton no pudo evitar mirar un saco abierto de monedas junto a una mesa de juego, en medio de lo que parecía una partida reñida de canbarra.

Uno de los jugadores era barbudo, calvo y tan alto que, incluso sentado, casi igualaba la altura del camarero que tenía a su lado. Los tatuajes oscuros y arremolinados subían desde sus muñecas hasta sus hombros, desnudos al sol. Era sanador.

Anton arrastró a Jude hacia el borde de la fuente.

—Espera aquí. —Jude asintió, y se dejó caer sobre un costado. Anton lo atrapó y apoyó una de las manos de Jude en el borde de la fuente—. Sujétate a esto.

Se dio la vuelta y estiró el cuello para volver a divisar al sanador que jugaba a las cartas.

De pronto, oyó un golpe y el ruido del agua. Anton se giró. Una de las piernas de Jude asomaba por la fuente. El resto de su cuerpo estaba en el agua.

—Hay un guerrero en la fuente —dijo alguien con leve preocupación.

Anton corrió, pero dos marineros altos ya estaban sacando a Jude del agua.

—¿Esto es tuyo? —preguntó uno. Antes de que Anton pudiera responder, empujaron al guerrero empapado.

Anton tropezó cuando Jude se colgó de su cuello y lo miró con expresión de desconcierto. Sus ojos eran del mismo color verde que la hierba a la luz del patio.

—El agua —le informó a Anton con gravedad— no es para bañarse.

—¿Ah, no? —preguntó Anton, conteniendo una carcajada—. Tranquilo. Busquemos un lugar donde sentarnos.

Jude no pareció darse cuenta de que sus brazos todavía rodeaban a Anton y, cuando se desplomó en el suelo, arrastró a Anton con él.

—He tenido algo de tiempo para reflexionar —dijo Jude, recostándose contra la fuente— y

creo que necesito un sanador.

—Sí —dijo Anton, mientras se liberaba de sus brazos—. Estoy intentando conseguirlo.

Anton se puso de pie. El curandero estaba justo allí. Anton marchó hacia él, y se coló entre un par de marineros robustos que arengaban a los jugadores de cartas. Con toda la valentía que pudo reunir, preguntó:

—¿Cuánto para entrar al juego?

—Es demasiado tarde para entrar. Tendrás que esperar la próxima mano —dijo el sanador.

Anton levantó el saco de monedas de la mesa.

—Oye —exclamó el oponente del curandero, un hombre escuálido, de aspecto rudo—. ¿Qué crees que haces, en nombre del Vagabundo?

—¿Cuarenta virtudes? —preguntó Anton, lanzando el saco de vuelta sobre la mesa—. Te daré cincuenta y cinco si dejas las cartas ahora mismo y subes conmigo.

El marinero que estaba detrás de Anton se echó a reír. El sanador se recostó en la silla y levantó una de sus gruesas cejas.

—Bien. Es una propuesta interesante. Pero no estoy seguro de que mi marido esté de acuerdo.

Hizo un gesto en dirección al hombre escuálido que estaba al otro lado de la mesa, que le regaló a Anton una sonrisa que era, al mismo tiempo, agradable y amenazadora.

—¿Qué? No. No te estoy pidiendo que vengas a mi habitación —tartamudeó Anton—. Es decir, sí te estoy pidiendo que vengas a mi habitación. Pero no como...

—¿Eso es sangre? —señaló el esposo del sanador.

Anton miró su túnica.

—Es sangre —confirmó el sanador.

—Entonces —dijo Anton—, ¿nos vas a ayudar o qué?

—¿Nos?

Anton señaló a Jude, que aún estaba echado junto a la fuente.

—Por Behezda, la misericordiosa —murmuró el sanador—. ¿Es quien creo que es?

—Ah, no —dijo el hombre escuálido—. Conozco esa mirada. No nos meterás en líos, Yael.

El sanador dejó caer una manota sobre el hombro de su marido y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Relájate, querido —respondió—. Habrá mucho tiempo para que me robes el dinero que gane después de que termine de ganarlo.

—Bueno, está bien —respondió su marido, irritado—. Ya me estaba hartando de ganar todas las partidas, de todas formas.

El sanador puso los ojos en blanco mientras se dirigía hacia la fuente, con Anton pisándole los talones. Juntos, levantaron a Jude del suelo. La multitud se apartaba al ver a Yael, que era tan alto que tenía que agacharse para rodear a Jude por la cintura mientras maniobraban para subir escaleras zigzagueantes.

Una vez que acomodaron a Jude en la cama de una de las salas abiertas de la taberna, Yael se volvió hacia Anton.

—Lo haré por ochenta virtudes —dijo.

Era casi todo el dinero que Anton tenía, suficiente para un billete de tren y una buena comida. O suficiente para pagar a un curandero de mal humor y moral cuestionable.

—He dicho cincuenta.

—Has dicho cincuenta y cinco. Y si querías caridad, deberías haberlo llevado al Templo de Keric.

Un templo habría llamado demasiado la atención. Sin duda, Illya ya habría descubierto que

Anton había escapado de la ciudadela y estaría recorriendo la ciudad en busca de él. Era necesaria la discreción. Y la discreción siempre se pagaba cara.

—Sesenta —respondió Anton.

—Setenta y cinco.

Apretando los dientes, Anton sacó su monedero. Yael sonrió cuando Anton dejó caer el bolso en su gran palma.

—Tu amigo te agradecerá la generosidad, estoy seguro.

Se arrodilló junto a la cama y colocó los elementos necesarios de su oficio: recortes del jardín de sangre, que tenían el *esha* necesario para sanar a Jude, y aceites para dibujar los patrones de unión.

Los ojos de Anton recorrieron las intrincadas líneas de tinta que cubrían los largos brazos de Yael. Todos los curanderos se tatuaban los patrones de unión en la piel para concentrarse en su poder.

Yael pintó esos mismos patrones en la piel pálida de Jude. Apoyó las manos sobre el brazo de Jude y cerró los ojos. Anton observó, paralizado, cuando la carne ensangrentada comenzó a curarse. Cuando miró de nuevo a Yael, notó que el sanador miraba a Jude con expresión pensativa.

—Sabes, corre el rumor de que el barco de velas plateadas que se encuentra en el puerto de Palas Athos pertenece nada más y nada menos que a la Orden de la Última Luz. ¿Tu amigo sabe algo al respecto?

Sonaba a simple curiosidad, pero Anton debía ser prudente.

—No es mi amigo, en realidad.

—¿De verdad? Has afrontado muchos problemas para conseguirle un sanador.

Anton miró su túnica cubierta de sangre. Los problemas por los que había pasado no tenían nada que ver con la amistad. Apenas conocía a Jude. Pero algo lo había encadenado al suelo cuando Jude había aparecido en el mausoleo, mientras luchaba con Hector en el techo.

Era la forma en que la Gracia de Anton reaccionaba al *esha* de Jude. Le causaba miedo, especialmente ahora que sabía de quién era ese *esha* parecido a una tormenta. Pero sentía algo más, aparte de miedo. Un magnetismo involuntario que lo atraía y le impedía alejarse.

Fuera lo que fuera, no le gustaba. Yael tenía razón: Anton había pasado por muchos problemas para ayudar a Jude. Pero no tenía por qué quedarse. No tenía por qué sucumbir a ese magnetismo.

—Creo que mi trabajo ha terminado —dijo Yael.

—Espera. Los marineros con los que estás. ¿Acaban de echar el ancla o zarparán pronto? —preguntó Anton, iluminado por una idea repentina.

—Mañana por la noche. A Remzi le gusta estar en movimiento.

—¿Remzi?

—Mi esposo —respondió Yael—. ¿El hombre delgado con el que te has estado a punto de pelear?

—Ah, el jugador de canbarra.

Los ojos de Yael se arrugaron.

—¿Tú juegas?

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Anton. Yael rio.

—¿Así que eres muy bueno? Deberías bajar y sumarte a la partida, pero no tienes nada que apostar, ¿no?

Él se rio de nuevo, mientras lanzaba el monedero de Anton hacia arriba y lo atrapaba en el aire. Luego, salió de la habitación.

Cuando Anton se quedó a solas con el guerrero inconsciente, el pánico volvió, afilado y

caprichoso. Le recordaba que ya era hora de marcharse de Palas Athos, por más de una razón.

Se volvió hacia la puerta y se detuvo. Allí, tendida contra la pared, estaba la espada de Jude. Recordó vagamente que había caído del cinturón de Jude, y Anton la había arrojado a un costado antes de acostar a Jude. Relucía sólida, elegante, una pieza sofisticada de herrería. Anton lo volvió a mirar y advirtió que Yael estaba equivocado. Sí tenía algo que apostar, algo valioso y raro que, además de todo, no le costaría ni un centavo.

Anton había hecho cosas malas antes, despiadadas, egoístas y, aunque la culpa siempre lo perseguía, nunca era suficiente para evitar que volviera a repetir las. Se había arrepentido la primera vez que le había robado a una familia inocente que había tenido la amabilidad de recibirlo. Se había dicho a sí mismo que no tenía otra opción cuando amenazó con un cuchillo a un hombre que lo había protegido en los canales de la Valeta. Pero ninguna de esas cosas, ni los otros miles de pequeños errores que conformaban su vida, bastaban para hacerlo cambiar de opinión.

Esa vez tampoco cambiaría de opinión. Se marcharía de la ciudad, se alejaría lo más posible, hasta que Palas Athos no fuera más que un mal recuerdo que se desvanecía a la distancia. Iría a algún lugar donde no hubiera ni Manos Pálidas ni hermanos monstruosos ni guerreros llamados Jude. Podía dejar ir a todos, como piedras que se hundían hasta el fondo del mar. Seguían allí, pero ya no importaban. Eran iguales a muchas otras piedras, quietas bajo el agua oscura.

Se llevó la espada.

Capítulo Treinta y cuatro

HASSAN

—No tenemos mucho tiempo.

Khepri estaba sentada a la mesa y su voz era enérgica y urgente mientras miraba a Penrose, Osei y Hassan. Durante horas, los cuatro habían estado en la biblioteca de la villa. Había mapas, libros y papeles desplegados por toda la mesa. Petrossian, Yarik y Annuka habían ido al ágora para reunirse con el ejército de refugiados.

A lo largo de la tarde, Khepri había puesto a Hassan al tanto de la situación del ejército. Eran pocos soldados: trescientos hombres y mujeres se habían comprometido, aunque, según Khepri, cada vez llegaban más, a medida que los rumores de que el príncipe estaba en Palas Athos alcanzaba los campamentos de otras ciudades.

Incluso sumando a los cuatrocientos paladines de la Orden de la Última Luz, los Testigos los superaban ampliamente. Khepri y los otros refugiados habían estimado que el Hierofante tenía varios miles de soldados en Nazirah: sus propios seguidores y ciudadanos de Herat que habían traicionado a su país.

Pero el ejército de refugiados y paladines tenían el poder de la Gracia y el elemento sorpresa de su lado.

El problema más apremiante era el tiempo.

—Cuando los Testigos capturaron a Reza, él dijo que los escuchó hablar sobre el Día del Juicio —dijo Khepri—. Otros refugiados dicen que oyeron lo mismo. Así llaman al día en que planean desatar el Fuego Divino.

—¿Y sabes cuándo será? —preguntó Penrose.

—Creemos que el Hierofante lo hará durante el Festival de la Llama —respondió Khepri.

—Muy apropiado —dijo Petrossian sombríamente.

—Es un día de celebración en Herat —explicó Khepri—. El festival que conmemora la fundación de Nazirah y la primera vez que se encendió el faro.

—Es dentro de diez días —agregó Hassan.

Si el Hierofante nunca hubiera ocupado Nazirah, él estaría ayudando a su madre y su padre con los preparativos: a decorar el palacio con lirios y perlas, a invitar a poetas y bailarinas que danzaban con fuego y a probar los platos para el festín que duraba tres días.

Pero no habría bailarinas, ni poetas, ni festines.

—Diez días —dijo Penrose—. Se tarda tres días en navegar a Nazirah, si el buen tiempo se mantiene. Tendríamos que partir en menos de una semana.

—¿Será suficiente tiempo para que la Orden llegue?

—Necesitaremos unos días para reunir esa cantidad de barcos. Incluso con las velas tejidas con el arte de la Gracia, tardarán casi cinco días en llegar a Palas Athos —respondió Penrose—. Y, luego, deberán ir a Nazirah.

Hassan se mordisqueó el labio. Si Khepri tenía razón, no podían esperar a la Orden. Si zarpaban demasiado tarde, encontrarían Nazirah hecha cenizas.

Mientras Penrose y Khepri continuaban conversando sobre la organización de la campaña, la mirada de Hassan se dirigió a la pared, donde un bajorrelieve en mármol, que iba del suelo al

cielorraso, representaba la famosa Reconquista de Palas Athos. Había sucedido hacía más de un siglo, y era una de las historias favoritas de Hassan. Desesperada por recuperar su ciudad-estado de las manos del rey Vasili y el ejército novogardiano, la sacerdotisa Kyria se había colado en la ciudad con una pequeña banda de soldados leales que no llevaban uniforme y había retomado con éxito el bastión de la ciudadela. Cuando las tropas novogardianas descubrieron lo que estaba sucediendo, entraron en la Ciudad Alta. El puerto quedó sin defensa. Entonces, la aliada y amante de Kyria, la princesa de Charis, llegó con una flota de barcos para ocupar el puerto. En la representación de mármol, la sacerdotisa y la princesa estaban juntas en los escalones del Templo de Palas con coronas de laurel engastadas en oro, mirando hacia un mar de lapislázuli.

Un plan comenzó a cobrar forma en la mente de Hassan. Se volvió hacia Penrose.

—Que la Orden no venga a Palas Athos. Diles que nos encontraremos directamente en Nazirah.

—¿Directamente en Nazirah? —preguntó Penrose—. Príncipe Hassan, solo tenemos un barco aquí en Palas Athos. No es suficiente llevar al ejército herati. Necesitamos más barcos.

—Creo que puedo ayudar.

Hassan se giró hacia la entrada de la biblioteca y vio a su tía allí.

—Tía Lethia. —Se levantó de la mesa y se dirigió hacia ella de inmediato—. Creía que no querías participar.

Lethia nunca había sido una mujer humilde, pero parecía haber recibido una lección de humildad.

—Me he tomado un tiempo para pensar y... te debo una disculpa. Os debo una disculpa a todos. Cuestioné vuestros motivos solo porque temía lo que todo esto significaría para Hassan. Mi sobrino apenas logró escapar de Nazirah. Mi hermano y su esposa no tuvieron tanta suerte. Me preocupo por ellos todos los días, y supongo que fui egoísta al no querer tener que preocuparme por Hassan también. Me disculpo por mi reacción.

—Gracias —dijo Penrose, mientras inclinaba la cabeza.

Hassan tragó saliva y se volvió hacia su tía.

—Yo también te debo una disculpa. Hablé con dureza, y debería haber advertido lo difíciles que han sido las últimas semanas para ti. También es tu país.

—Tienes razón —asintió ella—. Herat es mi patria. Por eso, haré todo lo que pueda para ayudarte a volver. Por suerte, sé exactamente cómo.

—¿Cómo? —preguntó Khepri, acercándose a ellos.

—Hay una pequeña flota de barcos con defensas de primera línea —respondió Lethia—. Y un comerciante leal que los pondrá a vuestra disposición, con su tripulación, para salvar a Herat.

Hassan se quedó perplejo.

—Tía Lethia, ¿estás segura?

—Por supuesto —respondió Lethia. Caminó hacia la mesa y tamborileó con los dedos sobre el mapa, justo entre Palas Athos y el puerto de Nazirah—. Cirion es mi hijo. Aunque se crio aquí, Herat también es su país.

—No —dijo Hassan—. Quiero decir, ¿estás segura de que quieres ayudarnos?

Lethia interrumpió el tamborileo.

—Hassan, si esto es lo que has decidido que debes hacer, entonces te apoyo —respondió, con expresión más seria.

Él sabía que Lethia hablaba sinceramente. A veces parecía frívola y falsa, pero no faltaba a sus promesas. Sin importar lo que la hubiera hecho cambiar de opinión, Hassan confiaba en que ella lo llevaría a Nazirah, a pesar de todos los obstáculos.

—¿Cuándo puedes hablar con tu hijo? —preguntó Khepri.

—Mañana vuelve de un viaje. Voy a enviarle un mensaje ahora —respondió Lethia y se puso de pie—. Sé que él te ayudará.

—Algo más, tía. Sé que hay otros refugiados que huyeron de Herat. La mayoría de ellos fueron a Charis. Alguien debería ir a verlos, asegurarse de que estén a salvo.

—Y pedirles que se unan a nuestra causa —agregó Khepri—. No llegarán a tiempo para el asalto inicial, pero, una vez que hayamos reconquistado la ciudad, podrán ayudarnos a reconstruirla.

Al otro lado de la sala, Lethia se detuvo.

—Yo iré.

Los cuatro se giraron hacia la puerta.

—¿Usted? —preguntó Osei.

—¿Por qué no? Tengo contactos en Charis. Puedo hacer arreglos para ir y contarles a los demás refugiados lo que estáis haciendo.

La gratitud inundó a Hassan.

—No hay nadie en quien confíe más que tú. Gracias.

Hassan no se refería únicamente a esa tarea. No podía expresar lo que el apoyo de su tía significaba para él. A pesar de las dudas y los temores que ella había sentido al conocer la profecía, había demostrado estar a la altura para ayudarlo en todo lo que pudiera. Por la mirada que le dirigió, vio que ella lo entendía. Ella lo saludó con un gesto y salió de la habitación.

Durante las primeras horas de la noche, Hassan se retiró a su habitación. Debía prepararse para ir al ágora, donde el resto de la Guardia lo estaba esperando. Juntos, en los escalones del Templo de Palas, revelarían el secreto de la última profecía y les dirían a los refugiados que Hassan, por fin, la había completado.

Los sirvientes de Lethia lo adornaron con sedas doradas como el trigo y verdes como el río, y lo ungieron con sándalo y aceite de mirra. Sobre sus rizos castaños, colocaron una corona tejida con hojas de laurel. No era la corona de Herat, de oro y esmeraldas, no aún. Pero esa corona volvería a ser suya muy pronto. Él lo había visto.

Cuando los sirvientes terminaron de vestirlo, Hassan los despidió y salió al balcón, que daba al peristilo. Había una figura solitaria entre las flores, enmarcada por una columnata de mármol blanco. Era Khepri, rodeada de árboles jóvenes, cargados de higos y aceitunas que se colgaban de sus ramas.

Antes de arrepentirse, Hassan bajó la escalera, cruzó el camino bordeado de jacintos blancos y púrpuras, y se detuvo junto a Khepri en el borde del estanque. Un fino abanico de agua fluía por el órgano de agua y hacía sonar su melodía delicada.

Siguió la mirada de Khepri hasta las flores de color azul pálido que flotaban perezosamente sobre la superficie del agua y perfumaban el aire con su dulce fragancia almizclada. Eran los lirios azules de Herat. Algunas de las flores ya habían comenzado a cerrarse: enrollaban bien sus pétalos y esperaban bajo la superficie del agua, para resurgir con la luz matinal.

—¿No son hermosos? —preguntó Hassan—. Cuando mi padre estaba cortejando a mi madre, envió tres barcasas de lirios por el río Herat hasta la puerta de su casa. Le dijo que, cuando se casaran, pondría lirios frescos en todas las habitaciones del palacio.

Khepri cerró los ojos y respiró hondo.

—Tienen el perfume de casa.

—Al-Khansa, ¿verdad? —preguntó él.

Al-Khansa era una ciudad al sur de Nazirah, vibrante y más pequeña que la capital, que quedaba a orillas del río Herat. Siempre era la última parada en el recorrido de la familia real por

el río al comienzo de la temporada de inundaciones.

Khepri asintió.

—Cada año, durante el Festival del Diluvio, el aroma de los lirios azules impregna toda la ciudad. Se venden en el margen del camino para que las personas los suelten en el río con sus ofrendas. Dicen que las flores aseguran un año fructífero.

Hassan arrancó con delicadeza una flor del nenúfar. Recordó la última vez que había estado a solas con Khepri, observando los campamentos y a los niños jugar. Evocó que ella le había tocado la mano y se había acercado a él como una palma se inclina con el viento del desierto. Él se había alejado, por miedo a que sucediera algo entre ellos sin que Khepri supiera su verdadera identidad. Pero ella ya sabía quién era él. Él no tenía nada que ocultar. Tomó el lirio y lo colocó entre los cabellos de Khepri.

Ella se echó hacia atrás, y la flor cayó al suelo.

—Yo... Su Alteza... —tartamudeó.

Esas palabras, «Su Alteza», disiparon de inmediato la calidez y la confianza que había entre ellos. No quedaba nada de las risas ni la intimidad espontánea de aquella primera noche.

Hassan recordó que él no había sido el único en esconder algo aquella noche.

Dejó caer la mano que todavía estaba cerca de la mejilla de Khepri.

—¿Qué quisiste decir ayer, cuando mencionaste que habías sido egoísta al no hablarme del Fuego Divino?

—Es hora de partir —dijo Khepri, agachando la cabeza—. Los otros esperan.

—Khepri.

Ella respiró lentamente. En sus ojos color miel, que siempre fascinaban a Hassan, había algo que nunca antes había visto. Se parecía al arrepentimiento, a la culpa.

—Después de llegar a Palas Athos, pasé los peores días de mi vida —explicó ella—. Cuando no me ocupaba de los demás refugiados, sentía terror por lo que estaba sucediendo en Nazirah. Estaba obsesionada con todas las historias horribles que escuchaba sobre el Hierofante, y lo que él y sus Testigos estaban haciendo. No podía pensar en otra cosa. —Hassan había padecido lo mismo durante esas primeras semanas—. Pero cuando apareciste en el ágora, sentí que, durante unas pocas horas, a pesar de la rabia y la preocupación, podía volver a respirar.

Hassan se quedó mirándola, atónito al escucharla expresar los pensamientos que él mismo había tenido, como si ella los hubiera arrancado de raíz de su mente.

—No te hablé del Fuego Divino ni de lo que planeaban los Testigos porque me gustaba sentirme así —continuó Khepri—. No quería arruinarlo con el dolor y el horror. Fui egoísta. Fui egoísta por desear sentirme así cuando mis amigos, mis hermanos están...

Se atragantó con la siguiente palabra.

—Lo entiendo —dijo Hassan en voz baja—. Yo te oculté quién era por una razón similar, porque la responsabilidad y la carga de ser el príncipe habrían aplastado todo lo demás. Yo también fui egoísta.

—Me odié a mí misma por permitirme pensar en otra cosa que no fuera salvar a mis hermanos. —Ella tragó saliva y buscó su mirada—. Por desear algo más.

Era demasiado. Hassan no podía dejarlo pasar. Tomando la mano de ella entre las suyas, él dijo:

—Yo deseaba lo mismo. —Ella inclinó la cabeza, pero no habló—. Ahora sabes quién soy realmente —dijo Hassan, mientras el entusiasmo crecía en su voz y se miraban a los ojos.

—Tienes razón. Ahora sé quién eres. Tú eres la clave para salvar a Nazirah. —Ella lo miró a los ojos y retiró la mano despacio—. Eres el príncipe, el Profeta, y yo soy tu legionaria.

Mientras los dedos de Khepri se apartaban, Hassan lo entendió. Se sintió un tonto e inclinó la cabeza.

Desde que había conocido a Khepri, había pensado que se parecían mucho. Ambos habían tenido que huir de su patria y buscaban el modo de regresar. Pensaba que lo único que se interponía entre ellos era la mentira, la identidad oculta. Pero, de pronto, notó que la verdad se interponía entre ellos aún más. Incluso en el exilio, el príncipe seguía siendo el líder de los legionarios y, cuanto más intentara fingir que no era así, menos podría ser lo que ella realmente necesitaba. Lo que todos necesitaban.

—Príncipe Hassan.

Él y Khepri se volvieron a la entrada del jardín, donde estaban Penrose y Osei, con sus capas azules.

—Es hora —dijo Penrose—. El ejército y los refugiados lo esperan.

Hassan miró a Khepri, pero ella ya estaba de espaldas, caminando hacia la salida. Tomó aire y la siguió.

No habría vuelta atrás después de esa noche. Habían hecho planes, los barcos estaban en camino y pronto se cumpliría una antigua profecía. Todavía se sentía extraño con apenas pensarlo: que regresaría a su país no solo como príncipe, sino como profeta; que la visión de sus sueños pronto se haría realidad.

Apartó todos los pensamientos sobre Khepri y los lirios azules cuando llegó a la entrada del jardín, donde los demás esperaban.

—Estoy listo.

Capítulo Treinta y cinco

EPHYRA

—Despierta.

Ephyra parpadeó lentamente en la penumbra. Sentía sabor a sal. Sentía ardor en el rostro, sequedad y comezón en los ojos. ¿Había estado llorando? No estaba segura. No estaba segura de nada: ni de cuánto tiempo había pasado en la celda, ni de cuándo se había ido el guerrero.

Tampoco sabía si la vida de su hermana estaba en manos de un hombre que quería verla muerta.

Unas botas negras, bien lustradas, resonaron contra los adoquines de la celda. Ephyra se incorporó. En la puerta había un hombre vestido con un elegante abrigo oscuro. Un hombre al que ella debería haber matado.

—Bonito lugar —comentó Illya Aliyev, mientras recorría la celda vacía con sus ojos dorados y luego observaba a Ephyra. Ella sintió un temblor al ver su sonrisa helada—. Supongo que reservan las mejores celdas para los asesinos más infames. Como tú, la Mano Pálida. —Ephyra se quedó paralizada. ¿Había sido Hector, entonces? ¿Había demostrado a los centinelas quién era? Pero Illya hizo un gesto con las manos para desestimar las palabras que había dicho—. Es solo un rumor, por supuesto. Pero los guardias sin duda lo creen. Me advirtieron al menos tres veces de que no entrara aquí.

—Puede que tengan razón —respondió Ephyra, con la voz ronca después de tanto silencio o de tanto llanto—. ¿Estás seguro de que quieres estar aquí conmigo?

—Me arriesgaré.

—¿Qué demonios quieres, por el amor del Vagabundo?

—No tienes por qué ser grosera.

Ella lo miró, furiosa.

—Esa era mi versión educada. En caso de que lo hayas olvidado, estoy encerrada por tu culpa.

—No me digas —preguntó Illya, mientras avanzaba otro paso—. Me parece recordar que fue mi hermano quien te llevó a ese templo.

Ephyra se apoyó contra la pared y se puso de pie.

—¿Y fue tu hermano quien dio aviso a los centinelas de los presuntos ladrones? No soy estúpida. Sé que nos tendiste una trampa.

—No tuve nada que ver con eso. Tuvisteis mala suerte, nada más.

Ephyra resopló, dándose la vuelta.

—No tienes ni idea.

Él apoyó un brazo en la pared, para impedirle el paso.

—¿Qué opinas de cambiar tu suerte?

Ella lo miró.

—¿De qué hablas?

—Parece que uno de los paladines sacó a mi hermano de la cárcel. No conozco los detalles. Pero creo que tú sí.

El pánico trepó por la garganta de Ephyra. Estaba hablando de Hector.

—Ah —dijo Illya. El miedo debía de haberla delatado—. Tengo razón.

Si Anton había convencido a Hector para que lo dejara salir de su celda, solo podía significar

que lo había guiado hasta Beru. Y si Hector descubría el papel que Beru había desempeñado en la muerte de su familia, la mataría. Ephyra estaba convencida. Todavía recordaba que el padre de Hector se había vuelto contra ellas, que su dolor se había convertido en una rabia asesina.

Los ojos dorados de Illya se clavaron en ella.

—Sabes a dónde fueron, ¿no?

—Si lo supiera, no te lo diría.

Él levantó las cejas.

—Qué pena, porque creo que podríamos ayudarnos mutuamente.

—No tienes nada que yo quiera.

Él ladeó la cabeza de una manera que lo hacía parecerse a su hermano. El parecido era perturbador.

—Estás atrapada en esta celda. Yo podría cambiar tu situación.

Ephyra soltó una carcajada.

—Los centinelas no van a dejar en libertad a una presunta asesina.

—Menos mal que yo sé a ciencia cierta que no cometiste esos asesinatos —respondió en tono

—¿Qué dices?

—La noche en que la Mano Pálida mató al sacerdote Armando Curio tú estabas conmigo —dijo Illya. Su expresión cambió y, de repente, se volvió muy dulce—. ¿No es así, cariño? Creo que lo sabría si mi esposa fuera una asesina.

—¿Tu esposa? —dijo ella, con voz ahogada.

Él se encogió de hombros.

—Mi prometida, si prefieres.

Ella quería decirle que preferiría no volver a escucharlo nunca más, pero le estaba ofreciendo una coartada y su libertad, y era difícil resistirse. Si no la estaba engañando.

—¿Por qué los centinelas creerían a un extranjero?

—Mi palabra vale mucho en Palas Athos —dijo él con una sonrisa inocente—. Tengo algunos amigos en cargos altos, tan altos que puedo poner en libertad a una prisionera. —Ephyra no tenía dudas de que Illya decía la verdad: así había logrado acceder a su celda—. Será un placer contarle todo a los centinelas, si me ayudas a encontrar a mi hermano.

—¿Por qué deseas tanto encontrarlo?

Hubo una pausa, y cuando Illya volvió a hablar, su tono era diferente, más sereno.

—No te importa mucho en esta vida, ¿no? —Ephyra apartó la mirada. Supuso que era obvio lo poco que le importaba el resto del mundo. Beru siempre había sido suficiente—. Yo soy igual. Claro que puedo disfrazarme y jugar al extranjero rico. Puedo disfrutar de una comida bien hecha, una melodía bien interpretada, una mujer bien formada. —Recorrió a Ephyra con la mirada—. Pero nada de eso me importa, no de verdad. Solo unas pocas cosas tienen valor para mí. Tú ya lo sabes, ¿no? A mí me llevó mucho tiempo descubrirlo. Demasiado tiempo, quizás.

Ephyra vio que su expresión se endulzaba hasta parecerse al joven que era, hasta que ella estuvo a punto de creer en sus palabras.

—Pero ahora... —Illya dejó escapar un suspiro—. Me doy cuenta: mi hermano es una de esas pocas cosas que realmente importan. Daré cualquier cosa por encontrarlo. Por ganarme su perdón.

Con las destrezas que había aprendido como la Mano Pálida, Ephyra se acercó más y más a Illya hasta que quedó solo a unos centímetros de distancia.

—Ay, Illya. Debo tener aspecto de ser la chica más crédula de las Seis Ciudades si crees que voy a tragarme esa mierda.

Illya se estremeció.

—No estoy mintiendo.

Ella recordó que le había dicho lo mismo a Anton.

—¿Qué quieres de él, de verdad?

—Quiero protegerlo.

—¿De qué? No fingiré que lo conozco muy bien, pero conozco el miedo, y ese muchacho solo te teme a ti.

—¿Por qué pasaría años intentando encontrarlo? ¿Por qué gastaría media fortuna contratando a investigadores para rastrearlo? ¿Por qué iría de ciudad en ciudad siguiendo una vaga sospecha de que podría hallarlo?

Ephyra se mordió la lengua. No quería tener nada en común con el manipulador que estaba delante de ella, pero veía similitudes entre su vida y la de él. Había viajado por todo el mundo para encontrar una cura para su hermana. Illya había hecho lo mismo para encontrar a su hermano. Pero que parecieran similares no quería decir que lo fueran.

—Bien —dijo Illya, retrocediendo—. Todavía piensas que estoy mintiendo. Lo encontraré por mi cuenta.

Se volvió hacia la puerta y se dirigió al corredor. Una vez más, las botas resonaron contra los adoquines.

Ephyra maldijo. Necesitaba encontrar a Anton tanto como Illya. Si alguien sabía lo que le había ocurrido a Beru, si Hector la había encontrado, era Anton.

—Espera —gritó ella. Illya se dio la vuelta con una sonrisa modesta que apenas escondía la vanidad que había debajo—. No te mentí cuando dije que no sé a dónde fueron. Pero puedo llevarte al lugar donde nos alojamos. Tal vez Anton todavía esté allí, tal vez no.

—No suena muy prometedor.

—Es mejor que nada, y lo sabes —le respondió Ephyra—. Mira, no sé cuál es tu juego, y ciertamente no confío en ti, pero necesito salir de aquí. ¿Tenemos un trato o no?

—No me importa si confías en mí o no. Yo te necesito, y tú me necesitas, está claro. Eso nos convierte en aliados naturales.

Ella resopló.

—¿Aliados naturales? Intenté matarte.

—Pero no lo hiciste.

—Todavía puedo hacerlo.

Él sonrió de nuevo, su expresión mitad lobo, mitad cachorro.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo si tú también lo estás. —Él extendió la mano—. ¿Aliados?

Ella la estrechó y tragó saliva mientras miraba sus ojos dorados. Había pasado la mayor parte de su vida negociando con fuerzas oscuras, pero nunca antes habían tenido ese aspecto.

—Aliados.

Capítulo Treinta y seis

JUDE

Jude se despertó poco a poco. Su conciencia iba y venía como las olas. Tenía la ropa mojada por alguna razón que no lograba explicar, y tenía un sabor amargo en la garganta. Un dolor sordo latió en su hombro cuando trató de darse la vuelta, como si alguien hubiera intentado arrancarle el brazo del cuerpo. En una evocación efímera y terrible, recordó su caída violenta desde el techo del mausoleo y la piedra rota que le había cortado el hombro. Pero cuando hundió los dedos en la herida, descubrió que la carne estaba sana, como si nunca se hubiera abierto.

Se quedó mirando el techo de yeso, bajo e inclinado. Un cuadrado de cielo nocturno asomaba por la ventana que estaba a su lado. El recuerdo del día se grabó en su mente cuando se incorporó en el catre estrecho y hundió el rostro entre las manos.

Era un tonto, un tonto. Y Hector se había marchado.

Jude volvería a la villa. Esa misma noche. La Guardia y el Profeta ya sabrían lo que él no había visto con claridad: no era digno de ser Guardián. Rogaría el perdón del Profeta, se arrodillaría a sus pies, y pondría la Espada del Pináculo en el suelo...

La espada.

Se puso de pie y estuvo a punto de desplomarse cuando no vio la espada en el cinturón. Intentó pensar. La tenía cuando se cayó del techo. Y también cuando llegaron a El manantial oculto. Jude temblaba de agotamiento mientras ese chico, Anton, lo sostenía. En ese momento todavía la tenía, sí.

Ya había perdido a Hector. No podía perder la Espada del Pináculo.

El pánico le heló la sangre cuando salió corriendo y bajó la escalera. Oyó risas estridentes, voces superpuestas y vasos tintineantes que llegaban del patio. Jude hizo una pausa y analizó la situación. La idea de poner un pie fuera lo llenaba de inquietud. Para Jude, era todo un desafío vivir en una ciudad, caminar entre la multitud, después de haber pasado sus primeros diecinueve años en compañía de las mismas personas, en una fortaleza perdida en las montañas. Pero la taberna superaba incluso a la muchedumbre de la marina y de las calles: era el tipo de lugar donde se alojaban criminales y parias, rufianes y delincuentes. Apenas podía creer que existiera un lugar así en la Ciudad de la Fe, y sin embargo, allí estaba. Otra cosa más que no había resultado como la había imaginado.

Pero si estaba buscando a un ladrón de espadas, sabía que haría bien en comenzar por allí. Preparándose para sentir el olor del sudor, el humo y la saliva, Jude cruzó los arcos de la entrada. Faroles de luz incandescente cubrían el patio de una bruma oscura. Entre los bancos de piedra y los laureles, grupos de marineros borrachos y cadetes centinelas se lanzaban vino dulce y cerveza. A su alrededor, mujeres coquetas reían y muchachos con túnicas que apenas cubrían los pectorales en el aire cálido de la tarde, se acicalaban.

—Ten cuidado.

Un hombre joven y delgado con una túnica corta pasó junto a Jude y le guiñó un ojo. Llevaba dos pintas de cerveza turbia en las manos. La mirada de Jude lo siguió hasta la fuente central y, luego, como atraída hasta allí, se detuvo en una figura familiar a unas cuantas mesas de distancia. Anton.

No se había ido, al fin y al cabo.

Estaba bebiendo una pinta de cerveza, muy entusiasmado y con la cara enrojecida mientras uno de los espectadores lo alentaba. Cuando vació la pinta, Anton la levantó triunfalmente. Sus ojos se posaron brevemente en los de Jude y una sonrisa tímida apareció en sus labios.

No era una sonrisa cualquiera. Era una sonrisa burlona, de alguien acostumbrado a las miradas.

Parecía estar participando en un tipo de juego de cartas que había atraído bastante la atención de los bebedores. Bajó la mirada cuando el otro jugador le dio un golpe en el hombro. Anton se agachó para enfrentarse a su oponente.

Y entonces Jude la vio. La curva familiar de la vaina, el brillo de la estrella incrustada, la empuñadura perfectamente equilibrada. La Espada del Pináculo estaba allí, sobre una mesa llena de cartas, monedas y vasos vacíos.

A Jude se le nubló la vista. La ira latió como un puño caliente en su pecho cuando arremetió por el patio. Los clientes ruidosos parecían aparecerse por todos lados para tropezar con él, empujarlo, pero por fin logró atravesar a la multitud.

—¿Seguro que quieres arriesgarte? —dijo el hombre sentado frente a Anton, y su voz se elevó sobre el bullicio de los borrachos.

Anton se echó a reír.

—Me arriesgaré.

—Yo no lo haría —dijo Jude sombríamente.

Anton se sobresaltó, pero no se volvió para mirarlo.

—Bueno, ¿y este quién es? —preguntó el oponente de Anton, apoyando la barbilla en la mano mientras recorría a Jude con la vista como un gato al observar un hermoso pájaro entre sus garras.

Jude no pensaba dejarse intimidar por un rufián.

—Jude Weatherbourne. Y esa es mi espada.

El hombre levantó las cejas.

—Qué interesante —dijo—, porque tu joven amigo la ha apostado en una mano de cartas.

—¿Que ha hecho *qué*?

Anton se dio la vuelta despacio. Su rostro estaba cubierto por una máscara de inocencia que no engañó a Jude ni un segundo.

—¿No deberías estar arriba, descansando para curarte de tus heridas mortales?

—¿No deberías estar en una celda? —respondió Jude—. Claramente, ese es tu sitio.

Anton hizo una mueca, y se pasó una mano por el cabello despeinado.

—¿Podrías decirlo más fuerte, en caso de que alguno de los centinelas que están aquí no te haya escuchado?

—Eres un ladrón.

—No sé de qué estás hablando —respondió Anton, con aire despreocupado.

—¿Has robado la Espada del Pináculo!

—¿Qué? ¿Tu espada? Iba a devolverla.

—¿La has apostado! —Jude replicó, con la voz aguda de la incredulidad—. ¿Cómo piensas devolverla si pierdes?

—Ay, Jude —dijo Anton, riendo—. Yo nunca pierdo.

—Esa espada pertenece a mi familia desde la época de los Profetas. Tiene un propósito, uno solo. ¡Y no es que la apuesten en un juego de borrachos!

—Bueno, si la espada es tan importante para ti, no deberías dejarla tirada.

En ese momento, observando la sonrisa burlona de Anton y las pecas que salpicaban toda su nariz, Jude sintió que nunca había despreciado tanto a alguien en toda su vida.

—No tienes ni idea —dijo Jude, con un temblor en la voz que se esforzaba por mantener oculto—, *ni idea* de lo que has hecho. ¿No te importa nadie más que tú mismo?

Anton apretó los dientes, y Jude vio que la acusación lo había herido.

—Si no fuera por mí, todavía te estarías desangrando en ese mausoleo.

Al lado de su oponente, un hombre barbudo que llevaba tatuajes de sanador habló:

—Yo también he ayudado.

Jude miró al sanador y a Anton. La desaparición de la espada había alejado todo lo demás de sus pensamientos, pero se vio obligado a recordar que ese ladrón detestable y egoísta le había salvado la vida.

—Si has terminado —continuó Anton, con frialdad—, tengo un juego que ganar.

—No, no he terminado —dijo Jude—. Esta partida ha terminado. Me llevo mi espada.

—Bueno, bueno, muchachos —dijo el oponente de Anton mientras se inclinaba sobre la mesa—. Me temo que la apuesta ya se ha establecido.

Jude entrecerró los ojos.

—¿Y contra qué se ha apostado mi espada exactamente?

—Un billete para salir de Palas Athos —respondió Anton, tranquilo—. Remzi es el capitán de un barco.

—El *Cormorán Negro* —dijo con orgullo el capitán—. Es una auténtica nave de Valeta y se parece a sus muchachas: no es muy atractiva, pero sin duda se mueve bien.

Jude se sonrojó ante la comparación, pero la vergüenza solo avivó más su ira.

—¿Permitirías a alguien así en tu barco? ¿Un ladrón? ¿Un muchacho que, hasta esta mañana, estaba preso en la ciudadela de Palas Athos?

El capitán miró a Anton asombrado, se volvió hacia Jude y se encogió de hombros.

—Una apuesta es una apuesta. La espada contra el viaje gratis a Tel Amot.

El marinero sentado junto a Anton se acercó a él entusiasmado, con las mejillas enrojecidas por la bebida.

—¿Por qué estuviste en la cárcel?

—Por un error —afirmó Anton.

—Un momento, ¿has dicho Tel Amot?

«Seguiré a la muerta viviente hasta Tel Amot si es necesario». Eso era lo que Hector había dicho en el mausoleo.

Una vez que la posibilidad floreció en la mente de Jude, descubrió que no podía dejarlo así. Estaba seguro de que allí iría Hector. Las siguientes palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas:

—También me llevarás a mí a bordo.

Sintió que los ojos de Anton se clavaban en él, pero Jude mantuvo la mirada fija en el capitán.

—La apuesta inicial era por un solo lugar a bordo de la nave. Me gusta pensar que soy un hombre indulgente, pero no puedes cambiar las condiciones en el medio de la partida.

—Es mi espada, así que el viaje será para mí.

—Claro —respondió el capitán, hastiado—, si juegas para ganártelo.

—¿A las cartas?

Jude nunca había jugado en su vida. Observó la complicada distribución de cartas y las bebidas alineadas como almenas. No parecía el momento ni el lugar para comenzar a apostar.

—O quizás convenzas a tu amigo para que juegue por tu pasaje en lugar del suyo. Parece un tipo de buen corazón.

Jude casi nunca maldecía, pero en ese momento tuvo ganas de hacerlo. Quería invocar los

adjetivos más groseros que se le ocurrían. Aunque Anton lo había ayudado antes, lo había hecho a regañadientes, y Jude dudaba de su capacidad para realizar otros actos altruistas.

Pero, de todos modos, Jude podía hacer su propia apuesta. Se tragó la ira que se acumulaba en la garganta y se llevó la mano al cuello, para palpar el oro entrelazado del torque.

Era imposible. Era imposible.

Sin embargo, en el fondo de sus entrañas, sabía que la decisión ya estaba tomada. La había tomado de pie en el cuarto vacío de Hector, esa mañana. Para Hector, la venganza tenía más importancia que el deber.

Y, para Jude, Hector tenía más importancia.

Había hecho todo lo que su padre y la Orden le habían pedido, y aun así, al final, no había sido suficiente. Él fallaría. Ya había fallado. Había abandonado al Profeta. No por la amenaza de la Mano Pálida ni el tercer presagio. Lo había hecho por Hector y sin vacilar. Carente de disciplina, vacilante en su devoción, lleno de dudas, incertidumbres y anhelos terribles, Jude no estaba en condiciones de ostentar el cargo de Guardián de la Palabra. Así como era capaz escuchar la verdad en los corazones de los demás, sabía que esa era su verdad.

Sus dedos encontraron el broche del torque y lo soltaron.

—Es oro puro, forjado por el propio rey Orfebre —dijo Jude y lo mostró para que lo vieran el capitán y el resto de los marineros—. Vale más que todos los pasajes a bordo de tu barco. —Mientras Anton se ponía pálido, Jude colocó el torque en el centro de la mesa de juego—. Si ganas la apuesta, la espada y el torque son tuyos. Si pierdes, nos llevarás a mí y a tu oponente. ¿Aceptas las condiciones? —preguntó, concentrándose en mantener la voz firme y en hablar con tono de autoridad.

El capitán sonrió, satisfecho.

—No hay duda de que este juego se ha vuelto interesante.

Capítulo Treinta y siete

ANTON

Anton se apoyó sobre la mesa que lo separaba del capitán Bedrich Remzi, del *Cormorán Negro*, y estudió las cartas que tenía delante.

Río y tesoro era un juego popular entre los marineros, vigilantes y rufianes que intentaban evitar el aburrimiento desde el principio de los tiempos. En cada ciudad en la que había estado, los menos favorecidos (y Anton se contaba entre ellos) siempre conocían el juego de Río y tesoro. En cada mano, los jugadores tomaban cinco cartas del mazo, se quedaban con tres (el tesoro) y jugaban tres en cada una de las tres pilas centrales (el río). Los jugadores tenían manos de cinco cartas, usando las tres cartas del río y las dos del tesoro. Los mejores jugadores de Río y tesoro eran flexibles, capaces de cambiar de estrategia sobre la marcha. No era tan elegante como el canbarra, el juego preferido de Anton, pero hacía lo que podía. Y lo que podía, por lo general, era sacar hasta la última moneda de su oponente.

—Bajo —dijo el capitán Remzi, mientras ponía sobre la mesa las cartas de su tesoro.

A su alrededor, unos veinte marineros, ya borrachos o a punto de estarlo, dejaron escapar burlas y silbidos. Jude se apartó de ellos a toda velocidad, su mirada silenciosa expresó más furia que cualquiera de los gritos de los marineros. Anton era muy consciente del guerrero, de su *esha* que se arremolinaba como una nube de tormenta y atraía su atención.

Apretó los dientes y jugó su as sobre una carta de poeta de mayor valor. Ese no era el momento de perder la concentración.

—No, no es una buena idea —protestó en broma el capitán, mientras se recostaba contra la silla, con los párpados entrecerrados en una expresión de confianza.

Tenía razones de sobra para sentirse confiado. Después de dos rondas reñidas, Remzi llevaba la ventaja. Aunque no revelarían sus cartas hasta el final, Anton tenía una idea bastante clara de las cartas que Remi tenía en su tesoro, a partir de las que ya se habían jugado. Serían difíciles de superar.

—Anton.

La voz de Jude sonaba tensa y nerviosa a sus espaldas. Anton ni siquiera le dirigió la mirada. Si a Jude no le gustaba su forma de jugar, entonces no debería haber apostado por él. Anton todavía no entendía por qué lo había hecho. Primero, Jude le había gritado por tomar prestada la espada y, enseguida, se había quitado el torque de oro y exigido un pasaje en el barco de Remzi. En un instante, habían encadenado sus destinos. Al menos, hasta que acabara el juego.

Anton solo quería ganar y navegar lejos de Palas Athos y todo lo que había allí, incluido Jude. Y, sin embargo, allí estaba Jude, suspendido en un estruendoso silencio sobre el hombro de Anton. Era desconcertante. Jude era desconcertante.

Y estaba haciendo perder a Anton.

—¿Qué ha pasado? —Remzi dijo arrastrando las vocales mientras jugaba un diez sobre el as—. ¿Has cometido un error?

Anton sabía que Remzi lo notaba alterado, aunque el capitán sin duda pensaba que era a causa de él.

Detestaba que su incomodidad fuera tan obvia. Por lo general, la escondía mucho mejor. Y si

Remzi lo notaba inquieto, Jude seguramente también. Eso le molestaba aún más que perder.

Sacó una carta de la baraja. Un heraldo: la carta más alta del juego. Lo más seguro sería guardarla en su tesoro.

—Date prisa —dijo Remzi—, antes de que tu guerrero se arrepienta de apostar por ti.

Anton sintió la intensa mirada de Jude en la nuca. No estaba dispuesto a dejar que un guerrero malhumorado lo trastornara. Y no estaba dispuesto a dejar que un capitán borracho le ganara. Si no podía recuperar la compostura, tendría que lograr que Remzi perdiera la suya. Con los hombros relajados, Anton levantó la vista de sus cartas.

—¿Te molesta?

—El qué? —respondió Remzi, como si nunca hubiera tenido un problema en su vida.

—Tener mejores cartas y estar a punto de perder igual.

—Puedes fingir todo lo que quieras —dijo Remzi con una sonrisa.

—¿Quién está fingiendo?

Anton jugó el heraldo. Fue una estrategia audaz y arriesgada, pero notó de inmediato que había funcionado: Remzi perdió el control y dejó entrever algo. Fue un gesto efímero, que nadie más habría visto. Pero Anton sabía leer hasta los cambios más insignificantes en el estado de ánimo para predecir cómo reaccionaría alguien ante cada interrupción. Había aprendido esas cosas mucho antes de aprender a jugar canbarra. Así había sobrevivido a la ira de su hermano todos esos años.

Y esos mismos instintos le informaron que Remzi acababa de perder el juego.

Remzi se recuperó rápidamente y jugó su siguiente carta, un siete de espadas. El heraldo permaneció boca arriba entre ellos.

—Ambos sabemos que al final todos tenemos que jugar las cartas que nos han tocado.

—Capitán —dijo Anton, jugando su siguiente carta—, si realmente lo cree, entonces ya he ganado.

Una sonrisa burlona cruzó el rostro de Remzi mientras sus ojos analizaban las cartas que quedaban en el centro de la mesa.

—Un heraldo y dos sietes. Paso.

Anton podía emplear otro turno o pasar también, y terminar el juego. Sabía que Remzi quería que él empleara otro turno y le diera tiempo para recuperarse. Anton sonrió.

—Paso.

Remzi disimuló su sorpresa mejor esa vez.

—De acuerdo, revela.

Dio la vuelta a su primera carta. Otro heraldo, que Anton esperaba. Detrás de él, Jude dejó escapar un resoplido de agitación.

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo? —preguntó Jude.

—Casi nunca —respondió Anton.

No pudo resistirse y lanzó un guiño sobre el hombro mientras levantaba sus cartas. Dio la vuelta su primera carta: un siete de copas.

Remzi dio la vuelta a la carta que completaba su mano: un escriba. La segunda carta más alta de la baraja. Alzó su vaso de cerveza y brindó con Anton.

—Seguro te irá mejor la próxima vez, niño.

Una mano en el hombro de Anton lo hizo retroceder bruscamente. Jude se cernía sobre él, con una expresión tormentosa.

—No puedo creer...

Anton arrancó la mano de Jude de su hombro y dio la vuelta a su última carta. El cuarto heraldo.

Un silencio ahogado cayó sobre los espectadores.

—Dos heraldos, tres sietes —dijo Yael—. A los tres heraldos de Remzi, alto escriba.

Remzi se atragantó con la cerveza.

—Tú —gritó, entre la tos—, ¿cómo lo has conseguido?

—He tenido suerte, supongo —dijo Anton mientras se encogía de hombros.

Luego, se volvió y vio el rostro radiante de Yael.

—Parece que al fin y al cabo sí eres bueno —dijo—. Bien hecho. No muchos pueden vencer al capitán. Creía que te ganaría.

Remzi tosió más fuerte.

—Yael, ¡deja de coquetear con el chico y tráeme un poco de agua!

—Espera, así que —comenzó a decir Jude, con la mano todavía sobre el hombro de Anton—.

¿Has ganado?

Anton lo miró con aire de suficiencia.

—Por supuesto. Te lo dije.

La expresión de Jude osciló entre la irritación y la admiración. Anton se levantó de un salto, tomó la espada del centro de la mesa y la sostuvo como un laurel de victoria. La expresión de Jude se decidió por la irritación cuando se la arrebató con una mano y con la otra se aferró al torque.

—Aquí tienes —le dijo Remzi a Anton, dejando una copa llena de vino que, a la luz tenue del patio, parecía casi dorada—. Y una para tu guerrero.

—No, yo no...

Pero Remzi no prestó atención a Jude y le dio el segundo vaso, lleno hasta el borde.

—Bebe —aconsejó Yael—. La única manera de sobrevivir a un viaje en una pila de madera flotante infestada de ratas y tripulada por marineros con la vejiga más fuerte del mundo es beber más que ellos.

—Prefiero estar lúcido —respondió Jude.

—¿Siempre es tan divertido? —preguntó Remzi, mirando a Anton y levantando una ceja.

Anton sonrió.

—Cuando lo averigüe, te aviso.

Remzi soltó una carcajada. A Jude no le hizo tanta gracia: frunció los labios y el ceño.

Anton dejó que su mirada se posara en el guerrero, casi desafiante. Reconoció exactamente lo que Jude estaba haciendo. Era lo mismo que él acababa de hacer con Remzi, en la mesa de juego. Estaba provocando una reacción para ocultar su propio malestar. La idea de estar atrapado a bordo de un barco con Jude durante seis días, en lugares cerrados, cerca de su *esha* abrumador, parecía una amenaza. Y Anton no tendría forma de huir ni escaparse con palabras.

Remzi entrecerró los ojos al mirar a Jude.

—Sabes, habría jurado durante un instante que eras uno de esos guerreros, un paladín. Se rumorea que han regresado a Palas Athos.

El ceño de Jude se hizo más pronunciado. La mente de Anton se nubló mientras trataba de inventar una mentira creíble:

—Es...

—Entonces me dije a mí mismo: «¿Remzi, idiota! ¿Un espadachín de la Orden de la Última Luz vendría a este basurero?». —Remzi le dio una palmada a Jude, tan fuerte que lo hizo derramar un tercio del vino—. ¿Te imaginas?

Remzi se rio a carcajadas, y Anton se rio con él, aliviado.

Jude se alejó de Remzi y volvió a adentrarse en la multitud.

—Bueno —dijo Renzi, antes de beber de un sorbo el vino de Jude y rodear a Anton con el brazo—. Puede que me hayas derrotado en Río y tesoro, pero veamos qué tal se te da una competición de bebidas.

Capítulo Treinta y ocho

HASSAN

Los nervios de Hassan crecían a medida que marchaban por el camino serpenteante que llevaba al ágora. En pocos minutos, estaría en la escalinata del Templo de Palas mientras la Guardia lo proclamaba el Último Profeta. Después, ya no habría vuelta atrás.

Hassan no quería volver atrás. Estaba seguro de su plan, de la gente en la que había elegido confiar. Miró a Khepri, que caminaba varios pasos más adelante, conversando con Osei sobre los últimos detalles.

Hassan se preguntaba si Khepri, que no lo había rechazado por completo en el jardín, estaba buscando una excusa para no hablar con él. Aunque le dolía, estaba decidido a darle espacio y aceptar los límites que ella había impuesto. Además, tenía asuntos más urgentes de los que preocuparse.

Se volvió hacia Penrose, que caminaba a su lado.

—Hay algo que quería hablar contigo —dijo—. El capitán Weatherbourne todavía no ha regresado.

Penrose se puso ligeramente tensa, pero su reacción fue inconfundible. Hassan no tenía dudas de que su razonada era correcta: Penrose estaba ocultando algo sobre la ausencia de su capitán.

—¿Va a volver? —preguntó Hassan—. Dime la verdad.

Penrose cerró los ojos.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Qué me ocultas?

—No se trata de la profecía, ni de los Testigos. Lo que he dicho antes es verdad. No es nada que deba inquietarlo.

Hassan vio la contradicción en el rostro de Penrose.

—Sientes lealtad hacia él. No porque sea tu capitán, sino porque te preocupas por él. Lo entiendo.

—Usted es el Profeta. Mi lealtad hacia usted es lo más importante, siempre.

—Lo sé. —Si él exigiera saber por qué se había marchado el capitán Weatherbourne, Penrose se lo explicaría—. Por esa razón, quiero que tú seas la capitana de mi Guardia.

Penrose vaciló.

—Jude sigue siendo el capitán —dijo ella, con la voz entrecortada—. La profecía lo nombra Guardián de la Palabra a él, no a mí.

—Sé lo que dice la profecía. Pero ahora que sé lo que debemos hacer para detener la Era de la Oscuridad, necesito que alguien lidere a los paladines en Nazirah y organice las acciones de la Orden. Si el capitán Weatherbourne no regresa...

—Lo comprendo —dijo Penrose—. Desearía no tener que hacerlo, pero acepto.

Hassan vio cuánto le había costado decir que sí. Pero las palabras llegaron, sin vacilación, y él supo que era la decisión correcta.

—Gracias. Una cosa más: quería preguntarte por el barco que trajiste a Palas Athos.

—¿Qué sucede?

—No quiero que navegue a Nazirah. Quiero que lleve al Fuerte Kerameikos al resto de los

refugiados de Herat, a los que no pueden luchar. La Orden se comprometerá a protegerlos mientras nuestras fuerzas luchan para recuperar Nazirah.

Había meditado mucho sobre lo que podría suceder con los refugiados vulnerables como Azizi y su madre si se quedaban en Palas Athos. ¿Los Testigos atacarían a los refugiados como venganza? ¿La gente de Palas Athos se cansaría de ellos y convencería a los sacerdotes de que los expulsaran? Penrose miró a Hassan durante un largo rato, con expresión inescrutable.

—¿Qué pasa?

Ella sacudió la cabeza.

—Su Excelencia. Es solo que he pasado toda mi vida imaginando al Profeta y cómo detendría la Era de la Oscuridad. Siempre supe que sería nuestro salvador y traería la luz, pero...

—¿Pero?

—Usted es eso —respondió ella—. Pero también algo más: es un buen hombre.

Hassan no sabía qué decir. Penrose no parecía ser la clase de persona que revela sus emociones. Pero vio la admiración y la gratitud en sus ojos.

—Solo trato de hacer lo correcto.

Quedaban unos metros por delante cuando Khepri y Osei se detuvieron bruscamente en medio de la carretera. Penrose también se detuvo. Hassan siguió la mirada de Penrose. En la distancia, dos personas se acercaban corriendo.

—¿Son Yarik y Annuka? —preguntó Hassan. Gritaban, pero estaban muy lejos y Hassan no alcanzaba a escuchar bien—. ¿Qué dicen?

Miró a Penrose, pero fue Osei quien respondió, preocupado:

—Están diciendo: «Dad la vuelta».

Ya lograba entender sus gritos, que resonaban cada vez más en la calle.

—¿Qué está pasando?

—Nada bueno —dijo Khepri sombríamente.

Tocó la empuñadura de la cimitarra que colgaba de su cinturón. Hassan vio que Osei y Penrose también habían llevado la mano a las espadas.

Annuka y Yarik aminoraron el paso al acercarse.

—Los Testigos —explicó Annuka, sin aliento—. Están en el templo.

Khepri maldijo.

—Sabía que volverían. ¿Cuántos son esta vez?

—Más de los que pensábamos que había en la ciudad. Doscientos, tal vez —respondió Yarik sacudiendo la cabeza.

Hassan se quedó helado, y sus ojos se dirigieron al Templo de Palas que se recortaba a la distancia.

—Han venido con antorchas —agregó Annuka—. Dicen que van a quemar el templo. Hay gente atrapada adentro.

La ira se acumuló en la garganta de Hassan.

—Está bien —dijo Khepri enérgicamente—. Penrose, lleva al príncipe a la villa. Nosotros cuatro iremos al ágora.

—No —replicó Hassan de inmediato—. No volveré.

Penrose dio un paso hacia él.

—Ella tiene razón.

Una voluta de humo ascendió en el cielo crepuscular. Hassan sintió pánico.

—No me voy a esconder de ellos. No me marcharé mientras vosotros...

—No tenemos tiempo para discutir —interrumpió Khepri—. No lo perdáis de vista. Osei,

vamos.

Se fueron corriendo.

—*Khepri!*

Hassan corrió detrás de ellos, pero Penrose lo sujetó por el brazo antes de que pudiera llegar lejos.

Trató de liberarse, pero no podía contra el poder de su Gracia.

—Tengo que hacer algo.

—Lo que hará es permanecer a salvo —respondió ella—, confiar en la gente que ha elegido. Ellos combatirán por usted.

Hassan entendió la sabiduría de sus palabras, pero su corazón se rebeló. El recuerdo del derrocamiento se avivó como una llaga ardiente. Al fin y al cabo, seguía tan indefenso como entonces. Dos veces, los Testigos habían atacado a su pueblo y dos veces, él se había escondido, inútil, mientras otros luchaban por sus vidas.

Hizo un esfuerzo más enérgico por liberarse de Penrose.

—¡Su Excelencia! —exclamó ella mientras él se alejaba de ella a toda velocidad.

—¡Déjame ir! No me quedaré aquí mientras los demás arriesgan la vida.

—¡Lo último que necesitamos es que usted se ponga en peligro! —dijo Penrose, y comenzaba a faltarle fuerza.

Hassan dejó de forcejear y la empujó con todas sus fuerzas. Ella lo interceptó, resoplando.

—No me rendiré. Y vas a tener que hacerme daño si quieres detenerme —le advirtió. La vio dudar—. Penrose, por favor.

—Por Behezda, la misericordiosa —murmuró ella—. De acuerdo, pero no se apartará de mi lado.

—No lo haré —prometió Hassan.

—Y si digo: «Corra», debe correr, sin pensarlo dos veces.

Hassan asintió.

—Entonces, vamos.

Partieron. Penrose se mantuvo a su lado a lo largo de la curva de la carretera, y juntos cruzaron la Puerta Sagrada.

Hassan oía voces iracundas y temerosas que gritaban, indistinguibles unas de otras.

Cuando llegaron a la entrada del ágora, se detuvo de repente. Un mar de figuras con túnicas negras y doradas estaba en los escalones del templo. Brotaba humo de sus antorchas, que caía como un velo sobre la multitud.

La escena se parecía a la visión de Hassan, salvo por que estaban en Palas Athos, no en Nazirah, y sus antorchas no ardían con la llama pálida del Fuego Divino, sino que brillaban de color naranja brillante contra el cielo nocturno.

Entre la multitud y los Testigos, tres docenas de soldados herati estaban de pie con sus cimitarras preparadas. Al frente estaba su líder, su energía contenida y palpable incluso en la distancia. Era Khepri.

Antes de que Penrose pudiera detenerlo, Hassan comenzó a abrirse paso entre la multitud.

—¡Príncipe Hassan!

Él la ignoró. Uno de los Testigos gritaba a los que estaban en los escalones. Mientras avanzaba entre la muchedumbre, Hassan comenzó a distinguir sus palabras.

—¡No permitáis que os atemoricen! —vociferaba el Testigo—. ¡Son ellos quienes deben tenernos miedo! ¡Los haremos temblar! El Inmaculado sabrá del valor que demostraremos aquí hoy, y nos recompensará en el Día del Juicio que se aproxima.

—Dejad este templo en paz —gritó Hassan, parado entre los refugiados y los Testigos.

Khepri se volvió al oír su voz.

—¡Su Excelencia! —dijo Penrose y emergió a sus espaldas—. ¡Atrás!

Los otros miembros de la Guardia Paladín también avanzaron. Hassan no apartó la mirada de los Testigos.

—Deponed las armas y largaos.

El líder de los Testigos miró a Hassan.

—¡No recibiremos órdenes de una abominación!

Los otros Testigos gritaron para demostrar que estaban de acuerdo. Hassan no se detuvo.

—Soy el Último Profeta —exclamó, mientras subía los escalones—. He visto lo que se avecina en el camino que recorréis. He visto que las llamas del Día del Juicio se apagarán. Dejad las armas.

Los alaridos de los Testigos y de la multitud ahogaron su voz, pero las palabras se escaparon de todos modos. Como si bastara con articularlas para hacer retroceder a los Testigos. Como si su identidad bastara para que se rindieran. Era lo que había ido a decir al templo, y lo había dicho frente a las mismas personas que intentaban detenerlo.

Un estruendo estalló en el aire. Uno de los Testigos había derribado la fuente de mármol del aceite de consagración que estaba en el umbral del templo. El aceite se derramó sobre el pórtico.

—¡No!

Hassan salió corriendo, anticipando lo que sucedería.

Tres Testigos acercaron sus antorchas al aceite derramado.

Alguien aferró el brazo de Hassan y lo contuvo. La Guardia y Khepri se lanzaron contra los Testigos, y la tregua endeble se quebró.

Hassan aterrizó de un golpe en los escalones del templo. Un frenético combate cuerpo a cuerpo comenzó más arriba. La Guardia era un torbellino de plata y azul, que oponía resistencia a los Testigos. El umbral del templo onduló bajo las llamas.

Hassan se puso de pie y se volvió.

—¡Atrás! —le gritó a la multitud que estaba al pie del templo—. ¡No avancéis!

Alguien chocó contra él. Se apoyó contra un pilar de piedra para no caer y se volvió hacia su atacante. Era uno de los Testigos, su túnica manchada con sangre y hollín. Hassan se dio cuenta de que había visto su rostro antes. Era el mismo joven pálido, de cara redonda, a quien se había enfrentado durante su primera visita a la ciudad.

—Tú —dijo el Testigo, apoyado en uno de los arcos.

La sangre goteaba de una herida abierta en su costado. Tenía los ojos bien abiertos y la mirada frenética. Repetía una y otra vez una plegaria incoherente.

La plata destelló en dirección a Hassan, que trató de protegerse con el brazo. El cuchillo del Testigo le cortó la palma.

El dolor atravesó la mano de Hassan, y las piernas le temblaron. Agachado, miró hacia arriba, listo para el siguiente golpe.

—¡Príncipe Hassan!

Era la voz de Khepri. En un instante, ella dejó caer su espada sobre el Testigo herido. El templo, la multitud y las llamas se arremolinaron a su alrededor. Hassan cerró los ojos para calmarse, pero la imagen del Testigo, la sangre que brotaba de su boca, lo persiguió como una mancha. El mundo dio vueltas, blanco y verde y rojo sangre.

Después, todo fue negro.

Capítulo Treinta y nueve

EPHYRA

—No están aquí —dijo Illya.

Ephyra lo fulminó con la mirada. ¿Pensaba Illya que no tenía ojos?

Lo ignoró y se abrió camino hacia el aposento. El miedo la inundó cuando vio la mesa partida por la mitad en el centro de la habitación.

—Supongo que eso es nuevo —dijo Illya—. ¿Quién crees que lo hizo?

—No lo sé —respondió ella, sacudiendo la cabeza, pero tenía una clara sospecha.

Tal vez Beru se había marchado antes de que Hector llegara. O tal vez la mesa rota era la evidencia de algo más siniestro.

—No hay sangre —reflexionó Illya, paseándose en semicírculo alrededor de la habitación—. Probablemente sea algo bueno.

No era bueno. No había nada bueno. Beru se había marchado, y Ephyra no tenía ni idea de dónde estaba. Ni de dónde estaba Hector. Ni de lo que Hector le haría si descubriera la verdad sobre Beru.

Ephyra cerró los ojos y se recostó contra el muro de piedra con un profundo suspiro. Escuchó que Illya se acercaba.

—Los encontraremos —dijo él, con una sinceridad inusual.

Ephyra abrió un ojo. Illya estaba apoyado contra el muro, junto a ella. Le recordaba a Anton en ese mismo aposento, aquella primera noche. Había preocupación en su rostro: el ceño fruncido sobre los brillantes ojos dorados.

—Anton quería que te matara —dijo Ephyra. La expresión de Illya no se alteró—. ¿No te molesta?

Illya dejó escapar un suspiro.

—No fui un buen hermano. Cuando éramos pequeños... hay muchas cosas que desearía no haber hecho.

Ella lo observaba con atención. Era difícil de leer, más que Anton, incluso. ¿Era verdadero remordimiento? ¿O era solo una actuación, como Anton pensaba?

—Dices que quieres protegerlo ahora, pero ¿por qué no lo hiciste antes? —preguntó ella.

—Porque no me di cuenta de que necesitaba protección —respondió él. Sacudió la cabeza, casi irritado, aunque Ephyra no supo si consigo mismo o con ella—. Él era el hijo favorito. Tenía la Gracia. Yo no. Mi abuela y mi padre siempre nos lo recordaban. Era lo único que les importaba.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ephyra—. Sé que la Gracia de Antón es poderosa, y él nos dijo que las cosas son diferentes en el norte, pero...

—¿Qué más te contó?

Ephyra trató de recordar.

—Que tú, tu padre y tu abuela no teníais la Gracia —dijo ella a medida que hacía memoria—, que pensaban que él era especial porque tenía ese poder y a ti te molestaba.

—Pensaban que era más que especial. ¿Sabes algo acerca de la profecía de Vasili el Demente?

Ephyra lo miró. Estaba lejos de ser una experta en historia novogardiana, pero todos conocían la historia del rey Demente.

—Sé que es la última profecía hecha, antes de que desaparecieran los Profetas, acerca de un maldito rey que perdió la razón.

—Sí. Los Profetas vieron tres cosas de Vasili: que él sería el último gobernante del Imperio Novogardiano, que se volvería loco y que nunca habría un heredero en su linaje que tuviera la Gracia.

—¿Y eso qué tiene que ver con vosotros? —Él la miró. Después de un momento, se dio cuenta—. ¿Tú y Anton sois los descendientes del rey Demente? ¿La profecía estaba equivocada?

—Mi abuela sin duda así lo pensaba —contestó Illya—. En el norte, la gente no es como en las Seis Ciudades. En el norte, no se adora a los Profetas. Cuando desaparecieron, la familia de mi abuela pensó que significaba que finalmente era hora de que su linaje resurgiera, de deshacer la profecía del rey Demente y restaurar el Imperio Novogardiano a su antigua gloria.

—Y ella pensaba... que Anton iba a ser el que restauraría el poder de tu familia. ¿Anton? ¿El chico que recibe palizas por jugar a las cartas y no puede usar su poder sin ahogarse?

—Estaba convencida —respondió Illya—. Ella siempre había esperado a un niño que tuviera la Gracia. Y, por fin, lo había conseguido. El día en que se manifestó la Gracia de Anton fue el peor día de mi vida.

—¿Te hizo daño?

No era raro que los niños causaran accidentes cuando comenzaban a usar sus poderes. Ephyra siempre había sospechado que era uno de los mayores temores de sus padres, y la razón por la que habían tratado de ocultar su Gracia y rogado que no la usara. En retrospectiva, tal vez su temor había sido sensato.

—No, Anton me salvó la vida. Con su Gracia, guio a nuestra abuela hasta mí, cuando me extravié durante una tormenta. Y en el momento en que me encontraron, allí, temblando y aterrorizado, ella se dio la vuelta y abrazó a Anton, llorando, porque se dio cuenta de que tenía la Gracia y era el heredero que había estado esperando. Yo había dejado de existir.

—Así que la abuela no te quería y te desquitaste con tu hermano —dijo Ephyra, lacónica. Pero sintió una opresión en el pecho: entendió que una infancia así podía causar mucho daño en un niño, si lo que Illya decía era cierto.

—Sí —admitió Illya—. Mi abuela y mi padre le dedicaron toda su atención y solo me recordaban cuando necesitaban gritarle a alguien. Así que cuando ellos no miraban, yo hacía daño a Anton. Él era el especial y, sin embargo, seguía teniendo poder sobre él. Él no lo merecía, pero en ese entonces yo estaba ciego.

—¿Y ahora?

Illya se pasó una mano por el rostro.

—Hace mucho tiempo que está solo, y es mi culpa. Ha sufrido mucho, yo debería haber estado a su lado. Jamás podré recuperar el tiempo perdido.

Ephyra quería creerle. Se sentiría mejor si pudiera convencerse de que no estaba traicionando a Anton al ayudar a Illya.

—¿Qué cambió? —preguntó ella.

—Encontré... un propósito —respondió Illya—. Un lugar donde dirigir todo el dolor de mi niñez. Me sentí útil, por primera vez.

Las palabras tocaron un nervio en Ephyra. Ella también había encontrado un propósito: mantener viva a Beru. No importaba lo que tuviera que hacer para lograrlo y seguía sin importar. En la celda, se había repetido una y otra vez que no se parecía a Illya. Egoísta. Indiferente. Implacable. Tampoco importaba si el remordimiento de Illya era real o no, si realmente quería proteger a Anton o hacer algo mucho más siniestro, Ephyra se hubiera decidido ayudarlo igual.

Ya no podía engañarse a sí misma. Tal vez era hora de que reconociera que había cambiado.

Volvió a mirar los restos de la mesa. Bajo una pata astillada, algo brillaba. Se inclinó para tomar el objeto: era un brazalete, Beru debía de haberlo terminado después de discutir con Ephyra. Fragmentos de cerámica de colores y, en el medio, una pequeña cuenta de vidrio. Era el tapón que Ephyra le había llevado a Beru la noche en que había matado al sacerdote. Se puso el brazalete y se levantó.

—Vamos. Si Beru y Anton estuvieron aquí, debieron de salir por el santuario. Quizás haya más pistas arriba, algo que no hayamos visto.

—En el santuario no hay más que escombros y cenizas. ¿Cómo vamos a encontrar pistas allí?

—No lo sé, pero no pienso rendirme —dijo Ephyra—. Si realmente quieres reparar lo que hiciste en el pasado, tú tampoco lo harás.

Ella extendió la mano como había hecho dentro de la celda. Él la estrechó y sus largos dedos tocaron la palma de Ephyra.

Ella no se había permitido mirarlo antes, pero en ese momento, en la penumbra, pudo admitir que Illya era bastante atractivo. Él y Anton compartían rasgos, pero lo que era infantil y bonito en Anton, en Illya era distinguido y elegante. No era difícil creer que descendiera de una línea de emperadores del norte.

—Es por aquí —dijo ella, después de un momento, al darse cuenta de que lo había estado observando durante demasiado tiempo.

Guió a Illya por las escaleras lentamente, hasta que emergieron en el santuario oscuro. Ella no sabía lo que buscaba allí. Algo, alguna señal de que Beru se había escapado, de que estaba bien. Pero tal como Illya había dicho, todo lo que encontraron fueron ceniza y escombros. Aquel lugar que solía ser sagrado se encontraba en decadencia, igual que la ciudad que lo albergaba.

Ephyra estaba de pie en el centro del santuario, frente al estanque y debajo del agujero en el techo. Detrás de ella, oía a Illya remover los escombros sueltos. El sonido de sus pasos se alejó, hacia el umbral abierto.

—¡He encontrado algo! —gritó Illya.

Ephyra se dio la vuelta y trepó por la pila de restos hacia los escalones principales, donde estaba Illya, frunciendo el ceño. Tenía algo entre las manos y miró a Ephyra, que se detuvo a su lado.

—No es nada —agregó él, en tono de disculpa—. Pensaba que era una nota, pero es basura.

Illya tenía una hoja arrugada de pergamino. Estuvo a punto de arrojarla al suelo, pero Ephyra enseguida se la arrebató de las manos.

—Espera —dijo ella—. La basura es más que basura.

Como la Mano Pálida, Ephyra a menudo había encontrado formas creativas de rastrear a sus víctimas. Tenía que planear con mucho detalle los asesinatos, así que usaba todo lo que encontraba para aprender más sobre sus objetivos y usarlo a su favor. A lo largo de los años, había descubierto que una de las mejores maneras de conocer a la gente era ver lo que desechaban.

Se llevó el papel arrugado a la nariz y lo olió. Azúcar y nueces. Cuando lo apartó, Illya la estaba mirando como si ella hubiera hecho algo repugnante. Ephyra no le prestó atención, analizó el papel y buscó el sello de tinta que sabía que hallaría.

En la esquina inferior del papel, se veía el sello verde claro con forma de aceituna. Levantó la vista para mirar a Illya, que seguía observándola con suspicacia.

—Esto es de la panadería que está en la carretera —explicó Ephyra. Era un pastel que a Beru le encantaba, aunque Ephyra le había advertido que no fuera con demasiada frecuencia, para que no

la reconocieran. La expresión de Illya no cambió, y Ephyra guardó el papel con impaciencia—. El panadero quizás haya visto algo y pueda ponernos en la dirección correcta.

Illya señaló la calle vacía.

—Es de noche. Estoy bastante seguro de que, aunque haya visto algo, ahora duerme.

—Entonces, hay que despertarlo —dijo Ephyra, mientras bajaba los escalones y arrastraba a Illya con ella.



El panadero no estaba particularmente contento de que lo despertaran a medianoche, pero ser la Mano Pálida le había enseñado a Ephyra que mostrarse como una muchacha inofensiva e inocente de dieciocho años tenía sus ventajas. Cuando terminó de contar la historia de su hermana desaparecida, entre sollozos (sin mencionar algunos detalles clave), y después de que Illya mostrara su expresión de preocupación y hablara con elocuencia, el panadero se ablandó como una uva en la vid. Estudió el envoltorio de pergamino.

—Lo siento —respondió—. Es mío, pero no vi a tu hermana.

La ilusión de Ephyra se derrumbó. Era una posibilidad remota, lo sabía, pero era lo único que tenía. Estaba cansada de encontrarse con callejones sin salida. Primero, en la búsqueda del cáliz de Eleazar y, luego, tratando de hallar a Beru. Estaba cansada de estar siempre un paso atrás.

—Lamentamos haberlo molestado tan tarde —dijo Illya, amablemente—. Gracias por su tiempo.

Illya comenzó a guiarla de vuelta por el pasillo.

—No vi a tu hermana —gritó el panadero cuando se estaban marchando—. Pero vi a un norteño como tú.

Ephyra e Illya se detuvieron. El panadero estaba mirando a Illya.

—¿De verdad? —preguntó Ephyra.

—Sí —respondió el panadero—. Lo recuerdo porque estaba cubierto de tierra u hollín o algo así. Volvió a pasar por aquí y cargaba a un compañero que parecía prácticamente dormido.

Ephyra se giró hacia el panadero.

—¿Un compañero? ¿Qué aspecto tenía?

El panadero se encogió de hombros.

—Lo vi de lejos. Creo que estaba vestido de azul oscuro.

Azul oscuro, como la capa de los paladines.

—¿Vio a dónde fueron?

—Claro —respondió el panadero—. Siguieron por la carretera. Seguramente fueran a las tabernas del muelle. Recuerdo haberme preocupado. El tipo de azul no parecía sentirse bien.

Ephyra volvió a agradecerse al panadero y le deseó buenas noches. Cuando se dio la vuelta, Illya todavía estaba parado donde lo había dejado, a mitad del pasillo.

—Vamos, ¿qué estás esperando? —preguntó ella—. No puede haber tantas tabernas. Los encontraremos pronto.

Illya no se movió.

—Creo que... deberías ir sin mí.

—¿Qué? Pero ¡hemos encontrados a Anton! ¿Por qué...?

—No puedo dejar de pensar en lo que dijo la última vez que lo vi. —Se pasó una mano por el cabello—. No quiero que se repita. Tal vez si tú le hablas primero, le puedas contar lo que te dije.

Ella se había acostumbrado a su compostura, y la incertidumbre repentina la desconcertó. ¿Sería real el arrepentimiento de Illya, al fin y al cabo?

Él bajó la mirada.

—No quiero que se asuste —explicó.

Ephyra observó su expresión durante un momento, la fatiga y la preocupación grabadas en su frente. Ella había pensado lo peor de él, pero quizás era uno de los defectos de la Mano Pálida. Al buscar monstruos, había ido perdiendo la capacidad de reconocer la bondad. Beru siempre había sido mejor que ella para eso. Sabía lo que haría su hermana si estuviera allí.

—Está bien —dijo ella, al fin—. Si es lo que quieres. Yo iré primero y hablaré con él. Descubriré lo que le ha pasado a Beru. Entonces, tal vez Anton acepte volver a hablar contigo.

Illya asintió.

—Gracias.

Guiada por un impulso repentino, Ephyra extendió la mano y le tocó el hombro.

—Anton está bien. Al menos, sabes eso.

Illya, con el rostro a medias iluminado por la luz que entraba en la ventana, posó los ojos en la mano de Ephyra. Parecía perdido.

Ephyra apartó la mano, se dio la vuelta, corrió escaleras abajo y se adentró en la noche una vez más.

Capítulo Cuarenta

JUDE

Los festejos terminaron pasada la medianoche, aunque Jude dejó a los marineros después de la tercera versión de «El vagabundo y el marinero enamorado». Había perdido el rastro de Anton en algún momento, en medio del alboroto, y se había retirado a la pequeña habitación donde se había despertado apenas unas horas antes, con el brazo curado y sin la espada.

Sus pensamientos se agitaban y mecían como un barco sobre las olas, pero el peso de la Espada del Pináculo, que tenía sobre el regazo, lo devolvía a la realidad.

Anton no estaba en ninguna parte, lo que probablemente significara que se había desmayado en la planta baja. De pronto, la mente de Jude evocó la imagen del marinero con el rostro enrojecido que animaba a Anton en la mesa de juego. Tal vez Anton simplemente había encontrado otra cama para pasar la noche. Se escucharon pasos fuera de la habitación. Jude se aferró a la empuñadura de la espada, por instinto. La puerta se abrió con un chirrido y la habitación se inundó con la luz de la luna y la débil fragancia del aceite dulce. Anton entró arrastrando los pies. Vestía un pantalón de lino y una camiseta. Cuando levantó un brazo, la camiseta se subió y dejó expuesta una franja de piel debajo del ombligo.

—Ah —dijo Anton, al ver a Jude. Bajó la mano y Jude observó que el pliegue pálido de su cadera desaparecía bajo la suave tela.

—Estás despierto —dijo Jude, señalando lo obvio.

—Tú también —respondió Anton, ahogando un pequeño bostezo—. ¿No puedes dormir?

Jude asintió con vacilación.

—Me... me pasa, a veces.

Anton se pasó la mano por el cabello castaño, y algunos mechones quedaron de punta. Jude se dio cuenta de que tenía el pelo mojado.

—¿Estabas en los baños? —adivinó Jude.

—Tenía que quitarme toda la suciedad de la prisión. Allí o en la fuente del patio, que tú ya probaste.

—¿Qué?

Anton sonrió, una sonrisa cómplice, como si hubiera alguna broma de la que Jude no estaba al tanto.

—No me hagas caso.

—No pensé que vendrías a la habitación —Jude explicó sin pensar mientras Anton se ocupaba de encender una lámpara de parafina—. Yo iba intentar dormir aquí, pero... —Se detuvo torpemente. Su instinto, siempre, era ser cortés, pero ninguna de sus interacciones con Anton había incluido cortesías. Comenzar en ese momento parecía falso.

—No me importa —dijo Anton, y la llama de la lámpara cobró vida bajo sus manos—. Sin embargo, si quieres compartir mi cama, te costará dinero.

Jude se ruborizó, y él se alegró de que Anton no pudiera verlo en la penumbra.

—Yo... No... Eso no...

—Era una broma —dijo Anton y colocó la lámpara en la mesa que separaba las dos camas—. Ya sabes de lo que hablo... ¿esas cosas que la gente dice para hacer reír a los demás?

—Sé lo que es una broma.

La voz de Jude sonó muy aguda en la luz tenue de la habitación.

—Me había dado la impresión de que no conocías el concepto.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que eres muy... —Anton simuló un ceño fruncido, muy exagerado, enderezó la espalda y los hombros. Jude frunció el ceño—. Sí, exactamente así —asintió Anton.

Se dejó caer en el catre frente a Jude.

Él adoptó la postura relajada de Anton, la despreocupación que demostraba y que tanto se contradecía con el chico que se había asustado ante Hector.

—He estado pensando —dijo Jude después de un momento.

—¿Qué? —preguntó Anton, levantando una ceja.

La luz de las velas iluminó su rostro y destacó las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas. Había un tipo de intimidad a la luz de las velas que desaparecía con la luz incandescente artificial, pensó Jude.

—Creo que querías devolverme mi espada —explicó Jude—. Si hubieras querido robarla, no la habrías apostado en esta taberna.

—No —dijo Anton—, supongo que no.

—Y, además, me trajiste hasta aquí a salvo y buscaste un sanador para que me curara. Debería agradecértelo.

—Decir que debes agradecer algo no es lo mismo que agradecerlo —señaló Anton con ironía.

—Pero sí que intentaste apostar mi espada.

Una sonrisa se dibujó a medias en la boca de Anton mientras se levantaba sobre un codo.

—Supongo que debería disculparme.

—Decir que deberías disculparte no es lo mismo que disculparse. —La sonrisa de Anton se hizo más visible, burlona y encantadora. Jude sintió que él sonreía en respuesta. Rápidamente miró hacia otro lado, por la ventana hacia el cielo negro como la tinta—. Me preguntaba, ¿qué hacías con la Mano Pálida?

La sonrisa desapareció del rostro de Anton.

—Ella... Ella estaba intentando ayudarme.

—¿Ayudarte?

—No importa.

—Es una asesina —dijo Jude—. ¿No te da miedo?

Anton no dijo nada durante un largo rato y se dedicó a rascar la madera astillada de la mesa. Finalmente, dijo:

—¿Sabes lo que es sentir miedo, Jude? Quiero decir, miedo de verdad.

Jude no respondió. Conocía el miedo, por supuesto. Lo había sentido en su pecho al enfrentarse a Hector sobre el tejado. También lo había sentido antes, como el aleteo de las alas de un gorrión en el estómago cuando había visto al Profeta.

—Sientes como si te estuvieras ahogando —continuó Anton, mirando la herida que había hecho en la madera—. Y puedes dejarte hundir o puedes luchar y abrirte camino hacia la superficie. Pero, la verdad, no creo que cambie demasiado.

El pulso de Jude se aceleró, y pensó de nuevo en Anton, acurrucado en el oscuro santuario mientras Hector lo amenazaba. Recordó la mirada de Anton: algo en los ojos del chico lo había inquietado.

Entonces, se dio cuenta de lo que era. Ante la ira de Hector, Anton no parecía asustado. El miedo había aparecido en su rostro solo al ver a Jude.

—Así que no —terminó diciendo Anton—, la Mano Pálida no me da miedo. Eso no es lo que temo.

—Pero le temes a algo —dijo Jude con prudencia—. Y ese... temor... ¿por eso quieres marcharte pronto de Palas Athos?

Anton levantó un hombro.

—Sí, supongo. ¿Y tú? Estuviste cerca de mutilarme por apostar tu espada, pero cuando Remzi mencionó el próximo destino, de pronto te sumaste a la apuesta.

—Esa ciudad... Tel Amot. —Jude hizo una pausa—. Allí es adonde Hector dijo que iría.

—Estuvo a punto de matarte. En tu lugar, yo me alejaría lo más posible de él.

—Bueno, no soy como tú —dijo Jude, cada vez más irritado—. Estoy a cargo de él. Soy su líder. Lo elegí, y si él se deshonorra, me deshonorará a mí también.

Se hizo silencio, y luego Anton lo miró a los ojos.

—Lo que has dicho es una mentira de mierda.

Jude se aferró a la espada. No estaba seguro de muchas cosas, pero estaba seguro de que ya no quería hablar de Hector, y mucho menos con ese chico de ojos oscuros.

—¿Y tú qué sabes? —dijo Jude, mordaz—. Te interesa más el juego que el honor.

Anton arqueó una ceja, entretenido.

—Podrías aprender un par de cosas del juego. Un buen jugador sabe cuándo dejar la mesa para no seguir perdiendo.

—No perderé la esperanza en él.

—Ah —dijo Anton, e inclinó la cabeza. El peso de esa sílaba cayó sobre Jude, y sintió lo que Remzi debió haber sentido frente a Anton mientras esperaba que se revelara la última carta—. Así que es eso. Estás enamorado de él, ¿no?

Jude abrió la boca para responder y luego volvió a cerrarla. Era la pregunta que Jude nunca se había permitido formular. Era la pregunta que había escuchado en la voz de su padre cuando le había advertido que no eligiera a Hector para la Guardia. La que se había reflejado en los ojos de Penrose cuando ella le había rogado que no lo siguiera. La que había quedado suspendida entre él y Hector en el techo del mausoleo antes de la caída de Jude.

Los paladines no se enamoraban. El juramento era claro: el deber para con los Profetas importaba más que sus países, sus vidas, sus corazones. Nunca tenían amantes, y la única excepción a su voto de castidad era el Ritual de la Unión Sagrada, que servía para producir un heredero de la casa Weatherbourne. Todo lo demás era una profanación de los votos, abandonar su deber por completo.

—No. —A Jude de pronto se le secó la garganta—. Yo... él es...

—Quizás sea mejor que ni siquiera te acerques a la mesa de juego: eres un pésimo mentiroso.

—No —dijo Jude enseguida—. No lo entenderás. Tengo un deber. Un propósito.

Un deber que había abandonado. Un propósito que no había seguido. Las palabras flotaban en el aire y lo provocaban. Todas las acusaciones que había dirigido a Hector (que se había dejado distraer por la emoción, que no sentía verdadera devoción ante el Profeta) también se aplicaban a él mismo. El Guardián de la Palabra no debía enamorarse, el Guardián de la Palabra no debía dudar.

Pero Jude había hecho ambas cosas.

—Tienes razón —dijo Anton—. No sé nada sobre el deber ni el propósito. Pero sé lo que desea la gente. Puedes pensar que eres diferente, que vives siguiendo un código especial que te hace diferente. Pero todos desean algo, Jude. Incluso tú.

La ira se encendió en Jude como una llama de aceite caliente. ¿Quién era ese chico que creía

conocer el corazón de Jude mejor que la Guardia, mejor que su padre, mejor que él mismo?

—Todo lo que deseo —dijo, y su voz tembló mientras trataba de mantener la calma— es encontrar a Hector. Para traerlo de vuelta aquí, adonde pertenece.

Anton no parpadeó ni miró hacia otro lado. Le devolvió la mirada a Jude, y fue casi como si esos ojos oscuros pudieran atravesar su piel, su carne, sus costillas, las mentiras que latían en su pecho. El sonido de pasos en el corredor atrajo la atención de Jude. Se sintió aliviado por la distracción: una excusa para apartar los ojos de Anton. Pero su alivio se convirtió en temor. Jude contó cinco series de pasos, y eran más rápidos y más resueltos que los de los marineros borrachos que se tambaleaban en sus camas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anton.

—Pasos. Alguien viene

Los ojos de Anton se dirigieron velozmente a la puerta, y luego se quedó inmóvil. Un pequeño temblor lo recorrió, como si acabara recordar algo malo.

—¿Por qué parece que sabes quién es?

Anton estaba aterrorizado, con los ojos bien abiertos.

—Vienen a por mí.

—¿Los centinelas?

Anton negó con la cabeza, el espanto se asomó en su rostro. Los pasos se aproximaron. Jude se levantó y cruzó la habitación en tres sencillos pasos, con la mano en la empuñadura de la Espada del Pináculo.

—Sal por la ventana —le dijo a Anton—. Los retendré aquí y luego te buscaré.

Jude no sabía quiénes eran esos hombres ni lo que querían de Anton, pero no cuestionó el instinto que le decía que debía protegerlo. Anton había hablado de un miedo profundo, y Jude podía verlo claramente en sus ojos.

Anton se quedó quieto, con una pierna colgada del borde de la ventana abierta.

—Pase lo que pase, te protegeré —dijo Jude.

Anton se encontró con la mirada de él a través de la habitación iluminada por las velas y se quedó contemplándolo, como si no pudiera comprender las palabras.

La puerta se abrió de golpe. Jude nunca había desenvainado la espada, pero en ese instante no dudó. La espada se liberó de su funda con una oleada de energía que atravesó la habitación como una repentina tormenta de viento. Los cinco hombres que estaban de pie en la puerta cayeron de espaldas al recibir el impacto.

Durante un segundo, Jude se quedó quieto, aturdido por el poder de la espada. Había escuchado las historias sobre su poder, pero nunca lo había experimentado.

Tambaleándose, los hombres se pusieron de pie y luego entraron en la habitación. Con la Espada del Pináculo entre sus manos, Jude se lanzó hacia ellos para darles la bienvenida.

Capítulo Cuarenta y uno

ANTON

La caída desde la ventana fue más larga de lo que Anton había anticipado en la oscuridad. Cuando sus pies golpearon el techo de piedra caliza, las rodillas cedieron.

El *esha* de Jude tronaba en el aire y aplastaba a Anton. Cayó sobre él con más fuerza que nunca. Anton se quedó allí, desorientado, inmerso en la tormenta de ese poder.

Corre, le gritaba su mente, y se puso de pie y avanzó a toda prisa a través del techo. Su hermano estaba allí, en alguna parte. Quizás no entre los hombres que acababan de entrar en la habitación, pero seguramente estuviera acechando afuera. Detrás del *esha* tempestuoso de Jude, Anton percibía la energía de su hermano, disonante y discordante, con el sonido que hace un cristal al romperse. Imposible de confundir.

Y había traído a sus mercenarios, los mismos que habían aparecido en el apartamento de Anton. Pero Anton creía que su hermano no esperaba a Jude. Unos asesinos no eran rival para una Gracia tan poderosa como la suya.

Por otra parte, era Illya. Anton había aprendido a no subestimar a su hermano. De alguna manera, Anton siempre terminaba a su merced. Bajó al siguiente nivel de los techos, escondido entre las sombras, mientras intentaba pensar en un plan. Si se marchaba de la taberna, perdería su mejor oportunidad de salir de Palas Athos. Podría volver por la mañana para reunirse con Remzi y su tripulación, pero ¿cómo sabría que Illya no estaría esperando con incluso más mercenarios?

Se dirigió hacia el otro lado del techo y luego se dejó caer al corredor de abajo. Hacia la marina, entonces. Era la única opción. Tenía que llegar allí, y esconderse hasta que zarpara el *Cormorán Negro*.

—Anton.

El susurro lo detuvo en seco. Se volvió y vio a Ephyra de pie en lo alto de una escalera. Sintió sorpresa y alivio.

—¿Ephyra? ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo has salido de la ciudadela? —preguntó Anton.

Los ojos de Ephyra brillaron ferozmente a la luz de la luna.

—¿Y tú cómo saliste de la ciudadela? —preguntó, a su vez, Ephyra, y la culpa carcomió a Anton—. Sé que Hector Navarro te sacó de la celda. Y sé que él fue tras Beru. Dime dónde están.

—Traté de ayudarla. Lo juro. Logré distraer a Navarro para que Beru tuviera tiempo de escapar. Y pudo huir. Fue a la estación de tren, con destino a Tel Amot. Pero hubo una pelea. Navarro se escapó. Es todo lo que sé.

Esperaba ira, pánico, repulsión por parte de Ephyra. Pero ella no reaccionó así. En cambio, vio preocupación en su rostro, vio que sus ojos lo evitaban. Después, ella asintió con un gesto firme.

—Él la encontrará, ¿no?

—No lo sé. No importa. Ephyra, tenemos que irnos. Mi hermano está aquí. Me ha encontrado. Él... —Anton se quedó mirando a Ephyra, su mandíbula tensa y sus ojos esquivos. Se dio cuenta de que ella nunca había respondido a su pregunta—. Entonces, ¿cómo has salido de la ciudadela, Ephyra?

—Era la única manera —dijo ella—. La única manera de salvar a Beru.

Por supuesto. Por supuesto, Ephyra había guiado a Illya hasta él. El pánico le retorció el

estómago a medida que sintió que el *esha* de su hermano se acercaba.

—Sé que esto no es lo que deseabas —dijo Ephyra con más emoción de la que Anton había visto en ella—. Pero me parece que te equivocas, creo que tu hermano no es quien tú crees que es.

—Es exactamente quien creo que es. Y tú tan solo... tú...

Se le cerró la garganta cuando otra figura apareció en lo alto de la escalera.

Illya.

El hielo recorrió la columna de Anton al ver el rostro de su hermano: la piel pálida y sin arrugas, las sombras bajo los ojos dorados. Anton volvió a mirar a Ephyra. Todavía no quería, no podía creer que ella lo hubiera traicionado.

—Nunca te despidas de mí, Anton —dijo Illya, y la tristeza impregnó su voz mientras descendía los escalones.

Ephyra lo miró con incertidumbre.

—Creía que ibas a esperar a que yo hablara.

—He cambiado de opinión —respondió Illya con desdén. Volvió esos ojos dorados hacia Anton—. Tampoco te despediste de mí la primera vez que te marchaste, cuando huiste en medio de la noche. La abuela y papá me culparon. Él me dio la peor paliza de mi vida.

—Hicieron bien. Estaba huyendo de ti.

—No, no es verdad —dijo Illya—. Tal vez es lo que necesitabas decirte a ti mismo en aquel entonces. Tal vez fuera más fácil así, pensar que todos tus temores se debían a tu hermano cruel y celoso. Pero no es cierto y, en el fondo, lo sabes.

Las palabras de Illya lo helaron. Lo que más quería era correr y no mirar atrás. Pero no lograba moverse. Respiró, temblando.

—Escapé porque me ibas a matar.

—¿Te refieres al lago? No, Anton. No intenté matarte, pero algo sucedió ese día. Algo que te asustó más que yo. Algo que, incluso ahora, no eres capaz de afrontar.

—Sé bien lo que sucedió.

—¿Sí?

—Yo... —Anton cerró los ojos. Estaba en el lago otra vez, con los músculos rígidos por la congelación, sintiendo las manos que lo hundían—. Yo...

«Aún no sabes de qué estás huyendo».

No podía dejar entrar al agua, aunque sus pulmones colapsaran. No podía entregarse. No podía dejarse hundir. No podía afrontar lo que lo esperaba en el fondo del lago.

—Yo no...

«¡Basta!».

«¡BASTA!».

—¡Anton! —Anton abrió los ojos y se encontró frente a Jude. No lo había visto llegar—. ¿Estás bien? —preguntó él.

El *esha* de Jude resonó como una tormenta a su alrededor. Anton vio la pequeña brecha entre los dientes frontales de Jude, el ceño fruncido, los ojos verdes que mostraban preocupación. Él no sabía cómo responder. La mirada de Jude pasó de Anton a Ephyra.

—Tú —agregó Jude, sorprendido—. No lo entiendo. Anton dijo que estabas intentando ayudarlo.

—Es simple —dijo Anton—. Ha cambiado de opinión y ha decidido traicionarme.

—Qué dramático —exclamó Ephyra—. No te he traicionado, he venido a buscar a Beru.

—Y lo has guiado hasta mí, de paso. Y a los mercenarios.

—¿Qué mercenarios? —preguntó Ephyra.

—Ah, puede que haya invitado a un par de amigos después de que tú y yo nos separáramos — comentó Illya, con aire despreocupado.

Cinco hombres doblaron la esquina. Iban vestidos con uniformes parecidos a los de los centinelas, pero grises y rojos en lugar de azules. Dos de ellos tenían enormes ballestas con engranajes de latón y pesadas cadenas de cobre. El resto blandía espadas. Anton percibió que ninguno de ellos tenía el poder de la Gracia. Eran mercenarios comunes y corrientes. Su fuerza bruta habría bastado para dominar a Anton.

Pero, por primera vez, Anton no estaba solo.

Jude dio un paso adelante para interponerse entre Anton y los asesinos, que se acercaban. La confusión nublaba sus rasgos, pero se aferró a la empuñadura de su espada.

—¿Cómo es posible? —preguntó, mirando a Illya—. Pero dijiste...

—Te mintió, Ephyra —intervino Anton—. Solo sabe mentir.

—Sé hacer otras cosas —dijo Illya, y movió la mano.

Al ver ese gesto, los mercenarios descendieron.

Jude era una visión efímera. Un segundo, estaba al lado de Anton, y al siguiente, se desdibujaba en un movimiento repentino: un remolino de capa azul, el destello de la luz de la luna en una hoja de plata.

Jude se enfrentó al primer asesino y lo hizo caer. Luego, giró y mantuvo a raya a otro. Durante los siguientes segundos, hubo un choque furioso del metal. Jude se defendió de los ataques de los mercenarios, siempre entre ellos y Anton.

Anton se apoyó contra la pared y buscó los ojos de Ephyra en medio del caos de la pelea.

No había arrepentimiento ni culpa en sus ojos. Solo determinación despiadada. Ella comenzó a darse la vuelta en dirección al muro que daba al patio.

—Atrapadla a ella también —gruñó Illya—. A los tres.

Dos de los asesinos se abalanzaron sobre Ephyra. Uno la sujetó del brazo y la arrastró lejos de la pared. Ella luchó contra el mercenario, con los brazos inmovilizados.

—¡Suéltame!

Anton vio que Ephyra miraba a Illya con furia.

—¿Qué pasó con los de ser *aliados*? —gritó.

Su hermano sonrió, una sonrisa que enfrió a Anton hasta la médula.

—Eres una buena aliada. Pero mejor prisionera, todavía.

Un gesto de desdén desfiguró el rostro de Ephyra.

—Debí haberte matado cuando tuve la oportunidad.

Pisó el pie de su captor. Él soltó un aullido de dolor, y un momento después, ella se liberó y se lanzó hacia Illya. En un instante, lo tiró al suelo, apoyó la rodilla contra su pecho, y presionó la mano contra su garganta como si fuera el filo de un cuchillo.

—Diles que se detengan —gritó ella—. Puedo hacer que tu corazón deje de latir antes de que vuelvas a respirar, y no necesito armas. Que se detengan. Ya.

Anton escuchó un chirrido y, en el tiempo que tardó en darse cuenta de lo que estaba sucediendo, uno de los asesinos disparó la ballesta. Ephyra se tiró a un lado, rodó por el suelo y quedó lejos de Illya. El dardo pasó cerca de ella, sobre el muro bajo.

Ephyra lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos, y luego salió corriendo. Saltó sobre el muro, hacia el siguiente tejado.

—¡Id por ella! —gritó Illya, y luego volvió su atención a Anton.

Jude era la única persona que se interponía entre los hermanos. Pero antes de que pudiera hacer un movimiento, los dos asesinos que flanqueaban a Illya levantaron sus ballestas y dispararon.

Anton se estremeció. La espada de Jude se movió para bloquear uno de los dardos. Esquivó el otro dardo, y con su espada cortó el aire, cerca de Illya.

El segundo dardo golpeó la pared al lado de Anton y se incrustó en la piedra. La cadena envolvió la muñeca de Jude y detuvo su espada a centímetros de la garganta de Illya.

El mercenario dio un tirón a la cadena. Jude se tambaleó, gritando. Levantó la vista, sus ojos verdes ardían ferozmente mientras se ponía en cuclillas para realizar un koah.

—No te lo recomendaría —advirtió Illya.

Jude gritó y se desplomó de nuevo, de rodillas. Anton sintió un temblor en el *esha* de Jude. Quería acercarse a él, pero sus instintos le gritaban que se quedara quieto. Illya se aproximó a Jude, que dejó escapar un quejido, echado en el suelo.

—¿Qué le has hecho? —exigió saber Anton.

—Nada permanente —aseguró Illya—. Estas cadenas se forjaron en el Fuego Divino. No quemarán la Gracia como las llamas, pero harán que su uso traiga un dolor imposible de concebir.

Jude alzó la cabeza.

—¿Fuego Divino? Imposible. Tú eres... —Dejó escapar otro murmullo de dolor—. ¿Te han enviado los Testigos?

Anton se volvió hacia su hermano. Todo el tiempo, había pensado que Illya estaba allí para vengarse de él, pero... ¿eso? Illya, ¿uno de los Testigos? Había sido un estúpido. Illya nunca se había preocupado por su linaje. Siempre había sentido resentimiento hacia Anton por su Gracia. Tenía sentido que se hubiera unido a los que justificaban su odio, a quienes le habían enseñado que lo que él detestaba (el poder de Anton) era lo mismo que lo condenaba.

—Lo entiendes rápido —dijo Illya—. Estoy casi impresionado.

—¿Qué quieres de Anton? —exclamó Jude y gimió de nuevo.

—Creía que era obvio —respondió Illya—. Después de todo, es lo mismo que tú quieres de él.

—¿De qué está hablando? —preguntó Jude mirando a Anton, su expresión velada por la agonía.

—Ah —dijo Illya, con tono ligero, divertido por la situación—. Qué interesante.

—Déjalo ir —replicó Anton, volviéndose hacia su hermano—. No es a él a quien buscas.

—Sí. A los dos. —Se arrodilló junto a Jude y le quitó el broche de la capa—. Guardián de la Palabra. Tengo la sensación de que el Hierofante estará muy contento conmigo cuando le entregue al líder de la Orden de la Última Luz.

Estaban acorralados. No había nada que negociar, nada que Anton pudiera ofrecer. No había trucos por probar. No había elecciones por hacer. El miedo que lo había llevado de ciudad en ciudad, que había agudizado su mente y acelerado su paso durante años, se disolvió repentinamente. El nuevo sentimiento que experimentó era el de la derrota.

Quizás Anton había sabido desde el principio que Illya algún día ganaría. Se las había ingeniado para postergar esa victoria, pero había terminado allí, de todos modos: sin poder escapar, sin poder evitar que lo hundieran.

Capítulo Cuarenta y dos

EPHYRA

Fue sencillo matar a los asesinos. Ephyra había robado tantas vidas que apenas registró el momento en que el *esha* dejó sus cuerpos, cuando cruzaron ese camino estrecho entre la vida y la muerte.

Ella no sabía nada de esos hombres que habían contratado para capturarla ni qué los había llevado hasta ese momento, en el tejado de la taberna. No le importaba. Con la mano en su garganta, miró los ojos vidriosos del mercenario y el rostro blanco y se imaginó a Illya Aliyev.

La ira que sentía al haber sido engañada era tan intensa y amarga como la sangre. Illya la había engatusado, se había ganado su confianza, con su mirada triste y unas pocas palabras dulces. Por supuesto que no quería proteger a Anton: él se lo había contado y ella no le había creído. Porque a pesar de todo lo que ella había hecho, todavía tenía un corazón tierno y tonto que no le permitía creer que alguien se volvería contra su propio hermano. Él la había usado.

Ella era la Mano Pálida. Nadie la usaba.

Pero Illya era la menor de sus preocupaciones. Cuando el segundo mercenario cayó al suelo, Ephyra redirigió su ira al origen, a Hector Navarro. Tenía que encontrar a Beru. Era lo único que importaba.

Unas pisadas resonaron por debajo. Reconoció que al menos eran dos personas, que caminaban con paso cansado e irregular.

—Dulce Endarra, ¿cómo sigues siendo tan malo para beber? —gruñó una voz ronca.

Ephyra se echó al suelo cuando las dos figuras doblaron la esquina. Uno de ellos era más alto que cualquier otro hombre que ella hubiera visto antes y parecía cargar la mitad del peso de su compañero más pequeño. Ephyra agachó la cabeza y rogó que los hombres no levantaran la vista.

—Estoy perfectamente bien, querido.

—Dices eso ahora, pero soy yo quien tendrá que atenderte mañana cuando te sientas mal y estés de mal humor. Sabes, no queda bien que un capitán comience cada viaje vomitando desde su propio barco.

—¿Qué hice para merecer a un marido capaz de tanta crueldad?

La risa del hombre alto estalló cuando pasaron debajo de Ephyra y los mercenarios muertos. A la delicada luz de la luna, podía distinguir marcas oscuras en la piel del hombre más alto. Era un sanador.

—Te recompensaré cuando lleguemos a Tel Amot —dijo el sanador con picardía.

Cuando se inclinó para susurrar algo al oído de su compañero, el corazón de Ephyra se aceleró. *Tel Amot*.

Antes de pensarlo dos veces, se arrastró por el borde del tejado y se dejó caer en un hueco entre las escaleras y la pared. La risa de los dos hombres se oyó más cerca. Entonces, Ephyra salió de las sombras y estuvo a punto de hacerlos tropezar.

—¡Lo siento mucho! —gritó.

—No hay problema —dijo el sanador—. Remzi apenas puede caminar, de todos modos.

El hombre más bajo hizo un gesto de fastidio.

—Qué cruel.

—Estaba bajando las escaleras —dijo Ephyra, señalando—, y les he oído decir que van rumbo a Tel Amot en barco.

Los dos hombres intercambiaron una mirada que Ephyra no pudo analizar.

—No aceptamos más pasajeros gratis a bordo —dijo el alto—. Ni apuestas. De ninguna manera.

—¿Cómo?

—Lo que Yael quiere decir es que no podemos ayudarte a llegar a Tel Amot —explicó Remzi—. Lo siento.

—Yo pagaría, por supuesto —gritó mientras ellos comenzaban a alejarse.

Los dos hombres se detuvieron. El más pequeño se dio la vuelta, con el rostro iluminado. Ephyra sacó un monedero.

—¿Esto bastará?

Se lo había robado a los dos mercenarios. Ya no lo necesitarían. Ephyra dejó caer el monedero, y Remzi se adelantó para atraparlo. Sus ojos se agrandaron al ver lo que había en el interior.

—Son casi doscientas virtudes —agregó ella—. Y si no es suficiente, también trabajaré. Lo que sea que necesitéis.

Remzi cerró el monedero y se lo dio a Yael por encima del hombro.

—Creo que esto estará bien. ¿Yael?

Yael balanceó el bolso en una mano ancha.

—Opino lo mismo.

—Encantado de tenerte a bordo —dijo Remzi, sonriendo mientras Yael guardaba el dinero—. Salimos a primera hora.

—Ni siquiera estarás sobrio a primera hora —lo regañó el sanador, mientras lo arrastraba. Luego, por encima del hombro le dijo a Ephyra—: Zarpamos al mediodía.

Ephyra hubiera preferido el amanecer, pero no importaba. Pronto, estaría camino a Tel Amot. Y desde allí, de vuelta al lugar al que nunca pensó regresar.

Ephyra volvería a casa.

Capítulo Cuarenta y tres

HASSAN

Hassan se despertó con el aroma del incienso. El calor lo envolvió mientras abría lentamente los ojos. Los rayos del sol se filtraban entre las hojas de palmera.

—Me alegra ver que estás despierto. —Una mano fría le tocó la frente. Volvió la cabeza y vio a Lethia, con los ojos arrugados de preocupación—. Tranquilo. Estás bien.

Se incorporó y miró a su alrededor. Se encontraba en la tienda del sanador, en el ágora. Penrose estaba sentada en un cojín al pie de su catre y se levantó.

—Príncipe Hassan.

Hassan apartó la delgada manta y trató de levantarse. La manta se enredó, y él intentó patearla.

—¿Qué pasó? —preguntó—. ¿Alguien más resultó herido?

—¿En qué estabas pensando, al cargar así contra los Testigos? —dijo Lethia—. ¡Estuvieron a punto de matarte!

—Le dije que no se moviera —lo amonestó Penrose.

—Veo que vosotras dos habéis decidido ponerlos de acuerdo —murmuró Hassan—. ¿Qué sucedió con el templo?

La imagen de las llamas en la puerta ardía en su mente.

—Apararon el fuego —respondió Penrose—. Aparecieron los centinelas, y los Testigos huyeron. Varios fueron asesinados, incluido el que te hizo daño.

—¿Alguien más resultó herido? —preguntó Hassan de nuevo.

Penrose no respondió. Lethia también guardó silencio. El corazón de Hassan se aceleró. No podía soportar no saberlo ni un segundo más. El rostro de Khepri al alejarse todavía flotaba en su mente. Ella tenía que estar bien, sí o sí.

Entonces, Hassan pasó junto a las dos mujeres y se abrió paso a través de las cortinas que separaban su cama del resto de la tienda.

Y enseguida se topó con Khepri.

—¡Príncipe Hassan! —gritó sorprendida, pero no se apartó. Él contempló su rostro, la suciedad y el horror de la pelea todavía visibles.

Sin pensarlo, la abrazó, la acercó a su cuerpo, apoyó su rostro sobre el hombro de ella.

—Hassan —dijo ella, y su voz sonó más dulce, más temblorosa, más insegura que nunca.

—Estás a salvo —murmuró él sin mover la cabeza.

Él dio un paso atrás, y sostuvo el rostro de Khepri entre sus manos. Ella cerró los ojos cuando él la tocó. La sangre se secaba en su frente, la suciedad manchaba sus mejillas, y Hassan estaba seguro de que era lo más hermoso que había visto en su vida.

—Khepri —suspiró, acercándose a ella, sin poder resistirlo. Ella abrió los ojos, y él advirtió que estaban enrojecidos. Las lágrimas comenzaron a dejar huellas en la suciedad de su rostro—. ¿Qué pasó?

—Es Emir. El acólito... El fuego. —Ella dejó escapar un suspiro tembloroso—. Emir estaba en el templo, defendiendo a los otros acólitos, tratando de sacarlos a salvo del edificio. —Él supo lo que ella diría antes de lo que dijera—. No sobrevivió.

Escuchar las palabras en voz alta fue como recibir un golpe en el pecho. Emir, el viejo acólito a

quien había defendido de los Testigos. El que había descubierto su verdadera identidad. El que había guiado a la Orden hasta Palas Athos.

Emir, a quien Hassan había visto en su visión, de pie a su lado, sobre el faro de Nazirah.

Era imposible. Hassan lo había visto.

—¿Estás segura? —La pregunta arañó su garganta. Ella asintió, con los ojos vacíos igual que el corazón de Hassan—. Me acabo de enterar. He venido a decírtelo.

Era imposible. Emir había aparecido en la visión de Hassan. Se suponía que él estaría junto a ellos cuando reconquistaran Nazirah. No podía estar muerto. Llegaron gritos del exterior de la tienda que quebraron el silencio. Parecía que se había reunido una multitud. Hassan le lanzó una mirada a Penrose.

—¿Qué está pasando? —le preguntó.

—Id —dijo Penrose amablemente—. Os están esperando.

Hassan miró a Khepri, inquieto. Todavía había lágrimas en sus mejillas. Él no se movió.

—Ve —confirmó Khepri.

Aturdido, salió. En el exterior, estaban reunidos el resto del ejército y los refugiados. Una voz se elevó sobre el resto, y la mirada de Hassan se posó en Osei, que estaba de pie frente a los demás. El resto de la Guardia estaba detrás de él.

—Hace un mes, los Testigos tomaron la ciudad de Nazirah bajo el mando de un hombre que se llama a sí mismo el Hierofante —dijo Osei—. Él cree que los Agraciados son una plaga, una que él ha prometido exterminar. Ha llenado los oídos de sus seguidores con mentiras malvadas, mentiras que continúan extendiéndose por toda la tierra de Herat y más allá. Mentiras que han separado familias y han sembrado el miedo en los corazones de muchos. Mentiras que revelan qué clase de persona es el Hierofante. —Hassan miró a su alrededor. Los refugiados y los soldados estaban paralizados, cautivados por Osei. Lentamente, con un espanto que crecía más y más, Hassan se dio cuenta de lo que estaba sucediendo—. Pero los Profetas predijeron el ascenso del Hierofante al poder. Vieron la oscuridad que él traería. Por el bien de la humanidad, lo mantuvimos en secreto hasta ahora, pero es real. Hay una profecía que anticipa la llegada del Hierofante y la Era de la Oscuridad que vendrá.

Susurros de asombro y de miedo se extendieron por la multitud. Hassan se quedó allí parado, en un remolino de pensamientos. Tenía que detener a Osei. Tenía que evitar que dijera nada más.

Pero sus piernas pesaban como el plomo. En su boca no había palabras. Solo podía quedarse allí parado y escuchar.

—Pero la última profecía de los Siete Profetas hablaba de algo más que oscuridad —continuó Osei—. También vieron la luz. Un nuevo profeta, nacido casi un siglo después de la desaparición de los Siete. Un profeta que puede ver el futuro y detener a los Testigos. Un profeta que vive entre nosotros. —Osei extendió la mano y sus ojos se clavaron en Hassan—. Él está aquí. El príncipe Hassan Seif, el heredero al trono de Herat, es el Último Profeta.

La multitud miró a Hassan. Había asombro en sus rostros. Algunos incluso tenían lágrimas en los ojos.

Hassan apenas podía respirar.

—Nuestro Profeta ha visto nuestro futuro y vislumbró nuestro destino para detener al Hierofante y la Era de la Oscuridad. Esta es una batalla por el futuro de un reino. Seguid al Profeta y ayudadnos a liberar a la gente de Nazirah y proteger a los Agraciados. Seguid al Profeta, y todos nosotros, el pueblo de Herat, de Palas Athos, de las otras Seis Ciudades y más allá, lograremos salir de la oscuridad y caminar en la luz.

—¡Los Testigos no nos vencerán! —gritó alguien en la multitud—. Los derrotaremos. ¡Estoy

con el Profeta!

—¡Estoy con el Profeta! —gritó otro.

El juramento reverberó entre la multitud. Paladines, soldados y refugiados por igual. Todos creían en Hassan.

—¡Estoy con el Profeta!

Sus miradas se estrellaron sobre Hassan como olas, tan poderosas que tuvo que apartar la vista. Sus voces se convirtieron en una letanía cuando alguien susurró en lo profundo de su mente: «Tú no eres el Profeta».

Si Emir, que estaba en la visión, había muerto, ¿qué ocurriría con lo demás?

¿Qué había tenido realmente Hassan, una visión o un sueño?

«Tú no eres el Profeta».

No podía ser una mentira. Él lo había visto. Había parecido real, verdadero. ¿O solo se había convencido de que era así? Emir estaba muerto. La visión no podía ser cierta. Entonces, ¿en qué se convertía Hassan? Si él no era el Último Profeta, ¿qué era?

Un príncipe sin reino. Un muchacho sin el poder de la Gracia. Un mentiroso.

Parte Tres
LA TORRE

Capítulo Cuarenta y cuatro

BERU

Medea ya no era un pueblo: era un cementerio.

Los cadáveres de sus antiguos habitantes yacían en la misma posición del momento de su muerte, pero con el paso del tiempo se habían convertido en huesos y polvo. Nada los había alterado: ya ni los chacales ni los gatos monteses se aventuraban allí. No había pájaros cantores en los árboles. Las hormigas y las cigarras habían huido.

Beru había recorrido un largo camino para llegar al lugar donde todo había comenzado.

Hector le había concedido su petición de regresar a Medea. Era Beru quien había dudado, Beru quien se había demorado después de que el tren llegara a la estación de Tel Amot. No porque temiera lo que le esperaba, sino porque no podía enfrentarse a lo que había dejado atrás. En ese momento, en ese lugar, su pasado y su futuro convergieron: dos extremos de un mismo hilo, un comienzo imposible y un final inevitable.

Lo único que se escuchaba, mientras se dirigían a la plaza, era la tierra seca que se resquebrajaba bajo sus pies. Allí, solía haber puestos donde los habitantes vendían sus productos y mercancías a las caravanas que pasaban. Beru aún recordaba el olor de la carne asada y la masa frita, casi podía escuchar las risas de los niños y las voces mezcladas de los vecinos que chismorreaban y los comerciantes que negociaban.

Ya no había sonidos. Arcos de arenisca flanqueaban cada entrada a la plaza. Las tiendas de techo plano, con sus toldos cubiertos, estaban vacías.

Hector se detuvo al lado de Beru.

—Este pueblo está vacío —dijo Hector, mientras recorría la plaza con sus ojos oscuros.

Detrás del Templo de Behezda y la vieja torre del reloj que se había congelado para siempre a las doce en punto, un sicómoro retorcido brotaba de la tierra agrietada.

Cinco esqueletos yacían enterrados a medias en la tierra que lo rodeaba. Uno era pequeño, de un niño que no debía de haber tenido más de ocho años.

—Están todos muertos —dijo Hector.

Beru no estaba lista para ver la expresión en su rostro. Apenas podía comprender la escena que se desplegaba a su alrededor, a pesar de que sabía perfectamente qué esperar. Ella había elegido ir allí, regresar a casa, incluso sabiendo lo que quedaba de ella.

—Tus padres y tu hermano no fueron las primeras personas inocentes en morir por mi culpa.

Hector inhaló bruscamente.

—Este fue el precio de mi resurrección. —Solo entonces Beru miró a Hector.

—¿Cómo sucedió? —preguntó él, con voz áspera.

Beru tuvo que valerse de la poca energía que le quedaba para recordar ese día horrible.

—Ella no quiso matarlos —susurró—. Cuando me vio muerta, me tomó del brazo y...

—No —dijo Hector—. No me refería a eso. ¿Cómo moriste?

La pregunta la sorprendió. ¿Cuál era la diferencia para él? Tal vez solo fuera la última pieza en un rompecabezas que Hector había pasado los últimos cinco años tratando de montar. ¿Qué tragedia podría haber originado la muerte de su familia? ¿Qué elección había empujado a la siguiente, y la siguiente, y la siguiente, que los había llevado hasta allí?

—Enfermé —respondió Beru—. Nuestros padres, también. Y muchos de los otros aldeanos. Hubo una hambruna ese año, y la falta de alimento nos hizo a todos más vulnerables.

—No fue por eso, ¿verdad?

Ella desvió la mirada. Había más, pero nunca lo había dicho en voz alta. No era nada que supiera con certeza, solo una pregunta persistente que nunca había tenido el valor de formular. Su enfermedad no la había afectado rápidamente. Había sido lenta, gradual, tanto la primera vez como las siguientes.

—Ephyra intentó curarme. Lo había hecho antes, había curado a otros. Nuestros padres le habían prohibido que usara su Gracia. Trataron de mantenerla en secreto, pero a veces oíamos hablar de niños enfermos y ella los ayudaba. Pero por alguna razón, esa vez, la sanación no duró. Comencé a mejorar durante algunos días, pero, de pronto, volvía a enfermar. Peor que antes. Cada vez tardaba más en curarme. Ephyra siempre se ha culpado a sí misma por no haberme sanado antes de que muriera. —Beru miró la plaza vacía. Era allí, en ese lugar que guardaba su pasado y su futuro, donde podía enfrentar aquella última pregunta sin respuesta—. Pero creo que tal vez siempre fue mi culpa. Mi cuerpo siempre funcionó mal, algo que Ephyra no podía solucionar. Que nadie podía solucionar. Tal vez no fue resucitar lo que me hizo quien soy. Tal vez siempre estuve destinada a morir.

En los ojos de Hector, ella no vio horror ni confusión, sino resolución. Miró la espada en su mano. Cualquiera respuesta que hubiera estado buscando, por fin la había encontrado. Y Beru, a pesar del miedo y la culpa, sintió alivio.

—Te daré un buen funeral —dijo él—, igual que el que le di a mi familia.

Beru asintió, sin decir nada, sin confiar en sus propias palabras. *Quiero ir a casa*, le había dicho a Hector en el tren. Ya estaba allí. Y estaba atemorizada. No quería morir. Pero tampoco podía soportar el coste de su vida.

Beru se quedó de espaldas al sicómoro y se enfrentó al final de su vida. No apartó la mirada cuando Hector desenvainó la espada. Solo cuando él levantó su arma, ella cerró los ojos.

Contuvo el aliento mientras la espada descendía cantando.

Capítulo Cuarenta y cinco

JUDE

Lo primero que Jude sintió además de dolor fue el súbito impacto del agua fría.

Se puso de pie enseguida. El mundo entero se tambaleó, y él volvió a trastabillar. Estaba aturdido. El suelo se mecía bajo sus pies. Se había desmayado en algún momento, sin duda. Lo último que recordaba era el metal frío contra la piel, el dolor ardiente...

—¡Por fin, se despierta!

Jude luchó por incorporarse, apoyado contra la pared. Tenía grilletes pesados alrededor de las muñecas. Dos hombres, ambos de piel clara y más altos que él, estaban de pie en un rectángulo de luz. Los reconoció. Eran los asesinos de El manantial oculto.

El miedo se inyectó en su sangre, y por instinto se movió hacia adelante para realizar un koah. Pero los grilletes le quemaron la piel y una llamarada de dolor lo desgarró. Se recostó de nuevo, sin aliento. Se volvió hacia un lado entre arcadas. Sentía que su estómago se había convertido en cenizas. Su piel ardía con el mismo dolor candente que había sentido con la cadena del asesino. Esos grilletes también debían estar forjados en Fuego Divino.

Jude ya no era dueño de su Gracia.

—Míralo —dijo uno de los mercenarios, inclinando la cabeza. Una larga cicatriz subía desde su mandíbula hasta su ojo—. Son realmente patéticos cuando les quitas su poder. Apenas si puede sostenerse en pie.

El otro mercenario sonrió y se acercó a Jude. Algo en su cintura le llamó la atención. La empuñadura de una espada, grabada con un diseño familiar.

—Ah, te gusta mi espada, ¿verdad? —preguntó el mercenario, con una mano en la empuñadura—. Creo que me queda bien.

La Espada del Pináculo. Sin pensarlo, Jude se abalanzó sobre él. Las cadenas se tensaron, y terminó en el suelo.

El mercenario chasqueó la lengua y se agachó para sujetarlo del pelo. Levantó la cabeza de Jude y dejó al descubierto su garganta.

—De todas formas, quizás la venda —reflexionó, y su aliento tibio tocó la mejilla de Jude—. Apuesto a que obtendría bastante dinero. Casi tanto dinero como por ti.

Jude se estremeció al ver los crueles ojos grises del mercenario.

—¡Ey! —gritó el de la cicatriz—. Se supone que no debemos hacerle daño.

—Ay, ¿ni siquiera un poco?

Giró la cabeza de Jude hacia un lado y luego hacia el otro.

—Illya dijo que no. No quiero darle a esa serpiente ninguna razón para que no nos pague. ¿Tú sí?

En el rostro del mercenario de ojos grises apareció una mueca de fastidio.

—¿Qué crees que hará el Hierofante con él?

Jude apenas pudo respirar cuando el mercenario lo sujetó con más violencia. Nunca antes había estado tan indefenso.

—Sea lo que sea, espero poder verlo —dijo el de ojos grises, bajando la voz como si le hablara a Jude.

—Démosle la comida y salgamos de aquí.

El mercenario de ojos grises tiró a Jude al suelo.

—Come —dijo con una sonrisa desagradable cuando el otro dejó caer un cuenco al suelo. Tenía un líquido marrón, desagradable, que se derramó con el movimiento. Riendo, los dos mercenarios se marcharon.

La puerta volvió a cerrarse de golpe, y Jude, desesperado, tomó una bocanada de aire. Recuperó el aliento, mientras se acurrucaba y trataba de mantener la calma. Se sentía vacío, como si le hubieran arrancado algo y dejado las costuras abiertas.

Respiró otra vez, temblando, y una vez más, y otra, y trató de concentrarse. Estaba en un recinto húmedo y oscuro, ¿una celda? La madera de la pared se clavaba en su columna vertebral. No era solo su impresión, el suelo realmente se mecía.

Estaba a bordo de un barco.

—Así que estás despierto.

Una voz se escuchó a través del silencio frágil. Jude se volvió hacia la pared lateral de su celda, una división improvisada, hecha de tablones. A través de los huecos del tamaño de un dedo que había entre tablón y tablón, distinguió otra figura: Anton.

Ni siquiera sabía que había alguien más con él. Si hubiera sido capaz de usar su Gracia, habría escuchado el latido del corazón de Anton, su aliento. Jude se sintió ciego.

—¿Hace cuánto que...?

Desde el otro lado de la pared, se oyó el ruido de las cadenas que se movían.

—Has estado inconsciente... un rato. No sabía lo que te habían hecho en la taberna. Esas cadenas...

—Fuego Divino —dijo Jude—. Ese hombre dijo que fueron forjadas en Fuego Divino. Es el arma de los Testigos. Extirpa la Gracia con su ardor.

Jude trató de hablar con tono llano, pero el dolor persistía en su voz. Recordó los rumores que había oído sobre el Hierofante, incluso antes de venir a Palas Athos. Que de alguna manera, él podía evitar que las personas usaran su Gracia. Al menos ahora, Jude sabía cómo había empezado ese rumor. Pasó un momento antes de que Anton respondiera.

—Es... ¿Es permanente?

—No lo sé.

Jude cerró los ojos, no quería pensar en eso, en la posibilidad de que ese dolor, ese vacío, persistiera incluso después de que le quitaran las cadenas.

—Pero te duele, ¿no? —dijo Anton, con timidez—. Lo vi, en la taberna, y ahora sueñas...

Jude sabía cómo sonaba: derrotado. Y lo estaba. Estaba completamente a merced de esos hombres. Si así lo querían, podían someterlo al dolor por el resto de su vida. Aunque no viviría mucho así, de todos modos.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Jude después de un momento, mirando hacia la pared que los separaba—. ¿Te han hecho daño?

—No —respondió Anton—. A mí no me han hecho daño.

La breve pausa entre sus palabras se instaló incómodamente en el aire viciado. El recuerdo de Anton en la taberna, su expresión de terror, pasó por la mente de Jude.

—Sabías que te estaban buscando —dijo Jude—. En la taberna, no lo dudaste. ¿Qué quieren los Testigos de ti?

—No lo sé.

Tenía que ser una mentira. Jude lo sabía, incluso sin el poder de su Gracia, que lo hubiera ayudado a percibir la respiración agitada de Anton, la aceleración de los latidos de su corazón.

—Dime la verdad, Anton. Te encontraron con la Mano Pálida. Te persigue alguien conectado a los Testigos. ¿Por qué?

—No lo sé, de verdad.

—Estás mintiendo —dijo Jude, cada vez más enfadado—. Ese hombre, Illya...

—No. —La voz de Anton temblaba—. No digas su nombre.

La ira de Jude se apagó.

—Pero lo conoces.

Volvió a pensar en la expresión de Anton cuando Jude se había interpuesto entre él e Illya. Era horror, el espanto que había cortado la duda de Jude igual que un cuchillo.

—Es mi hermano —respondió Anton al cabo de un rato—. Pero no sabía que él estaba conectado con los Testigos. Lo juro. —Jude hundió la cabeza entre las rodillas—. Lo siento —dijo Anton, su voz calmada en medio de la respiración entrecortada de Jude.

—No tienes por qué.

El silencio se volvió más tenso. Jude deseó poder culpar a Anton, pero no era su culpa. Nada era su culpa. Jude había atado su suerte a la de él, imprudentemente, en la taberna. ¿Cómo se le había ocurrido perseguir a Hector, seguirlo a través de un océano? ¿Ir detrás de un hombre que lo había abandonado, que había roto su juramento, le había dado la espalda a Jude como si no significara nada para él?

Nunca debería haber dejado al Profeta.

No: nunca debería haber ido a Palas Athos, ni aceptado el título de Guardián. Sabía que solo se deshonraría a sí mismo, a la Orden, a su padre. Cada duda en su corazón había sido correcta. Había abandonado al Profeta. Había perdido la Espada del Pináculo. Había tirado por la borda cien años de legado y de esperanzas.

—Le he fallado —dijo en voz baja, a medida de que tomaba conciencia.

—Navarro tomó sus propias decisiones —respondió Anton—. No era tu responsabilidad detenerlo, no importa lo que pienses.

—No a Hector.

El alivio se apoderó de Jude al decir las palabras, como si, finalmente, el peso de la mentira que se había contado a sí mismo hubiera desaparecido. La mentira que decía que estaba a la altura de la tarea que le habían encargado, que afirmaba que un día sería capaz de disipar todas las dudas y evitar todos los pasos en falso, y dedicarse a lo único, lo único que importaba. Durante diecinueve años, él había cargado esa mentira, y por fin había decidido soltarla.

—Le he fallado al Profeta —agregó Jude.

Anton se quedó sin aliento. El silencio se volvió más hondo. Y luego Anton dijo:

—Jude...

Una tensión parecida al dolor desgarraba la voz de Anton. Se oyó una respiración entrecortada. Luego, hubo silencio otra vez.

Jude apartó la mirada de la pared que los dividía. Nada de lo que Anton pudiera decir cambiaría la realidad. Jude había fracasado. Ya no importaba lo que fuera a sucederle.

Capítulo Cuarenta y seis

HASSAN

Hassan guio la procesión desde la escalinata del Templo de Palas a la tumba que habían cavado bajo el ágora. Los refugiados y otros acólitos besaron sus palmas y las tocaron mientras se abrían camino.

Un rato antes, Hassan había estado en el templo mientras lavaban el cuerpo de Emir en el estanque adivinatorio. Los cadáveres, silenciosos e inmóviles, se limpiaban allí, igual que los bebés llorones. Eran las Primeras Aguas y las Últimas.

Una vez que terminaron, un acólito con la Gracia de la Sangre dibujó los patrones de desunión en el cuerpo de Emir con un aceite de consagración de olor dulce. Los otros lo vistieron con las tradicionales ropas de color lila de los acólitos y anudaron la faja de un modo especial, que simbolizaba el flujo de *esha* que volvía al mundo. Cortaron un mechón de su cabello gris y lo sellaron en una botella de aceite.

—Él hubiera querido que usted lo tuviera —dijo el acólito mientras depositaba la botella, azul como una gema, en la mano de Hassan.

Hassan no se merecía ese relicario, la última muestra de la vida de Emir.

Sin embargo, la aceptó, y la guardó en el bolsillo de su pecho, junto a la brújula de su padre y a su corazón.

El sol estaba alto y hacía calor cuando llegaron a la tumba. Encendieron siete antorchas y las clavaron en el suelo, junto a él.

Hassan se estaba limpiando el sudor de la frente cuando uno de los acólitos se enfrentó a los dolientes y comenzó a hablar:

—Bendecimos este *esha*, la energía sagrada que pertenecía a Emir, y oramos por su liberación y regreso seguro a la tierra. Que lo guíe la Gracia del Profeta sin nombre, que vagó por la Tierra, el protector de todos los que han sido olvidados, los que no tienen nombre, los que están perdidos.

Esa bendición se había repetido en los ritos funerarios durante siglos, en todo el mundo, pero aquel día Hassan sentía que también estaba dirigida a él. ¿Qué era él, además de alguien que estaba perdido? Creyó que seguía un camino, uno que los Profetas habían diseñado para él hacía un siglo, pero había descubierto que era un desvío.

Pensó que había visto su destino desplegarse ante sus ojos, claro y vívido, pero se había disuelto como humo. Se suponía que Emir debía acompañar a Hassan a Nazirah. En cambio, estaba en una tumba. Emir se había equivocado respecto a Hassan. Y le había costado la vida.

La tarde dio lugar al crepúsculo mientras llenaban de tierra la tumba de Emir. Los que habían seguido la procesión, poco a poco comenzaron a regresar al ágora. Hassan se quedó. La Guardia mantuvo la distancia, tal vez en respeto al duelo de Hassan. Pero era la culpa, no el dolor, lo que lo mantenía firme allí. La culpa y la vergüenza.

El aroma a tierra y cítricos perfumaba el aire cuando alguien se detuvo a su lado. Khepri. Permanecieron un momento en silencio, de cara al sol que desaparecía.

—Sé que es difícil —comenzó a decir Khepri, titubeando—. Yo también le tenía afecto. Pero, príncipe Hassan, por favor, ahora no es el momento de perder de vista la misión.

Hassan no la miró. Él sabía lo que diría a continuación. La había evitado, y había huido de

todos los demás, tanto como había podido durante los últimos días. No sabía qué decir. Cómo desentrañar las cosas que había puesto en marcha con su esperanza, arrogancia y mentiras.

—Te has perdido reuniones tácticas —dijo Khepri—. Apenas has hablado con los soldados, ahora que es cuando más necesitan oír tu voz. La Orden ya ha zarpado, y los barcos de tu tía están listos. A pesar de que lo sucedido es cruel, no hay tiempo para la tristeza, Hassan.

—Lo sé.

Su voz sonó ronca, sin revelar emoción.

—Emir creyó en ti y en nuestra causa. Quería que lucháramos, que no nos rindiéramos cuando estamos tan cerca del futuro que viste. No puedes...

—Él estaba allí —dijo Hassan—. En mi visión. Emir estaba allí. A mi lado, en el faro. Él estaba allí. Lo vi allí, conmigo, mientras nuestras fuerzas combatían a los Testigos. Pero está muerto. ¿Cómo puede ser verdadera la visión si un hombre cuyo cadáver acabamos de enterrar me acompañaba?

—Eso no significa nada. No significa que nada de... —respondió Khepri, incrédula y sorprendida.

—¿Significa mucho! —vociferó Hassan. Todo lo que había estado escondiendo desde el ataque de los Testigos salió a la superficie. Cada pensamiento que había recorrido su mente, cada duda que no se había permitido tener. Todo emergió, tras días de culpa, vergüenza y rabia—. Creía que lo que veía era el futuro, mi destino, una forma de detener la Era de la Oscuridad. Pero fue un sueño ridículo e ingenuo. Lethia tenía razón. Tenía tantas ganas de creerlo, que así lo hice, pero ya no puedo más.

Hassan cerró los ojos. Sabía lo que tenía que hacer, pero eso significaba renunciar a todo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Khepri, y su voz temblaba de desesperación.

—No soy el Último Profeta, Khepri. No tengo respuestas, ni para ti, ni para la Guardia, ni para las personas que me siguen. Si yo fuera el profeta, lo sabría. Si tuviera una Gracia, la sentiría. Pero no. No tengo poderes. Es hora de que deje de fingir que sí.

—¿Quieres renunciar a luchar contra los Testigos? —preguntó ella, como si la hubieran traicionado—. Hassan, no. La Orden es la clave para recuperar a Nazirah. Si les dices esto, se acabó. No lucharán por nosotros, no si no creen que se cumplirá su profecía.

—Lo sé. Sé a lo que renuncio. —Sin la Guardia a sus espaldas, sin Khepri a su lado, sin su ejército delante, no tenía nada—. Pero no puedo mentirles y enviarlos a la batalla.

—¿No sabes si es mentira! Que parte de tu visión sea falsa no significa que no...

—Sé lo suficiente, lo suficiente para dudar, lo suficiente para saber que debería contárselo, en lugar de dejar que otras personas mueran por una mentira.

Emir, que había dado su vida por una mentira, que había creído en él, le había dicho que cumplía con todas las señales. Cuando Hassan recordó esa conversación, sintió ganas de reírse. Las luces en el cielo. La profecía de Nazirah. ¿Realmente había estado tan convencido por un puñado de coincidencias? ¿Había estado tan deseoso de creerlo?

La gente creía lo que quería creer. Cuando parecía que el Último Profeta había llegado, la Orden de la Última Luz no lo había cuestionado. Querían que él fuera el profeta, pensar que su salvador había llegado. Hassan también lo había deseado. Y había sido muy fácil convencerse de que era verdad.

—Aunque no seas el Profeta, sigues siendo el príncipe de Herat —dijo Khepri con determinación—. No necesitamos una visión del futuro para decirnos que es nuestro destino enfrentarnos a los Testigos. Ya lo es. Así se dispuso cuando tomaron Nazirah, cuando usaron su Fuego Divino para torturar a los nuestros, cuando nos atacaron aquí. Mientras los Testigos tengan

la llama del Fuego Divino y el Hierofante camine sobre la Tierra, todos los Agraciados estamos en peligro. Piensa en tu familia, Hassan. Tus padres. Si renuncias, pondrás en riesgo a todos los herati.

—¿Acaso crees que no lo he considerado?

La ira estalló en su pecho. La ira era mucho más fácil, mucho más simple, que el dolor que amenazaba con partir su corazón en dos. Pero Khepri levantó la barbilla, negándose a dejarse intimidar.

—Creo que todavía tienes miedo. Fuera falsa o no esa visión, até mi destino al tuyo cuando vine aquí a Palas Athos. —Ella tomó el rostro de él entre sus manos, igual que él lo había hecho después del ataque de los Testigos—. Puede que no seas el profeta elegido, pero sigues siendo el que yo elegí. Entonces, dime, ¿eso también fue un error? ¿Elegí al hombre equivocado?

No lo sé, pensó él, impotente. Con cuidado y ternura, apartó las manos de Khepri.

—No sé por qué me elegiste. No sé por qué me elegirías, ni siquiera ahora, pero los otros también merecen elegir. —El dolor y la decepción nublaron el rostro de Khepri—. Quiero que reúnas al ejército y la Guardia en las puertas del templo esta noche. Voy a hablar con ellos. Veremos lo que deciden.

Comenzó a alejarse de ella, pasando los antiguos monolitos que bordeaban el cementerio. Delante, parpadeó la luz brillante de una antorcha, en dirección a él.

—Me imaginaba que te encontraría aquí.

Era Lethia. La luz proyectaba sombras en su largo rostro.

—¿Va todo bien? —preguntó él.

—Sí —respondió Lethia—. He venido a decirles que los barcos están listos para zarpar hacia Nazirah mañana por la mañana. También me iré a Charis, según lo planeado.

«Mañana por la mañana». No había tiempo para reflexionar.

—Khepri, ve a reunir a los demás. —Él no la miró mientras hablaba—. Al ejército y la Guardia. Necesito hablar con mi tía.

Khepri no se movió.

—Hassan, piensa en lo que estás haciendo, te lo ruego...

—Khepri.

Ella se puso rígida ante su tono brusco.

—Sí, Su Excelencia.

Las palabras se le clavaron como puñales, pero Hassan no reveló lo que sentía mientras Khepri desaparecía en la noche. Se volvió hacia Lethia una vez que estuvieron solos.

—Pasa algo, ¿no es así?

—Hemos recibido noticias de Nazirah —dijo Lethia vacilante—, de un informante que está en la ciudad.

Las palabras sacudieron a Hassan.

—¿Y?

La expresión de Lethia era seria.

—El Hierofante ordenó la ejecución del rey. La sentencia se llevó a cabo hace dos días.

El corazón de Hassan dejó de latir durante un instante. Tenía que haber un error. Su padre lo estaba esperando, esperando que Hassan lo liberara de los Testigos. Juntos, recuperarían el país.

—Tu padre está muerto, Hassan —agregó Lethia en un susurro—. Lo siento mucho.

Las palabras resonaron, vacías, y ahogaron todos los demás sonidos. Pensó en el Hierofante, en el Fuego Divino que ardía en el cuerpo de Reza, en las llamas que lamían el Templo de Palas. La imagen del rostro de Emir, pálido y muerto, flotaba ante él. La imagen se transformó, y no fue la

cara de Emir la que vio, sino la de su padre. La risa y el asombro en sus ojos cuando veía a Hassan y su madre entrenar en el patio del palacio. Las arrugas en la frente mientras unía engranajes, alambre y vidrio en el taller del palacio. La sonrisa que le dedicaba a Hassan para mostrarle que estaba orgulloso. Una sonrisa que Hassan nunca volvería a ver.

Cada recuerdo hacía que su sangre ardiera más.

—¿Hassan?

Él miró a su tía, sus rasgos severos suavizados por los ojos grandes y preocupados. Ojos del mismo color que los de su hermano. Cuando Hassan los miró, vio a su padre.

Tocó la brújula que llevaba en el bolsillo con una mano temblorosa. Sabía exactamente lo que haría.

—Lo juro —dijo—, haré todo lo que esté a mi alcance para que el Hierofante pague por sus actos. Zarparemos hacia Nazirah mañana. Y será mejor que esté preparado para nosotros.

Capítulo Cuarenta y siete

BERU

El sonido del metal contra la madera rompió el silencio.

Los ojos de Beru se abrieron al instante. La espada de Hector estaba a centímetros de su cabeza, enterrada en el tronco del sicómoro.

Ella estaba ilesa. La sorpresa y el alivio la abrumaron, y se le doblaron las rodillas. Se dejó caer al suelo, temblando. Vio a Hector de pie junto al árbol, mirando hacia un costado, el cuerpo tenso y la respiración irregular y agitada.

—No puedo —dijo, con dolor. Él también estaba temblando—. No puedo.

Asomaron lágrimas por los ojos de Beru. No encontraba las palabras.

Hector levantó la vista despacio y la miró a los ojos con sus ojos oscuros.

—No puedo matarte. ¿Por qué no puedo matarte? —Ella sacudió la cabeza. Hector sacó la espada del tronco del árbol y agregó—: Tengo que hacerlo. Solo así conseguiré impedirlo.

«¿Impedir qué?», quiso preguntar Beru, pero ningún sonido salió de su boca. Volvieron a mirarse.

—¿Qué fue lo que dijiste? ¿Que mi familia no volverá a la vida aunque te mate? Ya lo sé. Crees que te he perseguido por venganza. Es lo mismo que pensó Jude. Pero ambos están equivocados. La muerte de mi familia es lo que me trajo a ti, pero no es esa la razón por la que debes morir.

—Entonces, ¿por qué? —logró preguntar ella.

Beru necesitaba saberlo. No por qué tenía que morir, sino por qué estaba viva. Sabía que la respuesta a ambos interrogantes sería la misma.

—Cuando mi familia murió, me llevaron a la Orden de la Última Luz. Allí, me criaron, me entrenaron y, llegado el momento, hice un juramento y me uní a sus filas. Conocí el secreto que han estado guardando durante un siglo. Una profecía.

Un escalofrío la recorrió, como si el calor del sol se hubiera evaporado momentáneamente.

—¿Hay otra profecía?

A Beru le parecía impensable.

—La profecía predice el fin de la Gracia y la destrucción del mundo tal como lo conocemos. Una Era de la Oscuridad, traída por tres presagios. El falso. La pálida mano de la muerte —explicó Hector, y Beru ahogó un grito—. Y el último presagio: lo que duerme en el polvo se levantará.

Era ella. En cuanto Hector articuló esas palabras, ella lo supo: conocer su verdadera identidad eclipsó todos los demás pensamientos.

Era una criatura de la oscuridad.

—Debería matarte. Debería acabar con tu vida. Matarte para evitar que llegue la Era de la Oscuridad.

Hector se aferró a la empuñadura y se acercó a ella de repente. Beru se estremeció instintivamente. Pero cuando miró hacia atrás, vio una mano y no una espada.

Ella aceptó la mano de Hector, vacilante, y dejó que la ayudara a levantarse. Él enfundó la espada.

—Pero no puedo. No puedo acabar con una vida, ni siquiera en este caso.

Beru se quedó de pie frente a él, cubriendo con una mano la huella oscura de la otra, como solía hacer. Pasó un momento antes de que ella pudiera hablar:

—Voy a morir pronto, de todos modos. No importa si eres tú quien me mate. Ephyra me mantenía viva. Sin ella, voy a morir.

Los ojos oscuros de Hector contemplaban los de ella, y Beru todavía vio allí dolor y pena. Y algo más.

—Entonces, me quedaré contigo —dijo Hector—. Hasta el final.

Beru cerró los ojos. Pensó en el pueblo silencioso que los rodeaba. En los cuerpos marcados con la huella pálida. En Ephyra, su carcajada estrepitosa y los relatos y las quejas que compartían, mientras forjaban una vida en los rincones olvidados de las ciudades.

Pensó en las manos empapadas de sangre de su hermana, en su propio cansancio y en la esperanza que poco a poco se agotaba

—Hasta el final —repitió ella.

Y, juntos, esperaron en el pueblo de los muertos.

Capítulo Cuarenta y ocho

HASSAN

Sobre el mapa, Hassan recorrió con el dedo la imagen del faro.

—Aquí es donde echaremos el ancla.

Los demás, Petrossian, Osei, Penrose, Khepri y el hijo de Lethia, Cirion, lo miraron, agotados. Habían pasado horas rehaciendo y repensando la estrategia, igual que el día anterior. A esas alturas, todos se habían cansado de la pequeña sala de navegación del *Crésida*. Se habían cansado de la discusión interminable. Ya habían repasado cada detalle de la ofensiva muchas veces.

—El *Artemisia* atracará antes del amanecer. Yarik, Annuka y Faran esperarán a que lleguen los barcos de la Orden, y luego liderarán el asalto en el puerto —dijo Hassan, mientras señalaba un punto—. Mientras tanto, permaneceremos detrás del faro, y evitaremos que nos vean desde el palacio. Khepri y yo subiremos al faro para explorar el palacio y el puerto. Os haré una señal cuando podáis desembarcar y avanzar hacia el palacio.

—Lo más probable es que los Testigos guarden el Fuego Divino en el Templo Principal o dentro del palacio —agregó Khepri—. Podemos comenzar por allí.

Penrose asintió.

—Los barcos de la Orden llegarán al amanecer. Eliminarán las fuerzas de los Testigos en la costa y tomarán el puerto mientras buscamos la llama del Fuego Divino —explicó Penrose.

—No hay margen de error —dijo Petrossian.

—Todos vinimos aquí por la misma razón. Mi tripulación y yo incluidos. Mañana, a esta hora, el legítimo gobernante de Nazirah reinará —dijo Cirion. Hassan miró a su primo mayor, a quien recordaba por sus visitas al Palacio de Herat, cuando Hassan era muy joven. Sin embargo, Cirion, ahora el capitán Siskos, había respondido al llamado de ayuda de Hassan sin dudar y corriendo un gran riesgo. Puede que solo fuera medio herati, pero era tan leal como cualquiera de sus compatriotas—. Pronto avistaremos tierra. Es importante que descansemos en las próximas horas.

Hassan sintió dolor en cada uno de sus músculos cuando se enderezó, después de pasar horas encorvado sobre el mapa. Se despidió de los demás mientras salían de la sala de navegación. Él se quedó allí. Pronto volvería a ver su ciudad por primera vez en más de un mes. Marcharse de Palas Athos había sido agri dulce. Muchos de los soldados se habían despedido de sus familias, que habían abordado el barco de la Orden para navegar hacia las montañas de Galia y buscar protección en el Fuerte Kerameikos. Era difícil pero necesario separarse de ellos. Si Hassan fallaba, y solo él y Khepri sabían lo probable que era el fracaso, sería más importante que nunca que su pueblo tuviera un lugar seguro.

Azizi, su madre y su hermanita estaban entre los refugiados que se habían ido a Kerameikos.

«Yo también quiero ir a casa», le había dicho Azizi a Hassan mientras esperaban en los muelles para abordar el barco. «¿Por qué no podemos ir con vosotros?».

Las palabras le habían dolido a Hassan.

«Irás. Lo prometo. Irás. Me aseguraré de que Nazirah esté a salvo para que puedas regresar».

«Pero no tengo miedo», había respondido Azizi en protesta. «Quiero ayudar».

Hassan se había agachado, para quedar a la altura de Azizi, y había puesto una mano en el hombro huesudo del niño.

«Ya estás ayudando: subir a ese barco con tu madre y tu hermana para navegar hacia una tierra desconocida es tan importante como lo que yo estoy haciendo. Se necesita el mismo valor. Guardar nuestra patria en el corazón, junto a la esperanza, incluso cuando estás lejos, es una de las cosas más valientes que hay. Me aseguraré de que puedas vivir en Herat, Azizi».

Al menos, era lo que deseaba.

Luego, había llegado el momento de despedirse de Lethia. En parte, quería que ella lo acompañara, en lugar de abordar un barco que se dirigía a Charis para dar aviso a los refugiados de la ciudad.

Hassan pensó que no había palabras suficientes en todos los idiomas del mundo para agradecerse. No solo por los barcos, sino por todo lo que había hecho y todo lo que había significado su compañía desde el derrocamiento. Incluso cuando ella había intentado mantenerlo alejado del ágora, incluso cuando había cuestionado a la Orden, ella nunca había dudado de él.

«Lethia...».

Ella lo había cortado con una mirada.

«Cúidate y nos veremos pronto, mi príncipe».

Ella le había dado un beso en la mejilla y, con un gesto, le había indicado a Cirion que lo llevara a bordo del *Crésida*.

En ese momento, en la sala de navegación del barco, Hassan comenzó a calcular la distancia desde Palas Athos hasta Nazirah. Era poca, pero había necesitado todo lo que tenía para cruzarla.

—Deberías descansar un poco, Hassan.

Khepri. Hassan tenía la esperanza de que ella también se quedara después de la reunión. En los días previos a su partida, Hassan había notado con qué frecuencia había buscado hablar con ella, incluso en medio de la planificación con el resto del ejército y la Guardia. Se había sorprendido a sí mismo mirándola, deseando que ella le devolviera la mirada. Cada vez que así sucedía, él sentía un revoloteo en el pecho. Hassan se despertaba pensando en Herat y Nazirah día tras día, pero al cerrar los ojos por las noches lo que veía era el rostro de Khepri.

Ella apoyó la cadera contra la mesa junto a él.

Él sacudió la cabeza, con las manos sobre el mapa.

—Hay tanto que todavía podría salir mal. Podrían ver el barco desde la orilla. Podría haber un bloqueo que no conocemos, o los barcos de la Orden podrían retrasarse...

—Basta —dijo Khepri, mientras ponía sus manos sobre las de él para tranquilizarlo—. Hemos repasado las contingencias mil veces. No queda nada por hacer, excepto confiar en ti mismo y en nosotros. —Ella acarició su mejilla y acercó el rostro de Hassan al de ella—. Pero eso no es lo que más te preocupa, ¿no?

Él se permitió mirarla, incapaz de ocultar la desesperación en el rostro.

—Dime que estoy haciendo lo correcto —dijo él, mientras la impotencia arañaba su garganta—. Dime que esto es lo que debo hacer. Que no tengo otra opción más que seguir el camino que está por delante.

Ella sostuvo la mirada mientras se acercaba hacia él y tomaba su rostro entre las dos manos.

—Siempre tenemos opciones, Hassan.

Y, a continuación, ella acercó su boca a la suya. Hassan apenas tuvo tiempo de reaccionar, cuando ella comenzó a alejarse, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Lo siento —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Eso ha sido...

Hassan no esperó a escuchar el resto: se levantó y, llevando una mano al cabello de ella y envolviéndola con la otra, la besó. Habían estado a punto de besarse dos veces. La primera, él se había alejado. La segunda, había sido ella quien había rehuído.

Pero, por fin, coincidían, y él la besó como si fuera su única misión en el mundo, como si la profecía y el derramamiento de sangre y la batalla no importaran. Como si lo único importante fueran los labios que se encontraban, el pulso que latía, el cabello que parecía seda entre los dedos.

Khepri interrumpió el beso, agitada, y luego barrió de la mesa los mapas, los papeles y los planos. Se sentó encima y atrajo a Hassan hacia ella. Volvió a besarlo, frenética, hambrienta y esperanzada.

El calor se apoderó de Hassan, y pensó, sin razón, en aquel combate en el ágora, en la luz que irradiaba Khepri mientras le gritaba en el patio de la villa, en su espíritu feroz e inquebrantable frente al ataque de los Testigos.

«¿Elegí al hombre equivocado?», le había preguntado ella junto a la tumba de Emir.

No, pensaba, mientras la abrazaba más, consumido por la necesidad de besarla, por ella. Quería que todo el fuego, la arena y el acero fueran para él, y solo para él. Quería conocerlo todo de ella. Y que ella conociera todo de él, porque nadie más podía. Él le había mentado sobre su identidad durante el primer encuentro. Pero allí, en el vientre del barco, en la víspera de la batalla, ella era la única persona en el mundo que sabía la verdad. Quería que ella también supiera cómo lo hacía sentir, que su contacto, su mirada y sus palabras lo desarmaban: que lo habían vuelto un hombre nuevo.

Ella jaló despacio de sus cabellos, hasta que él dejó de besarle el cuello y hundió su nariz en la mejilla.

—Escucho el latido de tu corazón —le susurró ella al oído. Hassan la acarició, feliz al ver que ella se estremecía—. Late muy rápido. —Él escuchó la sonrisa en su voz y no pudo evitar reírse—. Está bien. El mío late igual.

Ella tomó su mano y la apretó contra su corazón. Hassan lo sintió latir contra su palma.

—Pensé que no querías esto. Pensé...

Lo interrumpió con un beso. Cuando ella se alejó, tenía los ojos húmedos.

—Traté de resistirme, pero ya no me importa si es egoísta, quiero esto. Te quiero a ti. —Él la besó en el cuello, en la garganta, y ella suspiró y murmuró su nombre—: Hassan.

Y, de pronto, se puso tensa.

—¿Qué ha sido eso? ¿Lo has oído? —A Hassan le llevó un segundo apartarse. Khepri tenía los ojos bien abiertos y la mirada alerta. Él no había oído nada, pero dio un paso atrás, para que ella se bajara de la mesa—. Algo va mal.

Khepri tomó la espada, que estaba apoyada contra la pared. La puerta se abrió de golpe.

—¡Príncipe Hassan! —Era el primer oficial de la nave, frenético y sin aliento. Otros dos miembros de la tripulación estaban de pie detrás de él, en el corredor oscuro—. Venga de prisa.

Hassan se enderezó, desesperado por disimular lo que habían estado haciendo.

—¿Qué ocurre?

—Hemos avistado algo en el puerto —dijo el primer oficial, mientras los guiaba hacia las escaleras.

—¿Naves? —preguntó Hassan, ansioso por saber.

El primer oficial negó con la cabeza.

—No estoy seguro. El capitán nos acaba de pedir que vayamos a buscarlo de inmediato.

Fue entonces cuando Hassan se dio cuenta de que Khepri ya no los seguía. Se había detenido en medio del corredor, iluminada por la luz incandescente que salía de la habitación, mientras los otros miembros de la tripulación iban detrás.

—¿Khepri?

—Estás mintiendo —le dijo de repente al primer oficial—. Tu ritmo cardíaco se ha acelerado. Sí sabes lo que está pasando.

—Venga, lo esperan en cubierta —respondió el primer oficial enérgicamente.

—Estás mintiendo —insistió Khepri.

Ella intentó aferrar la espada, pero fue demasiado tarde. Antes de que Hassan pudiera comprender lo que estaba sucediendo, los dos miembros de la tripulación que iban detrás de Khepri se abalanzaron sobre ella y la envolvieron con una cadena, que inmovilizó sus brazos.

—¡Khepri!

Hassan no dudó. Se lanzó a correr y empujó a uno de los miembros de la tripulación contra la pared. El otro sujetó a Hassan y lo arrastró por el corredor.

Bastó ese momento de distracción para que Khepri se liberara de la cadena. La arrancó del grillete que habían puesto en sus muñecas. Khepri embistió y flexionó los brazos. Hassan reconoció la postura: era la posición inicial del koah de la fuerza. Un grito de dolor escapó de sus labios cuando ella comenzó a moverse.

Lleno de ira, Hassan se abalanzó sobre los miembros de la tripulación que lo habían atrapado. En su ira, estaba ciego ante cualquier cosa que no fuera el rostro de Khepri, su expresión de sufrimiento.

—¿Qué está pasando? —vociferó Hassan, ronco—. ¿Qué le habéis hecho?

Khepri intentó realizar otro koah, y volvió a gritar. Aparecieron dos miembros más de la tripulación, y la encadenaron otra vez.

—¡Dejadla en paz! —rugió Hassan, liberándose de sus captores—. ¡No la...!

Alguien lo golpeó desde atrás, clavándolo frente a la pared al lado de Khepri. Podía escuchar los sonidos de su lucha, y el gemido ahogado que dejó escapar. Mientras ataban sus manos, Hassan luchaba por entender lo que estaba sucediendo. La ira le nublabla la mente. ¿Era un malentendido? ¿Un motín?

Pero cuando el primer oficial los llevó por el corredor y subieron por la escotilla hasta la cubierta, la verdad se hizo evidente.

Bajo la luz azul violácea de la madrugada, los soldados formaban una hilera, las manos atadas con cadenas y la boca amordazada. También había un puñado de tripulantes, con ballestas.

Los habían traicionado.

Oyó pisadas detrás, y luego sintió una mano sobre el hombro.

—Bueno, Hassan, tengo que admitir que tu plan era bastante bueno —dijo Cirion. Sin palabras, inundado por la rabia, Hassan se volvió hacia su primo mayor. Tenía los ojos del mismo color que Lethia—. Pero el nuestro era mejor.

Capítulo Cuarenta y nueve

ANTON

La sala de los sirvientes del palacio donde tenían prisionero a Anton estaba muy bien. Era más bonita que su apartamento de Palas Athos, y ciertamente más bonita que la celda mugrienta, en el casco de la nave, donde había pasado los últimos días.

Paredes de arenisca y andamios de hierro terminaban en un cielorraso inclinado. Una cama abuhardillada estaba escondida debajo de una ventana estrecha, desde donde podía mirar la franja blanca entre el mar y el cielo. De vez en cuando, vislumbraba velas en el horizonte e imaginaba que era un barco que venía a salvarlo.

Nunca era así.

Dos veces al día, un guardia vestido de verde y dorado le traía platos con queso y aceitunas, con pan leudado al sol y té tibio.

—Espera —dijo Anton una noche, cuando el guardia estaba a punto de marcharse. El guardia se detuvo, incómodo.

Anton se inclinó hacia delante, tratando de encontrar el equilibrio adecuado entre el entusiasmo y el aburrimiento.

—¿Tienes cartas?

A mitad del sexto juego de canbarra, la puerta se abrió de nuevo: era Illya, que entró dando zancadas.

El guardia se levantó de un salto del suelo y las cartas que tenía en la mano salieron volando. Illya señaló la puerta con un gesto imperceptible de cabeza, y el guardia se retiró de prisa.

Solo después de que se fue, Illya miró a Anton.

—Creo que estarás de acuerdo en que el alojamiento supera al de Palas Athos.

Anton no había visto a su hermano desde la pelea en la taberna, pero sabía que llegaría el momento. Illya siempre hacía que Anton se sintiera impotente, pero esa vez realmente lo estaba. Despojado de todo, sin esperanza de escapar, Anton tenía una única manera de enfrentarse a él. Podía negarle a Illya lo que más deseaba: el miedo de Anton. Había pasado la mayor parte de su infancia aprendiendo a causarlo, pero allí, mientras Anton estaba completamente a su merced, no tendría la satisfacción de ver la profundidad de su temor. Anton barajó el mazo.

—Supongo que en Herat les gusta consolar a los corderos antes de matarlos.

—¿Un cordero? —dijo Illya, y sus ojos dorados se encendieron—. ¿Eso es lo que crees que eres?

Caminó alrededor de su hermano y se sentó donde antes había estado el guardia. Lanzando uno de los restos de aceituna que habían usado para contar los puntos, preguntó:

—¿Canbarra?

De cerca, Illya parecía sorprendentemente joven. Anton recordó algo de pronto: su hermano y él sentados junto al hogar, en la alfombra gruesa de la abuela. Observaban una baraja de cartas y un montón de frijoles blancos secos.

Anton parpadeó para alejar el recuerdo. Tenía tan pocos recuerdos alegres de su hermano que se sorprendió de recordar uno de ellos. El terror no había sido constante, lo que lo hacía aún más insidioso. Nunca había logrado anticipar cuándo encontraría un hermano mayor que le enseñaba a

jugar cartas y lanzar bolas de nieve, y cuándo un muchacho lleno de rabia y de ira.

Illya barajó y luego repartió: cuatro cartas para cada uno y una boca arriba en el centro. Tomó el hueso de aceituna y lo pasó de mano en mano antes de mostrarle ambos puños a Anton.

—Elige.

Con cautela, Anton señaló la mano izquierda. Illya la abrió. Vacía.

—Así que dime, Anton —dijo Illya, sacando una carta de la baraja—. ¿Qué opinas de Nazirah por el momento?

—Bueno, soy prisionero y mi captor es la persona que más odio en el mundo. Así que no puedo decir que me esté gustando mucho.

Illya suspiró con cansancio.

—Supongo que era demasiado esperar que hubieras aprendido modales.

—Sí aprendí. Debo haberme perdido la lección en la que te enseñan a ser educado con los hermanos asesinos.

—¿Asesino? —Illya le dio la vuelta a un as de copas—. No eres justo. Sé lo que crees que sucedió ese día en el lago, pero me temo que tu mente te ha jugado una mala pasada.

—Sé lo que recuerdo.

No era la primera vez que Illya intentaba convencerlo de que había tenido una percepción falsa, o de que el dolor que él le había infligido era, de alguna manera, culpa de Anton. «No deberías haberme hecho enfadar, no deberías haberte metido en mi camino, no deberías haberme mirado así».

—Lo escondiste muy bien de la abuela y de papá, pero ambos sabemos cómo eras y lo que hiciste.

—No niego que te hice daño cuando éramos jóvenes —dijo Illya, colocando un hueso de aceituna sobre un par de seis—. Lo siento. Era un estúpido en ese entonces. Celoso, inconsolable.

—Psicótico —agregó Anton, mientras bajaba una carta.

—Todo ha quedado en el pasado.

Anton levantó la vista.

—Entonces, déjame ir. —Odiaba suplicar, pero no había nada más que pudiera hacer—. Déjame ir, y mantente lejos de mí.

Illya miró las cartas y se tomó su tiempo para sacar y descartar.

—No puedo hacerlo —dijo al fin—. No ahora que por fin veo lo que mi padre y mi abuela se esforzaron tanto por enseñarme. Lo que me dijeron, una y otra vez, hasta que casi no pude soportarlo más.

Apareció una chispa en sus ojos, y sus palabras se convirtieron en un gruñido. Era la primera señal del Illya que Anton conocía, el que había escondido en Palas Athos detrás de una fachada de tristeza y arrepentimiento. No era el hombre rico y elegante. Tampoco el que mentía y manipulaba, sin esfuerzo y con frialdad. Aquel no era el verdadero Illya. Ese sí lo era: el que gruñía y aullaba, el que atacaba y desgarraba, y el que, ante todo, quería destruirlo. Eso que se había esmerado por ocultar, incluso cuando eran jóvenes. No podía permitir que vieran lo que realmente era: un monstruo con la máscara de un hombre.

—Tenían razón —continuó diciendo Illya, mientras volvía a ocultarse detrás de la calma—. Eres especial, Anton. Ni siquiera vieron cuánto. Pensaron que eras el heredero elegido de un rey muerto y loco, pero eres mucho más. Bueno, querido hermano, parece que el juego ha terminado.

Las náuseas subieron por la garganta de Anton. Las palabras de Illya lo oprimían igual que el recuerdo del lago. Se negaba a dejar que lo hundieran.

Illya reveló sus cartas: había ganado. Anton advirtió que el resultado era obvio.

—Ya es hora de irse —dijo Illya y se puso de pie. Se dirigió a la puerta e hizo un gesto a los guardias que la custodiaban, que sujetaron a Anton.

Él no opuso resistencia mientras lo obligaban a seguir a su hermano. Subieron escaleras sinuosas, atravesaron un largo corredor iluminado por la luz vacilante de las antorchas. Los mosaicos que revestían las paredes representaban escenas de la naturaleza. Vio espigas de trigo, la corriente de un río y animales exóticos: cocodrilos, garzas y un elefante con colmillos incrustados con perlas.

La sala de estar a la que lo condujeron estaba decorada con más sencillez. Algunos sillones tapizados con terciopelo morado y rosa rodeaban una mesa de cristal con filigranas de plata. Cuando entraron, Illya saludó a un guardia que vigilaba el balcón.

—Dejadnos solos —dijo la voz de una mujer, que llegó flotando con la brisa del mar.

El guardia asintió y se marchó. Detrás de él, la puerta se cerró con un clic.

La mujer del balcón entró. Llevaba un caftán negro estampado, ceñido con una faja dorada, cubierta de rubíes y otras gemas brillantes, que atrapaban la luz de las llamas que iluminaban la sala. Tenía el porte de una reina: avanzaba con la espalda recta y la barbilla en alto, y parecía flotar en vez de caminar. Tenía un lunar negro sobre el labio superior, el rostro delgado y expresión severa. En una mano, un cigarrillo encendido dejaba una delgada estela de humo.

—Lady Lethia —dijo Illya, mientras hacía una reverencia—. Confío en que su viaje desde Palas Athos no haya sido tan malo.

Ella inclinó la cabeza y miró a Anton, con ojos penetrantes.

—¿Es él?

Illya asintió, y dio un paso atrás para presentarlo.

—Lo es.

Lady Lethia caminó alrededor de Anton, como una leona que acecha a su presa.

—Puede que el Hierofante te crea, pero mi confianza en ti se está desvaneciendo —le dijo a Illya—. La última vez que hablamos, dijiste que entregarías a la Mano Pálida junto con este chico. Pero la dejaste escapar. Por culpa de tu error, tendré que gastar recursos más valiosos para encontrarla de nuevo.

Anton se volvió bruscamente para mirar a su hermano. En medio del caos, en la taberna, no se había detenido a pensar por qué Illya también quería capturar a Ephyra. De pronto, se preguntó: ¿qué podrían querer los Testigos con la Mano Pálida?

—Hubo una complicación —respondió Illya, bajando la mirada—. Ella mató a dos de mis mercenarios.

—¿Tus mercenarios? ¿De quién crees que fue el dinero para contratarlos?

Anton reconoció la media sonrisa que adornaba los labios de Illya. Era la misma que se dibujaba en su rostro cuando la abuela lo reprendía, a veces durante horas y horas. Para Anton, esa sonrisa era la advertencia de que su propio tormento vendría después.

—Suyo, por supuesto, lady Lethia —respondió Illya, despreocupado—. ¿Necesito recordarle lo que ganó con su generosidad?

Lethia volvió a observar a Anton.

—Más vale que tengas razón sobre él. No puedes permitirte otro error.

—No se preocupe —contestó Illya, y su voz se llenó de arrogancia—. Tengo razón.

—Pronto lo sabremos. Hiciste bien en entregar al Guardián, al menos.

«Jude». El corazón de Anton dio un vuelco. Habían pasado tres días desde que habían bajado de la nave y los habían separado. Anton había tratado de no pensar en el paladín, aunque su mente había vuelto obstinadamente a él una y otra vez. La culpa le arañaba el pecho. Ni siquiera sabía si

Jude seguía vivo.

—Tuve suerte de que estuvieran juntos —dijo Illya.

Lady Lethia sonrió.

—Los Profetas lo habrían llamado *destino*.

—De acuerdo. Entonces, el destino está de nuestro lado.

—De eso, no hay duda —respondió lady Lethia—. Pero tu trabajo aún no ha terminado. Encuentra las respuestas que buscamos. Si el Hierofante está satisfecho, todos obtendremos lo que queremos. Yo me apoderaré de Nazirah, el Hierofante tendrá su Día del Juicio, y tú tendrás un lugar a su lado asegurado.

Illya sonrió enseñando los dientes.

—Así será.

Anton se estremeció. Illya quería hacer lo que su abuela había intentado: obligarlo a usar su Gracia, un poder que él nunca había deseado, para obtener el suyo.

—Ahora, si eres tan amable, tengo otros asuntos que atender —dijo lady Lethia, volviéndose hacia la ventana que daba al mar—. Mi sobrino pronto llegará a Nazirah, y debo prepararle una cálida bienvenida.

Capítulo Cincuenta

EPHYRA

El mercado nocturno de Tel Amot era exactamente como Ephyra lo recordaba. Luces de color violeta y humo perfumado envolvían la plaza donde los artesanos de la ciudad instalaban sus puestos para atrapar a los marineros y comerciantes que llegaban de todo el Pélagos. Se ubicaba en el cruce de cuatro caminos que partían de la ciudad en dirección a las aldeas circundantes. Tel Amot era el canal que unía las Seis Ciudades Proféticas con el desierto de Seti y la estepa Inshuu, y el mercado nocturno comunicaba esos mundos.

Habían pasado más de cinco años desde que Ephyra había visitado la costa. Recordaba su último día allí, cuando ella y Beru se amontonaron en los muelles, junto a los otros huérfanos, esperando abordar un barco que los llevaría a Charis, la Ciudad de la Caridad. Beru había permanecido callada, pero Ephyra había llenado el silencio: le había contado a su hermana todas las cosas maravillosas que las esperaban en Charis. Habría océano alrededor. Más árboles de los que habían visto en toda su vida. Y lo mejor de todo, una familia que las acogería. Un nuevo comienzo.

La mueca en la boca de Beru había dejado en claro que ninguna de las palabras bonitas de Ephyra la convencían. Pero dejaba que su hermana siguiera hablando de todos modos, como si entendiera que Ephyra, en realidad, necesitaba convencerse a sí misma.

—¿Tienes dónde quedarte esta noche?

Ephyra se sacudió los pensamientos del pasado mientras se daba la vuelta para mirar al sanador del barco. Durante el viaje, había mantenido la distancia. Ella nunca pasaba tiempo con otros que tenían la Gracia de la Sangre. La ponía nerviosa, como si pudieran descifrar quién era. Como si, a causa de un mínimo desliz, fueran a descubrir y a horrorizarse del uso que ella le había dado a su poder.

—No me quedaré aquí —respondió Ephyra, mientras se cargaba el bolso al hombro—. Tengo que ir a otra parte.

Ya había pasado demasiado tiempo, más de seis días desde la última vez que había visto a Beru. Más de dos semanas desde que ella había matado al sacerdote en su extravagante habitación en Thalassa y había usado su *esha* para curar a su hermana. Beru seguramente estaría débil y necesitaría una nueva sanación. Ephyra no sabía con precisión cuánto tiempo le quedaba, pero si no encontraba a Beru a tiempo...

No. No quería imaginarlo. Encontraría a Beru. La curaría, igual que siempre.

¿Y después qué?, preguntó una voz traicionera en la mente de Ephyra.

—No me digas que vas a viajar ahora. Los ladrones asaltan los caminos de noche. Es mejor que no vayas sola.

Ephyra miró hacia atrás. Vio, irritada, que el sanador todavía le seguía el paso por el camino de tierra.

—Qué gracioso, no recuerdo haber pedido tu opinión.

Él soltó una carcajada.

—Es verdad, no lo has hecho. Pero pagaste por navegar en nuestro barco, así que ahora te daré mi opinión gratis. ¿A dónde quieres llegar con tanta prisa?

—No es asunto tuyo —respondió Ephyra.

Giró a la derecha para tomar una senda que recordaba bien y aceleró el paso. Estaba oscura, sin más luz que la de la luna en el cielo.

—Espera un momento —protestó el sanador. Era alto, de piernas largas, así que caminaba velozmente, pero Ephyra se apresuró de todos modos, con la esperanza de que él se aburriera y se diera por vencido—. ¡Oye, detente!

El pie de Ephyra quedó atascado en una grieta en la tierra, y ella cayó de rodillas, gritando de dolor.

—Te he dicho que te detuvieras —la amonestó el sanador, mientras se agachaba a su lado.

—No puedo —dijo Ephyra desde el suelo, con la voz quebrada.

Si se detenía, aunque fuera por un momento, tendría que pensar en el lugar al que se dirigía. Tendría que pensar en lo que la aguardaba. Y tendría que pensar en que Beru la había llevado hasta allí.

Hector no era quien había comprado esos billetes de tren. Había sido Beru, después de decirle a Ephyra que no quería seguir adelante. Regresar allí, al lugar donde la pesadilla se había originado, era su manera de convencer a Ephyra. Porque en esos cinco años, Ephyra había vestido una armadura que la protegía de la culpa y el remordimiento. Era la única manera de continuar, de ser la Mano Pálida, de mantener viva a Beru.

Pero Ephyra se encontraba de nuevo en la senda que conducía al peor de sus pecados. Volver significaba desenterrar toda la culpa, ver quién era en realidad. Era lo más cruel que Beru podía hacerle.

Tal vez Ephyra lo merecía. Tal vez era el castigo por todas las cosas terribles que había hecho. Si así era, lo soportaría. Se enfrentaría a los horrores que esperaban en Medea. Por Beru.

El sanador dejó escapar un suspiro y se sentó en el suelo.

—Mira. Adonde sea que vayas...

—Medea —dijo Ephyra—. Voy a Medea.

A la luz de la luna, el rostro del sanador se alteró.

—¿Medea? Pero... —Dejó escapar otro suspiro y se llevó una mano al rostro—. Siento ser el que te diga esto: el pueblo ya no existe. Están todos muertos. —Ephyra se dio la vuelta. Ya lo sabía, pero las palabras dolían—. Nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó. Algunos dicen que es una plaga. Si allí es adonde quieres ir, entonces creo que nadie estará esperándote. Lo siento.

«No fue una plaga. Fui yo, yo los maté», quiso decir Ephyra. El llanto le arañó la garganta, pero se lo tragó. Se puso de pie. Tal vez el sanador tuviera razón. Beru había hecho su elección. Había regresado allí, al único lugar donde Ephyra ya no podía ignorar quién era y las cosas que había hecho. Había vuelto al principio, porque quería el fin.

—Gracias —le dijo al sanador—. Pero debo irme, de todos modos.

Retomó la senda. Hacia Beru. Si había llegado el final, lo afrontarían juntas.

Capítulo Cincuenta y uno

HASSAN

Cuando Hassan había imaginado poner un pie en las costas de Nazirah después de dos meses, no había pensado que sería con los ojos vendados y las manos atadas.

Aunque no podía ver, conocía cada paso del viaje desde el puerto hasta el Palacio de Herat. Respiró la dulzura especiada de los lirios azules cuando los Testigos lo condujeron a través de las puertas del palacio, y oyó la melodía familiar del órgano de agua en el patio central. Pasaron bajo la sombra de los arcos que se alzaban sobre los escalones principales del palacio y subieron las escaleras.

La subida fue la más larga que Hassan había soportado. Cada paso parecía durar una vida. ¿Era así cómo se había sentido su padre, hacía unos días, al caminar hacia su propia ejecución? No soportaba pensarlo. Se concentró en sus pies, en el movimiento repetitivo que lo acercaba a su destino.

Al final de las escaleras, en el gran pórtico que conducía a la sala del trono, uno de sus captores le arrancó la venda. A la luz trémula de las antorchas, Hassan distinguió las cabezas rasuradas y las túnicas blancas de los Testigos. Vio, en el dorso de la mano, el símbolo de un ojo negro con la pupila de un sol.

Eran ellos, sin duda.

—La reina te ha convocado —dijo uno de ellos.

Durante un momento de ceguera y alegría, Hassan pensó que se referían a su madre. Pero la arrogancia y el entusiasmo en el rostro del Testigo le hicieron ver que no era así. Es decir, que el Hierofante no había actuado solo al deponer a la familia real de Herat. Alguien más lo había ayudado. Alguien que se hacía llamar reina.

Las enormes puertas de la sala del trono se abrieron lentamente. Hassan se volvió para mirar Nazirah por última vez, que se desplegaba ante sus ojos, desde el puerto hasta la lejana orilla del río Herat, unos treinta kilómetros al oeste. Siguiendo el brazo del río, las casas construidas con arenisca y azulejos, las tiendas, las plazas de mercado y los anfiteatros de Nazirah se levantaban a lo largo de la carretera pavimentada de Ozmandith, en un recorrido vertiginoso.

Era la ciudad que amaba. Era la ciudad a la que le había fallado.

Un chirrido indicó que habían abierto los portones. Los captores de Hassan lo empujaron adentro, y él quedó frente a la sala del trono.

Era igual que en su sueño. Las columnas que conducían a la pirámide dorada. Los vertedores con forma de animales, que lanzaban agua al foso. El halcón pintado en la pared. Pero en lugar de regresar triunfante para reclamar su trono, Hassan estaba allí como prisionero.

Los Testigos lo llevaron al borde del foso que rodeaba el trono. El agua clara fluía sobre el escarabajo, en mosaicos verdes e iridiscentes, que adornaba el fondo. Hassan levantó la vista del insecto que tan bien conocía y la dirigió al que estaba sentado en el trono de su padre.

—Príncipe Hassan —dijo Lethia—, bienvenido a casa.

Tenía el mismo aspecto que el día en que Hassan había dejado Palas Athos. Cuando ella le había besado la mejilla y le había dicho que lo vería pronto, una promesa que había cumplido.

—Tía Lethia.

Hassan pronunció cada sílaba con ira y sorpresa. Era como si el mundo se hubiera puesto cabeza abajo y, sin importar lo que él hiciera, no había forma de devolverlo a su lugar.

Había entendido lo sucedido después de la traición de Cirion y su tripulación, pero se negaba a aceptarlo. Incluso en ese instante, frente a su tía, que había usurpado el trono de su padre, pensaba que era un error, una broma cruel, un secreto que, una vez revelado, le daría sentido a todo.

—¿Tía Lethia? —repitió ella con una débil sonrisa—. Por favor, Hassan. Sabes cómo dirigirte a tu nueva reina.

—Mi madre es la reina —murmuró él—. No importa lo que hayas hecho con ella, el trono no te pertenece.

Ella se llevó dos dedos a la sien y la masajeó, como si él le hubiera dado dolor de cabeza.

—Te lo dije, Hassan, la ira no sirve de nada.

—¿Qué has hecho con el resto de mis soldados?

—¿Te refieres al resto de tu banda de inadaptados? No te preocupes. Están vivos. Encarcelados, pero vivos. Los verás en breve.

Eran prisioneros, por su culpa.

—Deposité mi confianza en ti. Puse sus vidas en tus manos. Y nos has traicionado a todos.

—No. Ese fuiste tú. Tú los guiaste hasta aquí, les dijiste que eras el profeta que esperaban. Los dos sabemos que eso no puede estar más lejos de la verdad.

A Hassan se le secó la boca, y la ira dio lugar al terror. No le había contado a Lethia lo que había descubierto después del ataque de los Testigos en el ágora. No se lo había dicho a nadie, excepto a Khepri.

Lethia soltó una carcajada: era el mismo sonido que había escuchado en numerosas ocasiones, pero ahora estaba teñido de crueldad.

—Si hay algo que me ha sorprendido, Hassan, es que siguieras con la farsa durante tanto tiempo. Desempeñaste bien tu papel. Eras exactamente lo que ellos querían que fueras: un líder, inteligente, carismático. Pero cuando descubran quién eres en realidad, ¿crees que tus virtudes les importarán?

—¿Cómo, cómo...?

Lethia chasqueó la lengua y lo miró con compasión desde el trono.

—Me sorprendió más que nadie cuando tuviste tu sueño esa noche. Estuve a punto de creerlo, que eras el tan esperado profeta.

—Por eso no querías que regresara a Nazirah —dijo Hassan, con tristeza—. Nunca quisiste protegerme. Solo temías que si me proclamaba profeta, verdadero o falso, llevaría un ejército a la ciudad, reclamaría el trono y pondría en riesgo lo que tú y los Testigos habían hecho. —De repente, todo estaba claro—. Tú ganaste tiempo, semanas. Te negaste a decirme lo que sucedía aquí, me mantuviste lejos de quienes podían ayudarme. —Se detuvo de pronto, cuando un pensamiento, nuevo y atroz, apareció en su mente—. Nadie más sabía que yo estaba en Palas Athos. ¿Por qué no me mataste? Habría sido más sencillo.

Ella le dirigió una mirada fulminante.

—No importa lo que pienses de mí, no soy un monstruo, Hassan. Todavía eres parte de mi familia.

—Mi padre, también.

—Y tampoco quise matarlo. No me quedó otra opción, cuando se negó a renunciar al trono. — La furia dejó mudo a Hassan. Su corazón dio un vuelco al pensar en su padre, firme hasta el final, negándose a sucumbir ante su hermana traicionera, aunque le costara la vida. Hassan tampoco podía vacilar—. Para ser honesta, no lo esperaba. Siempre pensé que mi hermano era débil ante

los conflictos. Pero, al final de su vida, me demostró que estaba equivocada.

Hassan tragó la ira.

—Así que asesinaste a mi padre, pero me mantuviste vivo porque sabías que no te estorbaría. Me aislaste del mundo, hasta que llegó la Guardia y lo arruinó todo.

—Fue un pequeño contratiempo, lo confieso. Nunca tuve la intención de que regresaras a Nazirah. De hecho, te habría dejado a salvo en Palas Athos después de conseguir Nazirah. Pero insististe en meterte en mi camino. Así que se me ocurrió un nuevo plan.

—Es por eso que ofreciste los barcos de Cirion. Cuando te diste cuenta de que volvería aquí sin importar lo que dijeras, te aseguraste de que regresara como prisionero.

Ella sonrió.

—Eres un brillante estratega, ¿no? Vi que podría usar la supuesta profecía a mi favor, y así lo hice. Lo hiciste demasiado fácil, Hassan. Para entonces, sabía que tu sueño era solo eso, un sueño. Incluso antes de que tú lo supieras.

—¿Cómo?

—Alguien me dijo que sabía dónde encontrar al verdadero Profeta. Solo necesitaba darle un barco y hacerle algunos favores.

—Estás mintiendo.

Lethia se rio.

—Qué gracioso que tú lo digas.

—Nadie te lo dijo, es imposible. Solo la Orden de la Última Luz conoce la profecía.

Una sonrisa se dibujó poco a poco en los labios de Lethia.

—Ellos piensan que son los únicos que conocen la profecía. Arrogantes, como siempre. Pero el verdadero Profeta está aquí. Ese era el precio del Hierofante. Me prometió la corona y, a cambio, le di al Profeta. Ahora que lo tiene, Nazirah es mía.

Hassan retrocedió un paso. Veía con claridad cada paso que Lethia había tomado para contrarrestar sus acciones y las de la Orden. Pero seguía sin entenderlo.

—¿Cómo fuiste capaz? ¿Cómo fuiste capaz de vender nuestra patria al Hierofante?

—Tú deberías comprenderlo bien. Por eso creíste que eras el profeta. Me cansé de que me dijeran que tenía que complacer a todos: a mis padres, al inferior de mi hermano, al inútil de mi marido y a los egoístas de los sacerdotes. Me cansé de que nada bastara, solo por una casualidad, por algo que no recibí al nacer. —Ella clavó sus ojos verdes en él—. Lo mismo te sucederá a ti, Hassan. Nunca serás suficiente, y lo sabes.

—Estás equivocada —respondió Hassan y le devolvió la mirada, desafiante.

—Estés o no de acuerdo con los Testigos, no puedes negar que las reglas establecidas por los Profetas hace siglos te han perjudicado. Que quienes tengan la Gracia gobernarán, y el resto de nosotros solo seremos notas al pie en la historia. —Hassan no dijo nada. Había una semilla de verdad en sus palabras, y por mucho que quisiera enterrarla, sabía que solo se pudriría allí, esperando crecer en la oscuridad profunda de su mente—. Siempre he sabido que sería mejor gobernante de Herat que mi hermano. Él estaba más interesado en sus juguetes que en su reino. Pero, a pesar de nuestras edades, a pesar de mi habilidad para la estrategia, la política, de todas mis aptitudes para reinar, nadie consideró que yo sería la mejor opción. Porque yo no era una opción. No cuando mi hermano tenía la Gracia y yo no.

—¿Así que vendiste nuestro país a un fanático enfermo? —gritó Hassan, invadido por la furia.

—Puedes llamarlo fanático, pero el Hierofante es mucho más. Uno de sus muchos dones es que ve las cosas como deberían ser. Vio que en un mundo justo, yo sería la reina de Herat. Y se encargó de que así fuera. Él entiende que las reglas de nuestro mundo no son inmutables, y se

atreve a cambiarlas.

—Destruirá esta ciudad. Y no harás nada al respecto.

—No, cambiará esta ciudad. Crearemos una nueva era para un mundo corrupto. Por fin, seremos capaces de ejercer nuestro propio poder. Y no te preocupes, tú también tendrás un papel que desempeñar.

Antes de que Hassan pudiera responder, las enormes puertas de la sala del trono se abrieron de nuevo. Entraron dos mujeres vestidas con el uniforme de la guardia de palacio. Si se sorprendieron al ver a Hassan allí, no lo demostraron.

—Reina Lethia —dijo la primera, una mujer mayor, mientras se arrodillaba. La otra siguió su ejemplo.

—De pie —ordenó Lethia—. ¿Qué sucede?

Hassan observó a Lethia con atención pero no pudo leer su expresión.

—Nos dijo que le avisáramos si se veían barcos desde la costa.

¿Barcos? La esperanza floreció en el pecho de Hassan. La expresión de Lethia no cambió.

—¿Cuántos?

—Según el último conteo, seis fragatas y tres buques más pequeños que vienen del noroeste. Todos ellos tienen velas de plata.

La Orden de la Última Luz, todavía había esperanza. Todavía había una oportunidad. Pero cuando Hassan miró a Lethia, la esperanza se desvaneció. Su expresión estaba lejos de mostrar inquietud. Parecía casi soberbia.

—Parece que tus amigos han llegado. Justo a tiempo.

—Te destruirán —dijo Hassan, apretando los dientes—. A ti y a los Testigos. La Orden arrancará a la ciudad de sus garras, tal como lo habíamos planeado.

—No lo creo —replicó Lethia, despreocupada, despidiendo a las guardias con un gesto—. Nunca se arriesgarían a lanzar un ataque cuando pondría en peligro lo que más les importa.

—¿De qué estás hablando?

—¿Tú qué crees? A ti.

—Pero yo...

Hassan se tragó el pensamiento. «No soy el Profeta», estaba a punto de decir. Por supuesto, él lo sabía, y Lethia también. Pero la Orden de la Última Luz, no.

—No pude evitar que enviaran mensajes al resto de la Orden —dijo Lethia—. Pero, una vez más, supe cómo aprovechar la situación. Como te dije, tú también tienes un papel que desempeñar. Solo que no es el que imaginabas.

Era una trampa. Lo habían usado como señuelo para sacar a la Orden de la Última Luz de su fortaleza en las montañas y depositarlos en las garras de los Testigos. Había creído ser el salvador de Nazirah. En cambio, era su ruina.

—Vamos, Hassan —dijo Lethia, mientras se alzaba del trono y bajaba los escalones—. Es hora de que conozcas al responsable. El Día del Juicio ha llegado, y el Hierofante te espera.

Capítulo Cincuenta y dos

ANTON

La oscuridad hacía que las torres del palacio parecieran las sombras de dioses gigantescos. El olor a tierra mezclada con mar los envolvió cuando Illya guio a Anton hacia el lujoso patio exterior. El corazón de Anton latía al compás de las olas, que susurraban con constancia con cada avance y retroceso.

—Nazirah es una ciudad muy impresionante —dijo Illya mientras rodeaban el muro exterior del palacio, con guardias a sus espaldas—. Los primeros gobernantes tenían la Gracia de la Mente y usaron sus habilidades para convertir la capital en una proeza tecnológica. Fue la primera ciudad en aplicar el artificio a la infraestructura y, por supuesto, la construcción del faro fue una de las hazañas más impresionantes de su época.

Anton miró a su hermano.

—Pensé que odiabas la Gracia.

Illya se rio.

—¿Debo ignorar el ingenio de mis enemigos simplemente porque busco vencerlos? —Ante el silencio de Anton, Illya volvió a abordar el tema con entusiasmo—. Pero lo más impresionante de Nazirah no es su faro, ni sus carreteras, ni siquiera la Gran Biblioteca. Es algo que nadie ve. Bajo nuestros pies, debajo de las calles y las casas, se encuentra un complejo de antiguos pozos y cisternas, casi una ciudad en sí misma. Durante las inundaciones anuales, el agua fluye desde el río Herat a través de una serie de canales subterráneos hasta esa red. Así es cómo la ciudad mantiene su suministro de agua dulce durante los meses secos.

—No parece tan impresionante —murmuró Anton.

No soportaba la charla alegre de Illya, que jugaba a ser guía turístico en la ciudad donde lo había llevado como cautivo.

—¿No? Bueno, tal vez cuando lo veas con tus propios ojos cambies de opinión.

Se habían detenido frente a la entrada de una atalaya, una de muchas que se alzaban al cruzar las murallas del palacio. Una antorcha ardía en la entrada. Anton se sorprendió hasta que se dio cuenta de que los Testigos no usarían luces incandescentes. No usarían nada que se hubiera hecho con el arte de la Gracia.

Los guardias encendieron sus propias antorchas y los guiaron dentro de la torre. Las sombras danzaban en las paredes de piedra. Pasaron unos escalones que guiaban a la torre vigía y entraron en otra recámara. El techo bajo daba paso a otras escaleras que conducían a la oscuridad.

El temor de Anton creció cuando comenzaron a descender y los pasos resonaron contra la piedra. El aire se volvió húmedo y frío, con olor a moho y tierra.

Una vez, cuando eran niños, Illya había encerrado a Anton dentro de un arcón de madera. Se había negado a dejarlo salir por más que Anton sollozó y suplicó, y golpeó la tapa con sus puños de niño una y otra vez.

En ese momento, Anton sintió que Illya lo estaba conduciendo hasta una tumba y que, una vez que Anton estuviera dentro, la sellaría, ladrillo a ladrillo, hasta que nadie pudiera oírlo implorar.

Pero cuando llegaron al pie de la escalera, Anton vio que no era una tumba. Estaban en una cámara enorme, con techo alto y abovedado, reforzada por arcos delgados como las costillas de

un antiguo animal subterráneo. Las columnas se alzaban desde las profundidades del agua oscura y espejada. Había plataformas de mármol, a distintas alturas: algunas elevadas sobre arcos y otras que flotaban como témpanos sobre el agua.

El agua que goteaba resonaba en las paredes cuando Illya condujo a Anton hasta una plataforma por los peldaños derruidos de mármol. De pronto, se detuvo.

—¿Qué estoy haciendo aquí, Illya?

Illya se volvió hacia él.

—En Palas Athos, dijiste que una vez traté de ahogarte en el lago helado donde crecimos. — Anton contuvo el aliento. El lago no era un recuerdo lejano. Estaba aquí, bajo el agua oscura de la cisterna—. ¿Quieres saber la verdad?

Anton ya la sabía. Pero había algo en la voz de su hermano, además de la crueldad y la malicia, que marcaba la piel de Anton como el frío del hielo. Illya frunció el ceño.

—Nunca intenté ahogarte —continuó Illya. No se parecía en nada a la cruel y sonriente bestia de las pesadillas de Anton, a quien lo había retenido, mientras forcejeaba bajo el agua—. Era la última nevada de la temporada y te encontré en el exterior.

Anton cerró los ojos, como si así pudiera silenciar las mentiras de Illya, pero la voz de su hermano se apoderó de él en la oscuridad. La cisterna se desvaneció y se vio de vuelta en la nieve, junto al lago. Pero no era el caos de sus pesadillas. Era un recuerdo que veía como si observara desde lejos.

El cielo colgaba pesado y gris, las nevadas matutinas caían ligeras, los cristales de hielo se adherían a los cabellos rubios de Anton. Era una figura monocromática: ojos oscuros, cabello claro, tez clara. El lago congelado era un óvalo blanco, y los árboles que se alzaban detrás, solo formas oscuras en la distancia. Lo único que marcaba la nieve eran las huellas de sus pies descalzos.

Una voz lo llamó, vacilante.

«¿Anton?».

Pisó el lago. El hielo delgado crujió bajo su peso. Él siguió adelante. Oyó pasos a su espalda.

«¡Detente! ¡Anton!».

Unos brazos lo rodearon y lo arrastraron, mientras pateaba y arañaba. La nieve le mordió la piel cuando cayó de bruces.

Se puso en pie, se alejó de su hermano, y corrió. El viento le lastimaba la cara, las piernas ardían con una locura que lo llevaba más y más lejos, hasta que llegó al centro del lago. El hielo se resquebrajó bajo sus pies y se sumergió en la oscuridad helada. Todo quedó en silencio y quieto y congelado.

—Yo te salvé.

Su hermano, que lo miraba desde la superficie, temeroso, llorando, tratando de sujetarlo antes de que terminara de hundirse. Anton forcejeó, pero Illya era fuerte y no lo soltó. Lo levantó y lo sacó del agua.

—Me sujetaste del brazo y me miraste. —Anton abrió los ojos y miró fijamente el rostro de su hermano, y a la luz de las llamas de la caverna parecía titilar. Los rasgos comenzaron a cambiar hasta que Anton sintió que estaba mirando su propio reflejo—. Me rogaste que dejara que te ahogaras.

—Estás mintiendo —chilló Anton, casi afónico.

Pero ahora que las compuertas de la memoria se habían abierto a la fuerza, Anton supo que no.

Illya decía la verdad. Algo más siniestro que su hermano lo había llevado al lago aquel día. Lo había empujado bajo el hielo y lo había mantenido bajo el agua. Lo había hecho huir de casa, para

no volver jamás. Lo había obligado a escapar desde entonces.

Algo que, incluso en ese momento, no podía afrontar.

—Viste algo ese día, Anton. —El agua lo lamió. Se quedó sin aliento, se ahogó, mientras el frío oprimía los pulmones—. Más tarde lo entendí. Eres más que solo el heredero de un linaje maldito. —Anton cerró los ojos, con el corazón acelerado—. Viste algo que nadie ha visto en cien años. Viste el futuro.

Las palabras de Illya reverberaron a través de él, como el sonido de su Gracia.

Sonaban imposibles, pero eran ciertas. Anton lo sabía, en alguna parte profunda, oculta de su ser. Había tratado de aislarlo para no afrontarlo, para fingir que era lo que parecía ser: un muchacho perdido, un hijo descarriado de moral relajada y lengua rápida.

Pero ahora la verdad gritó, ensordecedora, y rompió los muros frágiles que había levantado. Había visto algo ese día. Algo imposible.

—Eso es lo que realmente sucedió ese día —dijo Illya. Los guardias avanzaron—. Lo que tenías terror de admitirte a ti mismo. Ahora quiero saber algo. Quiero saber lo que viste.

Anton comenzó a temblar, y tembló tanto que pensó que estaba a punto de romperse.

—Illya, por favor, no hagas esto —suplicó mientras los guardias lo arrastraban hasta el borde del agua y lo obligaban a arrodillarse—. Por favor, no me hagas esto.

—Desearía no tener que hacerlo. Ya has pasado por mucho, ¿no?

«Mentiroso». Anton no había creído en su arrepentimiento ni por un instante. Pero mientras veía que la mirada de Illya se endulzaba, se preguntó por primera vez si Illya lo creía. Sí, igual que Anton, había logrado ocultar quién era tan bien que se había engañado hasta a sí mismo.

—Illya —dijo, y detestó el sonido de su voz: aguda, asustada, desesperada. Un cordero que le pedía piedad a un lobo.

—No puedes decírmelo, ¿verdad? —Anton había enterrado el recuerdo de la visión tan a fondo que ya no podía acceder a voluntad. Incluso, ante la posibilidad de la tortura, no sabía si quería hacerlo. Sabía que la visión, fuera lo que fuera, sería peor que cualquier cosa que Illya pudiera hacerle—. El lago es la puerta de entrada. Lo descubrí cuando te vi en Palas Athos. La forma en que reaccionaste cuando lo mencionaste. Regresaste. Lo vi en tus ojos. Estabas allí, ahogándote...

—Basta...

—... ahogándote igual que hace cinco años, tratando de escapar de lo que viste...

—He dicho que basta.

—Recuerdo ese día. —La voz de Illya se volvió distante y serena—. Estabas en un trance. No me escuchabas, por mucho que lo intentara. La visión te dominaba, y yo no podía arrancarte de ella.

El guardia hundió la cabeza de Anton. Quedó justo sobre la superficie del agua. Anton contuvo el aliento con un quejido. Estaba muy cerca de ese recuerdo. Una fina capa de hielo era todo lo que separaba su pasado del futuro. Las profundidades negras del agua lo miraban boquiabiertas, listas para devorarlo.

—¿Qué viste, Anton? —preguntó Illya, como si le susurrara al oído, tan cerca que no estaba seguro de que fuera su hermano—. ¿Qué viste entonces, que preferías morir antes que vivir con ese recuerdo?

Capítulo Cincuenta y tres

JUDE

Las cadenas que rodeaban las muñecas y la garganta de Jude ardían. Dos Testigos lo guiaron por una escalera sinuosa de roca oscura. La celda que había ocupado desde su llegada a Nazirah era una bóveda estrecha y sin ventanas en la base del faro. Lo habían alimentado con trozos de pan rancio y unos tragos de agua, y le habían puesto nuevos grilletos, forjados en Fuego Divino, que lo ataban de las muñecas y los tobillos hasta el cuello.

Antes, había pasado tres días agotadores en el mar, atrapado en un lugar frío y oscuro que casi no le permitía moverse. Al menos en el barco, había tenido el consuelo de otra voz para ahogar a la que estaba dentro de su cabeza, la que no dejaba de enumerar todos sus fracasos.

Pero Jude no sabía lo que había sucedido con Anton después. Tal vez también estuviera en una celda fría y húmeda. O tal vez ya estuviera muerto.

Jude se tragó la culpa que surgió tras ese pensamiento. No poder proteger a Anton era otra de las promesas que había roto.

—Apresúrate, guerrero —se burló uno de los Testigos.

Un fuerte tirón de sus cadenas lo hizo tropezar con el siguiente paso. Jude apenas podía verse los pies, de tan oscura que era la escalera. Todavía no se había acostumbrado a lo que era la oscuridad sin su Gracia: el koah para agudizar la visión estaba entre los primeros que había aprendido. La sensación de ceguera era abrumadora. El debilitamiento de sus otros sentidos solo lo hacía sentir más ciego. Lo único que olía era la sal del mar, lo único que oía eran las olas que rompían contra las rocas de la costa.

Por fin llegaron a un rellano. Las enormes paredes del atrio principal del faro se elevaban sobre ellos. Había escaleras doradas y artefactos de metal en espiral. En el vértice de la torre, como una estrella lejana, la antorcha emitía una luz blanca y fría.

A Jude se le retorció el estómago cuando comprendió lo que ardía allí arriba.

Fuego Divino.

La llama pálida dibujó sombras tan inmensas como los monolitos del Círculo de Piedras en Kerameikos. La silueta de una figura imponente, con la cabeza coronada por finas agujas, parpadeaba en las paredes. Por un momento, Jude pensó que estaba viendo algún tipo de aparición, una criatura fantasmal de la sombra.

Pero cuando pestañeó, vio que la fuente de las sombras era un hombre. A diferencia de los otros Testigos, las túnicas de ese hombre eran de un blanco puro. En su rostro había una máscara de oro oscuro, que relucía a la luz de las llamas. Un anillo de polvo negro lo rodeaba. A su alrededor, decenas de figuras vestidas con túnicas blancas de diseños negros y dorados estaban inmóviles, con los ojos fijos en su maestro.

Los dos Testigos empujaron a Jude dentro del anillo, y lo hicieron arrodillarse. Se arrodillaron a su lado, y tocaron el suelo con la frente.

—Inmaculado —dijo el que estaba a la derecha de Jude—. Te hemos traído al Guardián de la Palabra.

Jude alzó la vista. La máscara del Hierofante describía curvas abruptas a los lados de la cara y terminaba en punta a la altura de la barbilla. Tenía grabado un sol negro llameante en la frente, con

rayos que parecían formar una corona. La única parte del rostro del Hierofante que Jude podía ver claramente eran sus ojos, de azul brillante, casi antinatural.

—Habéis hecho un buen trabajo, mis queridos discípulos —dijo con voz melodiosa. Puso una mano en la cabeza de los Testigos, casi con reverencia, y ellos cerraron los ojos—. No creáis que vuestros servicios han pasado desapercibidos.

—Gracias, Inmaculado —dijo el primer Testigo, tartamudeando.

Se levantaron al mismo tiempo y retrocedieron. Entonces los ojos azules del Hierofante se posaron sobre Jude, y el paladín se quedó sin aliento. Una oleada de miedo lo recorrió. Lo que se escondía detrás de esa máscara era oscuro y retorcido. El primer presagio de la Era de la Oscuridad.

—Jude Weatherbourne, hace tiempo que espero esta reunión —murmuró. No parecía imposible que supiera su nombre. Pero por el modo en que lo había dicho, *Jude Weatherbourne*, había sentido que revelaba algo de su interior—. Cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar en el Día del Juicio. Incluso tú, Jude Weatherbourne. Es un regalo conocer el propósito que uno tiene en el mundo. Los Profetas tenían razón al respecto.

—Conozco mi propósito —dijo Jude. Siempre lo había sabido, incluso aunque lo hubiera abandonado.

—No, no es así —explicó el Hierofante, amablemente—. Lo que crees conocer es una mentira. Ya ves, una vez fui como tú. Serví al legado de los Profetas, mantuve viva su sabiduría. Pero yo tenía preguntas. Preguntas que llevaron a las dudas. Todos tenemos dudas de vez en cuando, ¿no? Incluso el Guardián de la Palabra. —El tono del Hierofante era delicado, pero las palabras impactaron a Jude como si hubiera recibido un golpe, como si el Hierofante hubiera hundido su mano en el pecho de Jude y lo hubiera roto, exponiendo todos sus miedos y deseos a la luz. Como si supiera que las dudas de Jude eran la razón por la que había terminado aquí, un prisionero—. Mis dudas me llevaron a respuestas que nunca hubiera imaginado. Nunca permitirías que los nombres de tus Profetas pasaran de nuevo por los labios si conocieras los secretos que he aprendido sobre ellos. Una vez que vi la verdad, entendí que la Gracia había corrompido este mundo. Y vi que mi propósito era purificarlo.

Mientras Jude observaba el fuego que parpadeaba en lo alto y proyectaba sombras irregulares sobre la máscara del Hierofante, un odio profundo creció como una tormenta en su interior. Ese hombre se creía superior a los Profetas, creía que tenía derecho a determinar el destino de los demás. Quizás hubiera convencido a sus seguidores de que era un hombre simple que ofrecía una verdad simple, pero Jude vio su arrogancia al acecho.

—Hoy, por fin, esa purificación puede comenzar —continuó el Hierofante. Luego, cerró los ojos y respiró, como si el pensamiento le trajera una paz profunda. En el mismo tono medido, ordenó—: Traed a los otros.

Las puertas del faro se abrieron de nuevo. Los Testigos hicieron entrar a rastras a cinco figuras unidas en una sola línea por cadenas forjadas en Fuego Divino. Una nueva oleada de culpa sacudió a Jude cuando Penrose, Petrossian, Osei, Annuka y Yarik entraron tambaleando. Sus ojos buscaron a Penrose. La decepción cruzó por el rostro de Penrose, luego la pena. Ella apartó la vista.

Jude les había fallado. Les había fallado a todos.

El Hierofante retomó la palabra:

—La Orden de la Última Luz. Siervos de los Profetas. Guardianes de la profecía final.

El horror atravesó a Jude. ¿Cómo era posible que conociera la última profecía? La Orden había mantenido el secreto durante un siglo. Se suponía que nadie más conocía su existencia.

Pero el Hierofante había sabido lo de la Era de la Oscuridad, desde el comienzo. Lo de los presagios, también.

Y del Último Profeta.

—Pensabas que estabas destinado a proteger al Último Profeta —agregó y su fría mirada azul se posó en Jude mientras otra figura avanzaba—. Pero en vez de eso, lo has traído hasta nuestras manos.

Capítulo Cincuenta y cuatro

HASSAN

Lethia llevó a Hassan al interior del faro. El atrio estaba oscuro y las sombras bailaban en su interior. Levantó la vista y vio, aterrorizado, el Fuego Divino que ahora brillaba en lo alto.

Era la llama que usarían para erradicar la Gracia del mundo. La habían puesto allí, en el faro que simbolizaba el legado de Nazirah y la sabiduría de los Profetas.

En el centro del atrio, cinco miembros de la Guardia estaban encadenados ante la figura alta y pálida del Hierofante. Había otro prisionero junto a ellos, atado desde el cuello hasta los tobillos. A Hassan le llevó un momento reconocer que era Jude Weatherbourne, el Guardián de la Palabra. Hassan no lo había visto desde la noche de su sueño.

Arriba, había más prisioneros en los balcones. El ejército. Recorrió las filas, buscando a alguien en particular. Pero estaba demasiado oscuro para distinguir los rostros.

Por fin, dejó caer su mirada sobre el hombre que estaba en el centro. Su máscara relumbraba con el Fuego Divino, y Hassan sintió una oleada de furia. Ese hombre, parado con tranquilidad en medio de los prisioneros, era la causa de todos los miedos y horrores que Hassan había sufrido en las últimas cuatro semanas. Ese hombre causaba angustia y fomentaba la violencia donde quiera que fuera, y se atrevía a creerse un salvador. La furia de Hassan se agitó en su pecho como una bestia enjaulada.

—Ya es hora de que sepáis la verdad —dijo el Hierofante, observando a todos los prisioneros.

—¿La verdad? —gritó Penrose—. ¿Ocultas tu rostro detrás de una máscara y luego presumes de contar de verdad? Sabemos quién eres. Eres el Falso.

El Hierofante se volvió hacia ella lentamente. Ella se estremeció, pero no apartó la mirada. Hassan percibió el orgullo de Penrose.

—Ah claro, el Falso, el primer presagio de nuestra nueva era, según la profecía. ¿Crees que soy yo? —preguntó el Hierofante, con tono burlón—. ¿Qué falsedad te he dicho?

—Les has dicho a tus seguidores mentiras sobre la Gracia, los has convencido para que la odien. Dices que solías ser un acólito, pero no hay rastro de ti en ninguno de los templos. Has difamado los nombres de los Profetas y has llevado a todas estas personas por mal camino.

—Mis seguidores no son los que van por mal camino —respondió el Hierofante con calma—. Y no he predicado mentiras. Pero hay alguien que sí. Alguien cuyo engaño os ha traído a todos hasta aquí. —Hassan se puso tenso. Los ojos del Hierofante se posaron sobre él—. Díselo, príncipe Hassan. —Su boca estaba completamente seca. No podía respirar, y mucho menos hablar—. O quizás... no puede admitirlo, ni siquiera ahora. Tal vez prefiera que estas personas se enfrenten al Día del Juicio sin saber la verdadera razón.

Hassan dejó escapar un suspiro.

—No. Se lo diré.

Todos los ojos de la torre lo miraron. Él sabía lo que tenía que hacer. Era lo que debería haber hecho días atrás, cuando todavía estaban en Palas Athos, de pie ante la tumba de Emir. Lo que había intentado hacer, antes de que la furia y la tristeza lo hicieran cambiar de idea. Respiró hondo y se volvió hacia los seis miembros de la Guardia, las personas que habían luchado por él y creían en él. Se enfrentó a ellos y no esquivó la mirada.

—La verdad —siguió diciendo Hassan— es que yo no soy el Profeta.

Penrose parecía desconcertada, en su boca un gesto de sorpresa.

—Está mintiendo —dijo ella.

—Pensé que yo era el profeta —continuó Hassan—. Lo creí, durante mucho más tiempo del que debí haberlo hecho. Pero mi visión no era más que un sueño. E incluso cuando me di cuenta de la verdad, dejé que la mentira continuara. Por eso, yo... no tengo excusa.

Osei trató de acercarse a él, jalando de sus cadenas.

—El día que naciste, el cielo se iluminó...

—Una coincidencia —dijo Hassan sin dudar.

—Pero la profecía de Nazirah se deshizo cuando los Testigos tomaron la ciudad —agregó Petrossian.

—Incorrecto —dijo Lethia—. El faro está en pie, y la línea Seif aún gobierna este reino. Yo soy la heredera de mi madre. Soy la reina de Herat.

Penrose miró a Hassan, con una súplica en los ojos.

—Pero... la visión. La visión que nos mostró cómo detener la Era de la Oscuridad.

—Fue un sueño —explicó Hassan, con tanta convicción como pudo—. Nada más.

El asombro se desvaneció del rostro de Penrose. Aceptó la verdad. A su lado, la expresión de Jude Weatherbourne era inescrutable, los ojos bien abiertos pero concentrados, la boca tensa.

—Tú no eres el Último Profeta —dijo el capitán Weatherbourne poco a poco—. Nunca fuiste tú.

—No es más que un profeta apócrifo. El Falso —respondió el Hierofante. Hassan se quedó sin aliento, por completo. Las palabras de la profecía repicaron en su memoria—. El príncipe Hassan es el primer presagio de la Era de la Oscuridad.

Capítulo Cincuenta y cinco

ANTON

Illya fue precavido. Permitió que los guardias sumergieran la cabeza de Anton bajo el agua para que se ahogara y ahogara. Pero sabían que, antes de que Anton sintiera que sus pulmones estaban a punto de estallar, debían sacarlo del agua, dejarlo toser y recuperar el aliento.

Y, luego, volvían a empezar. Una y otra vez: ahogamiento, agitación, náusea, llanto.

Anton ya no intentaba detener las lágrimas. El llanto y las náuseas se mezclaban, obstaculizaban lo único importante en este mundo: respirar.

Los guardias sacaron su cabeza del agua una vez más, y Anton se desplomó sobre la plataforma de mármol. Apenas podía sostenerse, las manos y rodillas temblaban, mientras intentaba inhalar una mínima gota de aire.

—Por favor. Por favor, no más.

No sabía cuánto tiempo pasó allí, con la cabeza inclinada, contando cada respiración como una victoria. Una sombra cayó sobre él.

—¿Quieres que se detengan?

Anton cerró los ojos, temblando. «Detenme, Anton», se burlaba en su memoria. «Si eres tan poderoso, entonces puedes detenerme».

—Dime lo que viste —insistió Illya.

—Me matarás —dijo Anton con voz ronca. Él no quería morir. No, él no quería morir. Pero no soportaba más el ahogamiento—. Siempre supe que lo harías.

—Dime lo que viste, y todo terminará.

Un quejido salió de la garganta de Anton.

—No puedo. No sé lo que vi, por qué intenté... No lo sé, ni siquiera ahora. ¿Por qué estás haciendo esto? —susurró, con una voz tan baja que solo Illya pudo oírlo—. ¿Por qué necesitas saber lo que vi?

Illya se puso de rodillas, su rostro siniestro entre las sombras. Puso una mano sobre el hombro de su hermano, como si quisiera consolarlo.

—Antes de que me rogaras que te dejara morir, dijiste algo más. Dijiste: «Y vendrá la oscuridad». —Anton se estremeció. Las palabras de su hermano lo sujetaron como manos cadavéricas bajo la superficie del lago—. No sabía lo que significaba, en ese entonces. Pero después de unirme a los Testigos, el Hierofante compartió conmigo su secreto mejor guardado. Un secreto que pocos conocen. Pero decidió confiármelo a mí.

En la voz de Illya, había orgullo. Por primera vez, lo habían considerado especial. Por primera vez, había sido el elegido. Anton sabía que no había nada que Illya deseara más.

—Antes de que los Profetas desaparecieran, hicieron un último vaticinio —le explicó Illya—. Una profecía que anticipó el final de quienes se oponen al orden natural del mundo. Un Juicio que restauraría el mundo a los tiempos anteriores a la Gracia. Lo llamaron la Era de la Oscuridad. Los Profetas no sabían cómo se desencadenaría esa nueva era. Pero tú sí. Viste lo que ellos no lograron ver. Viste el Día del Juicio, Anton. Lo viste todo.

Los pulmones de Anton se inundaron de hielo.

—No —dijo y trató de respirar y sintió un ardor que lo asfixió—. No sé, no sé nada del juicio.

No sé nada... —Una imagen brilló en su mente, como un rayo recortado contra nubes oscuras—. ¡No!

Su voz resonó a través de la caverna. Había tratado de protegerse de esa visión. Había tratado de ahogarla bajo la pesadilla del lago.

Alzó la vista y vio que su hermano sonreía, satisfecho.

—Nos estamos acercando —dijo. Parecía estar hablando con los guardias, no con Anton—. Continúa.

Anton luchó contra los guardias. La visión se cernía en los bordes de su conciencia, y si no se enfocaba en el presente, en la cámara oscura y cavernosa, en su hermano sádico y sus leales mercenarios, se perdería en ella.

La resistencia fue inútil. Los guardias eran más fuertes y arrastraron a Anton al borde de la plataforma. Lo sujetaron por el pelo y por el cuello, y volvieron a hundirlo bajo el agua.

Anton había pasado gran parte de su vida levantando muros entre él y su Gracia. Era la única forma que conocía para evitar la oscuridad que lo esperaba en sus sueños.

Cuando su rostro quebró la superficie del agua, las paredes se derrumbaron.

Su Gracia, el pulso que crecía como una marea dentro de él, el que había rechazado una y otra vez, lo atravesó como un torrente.

Entonces, en lo oscuro de la cisterna, Anton se entregó a su poder. Se hundió en los repliegues de la Vista, en el tejido inquieto del mundo. Su Gracia se desplegó dentro de él y se expandió en todas direcciones, como ondulaciones sobre el agua.

En la adivinación se buscaba, usando la Gracia de uno para encontrar el *esha* que vibraba en una frecuencia particular.

Pero Anton no estaba adivinando. Su Gracia reverberó entre las corrientes de *esha* y alteró sus patrones con un eco propio.

No. Él no estaba adivinando: estaba gritando.

«Ayuda», gritó en el mundo negro y tembloroso. «Ayudadme».

Capítulo Cincuenta y seis

JUDE

Una luz blanca destellaba en lo alto de la torre. Jude alzó la vista y vio hileras de Testigos que marchaban por las escaleras en espiral, antorchas encendidas con Fuego Divino.

—Ha llegado la hora de la retribución —dijo el Hierofante, y su voz hizo eco en los muros—. Nuestro Fuego Divino acabará con la corrupción de la Gracia y limpiará el mundo de los pecados de los Profetas. Una vez que hayamos expulsado los poderes que os corrompen, también comenzareis a ver la verdad. Algunos de vosotros no podréis afrontarla. Ese es el precio del Día del Juicio. —El tono del Hierofante era sombrío, como si realmente le doliera la idea—. Pero el resto de vosotros saldréis renovados y formaréis parte de un mundo nuevo y puro. Un mundo muy parecido al que existía hace mucho tiempo, antes de que los Profetas lo alteraran. El *esha* sagrado del mundo fluirá en armonía una vez más, sin que lo manipulen con fines egoístas. Y seremos testigos de una paz auténtica y duradera. —Las antorchas bajaron flotando como fantasmas hasta que alcanzaron el atrio y formaron un anillo alrededor de la Guardia. El Hierofante extendió los brazos y alzó la voz para ordenar—: Que empiece el Juicio.

Las sombras titilaron en el borde de la visión de Jude. Se obligó a no temblar, a no mostrar el menor indicio de su miedo, mientras el Hierofante se acercaba.

—Jude Weatherbourne. Guardián de la Palabra. El más leal de los seguidores de los Profetas.

La culpa aplastó a Jude. Las palabras del Hierofante eran una burla. Él no era el más leal de los seguidores. Les había fallado, y en ese momento, lo vio con más claridad que nunca.

Se puso rígido cuando el Hierofante tomó su barbilla entre dos dedos fríos y delicados. El roce fue suave, pero crujió contra la piel de Jude. Sintió el perfume a anís y ceniza que lo envolvía.

El Hierofante agitó una mano, y uno de los Testigos le trajo una antorcha de Fuego Divino.

—Serás el primero en enfrentarte al Juicio.

Jude no logró apartar los ojos de la llama pálida mientras se aproximaba. La luz devoró su mirada.

El dolor lo desgarró, repentino y feroz. Se dobló, su visión se desvaneció, un grito de agonía brotó de su pecho. Se sentía exactamente igual que cuando había intentado usar su Gracia mientras llevaba las cadenas.

Durante un momento, pensó que el fuego lo había quemado. Pero cuando su visión se aclaró, vio que el Hierofante había alejado la antorcha.

El dolor disminuyó, persistente. Jude se centró en el rostro del Hierofante, iluminado por la antorcha del Fuego Divino. Estaba inmóvil, los ojos azules bien abiertos detrás de la máscara.

Otra descarga de dolor ardiente atravesó a Jude. Irradió desde su pecho y contra su piel, como si ardiera desde adentro hacia afuera. Se desvaneció de nuevo, más rápido esa vez, y en su lugar, sintió un pulso lento y suave, que se expandía y contraía como una estrella.

Surgió en él como su Gracia, pero no era su Gracia. Era algo más, algo que resonaba dentro de su pecho, con tanta certeza como su propio corazón, que lo atraía con intensidad creciente, igual que un koah invocaba el *esha*, igual que el polo de la Tierra movía la aguja de una brújula hacia el norte.

Cerró los ojos, y cuando otro cálido pulso lo recorrió, se dio cuenta de lo que era. El eco de

otra Gracia que no era la suya. Lo había sentido antes, aunque era demasiado joven para entenderlo. A la sombra de un monolito, bajo un cielo radiante, Jude había sentido un estremecimiento temblar a través de la tierra. Había oído un grito que llamaba a su guardián.

Ahora, dieciséis años después, la Gracia del Último Profeta estaba llamándolo otra vez.

Capítulo Cincuenta y siete

JUDE

El Hierofante agitó la antorcha y la llamarada estuvo a punto de tocar a Jude. Él saltó hacia atrás, instintivamente, pero olvidó que todavía tenía las muñecas y los tobillos atados.

Las cadenas jalaron, y él cayó de rodillas. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Todavía podía recordar la intensidad del dolor que había sentido, una quemazón profunda que le llegó hasta la médula.

Pero eso fue antes de que todo hubiera cobrado un nuevo propósito. De pronto, el dolor parecía algo irrelevante. La Gracia del Último Profeta, del verdadero, lo había llamado. Nada detendría su respuesta.

Jude respiró y se concentró en la invocación del Profeta. Su Gracia emergió, y con ella, el calor del Fuego Divino. Se entregó al dolor, a su ardor, que lo calcinaba. Lo golpeaba, pero no lo devoraba. Podría soportarlo.

Jude realizó un koah para la fuerza. Dejó que el fuego del dolor lo alimentara e impulsara su *esha*. Con una descarga de energía, rompió las cadenas que lo sujetaban. El Hierofante, parado frente a él, quedó boquiabierto, sin dar crédito a lo que veía.

—¡Atrapadlo! —les ladró a los Testigos.

Dos de ellos se acercaron a Jude, con sus antorchas en alto.

Pero Jude ya no tenía grilletes, y estaba listo para ellos. Con la velocidad de la Gracia, se agachó bajo la llama y atrapó la antorcha con ambas manos. Empujó al Testigo que la sostenía y dio un giro. Si Jude cerraba los ojos e ignoraba el calor de la llama, podía fingir que la antorcha era una de las estacas que usaban para entrenar en el Fuerte Kerameikos.

Jude esperaba encontrar al otro Testigo detrás, pero se sorprendió al descubrir que el príncipe de Herat se había abalanzado sobre él y lo había inmovilizado.

—¡La Guardia! —gritó el príncipe.

Jude lo entendió de inmediato. Dio otro giro y agitó la antorcha. Un nuevo Testigo se apartó de su camino. Pero Jude no lo había apuntado a él; el objetivo de la llama eran las cadenas que aprisionaban a los cinco miembros de la Guardia. Se encontró con la mirada de asombro de Penrose durante un instante, y luego los dos se centraron en el punto donde el metal tocaba la llama. Ella asintió.

—¡Detenedlos! —gritó el Hierofante.

A su alrededor, hubo movimiento. Jude no tuvo necesidad de mirar para saber que los guardias que habían entrado con el príncipe y lady Lethia se habían lanzado a la carga.

Jude cambió de mano la antorcha y, sin perder el ritmo, se estiró para desenvainar la espada de uno de los guardias. Penrose levantó los brazos y jaló de las cadenas de los paladines. Jude les asestó un golpe de espada.

Las cadenas se quebraron y cayeron. Yarik, Annuka, Petrossian y Osei adoptaron posiciones defensivas, para resistir a los guardias y Testigos que avanzaban. Jude corrió al lado de Penrose, en medio de la refriega.

—Penrose —dijo sin aliento. Tenía tanto que decirle. Pero en ese momento, solo una cosa importaba—. El Profeta. El Profeta está aquí.

—No, Jude, nos equivocamos, el príncipe no es...

—No —dijo Jude, poniendo una mano en su hombro—. No el príncipe, el verdadero Profeta. He sentido su Gracia. Todavía puedo sentirla. —Asombro apareció en los ojos de Penrose—. Lo tienen cautivo, aquí, cerca.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro en toda mi vida.

—Entonces, encuéntralo —dijo ella, con decisión en la mirada—. Haz lo que sea necesario. Ese es nuestro deber, y todos daríamos nuestras vidas para cumplirlo. La flota de la Orden está en el puerto. Llévalo a bordo de uno de nuestros barcos.

Jude titubeó. No quería abandonar a la Guardia de nuevo. Pero la Gracia del Profeta era una fuerza innegable que resonaba en su interior y se hacía eco de las palabras de Penrose. «Lo que sea necesario».

Se apartó de ella y vio que el Hierofante bajaba la antorcha. Jude no pensó, solo reaccionó y dio un salto hacia atrás. Ante sus ojos, un anillo de fuego blanco cobró vida alrededor de los otros miembros de la Orden. Un muro de Fuego Divino los separaba de Jude. Tras echar un último vistazo al rostro iluminado de Penrose, se volvió y miró al Hierofante a los ojos.

Estaba totalmente desprotegido, los Testigos a su alrededor ocupados en el caos inesperado. Los ojos del Hierofante se posaron en Jude, como si adivinara los pensamientos que pasaban por su mente. Qué fácil sería empujar al Hierofante hacia las llamas y usar su propia arma en su contra.

Pero la llamada del Profeta resonó a través de Jude más fuerte que nunca. Exigía una respuesta. Jude se apartó del Hierofante y huyó, abriéndose camino a través de más Testigos y guardias hasta que salió corriendo por las puertas del faro.

Gritos y pasos lo persiguieron mientras se adentraba en la noche. Apretó los dientes para tolerar el dolor ardiente que sentía en las piernas, saltó sobre el viaducto que conectaba el faro con el continente. Las estrellas se desplegaron sobre él. La invocación de la Gracia del Profeta se fortaleció hasta convertirse en un pulso constante. Crecía con cada paso, lo atraía como un imán.

Durante toda su vida, Jude había dejado que su fe lo guiara. Su fe en el Profeta, en la Orden, había sido inquebrantable. Su fe en sí mismo, no tanto. Había pasado mucho tiempo luchando para acallar sus dudas, para esconder su miedo.

Pero por fin entendía que eran parte de él, igual que su Gracia. Nunca se libraría de ellos. Pero cumpliría con su deber de todos modos. Aunque quizás no fuera digno de él, aunque su devoción vacilara.

La Gracia del Profeta lo estaba llamando, y Jude respondería.

Se volvió aún más fuerte cuando bordeaba los acantilados que rodeaban el Palacio de Herat, con pies rápidos y firmes incluso sobre la roca resbaladiza. Sobre el costado de la roca oscura, vio la boca negra de una cueva. Cuando se acercó, la Gracia del Profeta se amplificó aún más, como una mano cálida que hace señas. Siguió el instinto puro y la fe ciega de esa atracción que lo llevaría adonde tenía que ir.

La luz de la luna se derramó sobre las paredes de piedra cuando Jude entró en la cueva. Por dentro estaba oscuro, pero el poder de la Gracia le permitió ver unas escaleras, bajo el saliente de piedra. El pulso de la Gracia del Profeta palpitaba en sus oídos, pero de pronto parecía unido a otro pulso, que latía en sincronía. Al principio, Jude pensó que era un eco del pasaje cavernoso, pero poco a poco entendió la verdad. Escuchaba los latidos del corazón del Profeta. El Profeta estaba allí abajo.

Todavía tenía la espada que le había quitado al guardia. No estaba acostumbrado a su forma

curva ni a su peso, pero ya no tenía la Espada del Pináculo, y un arma ajena era mejor que ninguna. Se aferró a la empuñadura mientras comenzaba el descenso. La escalera estaba fría y húmeda, pero la Gracia ardía en su interior.

Llegó pronto al pie de la escalera y se encontró en un túnel húmedo y estrecho que lo llevaba a nuevas profundidades. No quería imaginar por qué estaría allí abajo, así que se concentró en el sonido de su propia respiración y el latido del corazón del Profeta, a medida que descendía.

Nuevos sonidos aparecieron: salpicaduras de agua, una voz clara e impaciente.

—Continúa hasta que yo dé la orden.

Era la voz de Illya Aliyev. Jude recorrió de prisa la curva del túnel y luego se detuvo. El túnel terminaba abruptamente y daba paso a una cámara cavernosa de techo alto y abovedado. Unos seis metros más abajo había una superficie de cristal, negra y lisa, como un cielo nocturno sin estrellas.

No, no era cristal, se dio cuenta. Era agua: un lago subterráneo. Plataformas de mármol se extendían sobre la superficie, algunas se elevaban en forma de arcos, otras, desmoronadas y erosionadas.

Y en una de esas plataformas, Jude vio a ocho guardias de pie alrededor de una figura tendida.

El Profeta. Su Gracia se elevó. Jude dejó que su poder lo llevara a través de la secuencia de koahs, para ganar velocidad, fuerza y equilibrio.

Saltó hasta la plataforma de abajo. Los guardias se dieron la vuelta al oírlo aterrizar.

—¡Hay alguien aquí!

—Deshaceos de él —gritó la voz fría de Illya.

Jude se abalanzó sobre tres guardias que corrían a su encuentro y cayó sobre ellos.

—¿Qué? ¿De dónde ha salido?

Un guardia se tambaleó y su espada cortó a Jude en el pecho. Jude bailó. El guardia volvió a atacar, y Jude detuvo la hoja del guardia con la suya. El sonido del choque de acero resonó en el mármol y el agua.

Un segundo guardia se lanzó hacia Jude del otro lado. Con un movimiento de muñeca, Jude desvainó la espada. Atacó al primer guardia, que cayó de la plataforma alta, y luego se giró para enfrentarse al segundo. Hundió la hoja en su brazo. El segundo guardia trastabilló, ahogando un grito, y Jude se agachó para hacer una barrida, que lo empujó al agua.

El tercer guardia retrocedió cuando los cinco restantes lo alcanzaron.

—¡Es demasiado rápido!

Los demás se contuvieron, con las espadas desenvainadas, con temor en sus ojos.

—Tú eres el guerrero, el que atrapamos en Palas Athos.

—Soy Jude Weatherbourne, de Kerameikos, capitán de la Guardia de los Paladines, Guardián de la Palabra —dijo él—. Y tú estás en mi camino.

Con una espada en su mano, el *esha* en su cuerpo y el tamborileo veloz del pulso del Profeta, Jude no tenía igual. Despachó a los guardias fácilmente. Con el camino despejado, corrió por la plataforma y sus botas resbalaron sobre las piedras de mármol pulido. Su visión se redujo a un solo punto: la figura que yacía en el borde de la plataforma, dueña del pulso que latía en los oídos de Jude.

El Profeta.

Jude llegó a su lado y se arrodilló. Con cuidado, lo levantó y apoyó su mano en el rostro del Profeta.

Se quedó sin aliento. Conocía ese rostro.

Una vez, a través de un patio oscuro y lleno de humo, había visto esos labios formar una sonrisa

burlona. Una vez, en un santuario en ruinas, había visto esa frente como una luna pálida sobre él.

El Profeta era Anton.

Anton era el Profeta.

La certeza lo golpeó como el filo de una cuchilla. Entonces, Anton, el Profeta, respiró y abrió los ojos.

Una vez, mientras el resto del mundo se derrumbaba, Jude había visto los ojos cálidos y oscuros de un muchacho tendido junto a un estanque adivinatorio.

Esa vez, sus ojos volvieron a encontrarse.

Y Jude encontró su verdadero norte.

Capítulo Cincuenta y ocho

HASSAN

El faro destelló con una llama blanca cuando el anillo de Fuego Divino cobró vida. La breve lucha cuerpo a cuerpo había dejado a Hassan y la Guardia atrapados dentro del círculo, sin esperanza de escapatoria.

Un humo negro y nauseabundo que salía de las llamas hizo toser a Hassan. Se cubrió la nariz con la manga. Observó a su tía, fuera del círculo, protegerse del mismo modo con una bufanda.

—Tu Guardián ha huido —dijo el Hierofante—. Ha rechazado la verdad que le he ofrecido y ha demostrado cobardía. Pero no escapará del Juicio, y vosotros tampoco. Hoy os enfrentareis a vuestros destinos. —Las llamas brillaron en las curvas irregulares de su máscara cuando se dirigió a los Testigos—: Encended el resto.

Hassan observó con horror a dos Testigos que cruzaban el atrio hasta el pie del balcón que bordeaba la torre. Con sus antorchas, tocaron el polvo que formaba una línea a lo largo del balcón. Se incendió, y el fuego creció hasta lo alto. Los gritos y jadeos se hicieron eco cuando las llamas acorralaron a los soldados herati.

—El humo que estáis respirando contiene las toxinas de la roca negra. Poco a poco, llenarán el faro. Uno por uno, caeréis a causa del veneno —dijo el Hierofante—. Pero no tenéis que morir aquí. Hay otra opción. Para ser libres, solo necesitáis caminar a través de las llamas del Fuego de Dios. Purificaos de los pecados de los Profetas y seréis bienvenidos a nuestra nueva ciudad, transformados. Elegid la vida y dejad que vuestros cuerpos se libren de la corrupción de la Gracia. Esas son vuestras posibilidades: la salvación o la muerte.

El Hierofante echó una mirada a los Testigos mientras se dirigía a la escalera. No necesitaron más indicaciones. Con las antorchas encendidas, salieron del faro detrás de él. Los ojos de Hassan se posaron sobre su tía, que se quedó mirando las llamas.

—Lethia —dijo Hassan, incapaz de ocultar el miedo y la desesperación en su voz—. Lethia, por favor. No lo hagas.

Los ojos de Lethia, que asomaban sobre la bufanda de seda, le devolvieron la mirada. Hassan vio que la sombra de una duda atravesó el rostro de su tía cuando entendió que dejaría a todos morir en el faro.

Lentamente, Lethia se dio la vuelta y siguió a los Testigos. Un momento después, en la torre se oyó el sonido de las puertas que se cerraban.

Estaban atrapados.

El humo se volvió más y más denso. Hassan y la Guardia formaban un círculo cerrado, espalda contra espalda, la vista clavada en el círculo de Fuego Divino que los encerraba.

Hassan no podía dejar de toser. Los pulmones trabajaban para expulsar el humo.

—Cubríos la nariz y la boca —dijo Penrose, con la voz amortiguada por la capa.

Hassan se quitó la gruesa camisa de brocado y arrancó una tira de la camiseta de algodón con los dientes. Ató la tela alrededor del rostro. Serviría de poco una vez el humo llenara toda la torre, pero por el momento proporcionaba algo de alivio.

—Príncipe Hassan —dijo Penrose a su izquierda—, puede cruzar las llamas, puede salvarse.

Ella tenía razón. Él sí podía atravesar las llamas y sufrir solo unas pocas quemaduras menores.

Podía salir del faro antes de que el humo lo matara. Pero sería el único.

—No os dejaré —respondió él—. Yo soy la razón por la que estáis aquí. Os *mentí*. Si no fuera por mí...

—Es su culpa —afirmó Penrose con dureza—, y si quiere sacrificar su vida por culpa, que así sea. Pero los dos sabemos que esa es la salida de los cobardes. Y a pesar de todo lo que ha hecho, no creo que sea un cobarde. Si realmente siente remordimiento por sus mentiras, encontrará una manera de expiarlas.

Ella tenía razón. Si Hassan moría en el faro, no quedaría nadie para impedir que los Testigos quemaran al resto de Nazirah. Pero no podía soportar la idea de dejar a todos en el interior, para que eligieran la muerte o algo peor. Miró a través del humo, a las filas de soldados herati, acorralados en los balcones.

Hassan podía salvarse solo porque no tenía la Gracia. Los otros quedarían atrapados allí por el poder que él siempre había anhelado, el poder que siempre había creído necesitar para ser un líder.

Pero tal vez nunca lo había necesitado. La Gracia no lo ayudaría a gobernar mejor. Quizás lo único que importara eran las decisiones que tomaba.

La salvación o la muerte: esas eran las opciones que el Hierofante les había dado, exterminar su Gracia o morir.

Pero esas no eran las únicas opciones que tenía Hassan.

Cerró los ojos y reunió todo su coraje. Luego dio un paso atrás. Y otro, hasta que estuvo al borde de las llamas. Solo él podía hacer esto. Solo él podía cruzar el Fuego Divino.

Abrió los ojos, corrió y saltó el anillo. La piel le ardía. Cayó al suelo rodando y siguió rodando para sofocar las llamas.

Se puso de pie y se dio la vuelta, para hablarles a los paladines a través del anillo, herido pero con vida.

—No voy a dejaros —repitió—. Os sacaré de aquí, a todos vosotros.

No tenía un plan. Tenía, como mucho, una vaga idea. Pero tendría que bastar. Miró hacia abajo y vio un rollo de cadenas, las cadenas forjadas en Fuego Divino que habían usado para inmovilizar a la Guardia. Hassan las recogió y se las colocó alrededor del cuello antes de subir las escaleras. Cuando le pareció que estaba a la altura suficiente, pasó una cadena por la escalera. No había manera de atarlas, así que él mismo serviría de contrapeso.

—¡Penrose! —gritó, y levantó el resto de la cadena con una mano.

Ella pareció entender enseguida. Hizo un gesto, se volvió hacia Osei, y después de un breve intercambio, se ubicaron en posición: Penrose en el extremo del círculo, de espaldas a las llamas, y Osei, arrodillado en el centro con las manos entrelazadas.

—¿Listo? —vociferó Hassan.

—Listo.

Él lanzó el otro extremo de la cadena. Penrose dio un gran salto. La cadena se balanceó hacia abajo. Penrose usó las manos de Osei como peldaño para atrapar el extremo de la cadena antes de que comenzara a rebotar.

Hassan hizo fuerza para soportar el peso de Penrose. Durante unos pocos segundos, ella se balanceó de un lado al otro en la cadena suspendida. Luego se estabilizó, y aprovechó el impulso para volar sobre el fuego y aterrizar en las escaleras que estaban debajo de Hassan.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¡Sí, seguid!

Hassan se volvió a centrar, recogió la cadena y se preparó para lanzársela al siguiente miembro

de la Guardia. Con la misma destreza que Penrose, Petrossian logró ponerse a salvo.

Pero las toxinas del humo empezaban a afectar a Hassan. Un ataque de tos lo dejó mareado y aturdido. Se estaba quedando sin tiempo.

Cuando se recuperó, Penrose estaba de pie junto a él.

—Si conseguimos sacar a todos del faro, quizás logremos alcanzar los barcos de la Orden. Pero tenemos que actuar rápido.

Hassan miró hacia arriba. El humo se elevaba a toda velocidad; allí abajo, él y Penrose podían respirar bien, pero podía ver que, en los niveles más altos, ya había personas desplomadas en el suelo.

—Ocúpate del resto de la Guardia —dijo, y puso las cadenas en las manos de Penrose. Ella se estremeció al tocarlas.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a sacarlos de aquí.

Al dejar que una falsa visión de la victoria lo guiara, había llevado a todos a ese destino terrible. No había sido un buen profeta, pero sí era bueno en algo: tomar decisiones sobre la marcha.

Y de una u otra forma, los liberaría a todos.

Capítulo Cincuenta y nueve

ANTON

Anton no se estaba ahogando.

Se despertó jadeando, el agua le llenaba los pulmones, el estómago trataba de expulsar todo lo que había dentro. No se estaba ahogando, pero aún sentía que estaba a punto de morir.

Sus arcadas disminuyeron, y poco a poco tomó consciencia del calor, de la delicada presión de las manos apoyadas sobre su costado. Durante un momento, se quedó completamente paralizado, inundado por la sensación de su pulso en cada centímetro del cuerpo, como si hubieran hecho sonar un gong. Pestañeó y encontró dos ojos verdes que lo contemplaban. Era Jude.

Su *esha* era innegable, como la primera vez que Anton lo había sentido en la marina de Palas Athos, y de nuevo en el mausoleo. De pronto, cada partícula de aire en la caverna parecía estar cargada con él, eléctrica como después de la descarga de un rayo. La Gracia de Anton comenzó a latir al mismo tiempo y los dos sonaron juntos en armonía, resonando desde el lugar donde yacían las manos de Jude.

—Eres *tú* —dijo Jude.

Una sombra se movió a sus espaldas, e Illya apareció. Tenía algo brillante en una mano, plata peligrosa a la luz de las antorchas.

Anton contuvo el aliento.

Sin darse la vuelta, Jude sujetó a Illya por la muñeca, segundos antes de que el cuchillo se hundiera en su espalda, y no lo liberó hasta que Anton escuchó el ruido de algo que se partía, e Illya dejó escapar un aullido de dolor. El cuchillo cayó sobre el mármol. Jude soltó la muñeca de Illya y se puso de pie para mirarlo.

—Jamás volverás a hacerle daño.

Anton se puso de rodillas y se incorporó. Por encima del hombro de Jude, veía a Illya, que se tocaba la muñeca. Los ojos dorados buscaron la mirada de Anton.

La postura de Jude cambió, como si tratara de ocultar a Anton de su hermano.

—Te lo repito —dijo Illya—. No puedes seguir huyendo, no puedes seguir huyendo de lo que está en tu mente.

Anton se estremeció.

«¿Qué viste, Anton?». La voz de su hermano silbó en su cabeza. «¿Qué viste entonces, que preferías morir antes que vivir con ese recuerdo?».

—Durante cinco años, lo has retrasado —continuó Illya—. Pero la verdad no puede quedar sepultada. Si yo no la descubro, serán ellos.

Se refería a la Orden, la Guardia. Illya tenía razón. Seguir a Jude era solo otro camino hacia el mismo resultado. Jude podía sacarlo de allí, pero no podía ayudarlo a escapar de lo que realmente lo perseguía.

Jude se giró para mirar a Anton.

—Pase lo que pase, te protegeré —le dijo.

Jude había pronunciado esas palabras antes, cuando los hombres de Illya les habían tendido una emboscada en la taberna. Antes de saber quién era Anton. Las palabras lo habían asombrado. Parecían imposibles, porque nadie en su vida las había dicho antes. Pero allí estaba Jude, con su

rostro serio y sus intensos ojos verdes y su *esha* que parecía una tormenta de viento. Y cuando repitió esas palabras, Antón le creyó. Agarró el brazo de Jude.

—No puedes huir, Anton. Ya no.

La voz de Illya se volvió un eco distante a medida que se alejaban de él. Anton reprimió otro escalofrío cuando Jude lo llevó por el camino hacia la entrada de la caverna. De repente, Jude se detuvo en seco, y estiró el brazo para detenerlo. Más guardias, de los que manejaban ballestas, estaban sobre ellos, apuntando sus armas.

Delante, en lo alto de la escalera, apareció el resplandor de las antorchas. Pero las llamas no eran como las que Anton conocía, eran pálidas como la luz de la luna.

—¿Qué es? —preguntó mientras los hombres que llevaban las antorchas ocupaban la plataforma de mármol.

—Fuego Divino.

Las llamas eran hipnóticas y vacilaban, como espectros. Anton no conseguía apartar la mirada. Eran ojos que ardían como soles y lo atravesaban.

Los guardias de arriba dispararon sus ballestas. Una decena de dardos navegaron hacia ellos. Las llamas del Fuego Divino parpadeaban alrededor, cuando Anton se agachó, tratando de hacerse más pequeño. Pero Jude no se encogió.

En cambio, se dio la vuelta. La espada era un destello borroso de plata. Su Gracia emergió con el poder del trueno. Los dardos cayeron de inmediato, como si un vendaval los hubiera detenido.

Jude enfundó la espada antes de tomar a Anton por la muñeca y levantarlo. Juntos, corrieron a lo largo de la plataforma, hacia las profundidades de la cisterna. Las botas de los guardias repicaron contra el mármol.

—Jude —dijo Anton, inquieto. Se estaban acercando a un muro—. No creo que por aquí...

—Ven —indicó él, arrastrando a Anton por una escalera tallada en la roca.

Terminaba abruptamente en una plataforma estrecha. En la pared, había tres palancas de piedra.

Anton escuchó el sonido lejano del agua que goteaba. Tocó la piedra y sintió una delgada corriente que fluía por la roca.

—Aléjate —advirtió Jude, antes de accionar una de las palancas.

Anton apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de escuchar el quejido de una compuerta. Un panel de piedra se abrió y un torrente de agua brotó del interior y bajó por las escaleras. Después de unos segundos, se encontraron ante la boca negra de un túnel.

—¡Están arriba! —gritó un guardia.

—Sube —dijo Jude y entrelazó las manos para formar un peldaño. Por encima del hombro, Anton vio el brillante parpadeo de las antorchas—. Estaré detrás de ti.

Anton asintió, se apoyó en el hombro de Jude y trepó. Se aferró al resbaladizo saliente del túnel. Oía a los guardias acercándose. Hundió los dedos en la piedra húmeda y logró escalar. Se dio la vuelta.

—¡Jude!

Los guardias estaban a punto de alcanzarlo. Jude desenfundó su espada justo a tiempo para detener el ataque de un guardia. Le dio una patada y luego se giró para seguir a Anton. Pero su pie se resbaló en el borde de la roca.

Anton se lanzó hacia delante para atrapar a Jude antes de la caída. Durante un instante, Anton trató desesperadamente de alzar a Jude sin resbalarse sobre la piedra mojada.

Sonó un fuerte crujido, y Anton vio que uno de los guardias accionaba otra de las palancas. Cerró los ojos, contuvo el aliento y jaló, para levantar a Jude. En ese mismo instante, el panel de piedra se cerró y los dejó atrapados.

Anton cayó hacia atrás, y Jude cayó a su lado. Estaba completamente oscuro, y todo parecía irreal, como si estuviera flotando, como si en cualquier momento el mundo pudiera derrumbarse bajo sus pies. El brazo de Jude contra el suyo lo trajo de vuelta a la realidad.

—¿Dónde estamos?

—En un canal subterráneo —respondió Jude—. El agua viene de los acueductos, y supongo que la desvían hacia las cisternas o la dejan fluir por el túnel. Me imagino que durante la temporada de inundaciones queda completamente cubierto.

Anton recordó la charla de Illya sobre Nazirah y pensó que ya había escuchado suficiente sobre el tema para toda la vida.

—Entonces, agradezcamos que no es temporada de inundaciones. ¿Cómo salimos?

Jude lo ayudó a levantarse.

—Caminamos.

Anton no podía ver absolutamente nada en la oscuridad, pero confiaba en que Jude sí.

—¿Así que este era tu plan? —El sonido de su propia voz en sus oídos lo mantenía enfocado—. ¿Pasear por la oscuridad hasta que encontremos una salida? Supongo que hay peores.

—No tenía ningún plan —admitió Jude—. Lo único que sé es que te escuché y supe que tenía que encontrarte.

—¿Me escuchaste?

—Tu Gracia, como si me estuviera llamando.

Había funcionado. La adivinación inversa, o lo que Anton hubiera hecho, para enviar un eco de su Gracia como llamada de ayuda.

Una llamada que Jude había contestado.

—No puedo explicarlo bien —continuó Jude, con la voz entrecortada—. Pero me llevó hasta ti.

Aunque Anton no podía ver a Jude, sintió su mirada y su propio pulso en la palma de Jude. Se sentía al borde de un abismo, un segundo antes de saltar. Pero Anton no estaba listo para afrontar lo que había debajo. Aún no.

—Anton...

—Por favor, salgamos de aquí.

Jude no insistió. Anton se concentró en el pulso, en el ritmo de los pies contra la piedra húmeda, en los dedos de Jude, que lo sujetaban por la muñeca para guiarlo a través de la oscuridad.

Capítulo Sesenta

HASSAN

Con el corazón acelerado, Hassan subió corriendo las escaleras en dirección a los soldados atrapados. Había casi cincuenta en el balcón. Unos pocos habían cruzado el pasamanos, pero estaban inmóviles allí, sin poder saltar para ponerse a salvo. Entre ellos, se dio cuenta Hassan, estaba Khepri.

—¡Hassan! —dijo ella sorprendida cuando él apareció en la escalera.

—Usa esto —respondió él—. Pero ten cuidado. Es una cadena forjada en Fuego Divino.

—Arrójamela.

Hassan le lanzó un extremo. Ella lo atrapó, dejando escapar un audible siseo de dolor cuando la cadena tocó su mano, y estuvo a punto de caer del balcón.

—¡Khepri! —gritó Hassan.

Ella recuperó el equilibrio justo a tiempo.

—Estoy bien —dijo ella con voz temblorosa. Luego, pasó la cadena a través del pasamanos y dejó colgando uno de los extremos para formar una polea improvisada. Miró a los otros soldados y señaló hacia abajo—. Vamos.

Uno por uno, usaron la cadena para descender, llorando de dolor, con los dientes apretados. Cuando el último bajó del balcón, Hassan le hizo una seña a Khepri.

—Es tu turno.

Sujetó el extremo de la cadena y se balanceó de un lado al otro. Soltó las cadenas a mitad del vuelo, cruzó la brecha entre el balcón y las escaleras, y aterrizó directamente sobre Hassan.

Él la atrapó de inmediato, y se preparó para soportar su peso. Khepri lo miró.

—Buenos reflejos. Ya puedes soltarme.

Avergonzado, Hassan la liberó del abrazo.

—Tenemos que llevar a todos al atrio —dijo él.

—No todos podrán. El humo es mucho más denso aquí arriba.

—No dejaremos a nadie atrás. ¿Crees que podrán subir dos pisos?

—¿Subir?

Él asintió y señaló las puertas que estaban dos pisos más arriba: daban a la plataforma que rodeaba la torre.

—Es la plataforma de observación. Las escaleras van desde allí hasta el suelo.

—Lo lograrán —dijo Khepri, como si pudiera hacerlo realidad con solo decirlo.

Dirigió a los soldados que cojeaban y se tambaleaban. Khepri y Hassan reunieron a la retaguardia del grupo, esquivaron los escombros que caían y respiraron el humo que se hacía más turbio a medida que subían.

Un grito llegó de los primeros que llegaron a destino.

—¡Las puertas están cerradas!

Desesperado, Hassan se abalanzó entre la multitud, Khepri a sus espaldas. Dos de los soldados estaban tratando de abrir las puertas a la fuerza.

El humo negro se enroscó alrededor de ellos, espesando el aire con su veneno. La tos violenta resonó a través de la torre. Las piernas de un soldado se rindieron y cayó de rodillas. Algunos

soldados llevaban a aquellos demasiado débiles para estar de pie. Otros iban a gatas con manos temblorosas.

El tiempo se estaba acabando. Si no salían rápidamente, todos sucumbirían al humo.

Hassan los había llevado hasta allí pensando que había un camino de salida. Pero quizás los hubiera condenado a la muerte otra vez. Los dos soldados chocaron contra la puerta con los hombros de nuevo. No cedió.

Decidida, Khepri se acercó a Hassan, pecho contra pecho, con los ojos fijos en él. Pensó que estaba a punto de besarlo. En cambio, sintió las manos de ella en su cintura, que desataban la faja de sus pantalones.

Por supuesto que él entendía que estaban en una situación extrema de la que no podrían escapar. Pero, al mismo tiempo, no podía evitar la reacción de su cuerpo cuando una mujer hermosa lo desvestía repentinamente.

—¿Qué estás...?

Se atragantó con el resto de la pregunta cuando ella se alejó, con el cinturón en la mano. Observó en silencio a Khepri, que lo rasgaba en dos con los dientes y le daba una mitad.

—¿Todavía tienes el relicario?

—¿Qué?

—El relicario de Emir. Te lo dieron después del funeral, ¿no es cierto?

Hassan palpó la botella que colgaba de sus pantalones, atada con un lazo. Guardaba el aceite que se había utilizado para ungir a Emir.

El cristal azul como una gema brilló en la palma de Hassan cuando le entregó la botella a Khepri. La abrió y metió la tela en el interior, excepto unos pocos centímetros que dejó fuera.

—Enciéndelo con Fuego Divino —dijo Khepri, señalando la otra mitad de la faja, que aún estaba en manos de Hassan.

Desconcertado, sujetó la tela y bajó las escaleras hasta que estuvo cerca de las llamas. El fuego ardía sobre su piel, pero Hassan lo resistió hasta que se encendió el extremo de la tela.

Corrió de regreso a Khepri.

—¡Despejad el camino! —gritó Khepri a los soldados que estaban de pie frente a la puerta.

Se hicieron a un lado de prisa.

Khepri sostuvo la botella bajo la faja ardiente que traía Hassan, hasta que la tela que estaba sumergida en el aceite prendió. Luego, arrojó la botella contra las puertas antes de agacharse.

Una explosión que rajó la tierra sacudió la torre.

Cuando Hassan levantó la vista, vio un pequeño infierno blanco, que se expandía y se disipaba velozmente. A su paso, dejó un hueco en la puerta carbonizada.

Hubo un vitoreo, y Khepri lo miró con una sonrisa. Se pusieron de pie y salieron corriendo, escaparon de los escombros y el humo, al aire libre. El resto de los prisioneros ya estaban en la cubierta cuando ellos salieron.

—Lo hemos logrado —dijo Khepri con entusiasmo.

Hassan la miró y respiró profundo. Cada bocanada de aire fresco era más dulce que la anterior. A medida que el alivio lo inundó, la envolvió con sus brazos. Los brazos de Khepri rodearon su cuello. Cuando Khepri lo había besado en el *Crésida*, había estado desesperada y llena del miedo y la culpa que los atormentaba a ambos. Pero allí, en ese momento, bajo las estrellas, Hassan la besó, lleno de promesa y esperanza.

Cuando el beso terminó, Hassan trató de memorizar su rostro tal como era en ese momento: labios ligeramente separados, un rubor en su piel de bronce, pestañas delicadas en los ojos cautivadores color miel. Era extraño que Khepri, la audaz y valiente Khepri, con sol en los ojos y

acero en el cuerpo, también fuera delicada. Pero había partes de ella que aún no había llegado a conocer, y deseaba tener tiempo para memorizarlas también.

Ella le sonrió y luego se acercó para robarle un beso que pilló a Hassan por sorpresa y le hizo responder con una sonrisa que debía de ser ridícula.

—Vamos —murmuró ella.

Hassan le dio la mano. Siguieron al resto de los soldados por la escalera de piedra que rodeaba el exterior del faro.

—¿Cómo sabías que eso pasaría? —preguntó él mientras descendían—. Sabías que el aceite de consagración prendería.

Las facciones de Khepri se endurecieron.

—Lo he visto antes, ¿recuerdas? Cuando intentamos apagar la fuente de la llama en el Templo Principal. Explotó cuando el Fuego Divino tocó el aceite.

Hassan había olvidado ese detalle, tan preocupado como estaba por los otros horrores que había oído sobre aquella noche. Pero Khepri había perdido a tres compañeros. Esos recuerdos estarían grabados para siempre en su memoria.

—Bueno, tu idea nos ha salvado —murmuró él.

Cuando llegaron al pie de las escaleras, tres figuras familiares se acercaron corriendo.

—¡Penrose! —gritó Hassan.

Ella, Petrossian y Osei se detuvieron ante el grupo de Hassan. Estaban cubiertos de hollín, pero parecían ilesos.

—Estáis vivos —dijo Penrose, aliviada—. Gracias a los Profetas. Estábamos a punto de volver a buscaros.

—Salimos a través de la plataforma de observación —explicó Hassan—. ¿Todos los demás están bien?

Penrose asintió.

—Después de que subierais, ayudamos a los demás a escapar por el atrio. El Hierofante dejó algunos guardias en el exterior del faro, pero nos encargamos de ellos. Annuka y Yarik están dando aviso a los barcos de la Orden para que atraquen en el rompeolas. El puerto es demasiado peligroso y está lleno de Testigos. Tenemos que marcharnos ahora si queremos encontrarlos antes de que los Testigos se den cuenta de lo que están haciendo.

Hassan asintió. Se volvió hacia el resto de los soldados.

—Seguid a Penrose. Ella os llevará a los barcos de la Orden. Estaréis a salvo allí.

Khepri se acercó a Hassan.

—¿Tú no irás?

Hassan observó el faro.

—La llama del Fuego Divino sigue ardiendo. Nazirah está en peligro. No abandonaré mi reino de nuevo. Herat no necesita un conquistador ni un profeta. Necesita a un gobernante que luche a pesar de todo, que esté dispuesto a arriesgar su vida.

Recordó a su padre, que se había enfrentado a la ejecución en lugar de rendirse ante los Testigos. Herat todavía necesitaba a su príncipe. A Hassan no le habían hecho falta ni la Gracia ni la profecía para salvar a su reino. Había bastado con creer en sus habilidades, y con la rabia y la esperanza que lo habían llevado hasta ese momento.

—No habla en serio —dijo Penrose, con incredulidad en la voz—. ¿Se quedará aquí? ¿Con los Testigos? ¿Con su tía?

—Incendiarán la ciudad, Penrose. A menos que alguien los detenga.

—Pero ¿cómo?

—Tengo un plan. —Miró hacia el faro, el símbolo del pasado de Nazirah, la torre que era el corazón de su reino, la luz que lo había guiado a casa—. En Palas Athos, dijiste que solo hay una fuente de Fuego Divino. Hay una única manera de apagarlo: tenemos que destruir el faro.

Hassan había llegado a esa conclusión hacía horas, al ver la llama pálida que ardía en la cima.

—Es la única manera —agregó él.

—Pero Hassan... —comenzó a decir Khepri.

Él la silenció con una mirada.

—Me lo dijiste en el barco: siempre tenemos opciones. Esto es lo que yo elijo, Khepri. Voy a detener a los Testigos.

Esa sería su salvación. Khepri lo miró a los ojos.

—Entonces, te ayudaré.

—No puedo pedirte que...

—Por supuesto que te ayudaré. Ya lo sabes, mis hermanos todavía están aquí en Nazirah. Si hay esperanza de salvarlos, haré lo que sea necesario. —Él le sostuvo la mirada, su corazón en guerra consigo mismo. No podría soportar que ella terminara herida. Pero tampoco podía dejarla ir—. Até mi destino al tuyo, ¿recuerdas? Ya hice mi elección, Hassan. Te elijo a ti.

—Nosotros también. —Hassan levantó la vista y vio al teniente de Khepri, Faran, de pie frente a él—. Nosotros tampoco nos marcharemos, príncipe Hassan.

Los soldados reunidos detrás de él asintieron con la cabeza.

—No —dijo Hassan—. Debéis ponerlos a salvo, para darle a nuestro pueblo una oportunidad fuera de este reino.

Faran negó con la cabeza.

—¿Qué es un pueblo sin su patria? Vinimos aquí para luchar a su lado, príncipe Hassan, para enfrentarnos a los Testigos. Para reconquistar nuestro reino. Así que eso es lo que haremos.

—Habéis escuchado lo que dijo el Hierofante sobre mí, lo que soy. Os he engañado. Todo es mi culpa. Lo que hice no tiene perdón.

—Es culpa del Hierofante —afirmó Faran—. Y culpa de todos los que lo siguieron. No importa lo que digan, príncipe Hassan. Nosotros sí sabemos quién es usted y queremos luchar a su lado. Por Nazirah.

—Por Nazirah —murmuraron los demás.

Hassan no podía creerlo: a pesar de todo, a pesar de lo que había hecho, su pueblo todavía confiaba en él. Todavía creía en él.

Se volvió hacia Penrose.

—Así será, entonces.

Ella se acercó a Hassan y alargó la mano. Sorprendido, él tomó la mano de Penrose.

—Que la luz de Nazirah lo guíe, Su Alteza —dijo Penrose, con tono feroz y haciendo una reverencia.

—A ti también.

Con un saludo, los miembros restantes de la Guardia se retiraron. Poco a poco, se convirtieron en manchas distantes contra el cielo oscuro.

Hassan se volvió a los soldados, listos para seguir sus órdenes.

—Al amanecer, el faro caerá.

Capítulo Sesenta y uno

EPHYRA

Ephyra tenía trece años cuando resucitó a su hermana.

Fue un año terrible, de sequías y hambrunas. Las caravanas que solían pasar por el pueblo en la ruta comercial de Tel Amot a Behezda se habían secado como la tierra agrietada.

La enfermedad comenzó a extenderse. Los padres de Ephyra y Beru sucumbieron rápidamente.

Pero con la enfermedad de Beru, a Ephyra había dejado de importarle la advertencia de sus padres sobre la Gracia. Estaban muertos, y no pensaba permitir que Beru también muriera. Así que la había curado. Pero Beru había vuelto a enfermar. Una y otra vez. Y llegó la mañana en que Ephyra encontró a su hermana acostada en la cama, en su habitación. Ephyra nunca había conocido un dolor más poderoso que el de aquella mañana. Había brotado de sus pulmones y su garganta, y sacudido sus huesos.

Los gritos atrajeron a los vecinos, que entraron a la casa y descubrieron el cadáver de Beru. Ephyra sabía que lo quemarían, igual que a los demás. Ella pateó y forcejó mientras la alejaban de su hermana. Cuando dejó de sentir los dedos fríos de Beru entre los suyos, Ephyra se desmayó.

Nunca sabría lo que había ocurrido en el momento que pasó inconsciente. Quizás fuera lo mejor. Al despertar, estaba acostada junto al cuerpo de su hermana. No, al lado de su hermana. Porque Beru respiraba de nuevo. Tomaba bocanadas de aire cortas y superficiales, y los ojos se movían bajo los párpados. Y cuando Beru abrió los ojos, Ephyra se dio cuenta de que todo a su alrededor se había quedado en silencio. El único sonido era el aliento en los labios de su hermana.

Y luego, las primeras palabras de su segunda vida:

—¿Qué has hecho?

Nunca volvieron a hablar de aquel día. Nunca hablaron de la lenta caminata desde la casa hasta la plaza del pueblo, donde los cadáveres de sus amigos y vecinos yacían como muñecas rotas a su alrededor. Nunca hablaron de los ojos vacíos ni de la quietud sofocante.

Esa había sido la última vez que Ephyra había puesto un pie en Medea. Había regresado, con la esperanza de salvar a su hermana otra vez.

Solo temía que fuera demasiado tarde.

Parada, al pie del reloj, en el centro de la ciudad, se protegía la vista del sol naciente. Una tela gruesa cubría la mitad inferior de su cara, para protegerla de las tormentas de polvo.

Alguien había estado allí. Vio la tierra suelta en la plaza, la herida recién abierta en el tronco del sicómoro.

Sí, alguien había estado allí. Ephyra tocó la corteza áspera del sicómoro. No había sangre, nada que sugiriera violencia. Se negó a pensar en esa posibilidad y siguió caminando, por la senda que se alejaba de la plaza, por la senda de tierra y viento que conocía bien.

La senda que conducía a casa.

La casa era exactamente como la recordaba, hasta la grieta que iba de la parte superior de la ventana hasta el techo plano. Imaginó que, si recorría por el camino empedrado y cruzaba el arco de la puerta, encontraría a su padre dibujando en la sala de estar, entre su pila de cuadernos. Que si entraba en la cocina, encontraría a su madre reprendiendo a Beru por sus magullones y sus uñas

sucias.

Pero cuando Ephyra cruzó el umbral, los recuerdos flaquearon y desaparecieron.

—¿Beru? —preguntó dentro de la casa oscura y polvorienta—. Beru, ¿estás aquí? —El ruido de pasos rompió el silencio. Ephyra atravesó la sala de estar principal y entró en la cocina. La puerta que llevaba al patio se abrió—. ¡Beru!

Pero la persona que estaba al otro lado de la puerta no era su hermana. Era Hector Navarro. Él la miró fijamente, inmóvil.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —preguntó Ephyra.

Hector se puso rígido, y la ira inundó su rostro.

—No le he hecho nada.

—¿Dónde está?

—Donde pertenece. Donde deberías haberla dejado, hace tantos años. Antes de...

Ephyra no podía escuchar más. Lo empujó y salió corriendo hacia el patio. Su corazón latía como un animal asustado en el pecho.

—¡Beru!

Beru estaba bajo la acacia, con brazos que parecían hechos de paja.

Un sonido animal, como una queja, brotó de la garganta de Ephyra. Era incapaz de moverse. Había cruzado el mar para volver al lado de su hermana, pero no podía atravesar la última distancia.

—Yo no lo hice. —La voz de Hector cortó el aire detrás de ella—. Nunca debiste haberla resucitado. Nunca debiste haber cruzado el límite entre la vida y la muerte. Has retrasado este momento durante más de cinco años. Has arrebatado innumerables vidas. Ahora, por fin, se reparará.

Las palabras la recorrieron como olas, pero Ephyra apenas era capaz de oírlas.

Beru no podía estar muerta, no antes de que Ephyra llegara a ella. Sus piernas la llevaron a través del patio, junto a Beru. Se puso de rodillas y tomó la mano débil de su hermana y la acercó a su mejilla. Un llanto mudo, doloroso, la sacudió.

Los dedos de Beru se contrajeron y se estrecharon alrededor del pulgar de Ephyra. Ella hundió el pulgar contra la muñeca de Beru, sobre la huella de mano negra. Podía sentir el pulso de Beru, frágil.

Estaba viva. Aún quedaba tiempo.

—Estoy aquí —dijo Ephyra, desesperada, mientras apartaba un rizo del rostro pacífico de Beru—. Estoy aquí, Beru. Estoy aquí.

—Deberías decirle adiós. Se acabó.

Ephyra se sobresaltó al oír la voz de Hector, serena y cercana.

Hector le había preguntado en la celda de Palas Athos por qué no lo había matado. Ephyra se había llevado a toda su familia, pero lo había dejado con vida.

Y, en ese momento, Beru necesitaba otra vida.

Los dedos de Ephyra envolvieron la muñeca de su hermana. Hector no se parecía a las otras víctimas de la Mano Pálida. Su muerte no sería un accidente. Y no habría vuelta atrás.

Pero, sin Beru, no había manera de avanzar.

Ephyra se puso de pie, de cara a Hector.

—No ha terminado. Así no es cómo termina. —Todas sus acciones habían conducido a ese instante—. Eres tú o ella. La elijo a ella.

Vio un destello de pánico en los ojos de Hector cuando se abalanzó sobre él. Hector tomó su espada y la desenvainó más rápido de lo que Ephyra esperaba. La hoja pasó cerca de su rostro, y

ella retrocedió tambaleándose, y tocó el corte que tenía en la mejilla. La sangre caliente brotó entre sus dedos. Hector miró a Ephyra y luego la espada, con expresión aturdida.

—Yo...

Ephyra cargó de nuevo, pero Hector estaba listo para ella. Con la velocidad y la fuerza de la Gracia, la inmovilizó en el suelo y acercó la espada a la garganta.

—Se acabó —repitió él. Ella dejó escapar un suspiro entrecortado. Él bajó la espada—. Es hora de rendirse.

Durante un momento, el mundo dejó de girar mientras se miraban el uno al otro. Dos personas que lo habían perdido todo. Ninguno de los dos capaz de rendirse.

Con toda la fuerza que le quedaba, Ephyra se levantó y lo sujetó, desesperada, por el brazo. Hector tenía la vista clavada en ella, mientras ella respiraba y se concentraba en extraer el *esha* de su cuerpo.

Hector comenzó a debilitarse. Al principio, parecía no entender lo que estaba sucediendo. Pero cuando miró el rostro de Ephyra y la mano que rodeaba su brazo, sus ojos revelaron terror. Con la otra mano, Ephyra encontró el hueco de su garganta. Él se fue quedando sin aliento, cada respiración más breve y menos profunda que la anterior. El pulso latió violentamente y, luego, comenzó a aquietarse. La luz se drenó de sus ojos hasta que se quedó en silencio. Bajo la palma de Ephyra, el corazón de Hector se detuvo.

Él se desplomó sobre ella. Con un grito, Ephyra lo empujó a la tierra. Se acostó a su lado un momento. Lágrimas ardientes surcaban su rostro. Temblaba.

Se levantó y se obligó a mirar el cadáver de Hector, la huella pálida que marcaba la piel.

La pena y la culpa le treparon por la garganta, pero las tragó. Beru la necesitaba.

El resto de la tarea fue rápida. Ephyra había repetido la rutina tantas veces que era como si su cuerpo supiera qué hacer sin pensar. La hoja, la sangre, la mano.

Y su hermana, que agonizaba bajo la acacia.

Ephyra se arrodilló al lado de Beru y apartó los rizos de su frente con la mano limpia. Tomó la muñeca de Beru con la otra, cubierta de sangre fresca. Cerró los ojos y se concentró en enviar a Beru el *esha* de Hector, en llenarla de vida otra vez.

«Por favor. Por favor. No puede ser demasiado tarde. Por favor».

La respiración rompió el silencio. Ephyra abrió los ojos y se encontró con la mirada de Beru.

—¿Ephyra? —murmuró ella—. Ephyra, estás herida.

Beru acarició la sangre que goteaba de la mejilla de su hermana.

—Estoy bien —dijo, sin poder evitar la sonrisa que se dibujó en el rostro, de alivio y agotamiento—. Estoy bien, Beru. Y tú también.

Beru la miró y frunció el ceño, confundida. Sus ojos se posaron en la mano ensangrentada de Ephyra, que seguía en su muñeca. Con un movimiento veloz, Beru se incorporó. Ephyra vio el momento en que la mirada de Beru se clavó en el cadáver que yacía en el patio. La expresión de su hermana, atravesada por la sorpresa y la rabia.

—Ephyra —dijo Beru, con la voz llena de espanto—, ¿qué has hecho?

Capítulo Sesenta y dos

JUDE

Jude oyó la salida antes de verla. El ulular agudo del viento silbaba en el aire húmedo. Se volvió hacia Anton.

—¿Escuchas eso?

Habían estado viajando por los canales subterráneos durante lo que habían parecido horas. Anton se había mantenido cerca de Jude. Jude no sabía si era porque tenía miedo o porque no podía ver en la oscuridad.

Anton se puso tenso y caminó más lento. Pero Jude lo empujó hacia adelante y aceleró el paso.

—Creo que es una salida.

Se apresuró y arrastró a Anton con él. Más adelante, la luz pálida marcaba la boca del túnel. Había comenzado a amanecer mientras estaban bajo tierra. El olor a sal y mar se filtraba en ráfagas de viento.

Llegaron al final y se detuvieron en seco. El túnel desembocaba bajo un viaducto sostenido por arcos labrados en la roca. Lo único que los separaba de las olas blancas y grises que se estrellaban contra las rocas era un precipicio.

—Aquí debe ser donde el agua se drena hacia el mar —dijo Jude, alzando la voz sobre el sonido del viento y el océano.

Analizó el viaducto que estaba más arriba. Él podría subir fácilmente, pero sería más difícil hacerlo cargando a Anton.

Y entonces Jude se dio cuenta de que Anton ya no estaba a su lado. Se había acercado al borde del túnel, con los ojos fijos en el agua que se agitaba debajo. Comenzó a inclinarse hacia adelante, lentamente, como si alguien lo estuviera jalando hacia abajo.

—¡Anton!

Corrió a su lado, y lo sostuvo con un brazo. Los ojos oscuros de Anton parecían aturdidos, desorientados. Parpadeó y recuperó poco a poco la visión.

Jude respiraba agitado, mientras el pánico todavía inundaba su cuerpo.

—Lo siento —dijo Anton en voz baja. Jude sintió que su pecho subía y bajaba, y luego el cálido aliento de Anton contra su mejilla—. No pensé...

Pero no terminó la frase. Había una parte de él, Jude notó, que todavía estaba dentro de la cisterna. No sabía exactamente lo que había ocurrido allí, pero, viendo el estado en el que se encontraba Anton, tenía suficientes conjeturas para alimentar mil pesadillas.

Cuanto antes pudiera sacarlo de allí y ponerlo a salvo a bordo del barco de la Orden, mejor.

—Puedes soltarme. Estoy bien —dijo Anton.

Jude retiró su brazo con cautela y volvió a mirar el viaducto. Había un saliente estrecho en la cara del acantilado, y soportes a ambos lados del viaducto por los que se podía subir.

—Iré primero, tú sígueme, pero no mires abajo —explicó Jude. Anton levantó la vista del agua y asintió—. No te dejaré caer.

Trepó con cuidado por las rocas ásperas y resbaladizas, y se detuvo para ayudar a Anton a escalar un tramo particularmente difícil. No se sintió tranquilo hasta que alcanzaron los puntales del viaducto, que tenía estructuras más fáciles de escalar que la cara de roca húmeda. Alcanzó el

borde del parapeto primero y alzó a Anton. De cara al viento, Jude miró hacia el mar. Vio velas de plata en el horizonte gris. El alivio lo recorrió.

—La Orden de la Última Luz. Tal como prometió Penrose.

Se volvió hacia Anton y vio que sus ojos de pronto se habían nublado. Estaban clavados en la torre del faro. Jude siguió su mirada, y todo su alivio desapareció.

Volutas de humo emergían de lo alto de la torre. La antorcha de Fuego Divino ardía contra el cielo grisáceo.

Los paladines. Los otros prisioneros. Quizás seguían allí.

El viento lo abofeteó mientras estaba allí de pie, indeciso una vez más entre su deber y su corazón. Tenía que asegurarse de que Anton, el Profeta, estuviera bien. Él lo sabía. Pero no podía dejar morir a los demás.

Se volvió para decirle a Anton que se quedara quieto, que corriera a la playa si veía que alguien se acercaba. Pero, de nuevo, se dio cuenta de que Anton ya no estaba.

El miedo lo atravesó, y no se disipó cuando vio a Anton corriendo hacia el faro en llamas. Había una escalera de piedra a un costado, y Jude vio que Anton comenzaba a subir los peldaños, hacia las llamas destructoras de la Gracia.

Con el corazón en la garganta, Jude corrió tras él.

Capítulo Sesenta y tres

HASSAN

El plan era muy simple.

Bajo la protección de la oscuridad, se dividieron en grupos de seis y recorrieron cada uno de los templos que se encontraban a lo largo de Ozmandith, para recolectar todo el aceite y toda la tela que pudieran encontrar.

Las calles de Nazirah estaban inquietantemente vacías. La mayoría de los Testigos, al parecer, estaban reunidos alrededor del puerto, a la espera de los barcos de la Orden, pero rondas de dos o tres patrullaban la zona. Una de las rondas había visto al grupo de Hassan y Khepri, cuando salían del tercer templo. Hassan había esperado, con el corazón acelerado, mientras Khepri iba tras los Testigos. Perderían la poca ventaja que tenían si Lethia y el Hierofante descubrían que habían escapado.

Khepri había regresado ilesa, arrastrando a uno de los Testigos.

—¿Qué ha pasado con el otro? —había preguntado Hassan.

—No llegará muy lejos con una pierna rota —había respondido ella.

—No se sabe a quién más habrán visto —había dicho Hassan—. Deberíamos darnos prisa.

Cuando regresaron al faro, los otros ya habían comenzado a empapar la tela en aceite y introducirla en cajas de madera.

—¿Crees que será suficiente? —le preguntó Hassan a Khepri.

Estaban ocultos detrás del rompeolas que corría perpendicular a la península.

—Tendrá que serlo —respondió Khepri, mientras miraba a los soldados que apilaban las cajas contra el faro.

Tenían la esperanza de que la torre se desestabilizara con la explosión y se derrumbara sobre el mar.

—Es la hora —dijo Hassan cuando los soldados terminaron de apilar y comenzaron a retirarse.

La tarea más peligrosa recaía sobre él. Él era el único que podía acercarse a la llama sin arriesgar nada más que la carne. Sería quien detonara el explosivo.

—Espera —dijo Khepri.

Hassan temió que ella insistiera en acompañarlo, aunque ambos sabían que era demasiado peligroso. Pero, en cambio, Khepri simplemente lo abrazó y le dio un beso breve pero intenso que lo dejó tambaleándose.

—Creo en ti —le dijo ella y colocó una botella de vidrio en su mano.

Luego, con un suave empujón, lo apartó del rompeolas.

Él se puso un rollo de cuerda al hombro mientras se dirigía hacia el faro. Varios de los soldados herati pasaron en la dirección opuesta. Se detuvieron al verlo y, con un solo movimiento coordinado, se llevaron el puño al pecho. Era el saludo de los legionarios. Profeta o no, falso o no, Hassan seguía siendo su príncipe.

Él asintió en respuesta, y los soldados se encaminaron hacia el dique, donde Khepri esperaba.

Hassan continuó caminando solo hasta el faro. Cuando llegó a las cajas llenas de aceite, desenrolló la cuerda y la pasó entre ellas. Luego, desenroscó la tapa de la botella que Khepri le había dado y vertió su contenido sobre la soga y las cajas.

Tomó el otro extremo de la soga y lo desenrolló mientras caminaba hasta la entrada del faro. Ya podía oler el humo acre dentro. Se aferró a la soga y se colocó una máscara improvisada sobre la nariz y la boca.

Cuando abrió las puertas, el humo bramó. Hassan se tambaleó hacia atrás, con los ojos llorosos. El humo era tan denso que ni siquiera alcanzaba a ver el Fuego Divino. Tomando una gran bocanada de aire, cerró los ojos y se adentró en el faro. El calor y el humo lo asaltaron, y le oprimieron el pecho como una piedra. Luchó a través de las nubes oscuras, con la cabeza aturdida por el humo.

Confiado en que se dirigía hacia las llamas, avanzó a ciegas. La soga se desenrollaba a medida que se adentraba más y más. Un dolor profundo y caliente lo aplastó.

Por fin vio una blanca lengua de fuego recortada en el humo. Le picaban los ojos y su estómago dio un vuelco cuando avanzó hacia ella. Con toda la fuerza que pudo reunir, tomó el resto de soga y la arrojó a las llamas.

El fuego parpadeó, y Hassan cayó de rodillas, incapaz de respirar. Cerró los ojos para protegerse del ardor y se alejó a gatas, siguiendo la cuerda para encontrar la salida.

El calor creció. La cuerda se había prendido y se quemaba a un paso que él no podía seguir.

Rodó hacia un lado para apartarse del avance de las llamas e intentó seguir las marcas del fuego blanco. Pero el humo lo sofocaba. Ya no podía ver. Ya no podía respirar. Tenía humo en los pulmones, en la boca, en los ojos, dentro de la cabeza. Sintió que su pecho estaba a punto de estallar.

Pronto, el fuego llegaría hasta el aceite e incendiaría la torre. Hassan había hecho lo que tenía que hacer. Sus fuerzas se habían agotado.

Al igual que su padre, moriría para defender a su pueblo.

Cerró los ojos y dejó que el humo lo envolviera.

Capítulo Sesenta y cuatro

ANTON

Anton trepó.

Era como si estuviera en un trance, siguiendo las vertiginosas escaleras que serpenteaban hasta la cima del faro. El sonido de las olas que se estrellaban contra la roca se volvía más débil a medida que ascendía.

El Fuego Divino era solo una luz lejana al principio, pero ya podía ver sus llamaradas pálidas y los cristales que lo protegían del viento. Las piernas ardieron en protesta cuando pasó por la plataforma de observación. Las escaleras se estrecharon. La llama se acercó, la luz consumió su mirada.

Las llamas lamían el cielo gris cuando él se lanzó sobre la plataforma de piedra que rodeaba la antorcha. El calor le quemó la espalda mientras avanzaba por el parapeto.

Un tumulto de olas de color verde oscuro y gris rugía debajo. Con las manos temblorosas, Anton se apoyó en la superficie resbaladiza de la piedra, subiendo poco a poco, con cuidado, desde la plataforma hasta el parapeto. Durante un instante, se quedó inmóvil, dudando. El viento le azotó la espalda. Luego, lentamente, se acercó a la llama.

—¿Qué estás haciendo?

Una voz afilada atravesó el desconcierto de Anton. Un torrente de *esha* se estrelló sobre él como una tormenta. Se dio la vuelta.

Jude estaba en lo alto de la escalera, iluminado por la llama pálida. Su rostro también era una tempestad, sus ojos eran del mismo verde que el mar embravecido.

—No te acerques.

El viento se tragó la súplica de Anton. Jude caminó hacia él.

—Baja.

Anton miró de nuevo la llama. Sacudió la cabeza.

—Tengo que hacerlo. —La llama le ardía en la piel, pero, por dentro, tenía tanto frío como el día en que se había sumergido bajo el hielo. Tenía que deshacerse de esa sensación, de lo que lo había perseguido desde aquel día—. Es la única manera.

Tenía que quemar su Gracia.

—O bajas tú o subo yo —dijo Jude, alzando la voz. Anton no se movió. Un momento después, sintió el calor de Jude a su lado. El viento cortó las mejillas de Anton, y cubrió sus ojos con mechones de cabello mojado—. Mírame.

Anton sacudió la cabeza otra vez y se concentró en el brillo de la llama. Solo tenía que tocarla y entonces todo llegaría a su fin, lo sabía. Las pesadillas, los recuerdos. Era la única forma de encontrar la salvación, la única manera de ser libre.

—No deberías haberme seguido.

—Anton —explicó Jude, en un nuevo intento por convencerlo—. La razón por la que te he encontrado en esa cisterna. La razón por la que los Testigos te querían apresar. Es porque...

—Soy el Profeta —dijo Anton, mirando al fin a los ojos de Jude.

El Profeta. Era imposible. Era la verdad.

—Sí —dijo Jude—. Tu nacimiento fue predicho. Antes de desaparecer, los Siete Profetas

sabían que llegarías. Nos dijeron las señales que debíamos esperar: «Pero nacido con la luz del cielo, / un heredero de visión bendita, / un augurio fallido del pasado».

—«Darán brillo al futuro más sombrío» —recitó Anton.

Las palabras aparecieron en su mente, como si las hubiera escuchado alguna vez. Pero no era así. Los ojos brillantes de Jude se abrieron por la sorpresa.

—Sí. Tú eres el Último Profeta, Anton. Es mi deber protegerte. No dejaré que nadie te haga daño. Ni Illya, ni los Testigos. Nadie.

Anton miró el ceño de Jude y, luego, miró su mano, que formaba un puño.

—No les tengo miedo a ellos.

Jude vaciló. Cuando volvió a hablar, su voz era apenas audible por encima del aullido del viento.

—Entonces, ¿a qué le temes?

—Vi algo. Hace mucho tiempo. Pero yo...

—¿Qué? ¿Qué viste?

—Fue una visión —dijo Anton al fin—. Era muy joven, pero incluso entonces, lo supe. Supe que no había sucedido, pero que ocurriría. Y que, llegado el momento, nadie podría detenerlo. Y yo tampoco.

La oscuridad llegaría al mundo, y Anton había visto su sombra.

—¿Una visión? —repitió Jude—. ¿Lo viste? ¿El fin de la profecía? ¿El futuro que los Siete no pudieron vislumbrar?

¿Era eso? ¿Una profecía que los Siete Profetas habían sido incapaces de ver?

—No lo sé. Apenas puedo recordar lo que vi. Entré en un trance, creo, y corrí hacia el lago. Recuerdo que el hielo se quebró y caí. Luego, solo destellos, oscuridad. Cuando mi hermano me sacó del agua, corrí. No podía afrontarlo, fuera lo que fuera. —Todavía no podía hacerlo. Apartó la vista de Jude y miró el horizonte—. Creo que he estado huyendo de eso toda mi vida.

Huyendo de algo que vivía en su propia mente. Huyendo de algo de lo que nunca escaparía.

—Entonces, quizás sea hora de parar.

Jude estaba muy cerca de él, y hablaba con calma. Anton lo escuchó entre el sonido del viento, entre las olas que rompían contra la roca desnuda. Pensó que sería capaz de escuchar esa voz sin importar lo que sucediera a su alrededor.

Se dio la vuelta. Los ojos de Jude eran brillantes y peligrosos.

Un estruendo partió el aire, más fuerte y más cerca que el trueno. El faro se sacudió. Anton perdió el equilibrio al borde del parapeto.

—¡Jude!

El cielo, el viento y el mar contuvieron la respiración en un instante de silencio. A continuación, una chispa de luz estalló y el mundo quedó atrapado por una llama blanca.

El faro comenzó a desmoronarse. Las llamas lamían el aire. Anton trastabilló hacia atrás. Jude saltó hacia adelante.

Juntos, cayeron al vacío.

Capítulo Sesenta y cinco

JUDE

La sangre de Jude ardió cuando saltó al Fuego Divino.

Ignoró el dolor, ignoró el fuego que le quemaba las venas y el viento que le golpeaba el rostro mientras abrazaba a Anton para protegerlo de las llamas. Su Gracia se fortaleció cuando atrapó al Profeta y lo empujó para que cayeran en el mar sin tocar la llamarada.

El agua los recibió. El brillo de la luz llenó los ojos de Jude. El Fuego Divino quemó su Gracia, calcinó su cuerpo, lo llenó de sufrimiento. El calor abrasador lo consumió hasta que no pudo aguantar más.

Ya no sentía nada, no veía nada, pero aún podía escuchar la respiración débil de Anton entre el aullido despiadado del viento.

Se hundieron en el agua y todo quedó en silencio.

Capítulo Sesenta y seis

ANTON

El mar envolvió a Anton.

El fuego ardía detrás de sus párpados. La oscuridad creció y lo cubrió. Lo había perseguido desde aquel día en el lago congelado.

Él había hecho todo lo posible para evitarla, pero la visión siempre había estado allí, al acecho. En el agua, en la oscuridad, ya no podría correr. No podría resistir. Se entregó.

Y se sumergió.



Estaba en una ciudad en ruinas. Las cenizas y el polvo nublaban el cielo rojo. Una sombra eclipsaba la luz del sol.

Una voluta de humo negro invocaba a Anton, lo llamaba para que recorriera un camino erosionado y atravesara columnas derrumbadas y arcos colapsados.

«Anton... Anton... Profeta».

El humo lo llevó al corazón de la ciudad en ruinas. A la torre caída: los escombros, el esqueleto de la estructura y el único muro en pie como un gran monolito.

Cuatro espirales de humo salían de cada muro y se unían en el centro, como los puntos de una brújula.

Un zumbido que impregnaba el aire creció hasta convertirse en una voz que crepitaba como las llamas.

«La última parte por fin se revela».

En la torre caída había un cadáver, desfigurado entre las piedras desmoronadas. El humo lo envolvía. El cuerpo comenzó a agrietarse, como una estatua de piedra rota. Luz blanca brotó de las fisuras.

«En visiones de Gracias y de fuego».

El humo ascendió y cobró forma en el cielo sangrante.

Anton miró hacia arriba.

Dos ojos brillantes, ardientes. Párpados de humo negro y ondulante.

«Que vencerán la era oscura».

Los ojos lo miraron y lo atravesaron. No podía moverse, no podía pensar, no podía ver nada más que esos ojos. Ojos de llama fría.

«O destruirán el mundo por completo».

Se encontraba en un precipicio, con vistas a una ciudad que nunca antes había visto, una ciudad de exuberantes palmeras verdes y aguas turquesas escondida en el abrazo de las dunas. Una inmensa puerta tallada en la roca roja se alzaba en las afueras. Un estruendo partió el aire, y de

repente la puerta se derrumbó. La ciudad entera comenzó a temblar, mientras las arenas movedizas la tragaban.

Otra ciudad se levantó en su lugar. La reconoció por las dos grandes estatuas que flanqueaban su puerto. Tarsépolis. Llovieron luz y fuego, y la ciudad se convirtió en un infierno.

De las cenizas, se levantó Palas Athos. Anton estaba en el nivel más alto, en los escalones del Templo de Palas, observando cómo una ola de sangre inundaba la ciudad y teñía de rojo las calles y edificios que solían ser blancos.

Una por una, cayeron las Seis Ciudades Proféticas.

Regresó a la torre donde había comenzado. Solo que, esa vez, estaba parado dentro de las ruinas, bajo el cielo rojo sangre. El humo se retorció a su alrededor.

Miró hacia abajo. El cadáver estaba allí, con el rostro vuelto hacia él, y abrió los ojos.

Era Beru, que dejó escapar un grito estremecedor. La visión se disipó en una explosión de luz.

Y Anton despertó.

Capítulo Sesenta y siete

BERU

Beru estaba de pie junto a su hermana en las ruinas de su casa, contemplando el cuerpo del muchacho que la había llevado allí.

Hector yacía tendido en la tierra, sus ojos fijos en un cielo sin nubes. Beru sabía que lo último que habían visto esos ojos era el rostro de Ephyra.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

Apartó los ojos del cuerpo inmóvil de Hector para ver las gotas de sangre que caían de su muñeca, sobre el polvo.

¿Qué hemos hecho?

—Beru. —La voz de Ephyra estaba atravesada por el dolor—. He tenido que hacerlo. No tenía otra opción. Te traje aquí para dejarte morir. No podía dejar que sucediera.

—El era inocente —dijo Beru—. Era inocente, y tú lo has matado. Lo has asesinado, Ephyra.

—Para salvarte.

Había tierra, sangre y lágrimas en las mejillas de Ephyra. Beru miró a su hermana y sintió que la veía por primera vez.

—Preferiría morir antes que ser la razón por la que te conviertes en un monstruo —replicó ella, pero su voz se quebró con la última palabra. Sintió náuseas y lágrimas que se agolpaban—. Pero creo que es demasiado tarde.

—Beru...

—Te lo dije, Ephyra, ya no puedo seguir haciendo esto.

—Todavía podemos encontrar el cáliz. Solo porque Anton no pudiera ayudarnos no significa que...

Beru se apartó.

—Basta. Basta de búsquedas. Basta de la Mano Pálida. Basta de que otros mueran para que yo viva. Se acabó.

—No se acabó. Todavía respiras, Beru. Por favor...

—Hector me dijo que hay una profecía, una profecía que dice que se avecina una Era de la Oscuridad, y nosotras la causaremos: la Mano Pálida y lo que se levanta del polvo.

Ephyra dejó escapar una risa, pero sin rastros de humor.

—¿En serio? ¿Una profecía? No hay más profecías. Los Profetas se marcharon y no volverán. No me digas que...

—Eso es lo que me contó. Y le creo. Porque tiene razón, Ephyra. Mira lo que has hecho. Este lugar, nuestra casa, destruimos todo. Si somos capaces de esto, no necesito una profecía para saber que somos capaces de cosas peores.

—¿De verdad lo crees? —Ephyra dio un paso hacia ella—. ¿Que nuestro destino es causar el mal?

Beru tragó saliva.

—Solo sé que hay algo oscuro en nuestro interior. No puedo ignorarlo más.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Ephyra, desesperada—. ¿Qué harás?

Beru levantó la barbilla y miró más allá de su hermana, hacia el patio y el sol distante.

—Estoy diciendo que me voy. Y, esta vez, no me seguirás.

—Beru.

—Es una despedida.

—No. Tú no decides si...

—¿No decido? —repitió Beru—. No elegí morir. No elegí resucitar. Pero ahora tengo una opción. No voy a permitir que nos volvamos monstruos. Decido marcharme.

—Beru, no puedes hacer esto, te lo ruego.

La voz de Ephyra se quebró. Beru apoyó la mano en el brazo de su hermana.

—Eres mi hermana, y no importa lo que hayas hecho, siempre te querré. —Dio un paso atrás y apartó la mano—. Pero esta es la última vez que hablaremos.

Beru vio que el corazón de su hermana se partía. Lo vio en la expresión de su rostro, en el temblor de su cuerpo. Se obligó a mirarla hasta que ya no pudo tolerarlo, y luego se alejó.

Tenía que hacerlo. Hector lo sabía, y ella también. Iba más allá de su muerte. Más allá de las vidas que la Mano Pálida había arrebatado. Más allá del pueblo que Beru había devastado al resucitar.

Ephyra quería tanto a Beru que estaba dispuesta a destruir el mundo para salvarla. Y Beru quería tanto a Ephyra que se lo impediría.

Entonces, se dio la vuelta y caminó de la sombra de la acacia hacia la luz.

Capítulo Sesenta y ocho

HASSAN

Lo primero que Hassan percibió no fue una sensación, sino su ausencia: no había dolor. Ya no le picaban los ojos. Ya no sentía el pecho a punto de colapsar. El aire entraba en los pulmones con facilidad, dentro y fuera, dentro y fuera.

No sabía cómo, pero estaba vivo.

Después, sintió manos frías en su mejilla. El perfume a cítricos y tierra le hacía cosquillas en la nariz bajo el hedor del humo. Quería hundirse en ese aroma. Unos labios rozaron su frente, y él atrapó esos labios con un beso.

Khepri soltó un quejido de sorpresa, y luego un suspiro cuando el beso terminó. Hassan abrió los ojos y se incorporó. Khepri estaba arrodillada a su lado, con la cara llena de hollín pero una expresión de alivio. Los soldados estaban de pie, alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él con voz ronca.

Se dio cuenta de que su garganta aún estaba dolorida por el humo. Khepri vaciló antes de responder.

—Cuando no saliste del faro, entré a buscarte.

—Khepri —dijo, con tono de reproche.

Pero ella no parecía arrepentida en lo más mínimo.

—Te desmayaste junto a la puerta. Estuviste a punto de lograrlo.

—Te cargó en su espalda. —Hassan levantó la vista y vio a Faran, con los brazos cruzados—. Vosotros dos apenas habéis logrado salvaros de la explosión.

—¿Y el faro?

—Ha caído —dijo Khepri.

—Quiero verlo.

Khepri apretó los labios, pero obedeció y ayudó a Hassan a levantarse. Todavía estaba un poco débil, pero, después de perder el equilibrio un instante, consiguió pararse y contemplar las ruinas del faro.

El legado de su familia. El orgullo de su reino. Ya no estaba, y sin importar lo que sucediera luego, si lograban expulsar a los Testigos y deponer a Lethia, una parte de la historia de su pueblo nunca volvería a ser igual. El faro que tenía más de mil años yacía bajo el mar. Y Hassan siempre sería recordado como el príncipe que lo había derrumbado.

No parecía una victoria.

—Príncipe Hassan. —Se volvió. Detrás de él estaban los soldados herati, con el rostro cansado y lleno de hollín, algunos de ellos heridos. Decenas menos de los que habían desembarcado en Nazirah—. Príncipe Hassan, ¿qué haremos ahora?

No había forma de saber qué sucedería a continuación. Quizás los atraparan o los ejecutaran.

Pero habían detenido a los Testigos juntos. Habían evitado que la ciudad terminara en cenizas. El faro de Nazirah ya no estaba en pie, pero ellos sí. Y él también.

—Buscaremos refugio —respondió Hassan—. Nos reorganizaremos. Y, pronto, volveremos a atacar.

Ya no seguía el camino de nadie, ni el de su padre, ni el de la Orden, ni el de Lethia. Nada era

seguro, más que la chica que estaba a su lado y los soldados que tenían fe en ambos. El Reino de Herat era más que un faro. Más que una profecía. Ahora que Hassan estaba de vuelta en sus costas, haría lo que fuera necesario para mantenerlo a salvo.

En la distancia, los barcos de la Orden, con sus velas de plata, surcaban el mar.

Hassan miró el cielo. Allí, en el este, el sol comenzaba a asomarse por el horizonte.

Capítulo Sesenta y nueve

EPHYRA

Una brisa agitó las hojas de la acacia. El sol se había puesto en el pueblo de los muertos.

Beru se había marchado. Ephyra estaba sola, después de todo lo que había hecho para evitarlo.

—Hola, Ephyra.

Se sobresaltó al oír su nombre. No tan sola. Aún no.

No reconoció a la mujer parada en la entrada del patio, pero algo le dijo que la conocía.

Llevaba pantalones marrones y un vestido sencillo de color azul cielo, la vestimenta que los habitantes de Medea solían usar. Una bufanda de color naranja pálido, el color del amanecer, cubría sus rizos oscuros. Era hermosa, Ephyra lo notó: la tez oscura, apenas más clara que la suya, los ojos negros como el licor.

—¿Quién eres? —preguntó Ephyra mientras soplaba una nueva brisa.

La mujer entró en el patio y se dirigió hacia ella con elegancia.

—Bueno, nunca te dije mi verdadero nombre.

—¿Señora Tappan?

Anton le había advertido que no era su verdadero nombre, aquella noche que parecía tan lejana, en su apartamento de la Ciudad de la Fe. En ese momento, cara a cara con ella, supo que Anton tenía razón. Quienquiera que fuera, no era solo una cazarrecompensas. Y la había rastreado hasta el pueblo de los muertos, donde todo había comenzado.

Ephyra apretó el puño.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ayudarte.

—¿A ayudarme? ¿A mí? No has hecho más que arruinar mi vida. Tú nos enviaste a Palas Athos. Por ti, Hector nos encontró allí. ¡Todo esto es tu culpa!

La mujer la miró impasible.

—Puede que te haya puesto en el camino de Hector Navarro, pero son tus acciones y las de tu hermana las que te han traído aquí. Quienes no son dueños de sus elecciones siempre serán dominados por el destino.

—¿Esto no es más que un juego para ti? ¿Enviarnos en busca de un cáliz legendario? Ni siquiera existe realmente, ¿verdad?

—El cáliz sí existe. Y puede ayudarte a salvar a tu hermana. ¿Todavía deseas eso?

Ephyra resopló. Salvar a Beru había sido la única constante en su vida durante mucho tiempo. No había espacio para nada más. Solo existía la siguiente ciudad, la siguiente muerte, la siguiente línea de tinta en la piel de Beru. No conocía una vida sin ella. No sabía cómo desear otra cosa.

—Ven conmigo —dijo la mujer, señalando la casa.

Era la casa donde los padres de Ephyra habían muerto, donde Beru había tomado el primer aliento de su segunda vida.

Ephyra la siguió.

La mujer atravesó la puerta y entró en la pequeña sala de estar, con su mesa baja rodeada de cojines desgastados y las estanterías altas en las paredes. Ephyra no pudo evitar rozar los lomos de los libros, como solía hacer cuando era pequeña. La nostalgia la golpeó como un repentino

rayo de sol, y se abrió paso a través del dolor. Se sentía una niña otra vez.

La mujer se acercó a una de las estanterías y sacó algo. Ephyra lo reconoció al instante. Era uno de los cuadernos de su padre. Solía llevarlo con él en los largos viajes en caravana. Allí, dibujaba los rostros de las personas que había conocido y los paisajes que había contemplado. Recordó las muchas noches que había pasado, acurrucada junto a su padre, preguntando: «¿Y eso qué es?», cada vez que él pasaba una página y revelaba una manada de camellos o algún extraño artefacto que había encontrado en otra caravana de mercaderes.

La mujer abrió el cuaderno y comenzó a hojearlo. Ephyra ahogó una queja: los bocetos de su padre eran algo íntimo, sagrado.

La mujer se detuvo en un dibujo de Beru. En la imagen, ella tenía unos diez u once años, una niña con rostro de hada. Tenía los brazos extendidos y trataba de atrapar una cometa que estaba a punto de caer en picado. Ephyra recordaba aquel día. El festival de cometas: Beru había atrapado más que cualquier otro niño. Se había sentido muy orgullosa. Unas pocas semanas después, Beru había enfermado.

Escondido entre esa página y la siguiente, había un pedazo de pergamino suelto, doblado en cuartos. La mujer se lo ofreció.

Con manos temblorosas, Ephyra lo desplegó. Era otro dibujo, pero no de una persona.

Era una copa. Ella acarició los finos trazos de lápiz que ilustraban una copa sofisticada, cubierta de filigranas de plata y joyas diminutas. Parecía pertenecer a la mesa de un antiguo rey de Behezda.

No, no era una copa. Era un cáliz.

Levantó lentamente la vista del pergamino y miró a la mujer.

—¿Acaso es...?

—Mira el otro lado —dijo la mujer.

Allí, Ephyra encontró un mapa del desierto de Seti, que se extendía desde la costa oriental del Pélagos hasta Behezda, y desde la estepa de Inshuu del norte hasta el mar del Sur. Equis diminutas, trazadas en tinta, marcaban decenas de aldeas del desierto, algunas de las cuales ni siquiera había oído mencionar.

En la esquina inferior del mapa había un trozo de pergamino con palabras escritas con una letra desconocida.

Aran, se leía, el nombre de su padre. *Me temo que no podemos ayudarte con esto. Si el cáliz existe, es mejor que no lo busques. Lo único que encontrarás es una muerte segura.*

Ephyra leyó las palabras tres veces, como si pudieran cambiar. Mucho antes de que ella supiera que existía, su padre había tratado de hallar el cáliz de Eleazar. Durante esos viajes en caravana, ¿había ido en busca del cáliz y no a comerciar en el desierto? Su corazón se aceleró.

—¿Qué es esto? ¿Por qué mi padre buscaba el cáliz de Eleazar? —gruñó. La mujer no respondió. Ephyra se lanzó hacia adelante, y le arrancó el cuaderno de su padre de las manos—. ¡Respóndeme! El cáliz de Eleazar tenía algo que ver conmigo, ¿verdad? Es por eso... que mi Gracia es así.

—¿Así cómo? —dijo la mujer inclinando la cabeza.

—Tan poderosa.

La palabra le resultó extraña. Ella no se consideraba poderosa, pero la prueba estaba allí, en ese pueblo, y quemada en la piel de cada persona que había matado.

¿Había sabido su padre, de alguna manera, de lo que Ephyra era capaz? ¿Creía que el cáliz la ayudaría a controlar su Gracia?

La mujer recorrió la habitación con la mirada.

—Tú y tu hermana no empezasteis esto. La Mano Pálida y lo que se levanta. Pero tú serás quien lo termine.

Ephyra se estremeció. Las palabras de Beru sobre la última profecía volvieron a ella: «Se avecina una Era de la Oscuridad, y nosotras la causaremos».

—Yo solo quería salvar a mi hermana —dijo Ephyra, con la voz quebrada—. Nada de esto debía suceder.

—Pero ha sucedido. Y, ahora que lo sabes, sabiendo lo que cuesta, ¿aún quieres salvarla?

Ephyra cerró los ojos.

—Sí.

—Entonces, tendrás que terminar lo que tu padre inició —dijo la mujer—. Haz tu elección.

Ephyra miró el mapa que tenía entre las manos. Con el Cáliz, podría salvar a Beru de una vez por todas.

Y quizás condenara al mundo al hacerlo.

Ephyra miró los ojos imperturbables de la mujer y tomó una decisión.

Capítulo Setenta

ANTON

Anton no se había ahogado.

Su cabeza latía. El mundo se sacudía y balanceaba. Tenía la necesidad de vomitar, pero no sabía ni dónde estaba parado. De pronto, abrió los ojos. Una luz brillante le perforó las pupilas.

En un instante, todo regresó a su memoria: la cisterna, el faro, su hermano, Jude. Se recostó, jadeando.

—Tranquilo. Inténtalo con calma, ¿de acuerdo?

Había una mano contra su pecho. Sintió el zumbido del *esha* que llenaba la habitación, agradable y metálico. Sereno. Enfocado. Poderoso.

Anton miró a la mujer, adormilado. Era atlética, y las pecas salpicaban su rostro de tez clara y lo que alcanzaba a ver de su cuello y brazos. Tenía una trenza de rizos cobrizos, que cubría parte de un collar plateado. Sus ojos azul oscuro parecieron volverse más cálidos cuando se encontraron con los suyos. Pero había inquietud en ellos.

A Anton se le revolvió el estómago y se dejó caer de lado, para vaciar su contenido en el suelo de madera.

La mujer ni siquiera parpadeó.

—Agua —dijo con voz ronca cuando terminó.

Había una taza junto al catre. La mujer se la acercó a los labios con cuidado, e inclinó la barbilla de Anton hacia atrás para ayudarlo a beber. Inesperadamente, su mano lo tocó con delicadeza, casi reverencia.

Anton se estremeció y se recostó sobre las almohadas. Cerró los ojos y se quejó. Se cubrió la cara con los brazos, para intentar bloquear la luz.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó la mujer—. ¿Puedes decirme cómo te llamas?

—Anton —murmuró él, la boca oculta bajo los brazos—. Estamos en un barco.

—Así es. Mi nombre es Penrose. Sé que debes estar muy confundido ahora, pero puedo asegurarte que estás a salvo aquí, totalmente a salvo —dijo ella con dulzura.

—¿Dónde está Jude?

Lo último que recordaba era caer al mar, entre los brazos de Jude, que lo había protegido del Fuego, y luego...

Los labios de Penrose se tensaron, y su rostro, ya pálido, se puso blanco. Anton volvió a sentir náuseas y se giró, seguro de que volvería a vomitar.

Por fin, Penrose respondió:

—Está en el barco.

Anton respiró, ahogado de alivio. Pero Penrose no había terminado.

—Os vi a ambos caer del faro. Te vi hundirte en el mar. Nos lanzamos tras de ti, Annuka y yo, y te sacamos lo más rápido que pudimos. Jude no respiraba. Los sanadores están haciendo todo lo posible. —Un torrente de sangre caliente golpeó la cabeza de Anton, y el mareo regresó—. Anton, ¿qué hacíais Jude y tú en lo alto del faro?

La voz de Penrose aún era dulce, pero estaba teñida de un tono apremiante.

Anton no dijo nada durante un rato. Cuando notó que Penrose se impacientaba ante el silencio,

preguntó:

—Tú eres parte de la Guardia, ¿verdad? ¿La Orden de la Última Luz?

Ella asintió. Él respiró, entre temblores. Ya no tenía sentido esconderse, huir. Había quedado claro en la cima del faro.

Casi había muerto y casi había matado a Jude.

—Quiero verlo —dijo, de pronto. Penrose vaciló—. Por favor. Llévame con él y te diré lo que quieras.



Anton hizo tres intentos, antes de lograr salir de la cabina. Penrose fue paciente y cargó la mayor parte de su peso mientras avanzaba a tropezones y bajaba por el corredor estrecho. Se detuvieron varias veces, para que él pudiera apoyarse y que su cabeza dejara de dar vueltas.

Cuando finalmente llegaron a la enfermería, había cuatro personas más en el corredor: dos hombres de tez oscura, y una mujer y un hombre de tez clara, tan parecidos que debían ser hermanos. Todos llevaban una capa azul oscuro y un torque de plata, como Penrose.

—¿Es...? —comenzó a preguntar el hombre de piel clara, mirando abiertamente a Anton.

Penrose lo silenció con una mirada.

—Quiere ver a Jude.

La escotilla se abrió, y la luz pálida de la enfermería se derramó en el pasillo. Anton tragó saliva, titubeando ahora que estaba tan cerca de la habitación donde Jude reposaba, indefenso y herido.

Abrió la puerta y entró. Una hilera de catres se alineaba en la habitación, la mitad rodeados de cortinas. Una luz tenue inundaba el espacio. Penrose lo guio hasta uno de los catres y luego corrió las cortinas.

Jude parecía pequeño y pálido entre las sábanas grises. Su brazo estaba envuelto en vendas, y cicatrices blanquecinas marcaban su garganta como las grietas de un vidrio roto.

Todo por culpa de Anton. Porque había sido un cobarde, porque había corrido hacia la cima del faro, incapaz de afrontar quién era y lo que había visto.

Las náuseas regresaron. Salió corriendo de la habitación, cruzó la escotilla, a los paladines que estaban en el corredor y llegó hasta la cubierta principal a tiempo.

Cuando terminó de lanzar, apoyó la cabeza contra los brazos y se dejó caer sobre la regala. Sentía un gusto amargo y acre en la boca. Una mano se apoyó despacio sobre su hombro y sintió el *esha* metálico de Penrose.

—El Fuego Divino —dijo Anton, con desesperación en la voz—. En lo alto del faro. Jude saltó al Fuego para atraparme.

Todavía podía recordar el calor, el serpenteo de las llamas que chasqueaban como un látigo en el aire, a su alrededor.

—Cuando caísteis al agua, las llamas se apagaron —explicó Penrose—. Las quemaduras son menores. Hay una posibilidad... —Ella se detuvo cuando la emoción se tragó la siguiente palabra—. Existe la posibilidad de que el agua lo haya tocado antes de que el Fuego Divino terminara de quemar su Gracia. No lo sabremos hasta que se despierte. Solo queda esperar.

Esperar a ver si el cuerpo de Jude podría soportar lo que Anton le había hecho.

—Jude usó su Gracia durante la caída para saltar lo más lejos posible del faro y nadar contra la corriente —continuó diciendo Penrose. Anton levantó la vista, sin comprender bien a qué se refería. Ella lo miraba con atención—. Debió haber requerido mucho valor usar la Gracia con tanto dolor. He tocado cadenas forjadas en Fuego Divino y a duras penas soporté el sufrimiento que me causaron. No puedo imaginar lo que debe sentirse al usar la Gracia entre las llamas abrasadoras. Jude debió haber estado luchando por algo muy importante.

Anton levantó la cabeza y la miró a los ojos. Vio en ellos la pregunta que no se atrevía a articular.

—Soy un Profeta. El Profeta, supongo.

Las palabras que había dicho en el faro ya no sonaban tan extrañas. Penrose no se movió.

—Es cierto, entonces.

—¿Lo sabías?

—Tienes la edad correcta —dijo Penrose en voz baja—. Y cuando vi a Jude... —Penrose se quedó sin voz. Anton aguardó—. Jude abandonó la Orden en Palas Athos. Le dio la espalda a su deber y rompió su juramento. Para un paladín, romper el juramento es renunciar a su vida.

Anton recordó el Manantial Oculto, y la expresión sombría de Jude cuando había apostado el torque de oro y declarado que también viajaría en el *Cormorán Negro* con destino a Tel Amot. Pensó en la voz de Jude, rota, derrotada, a bordo del barco en el que Illya los había mantenido cautivos.

La vergüenza inundó el pecho de Anton. Jude había arriesgado su vida, en más de un sentido, para mantenerlo a salvo. Pensó que había fracasado, que había traicionado todo lo que creía. Se lo había dicho a Anton, en la bodega de la nave de camino a Nazirah. Pero no era Jude quien no había estado a la altura de su destino. Era Anton. Al esforzarse tanto, durante tanto tiempo, para escapar de él, había estado a punto de condenarlos a los dos.

—Cuando vi a Jude en el faro, dijo que sabía que estabas en Nazirah. Dijo que percibía tu Gracia. ¿Me contarías lo que sucedió?

Anton tembló. De repente, se sintió muy cansado. Pero pensó en Jude, que agonizaba en la enfermería, y sabía que los secretos que había guardado durante una vida, la visión que su mente había tratado de borrar, era lo que lo habían llevado allí. Así que comenzó a hablar. Y cuanto más hablaba, más quería decir, para soltarlo todo, desenterrarlo del lugar profundo y oscuro en su interior.

En algún momento, el aire frío de la noche se enfrió aún más, y él y Penrose se retiraron al espacio estrecho de su cabina.

—Cuando estábamos en la cisterna, mi hermano me dijo que los Profetas hicieron un último vaticinio antes de desaparecer. —Todavía podía ver el rostro de Illya frente a él, con sus ojos dorados brillando en la oscuridad—. Es por eso que me querían, creo. De alguna manera, soy parte de todo. Los Testigos, el Hierofante, supongo, querían saber lo que vi hace tantos años.

Penrose inspiró profundamente.

—¿Qué viste? —preguntó ella, su voz apenas era un susurro, pero nerviosa—. Anton, ¿viste cómo detener la Era de la Oscuridad?

Las palabras resonaron en él como un recuerdo.

—¿Detener qué?

—La profecía —dijo Penrose apresuradamente—. El Último Profeta está destinado a completarla. Tú estás destinado a completarla. Ver cómo detener la Era de la Oscuridad.

Anton sacudió la cabeza y su corazón se hundió en su pecho como una piedra hasta el fondo de un mar oscuro.

—Vi algo. La Era de la Oscuridad. La vi desarrollarse. Pero no...

—Dime lo que viste.

Cerró los ojos. La sombra sobre el sol. La torre caída. El humo oscuro. Y esos ojos brillantes, que lo inmovilizaban, lo indagaban. Las ruinas de las Seis Ciudades Proféticas. La visión surgió detrás de los párpados: podía verla y olerla.

Podía ver la cara de Beru, sus ojos del mismo blanco resplandeciente que las llamas del Fuego Divino.

—Ruinas —respondió Anton, al fin—. Vi todo el mundo en ruinas.



Anton recorrió el barco como un fantasma mientras navegaban por el mar de Pélagos. Las náuseas se habían instalado en su estómago, náuseas que ninguna cantidad de vino parecía poder curar.

Los miembros de la Orden lo observaban cuando se cruzaban con él en los estrechos corredores, y susurraban cuando lo veían en la cubierta. Hablaban en voz baja del chico que había subido a la cima del faro para difundir su luz. El muchacho que era su salvador. Su Profeta.

No volvió a visitar a Jude después de aquella primera noche, aunque pasaron los días y él seguía sin despertar. Anton comenzó a quedarse en su cabina, a dormir cuando el sol estaba en lo alto. Penrose lo despertaba para la cena y le llevaba pan e higos secos. Se aventuraba a salir solo en medio de la noche, cuando estaba seguro de que solo unos pocos miembros de la tripulación estarían despiertos.

La Guardia no protestó, aunque Anton notaba que no estaban contentos cuando salía en mitad de la noche. Sin embargo, alguno de ellos siempre custodiaba la puerta, listo para seguirlo como una sombra imponente.

Esa noche, Penrose estaba de guardia, de pie en silencio detrás de él mientras se inclinaba sobre la borda, contra el viento, mientras el barco corría hacia el negro abrazo de la noche.

—Penrose.

Anton se quedó inmóvil. Ocho días habían pasado desde la última vez que había escuchado esa voz

—No deberías estar aquí, apenas puedes mantenerte en pie —respondió ella.

Anton se dio la vuelta. Jude estaba a unos pasos de distancia, vestido con una sencilla túnica de lino y pantalones. La luna lo bañaba en luz pálida.

—Estoy bien —le dijo a Penrose—. ¿Por qué no descansas un poco? Yo lo vigilaré durante el resto de la noche.

Un silencio tenso cayó entre los dos. Pero, luego, ella asintió. Anton la observó retirarse. Penrose solo se volvió para mirar a Jude una vez, antes de desaparecer.

—Estás despierto —dijo Anton, como un tonto.

—Tú también —respondió Jude, avanzando hacia él, con esfuerzo.

Penrose no le había contado que Jude había recobrado la conciencia. Ninguno de ellos se lo había dicho. Pero Anton tampoco había preguntado. Ver a Jude así, exangüe, pequeño, impotente, le había causado náuseas.

Era *culpa*.

La sintió de nuevo, en ese instante, al contemplar la palidez en el rostro de Jude, las ojeras

oscuras bajo los ojos, las cicatrices que recorrían su garganta.

Volvió a encontrarse con la mirada de Jude, y su expresión se volvió más dulce mientras respondía a la pregunta tácita.

—Estoy bien. —El fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios cuando agregó—: Bueno, más o menos bien.

Estaba mintiendo. Anton había estado en sintonía con su *esha* desde antes de conocerlo. Lo había sentido como una tormenta en sus huesos. Lo percibía con la misma intensidad, pero débil, como una brisa temblorosa. Roto.

El Fuego Divino había dañado la Gracia de Jude, de eso estaba seguro. Pero hasta qué punto, Anton no lo sabía. Y no se atrevía a preguntar. Jude dio un paso hacia él.

—¿Qué te sucede? ¿Estás...?

—¿A punto de tirarme del barco? —El rostro de Jude se volvió de piedra. Anton volvió a mirar el agua, y la oscuridad en la distancia—. He sobrevivido todo este tiempo. Supongo que seguiré sobreviviendo.

Jude se paró a su lado mientras Anton rasguñaba la regala de madera.

—Ya no sé qué decir —continuó explicando Anton. Había tanto por decir. Tanto que debía decir—. Me salvaste la vida. Te pedí ayuda y me escuchaste. Viniste a buscarme. Y en el faro...

—No lo elegí —respondió Jude—. Tú eres el Profeta. Es mi deber protegerte, cueste lo que cueste.

Era lo mismo que le había dicho a Anton en el faro, justo antes de demostrar que hablaba en serio.

—Lo sé. —Anton no sabía cómo expresar sus sentimientos: era más de lo que le habían dado antes. Era demasiado, o quizás era poco. Sacudió la cabeza y miró hacia el agua, incómodo bajo la mirada de Jude—. Penrose me habló de la última profecía, de la Era de la Oscuridad. Todos creyeron que cuando completara la profecía, sabríamos cómo detenerla.

—Anton...

—Lo vi, Jude —dijo Anton, esforzándose por mantener la calma—. Vi el fin del mundo. Esa fue mi visión. El Día del Juicio de los Testigos, la Era de la Oscuridad que los Profetas vieron, se acerca. Pero no tengo ni idea de cómo impedirlo.

A su lado, Jude contuvo el aliento. Anton sintió la mano de Jude sobre su mano, segura como una promesa.

«Pase lo que pase, te protegeré».

Quizás algún día Jude tendría que romper esa promesa. Quizás algún día Anton tendría que enfrentarse a algo de lo que nadie podría protegerlo.

Pero, por el momento... Por el momento, estaba eso: una mano sobre la suya, un corazón, tan cercano, que podía escucharlo latir.

Se quedaron así, uno al lado del otro, contra el viento, mientras el barco navegaba hacia la oscuridad.

AGRADECIMIENTOS

El viaje de hacer que un libro pase de la mente a la estantería es largo y arduo, pero tengo la suerte de que personas realmente increíbles me hayan ayudado en el camino.

A mis agentes, Hillary Jacobson y Alexandra Machinist: si este libro fuera una princesa de Disney, vosotras dos seríais sus hadas madrinas. Gracias por ver el potencial de mi novela y el mío, y por trabajar para que alcanzáramos la meta. Me sacasteis de la oscuridad e hicisteis mis sueños realidad. Y gracias al resto del equipo de ICM y Curtis Brown, con un agradecimiento especial a Tamara Kavar, Ruth Landry y Roxane Edouard. ¡Aprecio todo lo que hacéis!

A Brian Geffen, mi genial editor: agradezco tu dedicación, entusiasmo y apoyo inquebrantables. Nunca pensé que tendría la suerte de trabajar con alguien que entendería este libro como tú. A Jean Feiwel, Christian Trimmer, Rachel Murray, Rich Deas, Mallory Grigg, Elizabeth Johnson, Starr Baer: gracias por todo vuestro arduo trabajo y por darle a este libro un hogar tan maravilloso. Y un enorme agradecimiento al increíble equipo de publicidad y marketing de MCPG: Molly Ellis, Brittany Pearlman, Ashley Woodfolk, Johanna Kirby, Allegra Green, Melissa Croce, Mariel Dawson, Julia Gardiner. Jim Tiemey, ¡gracias por prestar tu talento para esta portada deslumbrante!

A las escritoras: Janella Angeles (¡mi hermana gemela!), Madeline Colis, Erin Bay, Christine Lynn Herman, Amanda Foody, Kat Cho, Amanda Haas, Mara Fitzgerald, Ashley Burdin, gracias por la amistad, los comentarios y los vinos. Axie Oh, Ella Dyson, Alexis Castellanos, Claribel Ortega, Tara Sim, Melody Simpson, gracias por la sal sin fin, por las fotos de mascotas y los despojos del corazón. No sé cómo lo habría hecho sin vosotras y estoy muy agradecida de no tener que descubrirlo. Akshaya Raman, gracias por ser la mejor compañera de revisión y eventos, y por esa llamada de Skype que fue de gran ayuda. Y Meg RK, estrella brillante, este libro le debe mucho a tu paciencia, tu humor y tus ideas. Cuando estoy por los suelos, dudando de cada palabra, siempre sabes cómo levantarme.

Traci Chee, Swati Teerdhala, Hannah Reynolds, Chelsea Beam y Julie Dao, vuestros consejos y vuestra amistad significan mucho para mí. Las chicas KELT, Lucy Schwartz y Teagan Miller, nunca olvidaré vuestro apoyo cuando este libro tenía solo unas pocas decenas de páginas malas. Melina Charis, gracias por compartir la última década de tu vida (¡y por dejarme usar tu apellido!). Scott Hovdey, compañero incansable de cine y amigo fabuloso, gracias por creer en mí en cada paso del camino.

A mi familia. Mamá y papá, gracias por criarme dándome libertad para correr en el patio trasero. Esos días formaron mi imaginación y me convirtieron en una escritora. Sean, gracias por permitirme leer tus libros de *Dragones y mazmorras*, aunque no me dejaras jugar. David, mi hermano, siempre estás en mi corazón. A Julia Pool, por hacer que disfrutara de cada momento. A Riley O'Neill, por los cócteles de celebración y las charlas del club de libros. A Kristin Cerda, gracias por las reuniones del Second Sunday Writing Sluttery, por acampar bajo las secoyas y las interminables charlas sobre el lenguaje, el sentido y, a veces, las sectas. No sería la mujer que soy hoy si no fuera por ti. ¡Al espíritu insolente de Mary Shelley!

Erica, tú eres mi hermana más querida y la otra mitad de mi cerebro. Si hay alguien en el mundo que ha puesto más en este libro que yo, eres tú. Me has acompañado desde el comienzo, desde la

lluvia de ideas a las últimas comas. Cuando me pierdo en un mar de giros y detalles de la trama, eres la brújula que me guía de vuelta a la historia. Este libro es para ti, y también lo serán los siguientes. Ahora, ¡ve a terminar el tuyo!

Finalmente, mi más profundo agradecimiento a cada lector, a cada *blogger*, a cada bibliotecario, a cada librero que ha elegido este libro. Me siento honrada de compartirlo con vosotros.

Table of Contents

LAS CUATRO GRACIAS DEL CUERPO

Parte Uno LOS PRESAGIOS

Capítulo Uno EPHYRA

Capítulo Dos HASSAN

Capítulo Tres ANTON

Capítulo Cuatro JUDE

Capítulo Cinco HASSAN

Capítulo Seis ANTON

Capítulo Siete BERU

Capítulo Ocho ANTON

Capítulo Nueve JUDE

Capítulo Diez EPHYRA

Capítulo Once ANTON

Capítulo Doce HASSAN

Parte Dos LOS JURAMENTOS

Capítulo Trece JUDE

Capítulo Catorce HASSAN

Capítulo Quince ANTON

Capítulo Dieciséis EPHYRA

Capítulo Diecisiete HASSAN

Capítulo Dieciocho JUDE

Capítulo Diecinueve EPHYRA

Capítulo Veinte HASSAN

Capítulo Veintiuno JUDE

Capítulo Veintidós HASSAN

Capítulo Veintitrés JUDE

Capítulo Veinticuatro EPHYRA

Capítulo Veinticinco ANTON

Capítulo Veintiséis JUDE

Capítulo Veintisiete HASSAN

Capítulo Veintiocho BERU

Capítulo Veintinueve ANTON

Capítulo Treinta JUDE

Capítulo Treinta y uno BERU

Capítulo Treinta y dos JUDE

Capítulo Treinta y tres ANTON

Capítulo Treinta y cuatro HASSAN

Capítulo Treinta y cinco EPHYRA

Capítulo Treinta y seis JUDE

Capítulo Treinta y siete ANTON

Capítulo Treinta y ocho HASSAN

Capítulo Treinta y nueve EPHYRA

Capítulo Cuarenta JUDE

[Capítulo Cuarenta y uno ANTON](#)

[Capítulo Cuarenta y dos EPHYRA](#)

[Capítulo Cuarenta y tres HASSAN](#)

[Parte Tres LA TORRE](#)

[Capítulo Cuarenta y cuatro BERU](#)

[Capítulo Cuarenta y cinco JUDE](#)

[Capítulo Cuarenta y seis HASSAN](#)

[Capítulo Cuarenta y siete BERU](#)

[Capítulo Cuarenta y ocho HASSAN](#)

[Capítulo Cuarenta y nueve ANTON](#)

[Capítulo Cincuenta EPHYRA](#)

[Capítulo Cincuenta y uno HASSAN](#)

[Capítulo Cincuenta y dos ANTON](#)

[Capítulo Cincuenta y tres JUDE](#)

[Capítulo Cincuenta y cuatro HASSAN](#)

[Capítulo Cincuenta y cinco ANTON](#)

[Capítulo Cincuenta y seis JUDE](#)

[Capítulo Cincuenta y siete JUDE](#)

[Capítulo Cincuenta y ocho HASSAN](#)

[Capítulo Cincuenta y nueve ANTON](#)

[Capítulo Sesenta HASSAN](#)

[Capítulo Sesenta y uno EPHYRA](#)

[Capítulo Sesenta y dos JUDE](#)

[Capítulo Sesenta y tres HASSAN](#)

[Capítulo Sesenta y cuatro ANTON](#)

[Capítulo Sesenta y cinco JUDE](#)

[Capítulo Sesenta y seis ANTON](#)

[Capítulo Sesenta y siete BERU](#)

[Capítulo Sesenta y ocho HASSAN](#)

[Capítulo Sesenta y nueve EPHYRA](#)

[Capítulo Setenta ANTON](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)